
TRÍADA
AUNQUE
EL
INFIERNO
ME
CONSUMA
CAROL S. BROWN

Copyright

EDICIONES KIWI, 2025
www.grupoedicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, octubre 2025

© 2025 Carol S. Brown
© 2025 Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Ana Mª Benítez

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright
    Nota del Editor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Nota de autora
Agradecimientos

Para las Chicas del Libro.

Do you think I'm the Devil because I'm inherently evil, just because dear old Dad decided I was?

¿Soy el diablo porque soy malo por naturaleza o porque nuestro padre decidió que lo fuera?

Serie *Lucifer*

Había una vez tres ángeles hermosos, inocentes y buenos… que fueron empujados al infierno. Pero no porque ellos hicieran nada diabólico o reprobable, sino simplemente porque los demás ángeles consideraron que estorbaban.

Pero, en lugar de dejarse consumir por las dolorosas llamas del averno, los pobres desterrados sumaron su fuerza, inteligencia y pasión para construir un lugar en el que resurgir de sus cenizas. Un lugar en el que sentirse a salvo por primera vez en mucho tiempo. Durante el proceso, los tres ángeles caídos, que habían aprendido a comportarse más acorde al diablo, reforzaron sus lazos y amistad. Se hicieron inseparables y se encargaron de que todo el mundo lo supiera. Eran como hermanos y se protegerían los unos a los otros.

El hogar que habían construido era tan decadente y atrayente que el resto de los ángeles, los mismos que les habían dado la espalda sin contemplaciones, bajaban voluntariamente al infierno para visitarlos. Bajaban desde el cielo y se dejaban llevar por sus deseos más oscuros en el subsuelo, donde nadie podía verlos ni juzgarlos.

Y así, desde las sombras, los tres caídos prosperaron de una forma que ninguno de ellos hubiera imaginado jamás. Pasaron de estorbar, de no ser nadie, a convertirse en los señores del pecado. Venerados y temidos a partes iguales.

No obstante, uno de ellos no olvidaba sus días en la superficie pese a tener todo lo que necesitaba. El joven ángel caído pasaba las noches en vela, preguntándose si algún día podría hacer pagar a aquel que le arruinó la vida.

Ya no había lugar para él en el cielo, pero reinaba en el infierno. Y el infierno siempre cobraba los favores que concedía.

Sed bienvenidos a La Tríada.

Prólogo

«Tienes que ser fuerte…».

Londres, abril de 1857

El día que se llevaron a su padre, el sol brillaba en el cielo, como una horrible burla del destino. Al vivir en Londres, Russell creía poder contar con los dedos de las manos la cantidad de días soleados que había visto a lo largo de sus ocho años de vida. Por eso parecía una especie de burla que, en un día aparentemente alegre, su vida se destruyera por completo.

Había vuelto a casa desde el colegio con mucha prisa, a pesar de que sabía que tendría que esperar en la calle con los otros niños del barrio a que su madre regresase de su trabajo en la fábrica de algodón para poder entrar en casa. Años después, con el recuerdo de aquel día algo desdibujado, un Russell adulto se preguntaría muchas veces si una especie de sexto sentido le había indicado que algo iba mal, otorgando velocidad a sus cortas piernas mientras recorría las estrechas callejuelas que conducían a su casa.

El Russell de ocho años pensó, en cambio, que era una suerte que su madre hubiese vuelto antes del trabajo, porque la puerta de casa estaba abierta de par en par y él podría seguir con el libro de aventuras que había estado leyendo y que, por un descuido, se había dejado encima de su jergón. Debía devolvérselo a su maestra lo antes posible o le castigaría por ser tan olvidadizo.

Pero el entusiasmo y la curiosidad por saber cómo continuaría la historia de los tres mosqueteros se esfumaron de su mente al ver a su madre llorar. Russell se quedó paralizado, pues jamás la había visto así. Mary Knight siempre era fuerte, alegre, y su sonrisa era incansable. Cuando a él se le saltaban las lágrimas por algún raspón en la rodilla o por mera frustración, ella siempre le decía que la vida se enfrentaba mejor con alegría que con llantos.

Por eso Russell pensó que su madre solo lloraría por algo realmente grave. Y se asustó. Se acercó despacio hacia ella, que

estaba sentada con la cabeza gacha. Su delgado cuerpo temblaba.

—Madre, ¿qué le ocurre?

Ella, que no le había escuchado llegar, se sorprendió al verlo y, de repente, Russell se encontró entre sus brazos.

—Mi querido Russ… —le dijo con pena infinita—. Tienes que ser fuerte.

El niño la miró sin comprender. ¿Fuerte por qué?

—A papá… —comenzó ella con voz estrangulada—. Lo han acusado de algo que no ha hecho. Y esos malditos *bobbies* de Scotland Yard se lo han llevado.

Russell frunció el ceño. ¿Padre haciendo algo malo? ¡Eso era imposible! Su padre era jardinero en una casa noble y sus rosas eran las más bellas del mundo. Siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás. Incluso le daba leche a la vecina para que alimentara a su bebé, que lloraba a todas horas. Su padre siempre le decía que tenían el deber de ayudar a los que no tenían tanta suerte como ellos.

Debía de ser un error y la policía le dejaría libre en cuanto se diera cuenta. De repente, cayó en la cuenta de algo que su madre debía de haber olvidado y, más contento, pensó que había encontrado la solución.

—¿Y el duque? —preguntó el niño con esperanza—. A veces, me da caramelos cuando voy a la casa grande a ver a papá. ¡Él sabe que no es n hombre malo y le ayudará!

Lo dijo convencido, pues no creía que hubiera algo que un duque no pudiese conseguir, pero su madre sacudió la cabeza y el labio inferior le tembló.

—Para los nobles no somos nadie, y cuanto antes lo entiendas, mejor te irá —dijo su madre con voz grave—. Nunca verán nada más que su propio egoísmo. Jamás seremos nada para ellos.

Pero Russell insistió a pesar del nerviosismo de su madre. A pesar de que siempre le decían que no debía discutir con sus mayores.

—Pero… El duque parece amable —volvió a decir con inocencia—. Acaba de nacer su hija y…

—¡Despierta, Russell! ¡¿No lo comprendes?! —Su madre lo sacudió con histerismo. Un par de mechones canosos se desprendieron de

su desastrado moño. Russell jamás la había visto tan fuera de sí, como si los ojos fueran a salirse de sus órbitas—. ¡Ese duque que tanto te gusta es el que tiene la culpa de todo! ¡Él ha encerrado a papá! Mi John…

La voz de su madre falló y el niño la miró sin saber qué responder. No podía ser… Evocó al enorme duque de sonrisa amable, que felicitaba a su padre por el espléndido jardín. Su madre se echó a llorar de nuevo, como si toda la desesperación acabara de desplomarla sin remedio. Si Russell pensaba que había alguna salvación para su padre, su madre no era de la misma opinión. El niño se envaró, dándose cuenta de repente de lo que eso significaba: jamás volvería a verle.

Y también quiso caer de rodillas sobre el suelo y llorar. En su mente volaban recuerdos de su padre, cargándolo sobre sus hombros para hacerle reír o enseñándole a trasplantar las rosas con el milimétrico cuidado que siempre lo había caracterizado. Su padre, que siempre había soñado con su propio negocio, una floristería, y que jamás podría cumplirlo.

Su madre seguía sollozando, angustiada, y Russell se sintió terriblemente mal. Pero él era ahora el hombre de la casa y no podría ayudar a su madre si los dos lloraban. Le cogió la mano suavemente y la miró con seriedad. Ella le devolvió una mirada triste y desesperada. Russell no entendía todavía las implicaciones de esa angustia, de las preocupaciones que caerían sobre sus escuálidos y pequeños hombros, pero pronto se daría cuenta de la peor manera posible. Un niño obligado a crecer de golpe.

No obstante, en ese momento solo quiso ayudar a su madre.

—Yo estoy contigo, mamá.

Lo que Russell no sabía aún era que en cuestión de pocas semanas se quedaría completamente solo.

Yorkshire, marzo de 1860

Aunque su institutriz la había entretenido con dibujos, canciones y demás juegos durante dos días, Eliza sabía que algo ocurría. Tenía cuatro años —en seis meses cumpliría cinco y ya podía considerarse

mayor—, pero estaba segura de que no era normal que los lacayos de Rowland Manor estuvieran retirando todos los retratos de su madre de las paredes. Durante un descuido de su institutriz, había decidido salir a echar un vistazo y fue testigo de cómo retiraban el más grande de todos, que presidía el vestíbulo de la casa de campo de su familia.

Eliza vio cómo el bello rostro de su madre desaparecía tras una lona blanca. Su madre tenía el cabello rubio como el suyo y los ojos azules, además de una sonrisa bonita que Eliza adoraba. Su madre siempre sonreía cuando estaba con ella y jugaban juntas o le leía cuentos antes de dormir. ¿Dónde se llevaban sus cuadros? Seguro que su madre se disgustaría si se enteraba.

—¡Paren! —ordenó en voz alta a los lacayos, que se limitaron a mirarla con lástima y proseguir su camino. Ella corrió tras ellos y atravesó el vestíbulo—. ¡Paren!

—¡Eliza!

La niña se giró para enfrentarse a su tío, que salía en ese momento del despacho de su padre. Fue apenas un segundo, pero le pareció que su padre tenía mal aspecto, pues creyó verlo golpear una de las paredes con rabia. No pudo observar más, porque su tío se apresuró a cerrar la puerta a su espalda.

—Tío Herbert —dijo con el ceño fruncido. Su tío casi nunca hablaba con ella si no era para regañarla, así que le sorprendió que la llamase. No obstante, aprovechó para exponer su pregunta—: ¿Dónde está mamá?

Su tío se agachó hasta que estuvo a su altura y la miró con seriedad. El hermano de su padre nunca había sido demasiado cercano con ella, por lo que Eliza no le tenía especial cariño. Ni a él ni a su tía. Ninguno de los dos quería jugar con ella nunca. Por suerte, a su prima sí que le gustaba pasar tiempo con ella. Era la única de los tres que le gustaba.

Por eso Eliza lo miró, confusa, cuando su tío le enderezó el lazo que ataba su cabello en una trenza y le acarició la mejilla en un extraño gesto de cariño.

—Tienes que ser fuerte, pequeña Liz —le dijo con suavidad—. Mamá no va a volver y papá necesitará que lo animemos mucho

para que se recupere.

Eliza no comprendía lo que su tío quería decir.

—¿Se ha ido de viaje?

Su tío negó.

—Tu madre estaba enferma. ¿Comprendes?

Eliza sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Hacía un mes había escuchado a la cocinera comentar que uno de sus vecinos había enfermado e ido con Dios poco después. Comprendía lo suficiente como para saber que su madre no iba a volver a sonreírle jamás, ni a jugar con ella ni a contarle cuentos. Sollozó. Su tío no hizo amago de abrazarla, solo la cogió por los hombros.

—Liz, escúchame. No es momento de llorar. Debes tranquilizarte, por la familia. Por tu hermano, que acaba de nacer —le dijo su tío, pero Eliza era incapaz de detener las lágrimas que le caían por las mejillas. Pensó en su hermanito Nathan, que apenas había nacido un par de meses atrás, y en que él no sabría nada de su madre. Ni tampoco cómo era su rostro, porque habían retirado los cuadros de las paredes. Estuvo a punto de decírselo a su tío, pero este habló de nuevo—: Tienes que ser fuerte.

Eliza sollozó de nuevo, pero hizo un esfuerzo enorme por dejar de llorar. Apretó los ojos y trató de impedir que siguiesen cayendo las lágrimas. Su tío la miró con aprobación cuando lo consiguió, a pesar de que a ella le dolía el pecho. Pero no quiso decirlo en voz alta por si la regañaba.

—Eliza, prométeme que siempre serás una niña buena y obediente que nunca nos dará disgustos. —Su tío la miró con seriedad—. No como tu madre, cuyas maldades la hicieron enfermar. ¿Harás eso por papá y por mí?

¿Las maldades de mamá la habían hecho enfermar? No lo entendía; su madre era la mujer más buena del mundo. Pero su tío la estaba mirando de forma tan fría que tuvo miedo de preguntar al respecto. Así que Eliza se sorbió la nariz como pudo y asintió. Si eso hacía que su padre no estuviese triste, estaba dispuesta a esforzarse. Haría siempre caso a su institutriz y no se volvería a escapar de su vigilancia. Si mamá no estaba, ella tendría que ser buena por las dos, ¿no?

—Me portaré bien —respondió—. Te lo prometo, tío.

Capítulo 1

Quince años después.

Londres, 1875

La iglesia anglicana de St. Marylebone era de las más bellas de la capital. Construida en 1742, se había convertido con rapidez en una de las más importantes de la zona. Situada cerca de Regent's Park, en Marylebone Road, era notable la cantidad de nobles que habían acudido a dicha iglesia para contraer matrimonio, bautizar a sus hijos —el mismísimo lord Byron había sido uno de esos bebés privilegiados— o enterrar a sus muertos. Hecho que convertía en algo todavía más irónico lo que cualquiera podía encontrar si se atrevía a explorar los subterráneos de la sagrada casa de Dios.

El hombre que se hacía llamar Lucifer observaba la fachada de piedra desgastada, pensativo. Era joven, fuerte, y estaba sumido en sus pensamientos, por lo que no notaba apenas el frío, que calaba hasta los huesos. Lloviznaba, algo muy común encontrándose a principios de abril. Las temperaturas comenzaban a subir de forma modesta y Londres ardía de actividad a causa de la temporada, algo que beneficiaba a sus negocios y propósitos. Estaba tan ensimismado que no escuchó que el portón de la iglesia se abría en el mismo momento en que el enorme campanario anunciaba que eran las seis de la mañana. Los rayos de sol se asomaban tímidamente por encima de la fachada de la iglesia y Lucifer dejó que el amanecer le acariciase el rostro.

—¿Por qué te encuentro siempre aquí como un pasmarote? —preguntó una voz a su espalda—. Para haber adoptado el nombre del ángel caído por excelencia, pasas mucho tiempo en la luz…, Lucifer.

El aludido se giró y observó al párroco, que se enorgullecía de aplicar la muy famosa puntualidad inglesa. Sonrió. Siempre era gracioso escuchar a un hombre de Dios pronunciar el nombre de Satán con tanta indiferencia. Pero el padre Samuel Weasley y él se

conocían desde que eran pequeños, por lo que ambos estaban ya curados de espanto.

—Ya sabes lo que dicen: «A quien madruga…» —respondió Lucifer con calma, y se rio de su propio chiste antes de ponerse serio de nuevo—. Nos gusta lo que no podemos tener. Y a mí hace tiempo que se me privó de la luz.

A Lucifer le gustaba la iglesia como un edificio repleto de arte, pero no lo que representaba. Aunque su creencia en una ayuda divina se había esfumado hacía mucho, no dejaba de apreciar que la construcción era muy bella. El campanario y la capilla auxiliar, que se construyeron posteriormente, hacía apenas sesenta años, eran sus zonas favoritas.

Pero, por encima de todo, él prefería el oscuro y atrayente secreto que la iglesia de St. Marylebone guardaba bajo sus muros de ladrillo. La cripta abovedada que se escondía bajo la planta principal y, conectada a ella, la catacumba del lado oeste.

Samuel puso los ojos en blanco.

—Si no fueras tan increíblemente melodramático, hasta me preocuparía que cogieses una pulmonía ahí fuera. Que Dios te perdone, porque yo no tengo potestad suficiente para absolver tu cargante personalidad.

Lucifer rio; le gustaba salir a tomar aire fresco tras toda una noche trabajando y Samuel lo sabía. Poca gente se atrevía a hablarle así, pero también eran pocos los que sabían que él era un mortal normal y corriente y no ningún ser sobrenatural. O, al menos, los que estaban totalmente seguros de ello. Era agradable ser partícipe de un trato tan informal, y no de una sucesión de palabrería estúpida y vacía que la única intención que tenía era darle coba para que perdonase sus deudas.

—El hecho de que sea tan melodramático ha dado a La Tríada la fama que tiene ahora. Yo lo veo como una de mis numerosas virtudes.

El párroco adoptó un gesto adusto, para nada impresionado por su arrogante declaración. Hasta el verdadero Satán, sentado en su trono del infierno, sabría que él tenía más defectos que virtudes.

—Aún no puedo creer que haya funcionado tan bien. Los ricos son

una panda de hipócritas y me lo demuestran cada día.

—¿Acaso has creído alguna vez en la bondad humana tras lo que hemos vivido desde niños?

Samuel sacudió la cabeza.

—Yo aún creo en la bondad humana, pero puedo entender que tú no consigas hacerlo —respondió su amigo—. Ser Lucifer te otorga más beneficios que ser el hombre que eras antes.

—Solo he sabido aprovechar lo que tú no puedes hacer por tu condición de representante de Dios. —Lucifer se aproximó un par de pasos a su amigo. La sotana de Sam, de un blanco inmaculado, contrastaba con su oscuro atuendo, negro de pies a cabeza—. Le he dado a la gente un lugar en el que pecar sin sentirse culpable por ello después.

Sam negó.

—Precisamente os escondéis porque la gente se siente muy culpable por ello.

Gracias a que la iglesia se construyó sobre antiguos cimientos romanos, la edificación contaba con un subsuelo muy sólido que Lucifer y sus amigos habían sabido aprovechar. Los romanos sabían hacer muy bien las cosas, al menos en lo que respectaba a la arquitectura. También, pensó esbozando una sonrisa, en lo que concernía al placer carnal. O quizá lo último iba más acorde con la antigua Grecia.

Si se sabía cómo y a quién preguntar, cualquier interesado podía encontrar La Tríada y disfrutar de todo lo que el club clandestino le ofrecía.

—Le has dado a la gente la oportunidad de ir al infierno por la noche, mientras que reza por sus pecados durante el día dentro de mi confesionario —añadió Sam. Se hizo a un lado para que Lucifer pudiese entrar en la iglesia y resguardarse de la lluvia, que se estaba convirtiendo en un potente aguacero—. Y, que Dios les perdone, el pecado siempre ha sido mayor tentación que la virtud.

Lucifer frunció el ceño, cansado de la patraña moral de su amigo. No había dormido en toda la noche porque el club había estado hasta los topes hasta la hora de cierre, y deseaba echar una buena cabezada. Ni siquiera la belleza interior de la iglesia, con sus

hermosas pinturas repujadas de oro, lo distrajo de su enfado. Había salido a la calle porque necesitaba tomar aire fresco después de pasar horas en el ambiente viciado del club, no para escuchar sermones.

—Precisamente por eso tú aceptas alegremente el dinero que te damos a cambio de tu silencio —respondió con voz acerada.

Pero el padre Weasley estaba lejos de ofenderse por una nimiedad semejante. Lucifer lo consideraba un párroco fuera de lo común y agradecía que lo fuera. Si no, hacía tiempo que La Tríada hubiese tenido que cambiar de ubicación y, dada la temática del club, eso hubiese sido una verdadera lástima. Era un hombre práctico, que anteponía la necesidad de los pobres a su propia conciencia. Al igual que hizo su padre antes que él. Por eso el dinero que Lucifer le entregaba cada mes estaba destinado a sus feligreses más desfavorecidos. Hasta la última libra.

—Porque seré cura, pero no estúpido. —Sam se despidió con un ademán de la mano. Dentro de una hora debía oficiar la misa y tenía que prepararse. Aunque, con el clima actual, Lucifer dudaba si acudiría alguien. Ni el más ferviente devoto querría pillar una pulmonía que lo podía llevar a la tumba—. Rezarle a Dios y clamar al cielo por tu poco respeto a la religión no llenará los estómagos de los pobres que se mueren de hambre cada día. Además de párroco, soy un hombre realista.

Lucifer lo miró en silencio y se guardó la réplica que tenía en la punta de la lengua. *Realista* y *religioso* nunca habían sido palabras complementarias, pero en el alma del padre Weasley funcionaban juntas y en armonía. No obstante, Samuel y él tenían diferentes objetivos en la vida. Mientras que su amigo prefería usar su posición para el bien de los demás, él había luchado incansablemente desde que era pequeño por una única cosa: destrozar la vida del duque de Rowland.

Algo que por fin estaba a punto de lograr.

—Tú eres un hombre realista y mi odio arde mejor en el infierno. —Lucifer sonrió—. Por eso nos llevamos tan bien.

Se marchó sin decir una palabra más. Fue hasta la parte de atrás de la nave central, bajó unos pocos escalones y esquivó el cartel que

ocupaba la puerta que llevaba a la cripta abovedada, en la que ponía bien claro «Prohibido el paso. Peligro de derrumbe» para ahuyentar a los curiosos. Abrió la puerta que solo utilizaban Samuel y los tres dueños del club. Era la mejor forma de salir y entrar sin toparse con clientes o empleados. Un olor diferente al del empalagoso incienso, más rancio, llegó hasta su nariz. Bajó las resbaladizas escaleras de piedra con cuidado y, tras atravesar una puerta de madera y el pesado tapiz ubicado tras ella, pronto estuvo en su caldeado despacho.

Agradeció el cambio de temperatura. Uno de los problemas que se encontraron cuando quisieron hacer el club bajo tierra implicaba el frío infernal que hacía allá abajo, a pesar de que todas las catacumbas habían sido enladrilladas veinte años atrás, cuando fueron descubiertas. Pero, una vez más, los antiguos romanos supieron resolver el problema antes que nadie. Una caldera situada en la parte de atrás de la iglesia producía aire caliente que pasaba por unos conductos situados bajo el suelo, caldeando las diferentes habitaciones.

Miró a su alrededor, más tranquilo. En su despacho se sentía como en casa. Era en sus dependencias privadas donde Lucifer pasaba la mayor parte del día y poca gente tenía acceso a ellas sin su permiso.

Entre los privilegiados se encontraban sus dos amigos, aunque él los consideraba familia. Estaban repantingados en las mullidas butacas rojas y fijaron la vista en él en cuanto entró. Lucifer colocó correctamente el tapiz que ocultaba la entrada desde la iglesia, cerró la puerta y los miró, algo sorprendido de verlos allí.

—Os imaginaba durmiendo a pierna suelta.

Azazel, el más cercano a él, sonrió. Como encargado de la seguridad de La Tríada, siempre decía que debía dar ejemplo a los demás empleados con su físico, por lo que se entrenaba a diario para tener la anchura de un armario. Sus enormes músculos y su naturaleza seria disuadían a cualquier cliente de montar un escándalo, mientras que sus inusuales ojos —uno, verde como las montañas de Escocia; y el otro, azul como el cielo despejado—, dirigidos a la persona adecuada, transmitían calidez. Su aspecto rudo ocultaba su verdadero carácter, pues irónicamente le encantaba la

pesca con mosca. Un hombre enorme, tranquilo, inteligente y atractivo. La viva imagen de su padre, que no tuvo la consideración de legitimarlo por tener la mala fortuna de ser hijo de una prostituta. Algo que, por supuesto, era culpa del hijo y no del padre.

Un ejemplo más de la mierda de Dios a la que servían los devotos ricachones.

Azazel era un bastardo y nunca le había importado reconocerlo, pero, por encima de todo eso, era un amigo. Prácticamente un hermano. La persona gracias a la que había logrado sobrevivir a las duras calles de Londres durante más tiempo del que le gustaba recordar. Lucifer estaba tranquilo al saber quién le protegía las espaldas.

—¿En un día tan importante? Imposible.

Lucifer frunció el ceño con curiosidad y miró al hombre que completaba la tríada de malnacidos. Gadreel se había unido a ellos hacía solo unos pocos años —tantos como el club llevaba en pie—, pero Lucifer confiaba en él como si lo conociera de toda la vida, a pesar de su desconfianza innata hacia los nobles. Como el más afortunado de los tres, Gadreel vivía la situación inversa a Azazel: un padre que lo había legitimado antes de darse cuenta, demasiado tarde, de que no era sangre de su sangre. El fuego que brillaba en el cabello de Gadreel, tan diferente al anodino negro que dominaba el árbol genealógico de la familia Grimstead, unido a sus ojos claros como el cielo encapotado, le otorgaba un físico tan distinto a lo que solía verse en Londres que a Lucifer no le hubiera extrañado que su padre fuera uno de esos magníficos guerreros escoceses que habían muerto por su patria dos siglos atrás.

Por suerte para la cordura del barón Barwick, su supuesto padre, Gadreel era el segundo en la línea de sucesión. Lucifer estaba convencido de que al viejo le hubiera dado un infarto si su no-hijo reconocido hubiese heredado su título, aunque se viera a leguas que Gadreel era mucho más inteligente que su hermano mayor.

Y más guapo. Y más atlético. Y más lo que fuera. Era un tema que amargaba profundamente a Gadreel y que los otros dos procuraban no mencionar en su presencia. Porque su amigo era, más que inteligente, un maldito genio con una habilidad insana para los

números y una memoria prodigiosa. No había mejor hombre para llevar al día las finanzas de La Tríada.

Quizá por eso se había unido a ellos con tanta facilidad; llevar un negocio clandestino era un reto que no aburría a su mente inquieta. De hecho, era de los que se traía siempre varios negocios entre manos. Y, obviamente, se embolsaba mucho dinero por ellos. Era una buena forma de asegurarse el futuro si su padre, haciendo caso omiso del escándalo que provocaría, decidía desheredarlo.

Los tres formaban un magnífico equipo que los había llevado a la fama. Fuera de La Tríada sus nombres eran distintos y sus vidas más complicadas, pero entre la aristocracia se les conocía como a los ángeles caídos que gobernaban el mejor club clandestino de Londres. Los apodos, además de añadir misterio al asunto, los ayudaban a salvaguardar sus identidades. Sobre todo para Gadreel, que era el más conocido de los tres.

—¿Lo has conseguido? —le preguntó Lucifer.

El pelirrojo ensanchó su sonrisa y le tendió un ejemplar de *The Times*.

—¿Cuándo te he fallado yo? —respondió con seguridad y satisfacción—. Página catorce. Recién salido de imprenta. Ni siquiera los implicados lo habrán visto aún.

Con premura, Lucifer fue hasta la página indicada y leyó con avidez. Estaba tan nervioso que le fue muy difícil controlar su expresión. El corazón le latía desbocado cuando leyó las amonestaciones:

Se anuncia el compromiso de Richard Grimstead, decimoquinto barón Barwick, con lady Eliza Cavendish, la honorable hija del duque de Rowland.

Sonrió. El plan estaba en marcha.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó exaltado.

—El cuatro de junio. —Lucifer hizo cálculos rápidos. Estaban a diez de abril. Quedaban dos meses, aunque Gadreel fue más milimétrico al expresar esos mismos pensamientos en voz alta—: Tienes exactamente siete semanas y cinco días para seducir a esa chica, casarte con ella y poner la vida de su papi del revés.

Lucifer ensanchó la sonrisa. Azazel imitó su gesto y se frotó las

manos.

—¡El duque pagará! —exclamó con entusiasmo. Ambos amigos estaban al tanto de su *vendetta* y Lucifer les agradecía su ayuda y apoyo incondicionales. Sin ir más lejos, el propio Azazel había vivido con él las penurias de la calle y conocía mejor que nadie la historia de su familia—. No sabe la que se le viene encima.

—Así será —sentenció Lucifer con dureza antes de girarse hacia Gadreel—. ¿Cómo has conseguido que tu padre accediese a casarse con ella?

Su amigo se encogió de hombros con aburrimiento.

—Todo lo que venga de mí no le gusta, pero si se lo sugiere mi maravilloso hermano… He dejado que Raymond se apunte el tanto. —La voz de su amigo transmitía rencor y Lucifer supo lo mucho que le había costado a Gadreel tragarse el orgullo. Aquello hacía que apreciase su ayuda todavía más—. Además, la notable belleza y pedigrí de lady Eliza han ayudado mucho a tomar una decisión favorable. Si mi padre se casaba por segunda vez, no sería con una mujer peor posicionada que él. Emparentar con Rowland… Bueno, es lo mejor que puede sucederle, dado su ya estupendo estatus. El dinero no le importa mientras la reputación de ella sea intachable. Ahora podrá entrar en el mismísimo Buckingham Palace si así lo desea.

Lucifer leyó de nuevo el periódico. Sabía que Barwick era poderoso e influyente pese a ser un simple barón. Tenía dinero y buena reputación, pero había lugares cuyas puertas tenía cerradas por no tener un título más importante, aunque este fuese de los más antiguos de Inglaterra. Emparentar con los Rowland redondeaba su ya de por sí buena situación, tal y como había dicho Gadreel. Esas amonestaciones pronto estarían en boca de toda la aristocracia y no habría vuelta atrás para la hija del duque. Lady Eliza iba a convertirse en la perdición de Rowland y en parte de la venganza de Lucifer.

«Ya queda menos, padre», se dijo.

Tenía que admitir que Sam tenía razón: era un melodramático. Aunque jamás se lo diría a él.

—Todavía me cuesta creer que tú, el eterno amargado, vayas a

consentir atarte a esa mujer —dijo Azazel, pensativo—. Aunque sea por limpiar el nombre de tu padre y vengarte del duque, es demasiado. ¿Y si resulta ser una mimada insoportable?

No le importaba. La desposaría para originar un escándalo de proporciones épicas y después la mandaría a Edimburgo, donde no le faltaría de nada, pero donde tampoco haría vida a su lado. No pensaba casarse nunca, así que no le importaba desposarse con tal de cumplir sus propósitos. Era un simple daño colateral que tendría que soportar durante poco tiempo. El suficiente como para cumplir su objetivo.

—Ten en cuenta que el duque puede repudiarla —le recordó Gadreel. Siempre le gustaba analizar todas las posibles variables y avisar en consecuencia—. Bueno, de hecho lo hará con toda seguridad.

Lucifer se encogió de hombros.

—Si hay algo que el duque ame, además de su intachable reputación, es a su querida hijita. Lo dice todo el mundo —replicó con frialdad—. Se deshizo de mi padre sin remordimientos, pero no creo que haga lo mismo con su hija. Y, aunque la repudie, el mal estará hecho. No se podrá recuperar del escándalo por muy duque que sea y me encargaré de que no pueda taparlo de ninguna forma. Toda la sociedad sabrá qué ha sucedido. Todavía no puedo demostrar lo que le hizo a mi familia, y no sé si lo lograré algún día, pero conseguiré que se quede sin posición social y sin su linda niña.

—¿No era que a los duques se les perdonaba todo? —preguntó Azazel arrugando el rostro.

Lucifer asintió.

—Pero que su hija pase de ser la incomparable de la temporada a una mujer sin reputación es muy duro en ese entorno tan de apariencias. Por no decir que sigo buscando cada uno de los fantasmas que esconde Rowland para sacarlos a la luz. —Lucifer sonrió ante su plan, que tenía tres vertientes muy claras: quitarle a Rowland su dinero, su reputación y a su hija. Dejarle tan solo y destruido como él mismo quedó cuando su padre murió—. Pronto sabré si tengo razón respecto a la supuestamente fallecida duquesa. He puesto a alguien a investigar el asunto.

Gadreel sonrió con aprobación, como si a él mismo no se le hubiese podido ocurrir una artimaña mejor, pero Azazel carraspeó.

—Hay algo que no entiendo: no amará a su hija tanto como dices si se la está entregando a un viejo —dijo con censura y asco.

—Todo lo contrario —rebatió Gadreel con frialdad—. A mi padre le quedarán cinco o diez años a lo sumo con el ritmo de vida que lleva, aunque él no quiera admitirlo. Además, posee una de las mayores fortunas de Inglaterra.

—Como sabes, el duque está quedándose sin dinero a marchas forzadas —le interrumpió Lucifer—. Hará lo que sea para que nadie sepa sobre sus dificultades económicas.

Todo gracias a ellos, por supuesto. Era el primer paso del plan. Uno de los amigos de Lucifer de sus años viviendo en la calle, magnífico actor de teatro, se había hecho pasar por un respetable empresario que había logrado que el duque invirtiera en una supuesta línea de ferrocarriles que ellos habían creado de forma temporal. Tras desaparecer con el dinero —cuya mitad estaba ahora mismo engrosando las arcas de La Tríada—, Rowland se había quedado con un palmo de narices y su patrimonio mermado.

—El duque sabe que su hija tendrá la vida resuelta antes de que sus problemas económicos salgan a la luz —prosiguió Gadreel—. Será una viuda joven con patrimonio y potestad para casarse de nuevo cuando el barón ya no esté. Es una jugada táctica muy adecuada. Además de que, por supuesto, tendría acceso a la fortuna de mi padre.

Sí, el duque pensaba que estaba protegiendo a su pequeña rosa, pero en realidad estaría llevándola a la ruina.

—Tenéis la sensibilidad de una piedra —declaró Azazel—. Puede que el barón se muera pronto, pero mientras tanto esa dama tendrá que asistirle en la cama. Yo creo que me suicidaría.

—Siempre puede buscarse un amante —dijo Gadreel encogiéndose de hombros, nada afectado por estar hablando de la vida sexual de su padre—. Además, por lo que tengo entendido, mi padre tiene varias amantes que ocupan gran parte de su tiempo. Solo la tocaría para consumar el matrimonio. Apuesto lo que queráis a que después la ignoraría. Ya tiene un heredero, así que no

necesita más hijos.

—No sé por qué os preocupáis por eso —inquirió Lucifer—. La finalidad de este compromiso es abrir una brecha entre padre e hija, para que yo pueda interponerme entre ellos. Lady Eliza no estará contenta con este compromiso impuesto. ¿Quién lo estaría?

Sus amigos asintieron, dándole la razón.

—Pero lo que no sabe es que no llegará a casarse con Barwick, porque yo me encargaré de que así sea. Estará comiendo de mi mano enseguida.

Gadreel rio.

—Siempre tan seguro de ti mismo —se burló—. ¿Y si a milady no le gustas? He oído que es una niña obediente que nunca se mete en problemas. Aburrida, insustancial incluso. Es cierto que no le gustará verse prometida a un hombre de sesenta años, pero no discutirá con su padre por ello. Es difícil luchar contra tanta obediencia.

Lucifer sonrió.

—Tú encárgate de tu parte, que yo me aseguraré de que la dama caiga en mis redes.

Azazel ensanchó su sonrisa, sin duda por alguna idea que él consideraba brillante y que con toda probabilidad no lo era.

—Apostemos —dijo con maldad, y Lucifer puso los ojos en blanco —. Mil libras a que no consigues llevártela a la cama hasta la noche antes de la boda, y solo porque cualquier cosa es mejor que encamarse con Barwick. Se acostará contigo por desesperación.

Gadreel frunció el ceño, reflexionando. Lucifer pensaba que no se rebajaría a apostar por algo así, pero subestimaba su deseo de demostrar su inteligencia superior una y otra vez.

—Teniendo en cuenta las variables y que nuestro pobre amigo necesitará mucha ayuda para moverse entre la aristocracia… Pero colocando en la balanza su atrayente e inexplicable personalidad y su atractivo, sumado al descontento de lady Eliza por verse atada a un hombre tan mayor… —musitó Gadreel con calma, y Lucifer se planteó el cambiar de amigos—. Tardará algo más de un mes. Cinco semanas exactamente.

—Sois un par de imbéciles —espetó cuando los vio estrecharse las manos para sellar el trato, y ambos estallaron en carcajadas ante su

irritación—. No importa lo que digáis ni quién gane la estúpida apuesta. Juré vengarme de Rowland, y eso haré. Lady Eliza caerá en desgracia antes del cuatro de junio.

Y, por fin, encontraría paz para su padre.

Capítulo 2

De niña, cuando pensaba en su futuro, imaginaba que algún día llegaría un hombre vestido con la elegancia de un príncipe que la amaría con todo su corazón. La cogería en volandas para llevarla a su castillo y se sentiría como una princesa de cuento a la que nada ni nadie podría herir.

Conforme fue creciendo y la vida real se impuso a la fantasía, se conformó con soñar con un hombre bueno que la tratase bien. Quizá también soñaba inútilmente con regentar una pequeña floristería, a pesar de que las damas nobles no tenían permitido trabajar. No obstante, y aunque sabía que por su condición de única hija del duque de Rowland era más que probable que acabase en un matrimonio concertado, siempre albergó la esperanza de que al menos le gustase su futuro esposo.

Por eso, lo único que lady Eliza Cavendish sintió al leer sus propias amonestaciones en el periódico fue una sensación de ahogo que amenazó con hacerle perder la perfecta compostura que tan férreamente se obligaba a reflejar cada minuto del día.

Aunque, como en esos momentos, se sintiese absolutamente miserable.

—No puedo creer que tu padre haya consentido esto. —Su mejor amiga, Ginny Phellam, la observaba con compasión. Su bonita piel blanca estaba arrugada por el profundo ceño fruncido y la mueca de asco—. Tiene como doscientos años más que tú. Es demencial.

Eliza dejó el periódico sobre la mesa y deseó echarse a llorar. Pero las futuras baronesas no podían llorar en público. Ni en privado.

—Tú también vas a casarte con un hombre que apenas conoces.

Ginny la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Hombre que solo tiene cinco años más que yo y que, y siento ser yo quien lo diga, es guapo a rabiar. No compares, por el amor de Dios.

Casi quiso reír por los exabruptos de su amiga, tan poco apropiados, pero se le había extinguido cualquier atisbo de humor. Las dos jóvenes se encontraban en el jardín trasero de Rowland

House, desayunando. En realidad, Ginny era la única que comía, porque Eliza había perdido el apetito por completo. Su amiga había aparecido sin avisar con el ejemplar de *The Times* bajo el brazo, absolutamente descolocada. A Eliza no le había sorprendido su visita, pues Ginny era la única que podía aparecer por la mansión sin previo aviso y lo hacía siempre que lo deseaba. Tanto su padre, el duque, como su tía Margaret eran muy estrictos con el protocolo, por lo que había muy pocas excepciones en lo concerniente a seguir a rajatabla las asfixiantes reglas del decoro. Algo que Eliza había aprendido a sobrellevar desde muy joven. Su padre siempre le decía que, como poseedores de uno de los títulos más antiguos de Inglaterra, debían ser un ejemplo a seguir para el resto de la aristocracia.

Pero hasta el duque de Rowland había tenido que rendirse ante el arrollador carácter de Geneviève Phellam. Como hija de un rico americano en busca de estatus, Ginny tuvo que vérselas con los prejuicios que los ingleses tenían contra los ruidosos extranjeros desde el mismo momento en el que puso un pie en la capital. Ginny lo había llevado con humor en cada ocasión donde se había sentido despreciada. Algo que Eliza admiraba, pues ella siempre había tenido un miedo atroz a lo que la gente pensase de su comportamiento o aspecto. A pasarse de la raya, aunque solo fuera un milímetro, y sentirse señalada.

Eliza conoció a Ginny en una fiesta campestre, un año antes de su debut oficial, y se hicieron amigas de inmediato. Hasta la fecha siempre había estado bastante sola, rodeada de personas que solo querían acercarse a ella por su posición y nada más. Pero Eliza vio de inmediato que Ginny era completamente sincera y que quería su compañía por quien era ella y no por su padre. Era refrescante conocer a una persona que ignoraba deliberadamente los títulos nobiliarios. Por eso le abrió las puertas de su vida casi de inmediato.

Fue una suerte. Eliza no creía haber podido enfrentar sola el anuncio de su compromiso con el barón Barwick. También daba gracias de que Ginny se hubiera comprometido con un marqués empobrecido, pues así su familia ya empezaba a verla como una compañía más apropiada para ella.

No soportaría quedarse también sin su amiga.

—Es que ni siquiera me ha pedido opinión —susurró. Era lo que más la afligía, y el dolor que sentía en el pecho era como si un afilado cristal se hubiese clavado en su corazón—. Mi padre sabe que yo habría accedido por el bien de la familia, pero ni siquiera me lo ha consultado.

Era un buen padre, y no lo había dudado nunca. Tenía sus defectos, como todos, pero no le había faltado nunca de nada. Incluso ahora, que se sentía desamparada por él, Eliza creía firmemente en que el duque tendría una buena razón para arrojarla a los brazos de un barón que tenía un pie en la tumba. Siempre decía que era la niña de sus ojos, y siempre le había dado todo cuanto había necesitado, pero Eliza tenía un defecto que nadie podía corregir: era una mujer, y las mujeres estorbaban cuando se hacían mayores.

Su hermano pequeño, Nathan, sería el próximo duque y tenía el futuro resuelto. Ella necesitaba de un hombre para poder siquiera pensar en lo que le depararía el mañana, que se le antojaba oscuro y lúgubre.

—Podrías haber tenido a cualquiera —dijo Ginny. Sus ojos verdes estaban entrecerrados por la rabia—. ¡Literalmente a cualquiera! Eres increíblemente guapa, de buena cuna, y tienes una reputación reluciente. ¡La maldita incomparable de la temporada! Solo han pasado dos meses desde tu debut y no me creo que no hubiera otros candidatos. ¡Tu padre se ha vuelto loco!

—Shhh —le instó Eliza mirando a su alrededor—. Pueden oírte.

Ginny se calló, sabiendo lo mucho que el duque odiaba las salidas de tono. No quería que Eliza pagase los platos rotos por su culpa, pero era evidente que le estaba costando mucho morderse la lengua. En el fondo de su corazón, Eliza se hacía las mismas preguntas. ¿Acaso su padre no podría haber encontrado alguien mejor que un viejo barón con un pie en la tumba?

—Tengo que hablar con él —se dijo. Al menos creía merecer una explicación—. ¿Te importa si te dejo sola unos minutos?

Ginny negó con la cabeza y le lanzó una mirada de ánimo antes de seguir dando buena cuenta del desayuno. Eliza envidió esa

libertad para comer cuanto quisiera y seguir manteniendo una buena figura. Ella tenía racionadas las comidas desde hacía más años de los que podía recordar. Era inadmisible no poder llevar el corsé lo suficientemente apretado. Corsé que en esos momentos la ahogaba más que nunca.

Entró en la casa y cruzó el vestíbulo rumbo al despacho de su padre. Justo cuando iba a llamar a la puerta, esta se abrió y se topó de bruces con su tío Herbert. Este se sorprendió un poco al verla, pero sonrió de inmediato.

—Mi querida sobrina, tan hermosa como siempre —dijo con una amabilidad que hizo que la joven frunciese el ceño. Sus ojos se desviaron hacia el periódico que ella todavía estrujaba entre las manos—. Permíteme que te felicite por tu compromiso.

Eliza hizo acopio de todas sus fuerzas para no soltar una réplica. Como hermano pequeño de su padre, Herbert siempre había querido ser el duque. Algo que nadie más que ella quería o podía ver. Siempre había sido distante o frío con ella, excepto para ordenarle qué debía o no hacer. Su afán por el título lo llevaba a manejar a su padre y a su hermano como se le antojara. Su padre era el duque, pero Herbert llevaba la administración de todas las propiedades y le encantaba jactarse de ello. Su padre era manipulado sin darse cuenta y Nathan tenía un carácter pusilánime con solo quince años, por lo que Herbert había logrado que su sobrino lo idolatrase como si fuera un Dios en la tierra.

Era asqueroso.

En ese momento, se le ocurrió algo que no había pensado por culpa del *shock* inicial: el compromiso no había sido cosa de su padre, sino de su tío. La forma perfecta que tenía de deshacerse del único miembro de la familia que no danzaba a su son. Porque su madre, por desgracia, salió de sus vidas al poco de nacer Nathan. Herbert había sabido aprovecharse bien de la crisis familiar para imponer su presencia de forma permanente.

Eliza siempre había seguido las reglas, siempre. Su padre deseaba que fuese la perfecta dama inglesa, el ángel del hogar, y en eso se había convertido. Aunque más de una vez se sintiera tan asfixiada que las paredes de la casa se le cayeran encima. Se preguntó si su

madre también se había sentido así y si por eso su mente se rompió sin remedio.

Su sentido de la obediencia y la responsabilidad siempre había estado por encima de sus propios sentimientos, pero el desasosiego amenazaba con hacerle caer de rodillas. Iba a pasar de una jaula dorada a otra. Y no podía hacer nada para evitarlo.

—Buenos días, tío —respondió con voz neutra. Dios sabía lo mucho que le costó que no le temblara la voz por la rabia. Ella no era así, pero le era difícil no sentirse ultrajada. Aun con las evidencias ante sus ojos, una parte de ella trataba de justificar la situación—. Deseaba hablar un momento con mi padre si fuera posible.

Herbert se hizo a un lado de inmediato para dejarla pasar. En su rostro solamente había amabilidad, pero Eliza sabía la verdad. Era un hombre ladino que ansiaba el poder que le conferiría el ducado si su hermano y su sobrino no estuvieran en medio.

Eliza cerró la puerta tras ella y relajó un poco los hombros cuando perdió de vista a su tío. Tras el escritorio, el duque de Rowland alzó la mirada y su rostro pasó de reflejar seriedad a sonreír. Él siempre le decía que la quería muchísimo; por eso le dolía todavía más que hubiese permitido su compromiso, y más de una forma tan sibilina.

—Querida hija, pasa. —Le señaló la silla que había frente a él y Eliza se sentó—. ¿Qué puedo hacer por ti? Sabes que no debes venir aquí cuando estoy trabajando. No me gusta que me interrumpan.

Eliza ignoró el hecho de que su padre fingía no saber a qué se debía su visita. El pequeño regaño ayudaba a fortalecer su pantomima y a recordarle que no debía importunarle.

Decidió no andarse con rodeos.

—He leído las amonestaciones en *The Times* —dijo dejando el periódico sobre el escritorio—. No esperaba que me ocultase algo tan importante, padre.

El reproche hizo efecto, porque su padre adquirió una expresión lastimera que no ablandó el corazón de su hija. Aunque estuvo a punto de hacerlo.

—Todo ha ido muy rápido —se excusó—. El barón vino a principios de semana para pedir tu mano y nos pareció un gran partido para ti.

—¿*Nos*? —replicó ella—. ¿Esto ha sido idea del tío Herbert?

Pero su padre sacudió la cabeza.

—Deja a tu tío fuera de esto. No quiero que vuelvas a decirme lo que piensas de él, porque no lo toleraré —dijo con crudeza, y Eliza se mordió la lengua para no replicar que ella no había sido la que había empezado. Le daba pavor que su padre perdiera los papeles. Por su bien, debía mantener la calma—. El barón tiene una reputación envidiable y una fortuna inmensa. Es más rico que Creso. Cuidará de ti. Serás baronesa y tendrás el futuro asegurado.

—Nosotros también poseemos una reputación envidiable y una fortuna inmensa —dijo Eliza, y su padre hizo una mueca involuntaria que encendió todas sus alarmas—. ¿O no es así?

El duque suspiró y comenzó a ordenar los ya de por sí bien organizados enseres de su escritorio. Era algo que hacía cuando estaba muy nervioso, y odiaba que le movieran las cosas aunque fuera un milímetro fuera del sitio.

Conociendo su comportamiento, Eliza esperó a que ya no tuviera nada que reordenar. Finalmente, su padre la enfrentó sin ningún atisbo de preocupación o pena.

—No es algo que te incumba, Eliza.

Ella apretó los puños sobre la falda y trató de moderar su tono de nuevo.

—No pido que me pregunte mi opinión, padre, pero al menos me gustaría estar informada si estoy involucrada de alguna forma.

Su padre la miró con seriedad antes de ceder con un seco cabeceo.

—He hecho unas inversiones… no muy buenas —respondió, y lo notó vacilar antes de proseguir—: Tu dote se ha perdido.

Eliza parpadeó, incrédula. Esperaba no haber escuchado bien.

—¿Ha perdido toda mi dote?

—No solo la dote… —respondió, y lo vio tragar saliva con fuerza. Le estaba costando mucho confesar—. Un buen grueso de la fortuna. No es algo de lo que tengas que preocuparte.

No podía creerlo. Quería que su padre le dijera que estaba bromeando, aunque nunca había sido dado a los sarcasmos ni a las ironías. Edward Rowland era un hombre muy literal y en su rostro no

había asomo de burla.

—No me mires así. Parecía un negocio magnífico que doblaría lo invertido. No lo entenderías, Eliza. —Se puso a la defensiva de inmediato—. Incluso Herbert estaba de acuerdo, pero… El tipo nos engañó y la policía anda buscándolo. Repito que no es algo de lo que tengas que preocuparte. Solo debes saber que tu boda lo arreglará.

Eliza sacudió la cabeza; era increíble. Frunció el ceño.

—¿Cómo ha conseguido que el barón ignore que no tengo dote?

Su padre carraspeó, incómodo.

—Solo le interesaba tu belleza y poder emparentar con el ducado —dijo sin tacto alguno—. Era su último paso para alcanzar el máximo escalafón social. A cambio de casarse contigo, guardará el secreto de nuestra situación económica e incluso nos prestará dinero hasta que nos recuperemos y salvemos las propiedades.

Eliza se sintió tan ultrajada, tan usada que no supo qué responder. El barón quería un trofeo que colgarse del brazo, y su padre y su tío querían dinero. Ella no contaba para nada. Como si fuese un animal de granja que enviar al matadero.

Ya sabía que solía ser así, que no era más que un cero a la izquierda para su familia, pero no esperaba que su padre la usara de esa forma tan fría y cruel. Sintió que algo se resquebrajaba en su interior y no pudo refrenar su lengua.

—Me ha vendido como a una res —dijo en voz baja. Su padre se encogió un poco ante su mirada, pero no reculó. No vio arrepentimiento en su rostro—. Parte de un trato para salvar su propio pellejo.

Sin inmutarse, su padre negó con la cabeza.

—No opines sobre lo que no entiendes, Eliza —rebatió con firmeza —. También miro por ti. De hecho, es un magnífico trato para asegurar tu futuro. Serás baronesa y el viejo barón morirá pronto. Lo único que debes hacer es esperar a ser viuda y podrás elegir al marido que quieras. Es una buena situación para ti, querida mía. Créeme, yo sé lo que es mejor para ti.

Eliza odiaba esa maldita frase. «Yo sé lo que es mejor para ti» era lo que le decía de pequeña cada vez que la castigaba cuando hacía

algo que no consideraba correcto en una dama. Lo peor de todo era que, de tanto repetirlo, el duque lo creía a pies juntillas. Hasta a ella misma le costaba mucho rebatirlo. Era su padre, ¿no? ¿Cómo no iba a querer su bienestar?

Se dio cuenta de que su padre quería convencerla de que estaba haciéndolo por su bien, pero su actitud —casi indiferente ante su dolor— todavía la entristecía más. ¿Eso le había dicho Herbert para que aceptara el trato de Barwick? Una parte de Eliza quería creer que era una de las manipulaciones de su tío, pero otra le gritaba que su padre estaba actuando por cuenta propia.

Sacudió la cabeza una vez más, sintiéndose encerrada. Ya no le sorprendía que se hubiesen dado tanta prisa en publicar las amonestaciones. Si ahora ella se echaba atrás, sería un escándalo que perseguiría a la familia durante años.

Su padre debía de intuir por dónde iban sus pensamientos, porque la miró con severidad. Ya no había asomo de indulgencia en su voz. Eliza nunca replicaba, siempre obedecía, y su padre nunca tenía que alzar la voz. Pero lo hacía si creía que debía recordarle cuál era su sitio.

—Piensa en Nathan, Eliza. Es demasiado joven aún. ¿Quieres que tu hermano pague por mis errores? Si perdemos la fortuna que queda, él no tendrá un ducado que gobernar, solo un título lleno de deudas —dijo con rapidez—. La reputación de la familia es lo más importante. Siempre lo has sabido y tú eres la hermana mayor. Es tu deber devolverle a la familia todo lo que ha hecho por ti.

«Soy yo quien está pagando por sus errores, padre», quiso gritar. Pero se tragó sus palabras y sostuvo la mirada de su padre, que le suplicaba que comprendiera. Nombrar a su hermano la había hecho flaquear. Había ido allí con la intención de posicionarse en contra, pero se había acobardado por enésima vez en su vida. No quería pasarse de la raya ni desobedecer. ¿Qué diría la gente? Nadie querría socializar con una hija díscola.

Una voz tras ella fue mucho más contundente, marcando su sentencia:

—Como miembro de esta familia, es tu obligación conseguir el mejor matrimonio posible. —La voz de su tío seguía siendo suave,

pero no admitía réplica. Eliza se preguntó si llevaría todo el tiempo escuchando a escondidas—. Muchas mujeres matarían por ser lady Barwick. No tienes derecho a quejarte, Eliza.

Parpadeó para contener las lágrimas y se puso en pie. Ella no tenía ni voz ni voto; nunca lo había tenido. No tenía derecho, como había señalado Herbert. Observó la mirada severa de su padre y la serena de su tío, a quien no le importaba un ápice sus sentimientos. A ninguno de los dos, de hecho.

—No puedes echarte atrás, querida. Piensa en toda la gente que está a nuestro cargo y a la que salvarás con tu matrimonio. —Su tío fue mucho más comedido al continuar con su alegato—. Además, tú no querrías traer el escándalo a esta casa, ¿verdad? Piensa en tu padre, que ha luchado tanto por conseguir un buen estatus después de los problemas que trajo tu madre. Te pareces mucho a ella, pero solo en la apariencia. Tú no albergas su débil espíritu y doy gracias a Dios por ello. Siempre has sido nuestra niña buena y adorada. Queremos lo mejor para ti. Aunque ahora no lo veas, pronto comprenderás que fue una buena decisión.

Se estremeció ante la velada amenaza: «Tu madre era una desequilibrada y no puedes ser como ella». Era algo que siempre le habían repetido. Su madre era peor que la peste y seguir sus pasos no era una opción. Vio cómo poco a poco la trampa se cerraba a su alrededor, ahogándola.

Solo de pensar que el viejo barón la tocara como parte de sus obligaciones maritales, le subía la bilis por la garganta. Se sentía miserable y pensó en su hermano, que tampoco tenía culpa de las decisiones de los hombres que se suponía que debían protegerles. Nathan ya no tenía un futuro asegurado, mientras que el de ella se había hecho añicos.

Su padre esperaba en silencio a que ella comprendiese. Sabía que una mente compleja como la suya, tan cuadriculada, no soportaría perder su vida actual. Moriría de pena a las pocas semanas, envuelto en cambios que no sabría cómo manejar. Eliza le amaba a pesar de todo y no quería un destino tan funesto para él. No se había dejado engañar aposta.

Ambos se miraron y Eliza supo que una parte de su padre también

lamentaba la situación a la que la había sometido. Una parte que la amaba. Pero no era lo bastante fuerte como para superar a la parte que adoraba el dinero y la reputación. Que adoraba las reglas.

Por Nathan y por toda la gente que se quedaría sin trabajo si ella fallaba, respiró hondo y se serenó como pudo. Pataleando y quejándose no iba a conseguir nada, y con las amonestaciones publicadas se habían asegurado de que no se echaría atrás. Sacando a su madre en la conversación, Herbert pretendía manejar su espíritu y se odió al darse cuenta de que lo había conseguido. Una vez más.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—¿Puedo saber, al menos, cuándo es la boda? —preguntó, y odió la resignación que percibió en su voz.

Todo lo contrario que su tío, que ensanchó la sonrisa al saberse victorioso. Incluso su padre relajó el rictus de su cara, aliviado de no tener que seguir manteniendo el pulso con su hija.

—El cuatro de junio —respondió—. Dadas las circunstancias, no era necesario hacer un cortejo largo.

En otras palabras: cuanto antes se casase, antes tendrían el dinero para subsanar la deuda. Quedaban menos de dos meses. Eliza sintió que un abismo se abría a sus pies y deseó que se la tragara. Así no tendría que enfrentarse a las decisiones que otros habían tomado por ella.

En dos meses su vida cambiaría por completo y sintió pavor por el negro futuro que le esperaba.

Capítulo 3

Los bailes que organizaba la duquesa de Averbury siempre habían sido de lo más populares. O eso había escuchado Eliza. Casada con un duque que había ejercido el cargo de inspector de Scotland Yard y posteriormente ascendido a comisionado, la duquesa adoraba la excentricidad y se jactaba de ello. Algo que todo el mundo le perdonaba y adoraba de ella por pertenecer a una de las familias más populares y queridas de Inglaterra, como eran los Daventry. Acudir a uno de sus bailes era lo único que había logrado animar a Eliza tras una de las peores semanas de su vida.

Le hubiese gustado sentirse como una debutante durante un poco más de tiempo. Sentir ese pellizco en el estómago por los nervios al preguntarse qué caballeros pedirían escribir su nombre en su carné de baile, si conectaría con alguno y si una sencilla sonrisa al bailar llevaría a una visita breve a su casa, un cortejo y a un posterior matrimonio… Siendo quien era, sabía que no viviría dos temporadas seguidas soltera, pero jamás pensó que tardaría tan poco tiempo en comprometerse. Menos de esa forma tan fría e insensible.

Sin pellizco en el estómago, ni cortejo, ni nervios. Eran ideas románticas de las que no quería desprenderse, pero que ya no tenían ningún sentido dadas las circunstancias.

Miró a su alrededor, esforzándose en mantener su postura relajada y aparentemente alegre. Era agotador y se sentía como una artista circense que debía mantener el equilibrio sobre una cuerda o caería al vacío sin remedio.

Aunque ella no lo compartiese, la verdad era que el ambiente estaba muy animado. La gente estaba repartida por las distintas salas, jugando a las cartas, fumando o bailando la alegre música que tocaba la orquesta. El champán y el ponche volaban de las bandejas de los lacayos y las conversaciones eran muy ruidosas. La cena había sido deliciosa, y habían abundado los postres. La duquesa era una conocida golosa.

—Prométeme que tratarás de divertirte. —Ginny la miró con súplica. Era ella la que había conseguido sacarla a rastras de su

habitación y la había instado a ponerse elegante con la ayuda de su doncella. Si hubiese sido por la propia Eliza, no habría salido de su habitación hasta el día de la boda, pero la había convencido diciéndole que no podía rechazar una invitación proveniente de los duques. Sabía apelar a su sentido de la responsabilidad—. Mereces distraerte.

Pero Eliza no sabía cómo dejar de darle vueltas y tampoco quiso retener a Ginny a su lado y aguarle la fiesta. Se había quedado sola tras instarla a pasar más tiempo con su futuro esposo. Al menos, una de las dos debería sentirse feliz por su matrimonio concertado, y Eliza se alegraba de ver reír y bailar a Ginny con lord Redding.

Eliza paseó por los alrededores de la pista de baile, alicaída, y se fijó en los anfitriones, que bailaban en el centro de la pista. Eliza casi se avergonzó al ver cómo el duque de Averbury miraba a su esposa, que se sonrojó ante algo que su marido le había susurrado en voz baja. Un sentimiento de anhelo se despertó en su corazón al verla sonreír y la joven sacudió la cabeza, apartando la mirada.

La hija del duque de Rowland no podía permitirse que la desearan ni que la amaran. Eso no estaba hecho para ella ni para los que escribían su futuro sin pedirle permiso.

Harta y deseando irse a casa, salió a los jardines, lejos de la música y de las alegres conversaciones. Se sentía apática, como si sus emociones estuvieran anestesiadas bajo el peso del deber. Bajó las amplias escaleras hasta el caminito de piedra, que desembocaba en un pequeño cenador rodeado de flores de lavanda. Suficientemente lejos del baile como para escucharlo de fondo, pero lo bastante cerca como para no estropear su reputación. Sabía que, si su padre la viese, la reprendería por alejarse, pero ignoró la punzada de desasosiego. A esas alturas, toda Inglaterra sabía quién era su futuro esposo. Había tenido que soportar felicitaciones como si Eliza fuera la mujer más afortunada del mundo y no tuviera derecho a sentirse miserable. ¿Quién se atrevería a acercarse a ella en esas condiciones?

Se sentó en el curvado banco de piedra y suspiró. Era imposible escapar de la ratonera en la que se encontraba encerrada. Al no ver a nadie cerca, se permitió bajar los hombros con tristeza,

resquebrajando su estudiada apariencia segura y cándida. Solo durante cinco minutos dejaría de fingir que estaba encantada con su futuro.

Solamente cinco minutos.

Después seguiría siendo la perfecta lady Eliza Cavendish, incomparable de la temporada y futura baronesa de Barwick.

Una lágrima escapó sin poderlo evitar, rodando por su mejilla y perdiéndose en su recatado escote. Deseó aflojarse el corsé, que le impedía respirar con normalidad. La sensación de ahogo comenzaba a ser demasiado fuerte.

Tras ella surgió una voz grave que la sobresaltó y cortó de sopetón sus sombríos pensamientos:

—Parece un ángel triste, milady.

Eliza se giró para mirar a su interlocutor, que se acercó a ella con una sonrisa amable dibujada en el rostro. Era un hombre alto, joven, y un extraño para ella. Subió al cenador, pero se sentó en el banco de enfrente, a una distancia prudencial para no hacerla sentir incómoda. Eliza, aun así, se envaró hasta que su espalda estuvo totalmente recta. Una punzada de irritación le atravesó el pecho. ¿Ni siquiera podían dejarla en paz cinco simples minutos? Lo miró, molesta. Estaban en un lugar iluminado, pero se sintió inquieta al encontrarse a solas con un desconocido. Él pareció notarlo, porque alzó las manos en señal de inocencia.

—No era mi intención asustarla, lo siento —dijo de inmediato. Tenía la voz grave, pero le gustó—. Me presentaré: mi nombre es Russell.

Eliza frunció el ceño, pero no recordó a ningún Russell entre sus conocidos. No obstante, si estaba en la fiesta, era porque contaba con la aprobación de los duques de Averbury. Le sorprendió que se presentara por su nombre de pila y se imaginó que no conocía bien el protocolo inglés. ¿Sería americano? Su acento no le delataba. Tenía una dicción perfecta, pero no supo decir de dónde era.

Lo miró a los ojos, que bajo la luz de las farolas parecían oscuros, pero amables. No supo discernir el color, pero sí se fijó en el resto de su apariencia. Era alto, delgado, de pelo muy oscuro y abundante. Poco mayor que ella, quizá unos veintipocos. Parecía en forma, pero

el esmoquin perfectamente planchado ocultaba su complexión real. Sin duda, era lo suficientemente fuerte para retenerla allí si se lo proponía. Receló de él, tensa.

—Normalmente, la gente tiene un apellido tras el nombre —se atrevió a decir. Sí, era amable, pero distante, Eliza pensó que podría espantarle. Se puso en pie—. Debería volver a la fiesta, señor…

—Knight —dijo él con rapidez, y Eliza asintió mientras bajaba los escalones del cenador de vuelta al salón de baile. Sabía que estaba siendo descortés al no presentarse, pero al hombre no parecía importarle. Pero sí dijo algo que la dejó paralizada—: ¿No está cansada de que decidan todo por usted?

Se giró. Él también se había puesto en pie, pero no la había seguido, así que Eliza tuvo que alzar el rostro para sostenerle la mirada. Desde lo alto del cenador, el señor Knight parecía una figura oscura y misteriosa, que le aceleró el corazón. No supo si por sus palabras o por su presencia.

—Creo que se está pasando de la raya, señor Knight —replicó con serenidad—. No tiene usted confianza conmigo como para cuestionarme de esa forma.

Pero algo en su pregunta la hacía querer rebelarse y gritar que sí, que sí estaba cansada. Quizá fue el tono de su voz, casi comprensivo, o el hecho de que no parecía importarle en absoluto cómo debía comportarse un caballero.

—Me disculpo de nuevo entonces, pero por haberla importunado, no por tener razón —dijo con total descaro.

—¿Quién es usted y de qué me conoce? —cuestionó ella.

—Solo soy un humilde empresario, milady —respondió con una sonrisa—. Y espero que no me diga que no soy lo suficientemente bueno como para hablar con usted, porque me rompería el corazón.

Hizo una mueca cómica que casi la hizo reír sin darse cuenta. Eliza no recordaba si era la primera vez en toda la semana que sentía ganas de reír. Sin duda, su padre no aprobaría que un hombre sin título se acercase a ella, y quizá también por eso le permitió continuar hablando.

—¿Y qué vende usted?

El señor Knight sonrió de tal forma que sintió un hormigueo en el

estómago. Era una sonrisa pecaminosa, que prometía cosas que ella ni siquiera podía imaginar.

—Deseos oscuros, milady —respondió con voz suave—. Mi trabajo consiste en cumplir los más profundos deseos de las personas.

Eliza frunció el ceño, pensando que le estaba tomando el pelo.

—Por un segundo he pensado que podía tener una conversación decente con usted, pero no me gusta esa clase de bromas.

Pero, una vez más, el hombre no se amilanó ante su enfado.

—Usted desea ser libre, ¿no es así?

Eliza ahogó un jadeo, como si la hubiese golpeado. Durante la última semana, había fantaseado con la idea de salir a hurtadillas de su casa para jamás volver, pero nunca se atrevía a dar el paso. ¿Adónde iría? ¿Cómo podría sobrevivir sola? Se había dado cuenta de que su educación no servía para nada más que poder llevar una casa con eficiencia. En otros ámbitos, quedaba patente que era una completa inútil. Así la habían criado.

Y, lo más importante, la voz de su tío la taladraba cada vez que deseaba marcharse. Su madre había caído en la histeria y se había abandonado a la locura. No quería ser ella.

Así que no tenía ninguna forma de adquirir la libertad, no importaba cuánto lo deseara.

Pero el desconocido no iba a dejarlo estar.

—Aquí está con su vestido rosa, perfectamente peinada y arreglada, para ser exhibida como una vaca que acabará en el matadero. —Paralizada por sus palabras, tan descorteses como certeras, Eliza lo observó en silencio mientras él se acercaba hasta que quedaron a menos de un metro de distancia. Al resplandor de las farolas del jardín, por fin pudo ver que sus ojos eran de un cálido color chocolate—. ¿Pero esto es lo que usted quiere, milady?

Era una provocación y lo sabía, pero no pudo contener la réplica.

—¿Y qué sabrá usted sobre lo que yo quiero? —Pero la voz no le salió tan potente como ella pretendía. Porque el hombre había apretado las teclas exactas para desestabilizarla. Como si supiera exactamente qué debía decirle—. ¿Acaso me conoce?

El señor Knight negó lentamente sin dejar de mirarla. Había algo en él que le resultaba atrayente, más allá de su físico. Era guapo, sin

duda, pero desprendía cierto magnetismo que la obligó a quedarse a escuchar su respuesta. Quizá porque, en el fondo, sabía que era algo que no podía admitir ante sí misma.

—No necesito conocerla para saber que es usted infeliz.

Eliza apretó los labios.

—Yo puedo ayudarla —insistió.

La joven no pudo reprimir una risa sardónica. Ya había escuchado suficiente de una persona que ni la conocía ni tenía derecho a abordarla de aquella manera. Estaba enfadada, dolida, y la tensión que acumulaba desde hacía días amenazaba con estallar. Pero ella nunca perdía el control, así que se obligó a respirar hondo —todo lo que le permitía el corsé— y miró a su interlocutor a los ojos. Una parte de ella quería derrumbarse, pero la otra sabía bien cuál era su deber. Y esa era la parte que siempre ganaba. Eliza odió el tono de su voz, resignado y triste, cuando respondió:

—Nadie puede ayudarme. Y ahora le pido que me deje en paz.

Se alejó con rapidez, sin esperar respuesta, hasta que se vio de nuevo a salvo en el salón de baile. A salvo de las verdades que el señor Knight le había lanzado a la cara sin ningún tipo de compasión. Agradeció a Dios que él no la hubiera seguido. No sabía cómo habría reaccionado al tener a tanta gente a su alrededor.

Sin embargo, no pudo ponerse a salvo de sus propios pensamientos.

***

—Has estado magistral.

Gadreel salió riéndose de entre las sombras del jardín. Cómo no, había sido testigo de su estrepitosa primera toma de contacto. Lucifer puso los ojos en blanco y lo miró con fastidio.

—¿No tienes a alguna dama que llevarte a la cama? Así dejarías de incordiar.

—¿Y perderme cómo intentas seducir a la pobre chica? Normal que lleves a dos velas más de un año. Si haces eso con todas…

Lucifer no le preguntó cómo sabía eso, porque estaba seguro de

que no quería saber la respuesta. Además, el maldito tenía toda la razón. Estaba demasiado ocupado planeando la venganza contra su padre y asegurándose de que el club funcionara bien ahora que había crecido tanto, por lo que sus propios placeres habían pasado a un segundo plano. Llevaba tiempo sin compañía en la cama y, siendo regente de La Tríada, aquello era un delito capital. Si algo no faltaba en el club era el sexo.

—Vamos, Russ. No creo haberte ayudado a crear una identidad de burgués para que metas la pata de esa forma —le dijo, mucho más serio. Gadreel toleraba muy mal el fracaso, tanto si venía de los demás como de él mismo—. Sabes hacerlo mejor. Has tirado demasiado a la yugular.

Tenía parte de razón, pero Lucifer nunca se había andado con sutilezas. No era algo que se le diese bien. Al principio había pensado en presentarse y hacerse su amigo. Alguien en quien pudiese confiar. Había acudido a la fiesta con la intención de ir despacio y, a pesar de ser solo Russell Knight, rico empresario burgués, estaba seguro de que conseguiría ganarse su aprecio.

No obstante, todo había saltado por los aires al verla tan desamparada. Un ángel bello y desesperado, llorando a solas para que nadie la viese. Estaba tan triste que había pensado que lady Eliza caería fácilmente si se comportaba como un hombre comprensivo que podía darle una salida. Había subestimado su necesidad de hacer lo correcto, pero también estaba seguro de que había visto vacilación en sus ojos castaños. En lo más profundo de su alma, y aunque ella apenas era consciente de ello, lady Eliza deseaba romper las reglas. Y Lucifer explotaría ese pequeño resquicio de rebeldía.

Era una noble orgullosa a pesar de todo, pero podría atravesar sus defensas.

—No te preocupes, lograré seguir el plan —sentenció con seguridad—. Estamos hablando de limpiar el nombre de mi padre. No me rendiré tan fácilmente.

Gadreel no replicó, algo que consideró todo un logro. Suavizó su expresión y lo miró con curiosidad.

—¿Te ha alterado verla de nuevo?

Lucifer negó.

—Ella acababa de nacer cuando todo ocurrió. Apenas la vi una vez siendo un bebé —respondió—, pero estoy seguro de que de niña no era el alma en pena que es ahora.

Lucifer sentía como si hubiesen pasado siglos desde entonces, cuando su niñera la paseaba en el cochecito por los jardines que con tanto esmero cuidaba su padre. Esa vieja bruja le dio un bofetón cuando se asomó con curiosidad para ver a la bebé, tan pequeñita y rubia. Su padre tuvo que disculparse en su nombre y el Russell de ocho años tardó mucho en comprender qué había hecho mal.

La niñera no quería que él ensuciase a la hija de un duque con su condición de pobretón.

No eran iguales, pero la Eliza de dieciocho años tenía el alma de una anciana, y él se sentía exactamente igual con veinticuatro. Algo le decía que, a pesar de haber vivido circunstancias distintas, ambos habían tenido que madurar de golpe.

Sacudió la cabeza. No se podía compadecer de ella. Mientras que lady Eliza había crecido entre algodones, él tuvo que mendigar en la calle tras ver a su madre morir por los problemas respiratorios que le produjeron trabajar en la fábrica de algodón. Aunque, por mucho que esa fuese la versión oficial, Lucifer estaba seguro de que su madre había muerto de pena por no tener a su marido junto a ella.

Él mismo hubiese muerto en cualquier esquina si el padre Weasley no le hubiese dado cobijo. Y todo por culpa del duque.

No, lo que le esperaba a lady Eliza no era nada en comparación al sufrimiento de su familia. Era una niña estúpida que no sabía lo que era pasar verdaderas penurias. Superficial y débil. Debía comportarse con frialdad ante ella. Quizá incluso le haría un favor si la libraba de la boda con Barwick. Solo importaba la venganza.

—Pasaré a la fase dos —anunció.

Gadreel alzó las cejas.

—Te deseo suerte, entonces. —Le palmeó el hombro con camaradería—. Nos vemos luego, amigo.

Cuando Lucifer volvió a quedarse solo, apenas a cinco metros de un salón de baile que le era ajeno y desagradable, se sumió en sus pensamientos. No iba a ser tan fácil ganarse a lady Eliza. Se

preguntó cómo podía arrastrar a la oscuridad a una persona que no había conocido más que la luz.

A él lo mandaron a las sombras sin pedir permiso, pero lady Eliza iría con él por voluntad propia. Porque si algo tenían los ángeles era curiosidad por el infierno.

Capítulo 4

Aquella noche, Eliza se dejó desvestir por Harriet, su doncella, en mitad de una bruma que le embotaba el cerebro. Apenas recordaba haberse despedido de Ginny antes de pedirle al cochero de la familia que la llevase a casa. A su padre no iba a gustarle que se hubiese ido sola, pero no le importó. Se aseguró de que un lacayo de Averbury House le diera su recado antes de marcharse, alegando que le dolía muchísimo la cabeza.

Al día siguiente ya afrontaría las consecuencias. O quizá no, porque, desde aquella tensa conversación, su padre procuraba evitarla. A veces lo había encontrado mirándola con algo parecido a la lástima, o eso quería creer ella. Pero el sentimiento pronto se desvanecía de su mirada, haciéndole creer que todo estaba en su imaginación. Eliza sabía que su padre jamás cambiaría de opinión. Mucho menos con tío Herbert apoyándole. Por esa razón, la joven se había sumido en un mutismo que mantenía férreamente a la hora de las comidas, cuando no tenía más remedio que compartir el espacio con ambos hombres. Estos charlaban como si ella no estuviera. Recordó una de las lecciones de su estricta institutriz: «Una dama decente ve, oye y calla mientras su esposo o padre habla».

Eliza estaba aplicando sus enseñanzas al pie de la letra.

Se sentó frente al escritorio con pesadez, diciéndose que escribir en su diario la ayudaría. No obstante, la carta que había recibido esa misma mañana seguía sobre la madera pulida y recordar su contenido le ensombreció el ánimo todavía más: «Recuerda, querida sobrina, que una dama siempre debe mirar por su familia y procurar su beneficio antes que el propio…».

Eliza resopló y arrugó la carta con enfado antes de lanzarla a la chimenea encendida, donde la observó consumirse con cierta satisfacción. Pasados esos segundos de rebeldía, suspiró sabiendo que mañana tendría que escribirle una respuesta.

—Vieja bruja —musitó en voz baja, temerosa de que alguien la escuchase a pesar de encontrarse a solas y con la puerta cerrada—. Tú y tu marido sois tal para cual.

Tía Margaret, esposa de Herbert, hacía vida social lejos de su marido, con la única intención de que su querida hija Rachel acudiese a los mejores eventos en busca de un marido rico que consintiese todos sus caprichos y les procurase una buena posición social. Sin ir más lejos, en ese preciso instante se encontraban en una fiesta campestre cerca de Londres, de esas que se alargaban varios días. Pero ese hecho no le impedía estar al tanto de todo lo que sucedía en Rowland House. Como buena metomentodo, se había tomado la libertad de escribir a Eliza para recordarle que era su obligación contraer matrimonio con el barón Barwick.

«¿Por qué no casas a tu hijita con él?», pensó con una ira inusitada en ella. No solía tener pensamientos tan insolentes, pero entre todos la estaban llevando al límite de su carácter. Eliza ahora apenas hablaba con su prima, pero a menudo habían jugado juntas cuando eran niñas. No obstante, desde hacía unos años se había convertido en una mujer caprichosa que haría lo que fuera por seguir llevando una vida de lujos. Estaba segura de que ella hubiese aceptado al barón de buen grado, solo por poder lapidar su fortuna comprando vestidos y joyas.

Pero la hija del duque era ella, no Rachel. Para desgracia de todos.

Sintió que los ojos le escocían y parpadeó con rapidez. Se sentía muy sola. Era difícil recordar para qué la habían criado, cuando eso le producía tanta desdicha. Pero ¿qué alternativa tenía? Ninguna.

Una vocecita resonó en su mente diciéndole que debería ser más agradecida con lo que tenía, porque mucha otra gente estaba en peor situación que ella, y se sintió culpable. Eliza siempre había sido una buena chica. ¿Por qué esa vez le costaba tanto aceptar su destino?

«Usted desea ser libre, ¿no es así?».

Sacudió la cabeza, enfadada.

«Yo puedo ayudarla».

Sabiendo que sería incapaz de conciliar el sueño, bajó las escaleras con la intención de buscar un libro con el que entretenerse y, quizá, lograr calmar su desesperación. Pensó que sumergirse en una de sus novelas favoritas, *Persuasión*, la ayudaría. Saber lo que

iba a ocurrir le producía una sensación de confort que necesitaba con urgencia.

No obstante, antes de llegar a la biblioteca, escuchó voces que provenían de su interior. No tardó en reconocer a su padre y a su tío, que parecían estar discutiendo acaloradamente. Debían de haber llegado hacía poco de la fiesta. Iba a marcharse sin hacer ruido, pero escuchar su nombre la paralizó. Eliza miró a ambos lados del pasillo y, al no ver a nadie, se decidió a espiarles. Por suerte, la puerta estaba entreabierta y no tuvo que aguzar demasiado el oído.

—No estarás volviéndote un blando ahora, ¿verdad? —Escuchó decir a su tío en tono burlón.

—Claro que no —respondió su padre, aunque creyó percibir vacilación en su voz—, pero no puedo culparla por quejarse. Barwick podría ser su abuelo.

—Déjate de estúpidos sentimentalismos, Edward. —La voz de Herbert era fría como el acero—. Será baronesa y no le faltará de nada. Y nosotros recuperamos la inversión que hemos hecho en ella criándola durante todos estos años. Si el precio a pagar es soportar a un viejo chocho, que así sea.

Eliza se tensó, furiosa. ¿Inversión? ¿Acaso era una vaca que debía devolver el pienso que le ofrecían dando leche? Si tan bien le parecía, le cambiaría el sitio gustosamente.

Su padre murmuró algo que no alcanzó a escuchar, pero Herbert no había terminado su perorata.

—Es más, esto ya lo hemos hablado muchas veces. ¿Quieres darle libertad y que acabe como Elizabeth? —La mención a su madre hizo que Eliza ahogase un grito y se tapara la boca con las manos con rapidez, por temor a que la escucharan—. ¿Te recuerdo lo que te hizo? Se revolcó con el lacayo y después se fugó con él. Bajo tu propio techo. ¿Quieres que Eliza sea igual que tu esposa? Porque de tal palo, tal astilla, Edward.

Eliza sintió como si perdiera el equilibrio y tuvo que sostenerse a la pared para no caer de bruces con los ojos muy abiertos. No podía creer lo que estaba escuchando. Desde que tenía uso de razón y Eliza preguntaba por su madre, le contaban que se puso enferma de histeria y había muerto en el sanatorio donde la ingresaron. Siempre

le habían dicho que había perdido la cabeza tras nacer Nathan y que la habían internado por su bien, porque podía haber herido a alguien o a sí misma. ¿Qué estaba diciendo Herbert?

—No metas a Elizabeth en esto —dijo su padre con la voz acerada. Y una parte de Eliza, que esperaba que su padre desmintiera lo que Herbert acababa de declarar, se rompió en mil pedazos—. Mi Eliza no es como ella. Nunca me traicionaría como hizo su madre.

—No es como ella porque nos hemos asegurado de atarla en corto. Porque impedimos que esa zorra adúltera se la llevase —dijo Herbert. Y la joven tragó saliva, conmocionada. ¿Su madre quiso llevársela?—. Y Eliza, cuando sea capaz de ver que esta boda es lo mejor que puede ocurrirle, nos dará las gracias. Ella tendrá una buena posición; y nosotros, el dinero del barón y el futuro de Nathan asegurado.

Eliza esperó que su padre se lo discutiese, pero su esperanza se truncó cuando lo vio asentir.

—Tienes razón. Es lo mejor para todos.

Le pareció que alguien se acercaba a la puerta de la biblioteca y, asustada por ser descubierta, salió corriendo. No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que, a salvo en su habitación, se derrumbó. La conversación de ambos hombres todavía retumbaba en sus oídos.

Le habían mentido toda la vida. Su madre no estaba loca, se había marchado con otro hombre… Y le impidieron que se llevase a su hija. Se había pasado años mirando al cielo, convencida de que su madre estaba allí cuidándola, y la realidad era que quizá seguía viva. Solo Dios sabía dónde, pero viva. Apretó los ojos hasta que vio puntitos de luz y las lágrimas cayeron sin control. Algo dentro de ella se resquebrajó al pensar en su padre. La persona a la que había querido tanto y que la había mantenido engañada, encarcelada, desde siempre.

Se sintió vacía, con la mente embotada e incapaz de asimilar la verdad.

Con la cabeza dándole vueltas, Eliza salió a la terraza de su habitación por el enorme ventanal y llenó sus pulmones con el

húmedo y frío aire. La noche estaba tranquila. Apoyada en la barandilla de piedra, observó la calle, iluminada por las lámparas de aceite. Apenas se veía algún carruaje transitando por la calle, y supuso que eran personas que regresaban a casa tras divertirse en alguna de las fiestas sociales.

Eliza estuvo segura de que jamás se había sentido tan infeliz. ¿Qué tenía? Una vida basada en mentiras, un matrimonio que no deseaba y una familia que prefería ponerle grilletes y mentirle antes que amarla. No había nada que valiese la pena. Ginny pronto se casaría y la abandonaría, sumida en la vorágine de su propio matrimonio. Y Eliza estaría condenada a ser lady Barwick, asistiendo a un hombre cuarenta años mayor que ella.

La ira que la había embargado desde que había vuelto de la fiesta se había convertido en un inmenso agujero negro de desesperación. ¿Qué podía hacer? El nudo que sentía en el pecho estaba amenazándola con dejarla sin respiración, y sintió que se mareaba.

Eliza cerró los ojos, asustada por sus propios sentimientos. El corazón le latía a mil por hora y respiraba con dificultad. Lloró todavía más, desesperada. De pronto, unas risas escandalosas rompieron el silencio de la noche y la distrajeron de su miseria por un segundo. Miró hacia la derecha, todavía con las lágrimas nublándole la visión. Parpadeó con fuerza.

Acababan de doblar la esquina dos personas. Eran un hombre y una mujer, pero a esa distancia no podía reconocerlos. Sus mejillas se encendieron cuando vio que el hombre cogía de la cintura a la mujer y la besaba apasionadamente. O eso creyó Eliza por cómo ella se dejaba tocar por él, ajenos a la explosión de emociones que Eliza guardaba en su interior. Algo en ella la instaba a dejar de mirar, pero no podía apartar la vista. La mujer tenía la espalda apoyada en la verja de una de las casas y él aprovechaba su situación dominante para subirle las faldas azules y acariciarla bajo la tela. La mujer se agarraba con fuerza a los hombros del caballero, claramente encantada.

—Dios santo —susurró Eliza sin saber cómo sentirse. Jamás había visto a nadie comportarse de forma tan apasionada. No parecía importarles que alguien los viese. Por un momento, los dos

desconocidos lograron que olvidase su desdicha.

Sintió que se le caldeaban las mejillas.

Dio un paso a la derecha de forma inconsciente y notó que pisaba algo extraño con la fina zapatilla. Cuando bajó la vista, se encontró un sobre de color crema sellado con un lacre rojo y una caja del mismo color. Escrito en tinta también roja, estaba su nombre. Solo su nombre de pila. Extrañada y todavía secándose las lágrimas, recogió ambas cosas del suelo, preguntándose cómo habrían llegado allí. Su balcón estaba en el segundo piso, por lo que no era de fácil acceso. Cuando volvió a mirar a la pareja, estos ya no estaban. Se sintió expuesta y avergonzada, así que entró en su habitación de nuevo, cerrando el ventanal con el pestillo.

A pesar de sus problemas, sintió curiosidad. O quizá es que cualquier cosa era mejor que seguir regodeándose en sus miserias. Todavía temblorosa, se sentó en la cama y examinó sus nuevas pertenencias. El sobre no era pesado; el lacre tenía grabada una L muy elegante dentro de una estrella de cinco puntas. Eliza no estaba segura de querer averiguar qué contenía, pero el ansia por saber pudo más que ella. Quizá su doncella lo había dejado allí y se había olvidado de decírselo, aunque lo veía poco probable. Harriet era de las que le contaba a su tío cualquier movimiento que Eliza diese. Ya se había encargado él de que fuese así, pagándole unas pocas libras a cambio de informes completos. Algo tan extraño habría sido confiscado enseguida.

Rompió el lacre con firmeza, alegrándose de comprobar que sus temblores estaban disminuyendo. Centrarse en algo tan ajeno a su situación actual era justo lo que necesitaba. Su deseo de querer acabar con todo la había asustado muchísimo y no le gustaba ser esa Eliza.

El sobre contenía dos cosas. La primera era un papel grueso, impreso con tinta negra. Eliza leyó sin comprender.

Me complace comunicarle que ha sido invitada a La Tríada, donde sus deseos más oscuros pueden hacerse realidad. Si acepta el ofrecimiento, un carruaje la esperará el viernes a medianoche en la esquina de Grosvenor Square con Duke Street. La contraseña que da entrada al infierno es «Lucero del alba». He aquí unas simples

normas que debe tener en cuenta:

1. Elija un apodo si así lo prefiere, pero recuerde que no debe dar nunca su verdadero nombre a nadie.

2. No olvide llevar una máscara puesta en todo momento. Queda prohibido quitársela fuera de las habitaciones. El anonimato de los clientes es una de nuestras prioridades.

3. No puede hablar de esto con nadie. Solo los más afortunados pueden acceder a las ventajas que ofrece el averno.

Espero verla allí.

Con mis mejores deseos,

Lucifer

Eliza releyó de nuevo la tarjeta, intentando dilucidar quién podría querer gastarle una broma. Nadie en su familia tenía sentido del humor. ¿Qué se suponía que era La Tríada? ¿Acaso querían que creyese que el mismísimo Satán la estaba invitando al infierno? Era absurdo.

Cogió el segundo papel, más liviano. Era una nota manuscrita. Eliza se indignó en cuanto vio quién la firmaba.

Milady:

Ya le dije que vendía deseos. Acepte la invitación y déjeme demostrarle que puedo ayudarla a hacerlos realidad.

R.

Eliza no podía creer que aquel hombre se hubiese atrevido a entrar en su casa para dejarle semejante… invitación. Había invadido su intimidad. Era cierto que no había entrado en su dormitorio, pues, cuando ella había llegado de la fiesta, el pestillo estaba echado por dentro. Pero eso significaba que había tenido que trepar hasta su balcón. Sabía cuál era su casa, su dormitorio. Ojalá se hubiese roto la crisma mientras escalaba.

Automáticamente se sintió culpable por un pensamiento tan desagradable.

Furiosa y sin saber cómo sentirse respecto a que un desconocido tuviera tanto interés en ella, miró el paquete. Vaciló antes de abrirlo, pero finalmente rasgó el envoltorio con cuidado. No sabía qué esperar, pero una parte de la invitación adquirió sentido cuando vio ante ella una máscara negra, con pequeños rubíes cosidos en el

borde y tiras delgadas de tela con las que atarla detrás de la cabeza. Reposaba sobre una capa, también negra, con capucha. Era de terciopelo y le pareció preciosa, con ribetes también rojos. No pudo resistirse a tocar la máscara, que parecía servir para ocultarle la mitad superior de la cara. Solamente dejaba al descubierto la boca y el mentón.

Una nueva nota cayó al suelo. Eliza la abrió casi con temor.

He elegido las prendas especialmente para usted… Espero que le gusten. Creo que se verá muy bella y misteriosa con ellas. No es mi intención importunarla, aunque ahora crea que estoy siendo descortés y descarado. Simplemente, me resulta difícil hacer las cosas de forma tradicional. Si usted, y solo usted, desea acudir a La Tríada, estaré esperándola para demostrarle que la vida tiene mucho más que ofrecerle. Aunque ahora parezca todo lo contrario.

R.

Eliza jamás había sido víctima de un cortejo, pero estaba segura de que los métodos de Russell Knight eran muy poco ortodoxos. No obstante, y aunque le había dicho cosas que no quería escuchar, no se había sentido en peligro en su presencia. Era la primera persona, sin contar a Ginny, que parecía tratarla como algo más que mercancía que intercambiar.

Triste, pero muy cierto.

Cogió la máscara y, con cuidado, se la colocó sobre el rostro. Se amoldó de inmediato a la forma de su cara, era muy cómoda. Cuando se miró en el espejo de su tocador, ahogó un grito. Parecía una mujer totalmente diferente, más mayor y segura de lo que era en realidad. La máscara ocultaba sus ojos enrojecidos y las mejillas llenas de lágrimas resecas. Su reflejo mostraba a una persona mucho menos destruida de lo que en realidad se sentía. No era ella. No se parecía a ella. Y, sin embargo, quiso ser esa mujer que le devolvía la mirada desde el reflejo.

Bella y misteriosa…

Asustada, se quitó la máscara con rapidez y la dejó sobre la capa. Cogió la invitación, dispuesta a tirarla al fuego, pero en el último segundo se arrepintió. Guardó las notas del señor Knight y la invitación junto a la máscara, y cerró la caja. Se subió a una silla y

puso la caja en lo alto de su armario, donde su doncella no podría encontrarla. Donde la propia Eliza no podría verla. Sintiendo que la máscara podría quemarle el rostro, apagó la lámpara con un soplido y se metió en la cama, tapándose con las mantas hasta la barbilla. Las incógnitas sobre su madre, las palabras de Russell Knight y las mentiras de su padre rebotaban en su mente una y otra vez. Se enterró bajo las mantas todavía más.

Como si un simple trozo de tela pudiese protegerla de los monstruos que se escondían en la oscuridad.

Capítulo 5

Enfundado en la máscara negra y roja que denotaba su estatus de jefe de La Tríada, Lucifer salió del despacho dispuesto a hacer su ronda habitual por el salón principal, ubicado en la cripta abovedada. Su misión como uno de los dueños era asegurarse de que sus clientes tenían todo a su gusto y de que no hubiera problemas. Solía llevar un control estricto, pero esa noche había llegado al club más tarde de lo habitual porque había preferido cumplir la fase dos en persona. Amparado por las sombras de la noche, había vigilado el balcón de lady Eliza como un acosador de primera hasta asegurarse de que la joven dama encontraba su caja. Quería asegurarse de que el paquete llegaba a su destinataria sin ningún contratiempo. Hubiese sido una lástima que, después de jugarse el cuello para trepar por la fachada de Rowland House, ayudándose de la celosía, la invitación no cumpliese con su cometido.

En ese aspecto prefería pecar de prudente. No cualquiera recibía una invitación firmada de su puño y letra, y la de ella era demasiado personal. No le parecía suficiente con haber sobornado a su doncella para que espiase para él. Para Lucifer, poca gente era realmente de fiar y, si se dejaban sobornar sin vacilar, todavía menos. Así que había preferido hacerlo todo por su cuenta.

Por fortuna, lady Eliza había recogido la caja personalmente y Lucifer no le había quitado los ojos de encima hasta que la vio encerrarse en su habitación. Confiaba en que sus palabras fueran lo suficientemente atrayentes como para que la joven quisiera lanzar por los aires toda su moral, junto con sus miedos, y visitase el club.

Él estaría esperándola con los brazos abiertos.

—Todo va como la seda —le dijo Azazel al pasar por su lado, rumbo a la zona de reservados.

De los tres, Azazel era quien se tomaba su trabajo más en serio. Lucifer agradecía que su gesto adusto y su tamaño amedrentasen a los clientes. El hecho de que los tres jefes llevasen máscara era un añadido al personaje que habían creado, misterioso y sobrenatural. Era divertido comprobar que muchos de los clientes los miraban con

temor casi reverencial, a pesar de ser tan normales y humanos como ellos mismos.

Pero todo era parte del hechizo que creaba La Tríada.

—Buenas noches, señor Lucifer. —Gertrude, la seria y estricta recepcionista, de pie ante el atril que sostenía el libro de visitas, lo saludó con una inclinación de cabeza que él correspondió—. Una noche más, tenemos reservadas todas las habitaciones.

Sonriendo, Lucifer abrió las puertas dobles que daban acceso oficial al club. El salón principal hervía de actividad. Por doquier veía a hombres y mujeres jugando, bebiendo, apostando o simplemente hablando. Un par de parejas se besaban con ansia en uno de los rincones más alejados de la zona de juego. Parecía una noche normal y ociosa, pero Lucifer era consciente —y había sido testigo— de que en La Tríada también se cerraban negocios y se hacían tratos de lo más influyentes.

El hecho de que al club fueran bienvenidos tanto aristócratas como burgueses desdibujaba esa línea clasista que tan patente se hacía en la superficie. Tras las máscaras, la clientela podía desinhibirse. Lucifer quiso demostrar que allá abajo todos eran iguales y que, por supuesto, se podían hacer contactos muy importantes fuera de la aristocracia. Fue idea de Gadreel asegurarse de invitar al club a varios jueces y abogados por si alguna vez necesitaban auxilio legal. Azazel, por su parte, incluyó a gente de Scotland Yard que había conocido durante sus años de delincuencia juvenil y que pagaban una tarifa especial y reducida por hacer la vista gorda a cualquier monserga que provocase algún cliente insatisfecho. También habían dado la bienvenida a algún que otro político y a varios empresarios. No solo los nobles tenían poder en Londres.

En los cuatro años que llevaban abiertos, pocos habían rechazado una invitación, ya fuera por curiosidad, interés o morbo, por lo que La Tríada tenía entre su clientela a los hombres y mujeres más influyentes del país. Algunos acudían más a menudo que otros, pero siempre acababan apareciendo tarde o temprano.

—¿Qué hay, jefe? —Una de sus crupieres lo saludó con una sonrisa encantadora. Era la mejor logrando que los clientes

apostaran sin parar, y por eso Lucifer la había contratado. Su marido, por otro lado, era un magnífico chef y lo demostraba con las increíbles bandejas de aperitivos que portaban los camareros arriba y abajo—. ¿Quiere echar una partida?

—No, gracias, Hardey. —Le devolvió el gesto e hizo caso omiso de las miradas curiosas, y algo temerosas, que le lanzaban los que estaban sentados en la mesa, cubierta por un tapiz verde—. Caballeros, señoras.

Hizo una inclinación con la cabeza y siguió su camino. Algunos de sus clientes llevaban el rostro descubierto, pero otros muchos preferían utilizar una máscara negra para ocultar su identidad. Sobre todo las mujeres, que eran las que más tenían que perder si se las veía en situaciones escandalosas. Era una de las primeras normas de La Tríada. Después, y tras firmar un contrato de confidencialidad, el club dejaba libertad a los clientes dentro de unos límites. Que, por lo general, se respetaban.

Si no era así, Azazel se encargaba de recordarles qué rayas no podían cruzarse. Como, por ejemplo, el hecho de que la presencia de prostitutas estaba prohibida. Tanto cortesanas como cortesanos. Tampoco se podía ejercer la violencia contra otro cliente fuera de un contexto sexual.

Tras confirmar que todo andaba como la seda en el salón de juego, Lucifer se dirigió hacia las habitaciones privadas o reservados. Para ubicarlos, habían habilitado la parte más amplia de las catacumbas. Un par de puertas se encontraban cerradas y un lazo rojo colgaba del pomo. Era la señal que indicaba que no se podía pasar. No obstante, otras estaban abiertas para los que quisieran mirar o incluso participar. Aquello también era decisión del cliente, que podía reservar las salas con antelación si así lo deseaba.

Lucifer se asomó a una de las salas abiertas, donde varias personas se repartían por los diversos sillones y divanes. Una pareja de mujeres, ambas enmascaradas, comenzó a besarse sin pudor, quitándose la ropa y tocándose la una a la otra. Los demás las miraban aparentemente sin querer participar, pero pronto un hombre se acercó y las dos mujeres lo invitaron a unirse a la fiesta.

—No sabía que eras de los mirones —dijo Gadreel a su espalda.

Lucifer se giró para mirarlo. También llevaba la máscara roja y negra, que ocultaba desde la frente hasta la nariz, y una capa con capucha ocultándole el visible cabello pelirrojo, que le daba un aire aún más misterioso. A Gadreel le preocupaba mucho más mantener en secreto su identidad por su notorio papel en la aristocracia. Gadreel tenía varios negocios —además del club— de los que solía aburrirse pronto, y que dirigía como hijo del barón y no como ángel caído. Tras tanta diversidad empresarial, había logrado ser bastante conocido en los círculos sociales. Y, por mucho que jurasen confidencialidad, no podían fiarse al cien por cien de la gente que cruzaba sus puertas.

—Tanto observar como participar tienen sus cosas buenas —respondió con una sonrisa burlona—. Pero, en realidad, estoy trabajando.

Gadreel chasqueó la lengua.

—Eres un aburrido —replicó en tono bromista—. ¿De qué nos sirve montar un club tan sexual si no aprovechamos sus instalaciones?

Lucifer señaló al trío, que ya estaba completamente desnudo.

—Yo no seré el que te impida tomarte un descanso —dijo con sorna—. Si hay algo de lo que no me puedes acusar es de ser un jefe tirano.

Gadreel se carcajeó.

—Mañana vendré a divertirme con Amanda.

—¿Es tu nueva amante? —preguntó Lucifer.

—Y una actriz maravillosa.

Tras el juego, las apuestas y la bebida, lo que de verdad ofrecía La Tríada era un lugar donde el sexo era libertad. Un pecaminoso infierno donde se podían cumplir fantasías sin temor. Donde tanto hombres como mujeres podían acudir con sus respectivos amantes, sus parejas oficiales o, incluso, solos con la oportunidad de buscar allí mismo con quién pasar el rato. Aquellas tres personas probablemente eran desconocidas, al igual que los que estaban a su alrededor observando el espectáculo. O quizá no. Esa era la gracia.

—Que firme el contrato antes de meterla aquí —dijo Lucifer.

Lo primero que se pedía a los nuevos miembros, además de su

silencio y discreción, era respeto y consentimiento. Cualquier otra cosa era intolerable. No es que Lucifer no se fiase del gusto de Gadreel para escoger amantes, sino que no había excepciones para nadie. Esos contratos impedían que los clientes descontentos se fuesen de la lengua. Ellos tenían más que perder que el propio club si se descubría el pastel.

—Ya lo sé, no te preocupes tanto. —Gadreel puso los ojos en blanco mientras se alejaban de las salas privadas de vuelta al salón de juego—. Me ofende que pongas en duda mi racionalidad. Nunca me verás pensar con la entrepierna.

Lucifer rio con ganas.

—Hasta que encuentres a la que te haga perder la cabeza, amigo mío —le dijo palmeándole el hombro.

Gadreel alzó las cejas.

—¿Lo dices por experiencia? —preguntó burlón—. ¿Acaso ya estás rendido ante lady Eliza? ¿Te ha salido el tiro por la culata?

Fue el turno de Lucifer de poner los ojos en blanco. Uno de los jefes de sala, el señor Brook, apareció en ese momento por el pasillo, saliendo a su encuentro e impidiéndole responder.

—Señor —dijo a Lucifer—. Tiene visita.

Se tensó. Por un segundo pensó que podía ser lady Eliza y las ganas que tenía de poner en marcha su venganza lo embargaron. No obstante, hasta el viernes por la noche no sabría de ella para bien o para mal, por lo que se obligó a ser racional.

—¿Quién es?

Brook bajó la voz para que solo él lo escuchase:

—La señora White.

Lucifer se tensó y se despidió de inmediato de su amigo, que le lanzó una mirada suspicaz antes de perderse entre la gente. Lucifer se dirigió hacia su despacho, donde su visita le esperaba. Mabel White era una persona muy curiosa. Casada con un influyente político del Partido Laboralista, también miembro del club, Mabel y él habían compartido cama en alguna ocasión. A Lucifer no solía importarle meterse en un matrimonio —sabía de buena tinta que el señor White también tenía sus *affaires*—, y en realidad Mabel y su marido tenían un trato en el que podían acostarse con quien

quisieran mientras el otro lo supiese. De hecho, el club les venía como anillo al dedo. Con el tiempo, Lucifer perdió el interés. Un sentimiento que fue mutuo, pues Mabel solía cambiar de amantes con frecuencia.

No obstante, Mabel era inteligente y divertida, le gustaba su compañía, y acabaron convirtiéndose en buenos amigos. Por eso Lucifer se había arriesgado a pedirle un enorme favor.

—Creí que me tendrías esperando toda la noche —dijo Mabel en cuanto él cerró la puerta a su espalda.

La observó con atención. Llevaba un vestido azul medianoche, sin corsé y con un escote que hubiese escandalizado hasta al más progresista. Un vestido que jamás podría ponerse en público, pero que allí era admirado y que pronto sería arrancado con ansia por cualquier afortunado caballero. Mabel White era joven, bella y, lo más importante: era bien consciente de ello. Su rostro, libre de la máscara, expresaba la satisfacción de saberse poderosa.

—Buenas noches, Mabel. —Sonrió con educación y ella fingió estar contrariada.

—Querido Lucifer, no seas tan solemne, que ya nos conocemos bien. —La mujer sonrió al fin, y de repente parecía mucho más accesible—. ¿Cómo estás?

Él fue hacia su silla, sentándose tras el escritorio. Al fin y al cabo, y aunque siempre le gustaba conversar con ella, aquella visita era más formal que de costumbre.

—No pensaba que vendrías a verme por la noche. Estoy seguro de que tienes una cola de hombres derritiéndose por ti, que están contrariados porque no les ofreces tu atención.

Su tono fue burlón. Ella soltó una carcajada cantarina.

—Sabes que me encanta crear rumores incluso aquí abajo —dijo con descaro—. No puedes culparme por querer presumir de haber estado con el escurridizo jefe de La Tríada. Es como acostarse con Satán.

Lucifer sacudió la cabeza.

—Si me parezco en algo a Satanás —respondió él— es porque también estoy lleno de odio.

Ella lo miró con curiosidad, pero no insistió. Sabía que se

encontraría con un muro de ladrillo si trataba de indagar más, pues no era la primera vez que Mabel trataba de que él abriese su alma, sin éxito.

—Ese cuerpo está desaprovechado, cariño —dijo con tal dramatismo que Lucifer sonrió—. De todas formas, y aunque me encanta provocarte, estoy aquí porque ya tengo lo que me pediste.

Lucifer asintió, complacido.

—Menuda rapidez —aprobó, y Mabel sonrió con suficiencia.

Por la enorme red de contactos que tenían los White, Lucifer se había atrevido a pedirle información. Quería conocer cada pieza de la vida del duque para poder pisar sobre seguro. Todo el mundo sabía que la madre de lady Eliza había acabado en el manicomio, pero tanto él como sus dos amigos sospechaban que había más de lo que parecía.

—Por supuesto. Siempre me empleo a fondo en todo lo que hago. —Le guiñó un ojo provocativamente y se sacó unos papeles que llevaba guardados dentro del corpiño—. Aquí tienes el informe completo sobre lady Eliza Cavendish y su desaparecida madre. Por mucho que la gente quiera esconder la mierda bajo la alfombra, siempre hay alguien que la destapa por el precio adecuado.

Lucifer leyó con avidez y arqueó las cejas al ver lo miserable que podía ser el duque de Rowland. Cada día le sorprendía más. El muy desgraciado había fingido la locura de su mujer para ocultar que se había fugado con otro hombre. Era increíble. Se preguntó si lady Eliza lo sabría o estaría tan engañada como los demás.

Apretó los papeles con fuerza. No tenía suficientes pruebas para llevar la historia a la prensa, pero, si las conseguía, Rowland jamás podría recoger su título del lodo en el que Lucifer lo hundiría. Se quedaría sin dinero, sin hija y con un título manchado de mentiras y engaños.

—Pobre lady Rowland —dijo Mabel suspirando, ajena al caos emocional que se desataba en el interior de Lucifer—. No voy a culparla por buscar algo más. El duque siempre parece tener un palo metido por el trasero. En la cama debe de ser un horror.

—¿Qué sabes del hermano? —Le sorprendió que no le fallara la voz.

Mabel se encogió de hombros.

—Herbert Cavendish parece un intachable hermano y un perfecto administrador —dijo con disgusto—, lo que me lleva a pensar que es demasiado bonito para ser cierto. Sigo investigando, no te preocupes. Le puedo pedir a Charlie que me ayude si te parece bien. Ambos te agradecemos mucho que montases este club. Nuestro matrimonio va mejor que nunca.

Lucifer asintió, mostrándose de acuerdo con que Charles White lograría encontrar más trapos sucios. Guardó el informe sobre lady Rowland y lady Eliza en el cajón de su escritorio para leerlo con más detalle cuando acabase la jornada.

—Gracias, Mabel. Necesito pruebas para demostrar todo esto, y estás siendo de gran ayuda.

La mujer lo miró con curiosidad.

—Si logras sacar esto a la luz, será suficiente para acabar con el duque. —Él la miró en silencio y Mabel sonrió—. Porque eso es lo que pretendes, ¿no? No he necesitado más pistas para adivinarlo.

Lucifer la miró con seriedad. No le había contado nada a Mabel, pero bien merecía una explicación. Aunque era mejor que no supiera los detalles. Nunca se era demasiado precavido.

—Porque quiero arruinarle la vida —sentenció—. Como él hizo conmigo.

Mabel le acarició la mano y Lucifer trató de apaciguar su ira y su dolor, que cada vez eran más voraces con su alma. Necesitaba acabar pronto con aquello.

—Algún día me contarás qué fue aquello tan horrible que el duque te hizo, pero cuando estés preparado. No te presionaré. —Su voz era suave y comprensiva—. No mereces estar tan roto, cariño.

Lucifer asintió, incapaz de proseguir con la conversación.

—Gracias, Mabel.

Ella sonrió, captando el mensaje. Retiró la mano.

—Por ti lo que sea, cielo. —Se levantó y aleteó las pestañas con coquetería. Se ató la máscara con habilidad y lo miró por encima del hombro—. Y, ahora, si me disculpas, voy a buscar a uno de esos hombres que se derriten por mí.

Lucifer la despidió con una sonrisa y, una vez a solas, suspiró con

cansancio. Ninguno de sus amigos lo sabía, pero aquel día se cumplían dieciocho años de la muerte de su padre. Una vez que acabó en la cárcel, su padre terminó cansándose de decir que era inocente y perdió la esperanza. Cuando perdió el juicio y lo condenaron a la horca, se resignó a su destino y murió poco antes del día de la sentencia de unas terribles fiebres. El duque se encargó de que nadie se hiciese eco de la noticia. John Knight murió solo y en silencio, con esa discreción que siempre lo había caracterizado y por culpa de la ambición de los demás. El poder y el dinero aceleraron el proceso de la muerte de un hombre que no podía defenderse. Por eso Lucifer se había asegurado de tener ambas cosas cuando llegase el momento de enfrentarse al verdadero diablo de la historia.

Lucifer no sabía qué había ganado el duque acusando a su padre de robo, pero lo averiguaría pronto. Se aseguraría de que Rowland confesase su crimen antes de destrozarle la vida por completo. Y Lucifer podría dormir por fin por las noches sabiendo que su padre se encontraría en paz. Que él también podría encontrar la paz de una vez por todas.

Capítulo 6

Eliza era incapaz de dejar de pensar en los sucesos de la noche anterior. Sin haber podido pegar ojo, se dejó vestir por Harriet, que intentó sacarle conversación sin éxito. Eliza estaba envuelta en una bruma densa donde la cháchara de su doncella no podía llegar. Al menos hasta que la muchacha comentó que Garrett, el ayuda de cámara de su padre, había hecho el equipaje del duque.

—¿Mi padre se marcha de viaje? —preguntó Eliza fingiendo indiferencia. Se enorgulleció de su templanza. Años y años de práctica.

—Eso parece, milady —respondió Harriet mientras le recogía el cabello rubio en un apretado moño—. Creo que hay un problema en los campos de Rowland Manor y se marcha para Yorkshire junto con el señor Cavendish. Estarán una semana fuera.

Así que su tío también se marchaba… Eliza no quiso emocionarse ante la perspectiva de pasar unos días sola en la casa sin tener que esforzarse por evitar a su padre. Sabía perfectamente que jamás la dejarían sin vigilancia. Su doncella pareció leerle la mente, porque bajó la voz antes de seguir:

—He oído decir a Garrett que la señora Cavendish será quien la acompañe a los eventos sociales, milady —dijo con un aire de sabelotodo que la molestó. Se imaginó que en la sala de la servidumbre se cotillearía mucho sobre la familia, y sintió una punzada de vergüenza. ¿Sabría alguien lo que su padre ocultaba con tanto celo? Tanto el mayordomo como el ama de llaves trabajaban en la casa cuando su madre…

No se permitió seguir por ahí. Todo el servicio era leal al duque, no a ella. Preguntarles sería como descubrirse de la peor manera.

—¿Mi tía ha vuelto a la ciudad?

—Sí, milady.

Eliza frunció el ceño ante las palabras de Harriet. Eso significaba que su tía Margaret estaría al acecho a todas horas. Sería como tener un buitre sobrevolando su cabeza a la espera de descender para comer carroña. Tanto a ella como a su prima Rachel les

encantaba ser esnobs. Eso quería decir que necesitaría refuerzos para sobrellevar el encarcelamiento. Dios no quisiera que se fugase poco antes de la boda con el barón.

Se sorprendió por su cinismo. Jamás había sido así, y eso la llevó a pensar que quizá estaba al borde de sus propios límites. Necesitaba hablar con Ginny urgentemente. Ella podría darle un punto de vista objetivo. Escribió una nota rápida y la guardó en un sobrecito que le entregó a la joven doncella.

—Harriet —dijo fingiendo calma—. ¿Puedes enviar recado a casa de la señorita Phellam para que venga a tomar el té conmigo esta tarde? Yo iré a despedirme de Su Excelencia.

Su doncella salió a cumplir con el recado y Eliza respiró hondo, sabiendo que su deber era bajar al vestíbulo y desearle buen viaje a su querido y mentiroso padre. Fingir que no sabía nada de lo que había escuchado a escondidas sobre su madre. Toda la vida creyendo que la duquesa Elizabeth Rowland era una histérica; le habían grabado a fuego que no podía ser como ella, y era todo mentira. Durante la noche había pasado por muchas etapas, más allá de la absoluta tristeza que la envolvía desde hacía días: rabia por el engaño, decepción con su padre… Se había regodeado en esos sentimientos para no dejar germinar la semilla de la esperanza. Había dado a su madre por muerta, pero ¿y si no era así? Quizá podría encontrarla. Pero ¿cómo?

¿No habría venido ella a buscar a su hija si hubiese podido?

Necesitaba saber la verdad. La versión de su madre.

Con su interior hecho un caos, Eliza bajó la escalera principal justo en el momento en el que su padre salía de su despacho y lo cerraba con llave. Su tío ya lo estaba esperando en la puerta principal con el sombrero en la mano. Cuando su padre la vio, sonrió.

—Mi querida niña, creía que era demasiado temprano para despertarte. —Le dio un corto abrazo que ella se obligó a corresponder—. Iba a dejarte una nota.

—Harriet me ha dicho que vais a la propiedad del campo —respondió ella—. ¿Hay algo en lo que pueda ayudar?

Ambos hombres sonrieron con una indulgencia que le puso el vello de punta. Pobre y estúpida Eliza, que no era capaz de lidiar con

asuntos de hombres.

—Claro que no, cariño —dijo su padre—. Tú debes centrarte en los preparativos de la boda. Tía Margaret se encargará de guiarte en lo que necesites.

Eliza se mordió la lengua y sonrió.

—Sí, padre.

El duque asintió ante su obediencia, algo que siempre había sido una de las virtudes que más alababa de ella. Eliza comenzaba a entender por qué, pues era lo contrario a la esposa desobediente que lo había agraviado fugándose con un miembro del servicio.

—Buen viaje —se obligó a decir.

Su padre la observó con cariño, o al menos eso parecía. Eliza ya no estaba segura de nada.

—Sé que estos días no hemos estado de acuerdo, y eso me mortifica. Esta boda es buena para ti —le dijo con seguridad mientras le acariciaba la mejilla—. Estarás protegida y a salvo, con un techo sobre tu cabeza y comida en la mesa. Tendrás posición y reputación, y una familia de la que encargarte. Es lo que deseo para ti, porque eres mi mayor tesoro. Lo sabes, ¿verdad?

Eliza quiso responder, pero un nudo en la garganta le impidió pronunciar palabra. Cuando le hablaba así, como si ella fuese lo más importante de su vida, una parte de ella quería darle la razón y dejarse llevar por la corriente. A pesar de los engaños, de alguna retorcida manera, su padre estaba convencido de que estaba haciendo lo mejor para ella. Pero lo que él no sabía era que algo en el interior de Eliza se había quebrado para siempre.

Asintió en silencio y volvió a esforzarse en esbozar una sonrisa. Era aterrador que cada vez se le diera mejor.

Satisfecho, el duque le dio un beso en la frente y salió en busca del carruaje. Su tío la miró fijamente y después asintió sin decir nada. Eliza no desvió la mirada hasta que la puerta se hubo cerrado.

***

Ginny decidió que la hora del té era demasiado tarde para su espíritu

impaciente, así que se presentó en Rowland House a la hora del almuerzo. Entró como un torbellino de cabello color caoba y modales americanos. Cuando Eliza la recibió en su salita privada, que conectaba con su dormitorio, la expresión de su amiga era de absoluta preocupación y nerviosismo.

—He venido en cuanto he podido —dijo quitándose los guantes con impaciencia y dejando el sombrero sobre una silla de cualquier manera—. Algo me decía que necesitabas ayuda. Esta noche íbamos a encontrarnos en el baile de los Vernon, así que imaginaba que era grave si querías verme a solas.

Eliza se mordió el labio para no llorar ante la intuición de su amiga. Estaba demasiado sensible. Respiró hondo y la instó a tomar asiento. Tiró de la campanilla y un lacayo acudió enseguida.

—La señorita Phellam y yo almorzaremos aquí, y así no tienen que preparar el comedor para nosotras solas —pidió con serenidad—. ¿Puede ser?

—Por supuesto, milady.

Ginny la miró con curiosidad, pero se abstuvo de preguntar nada hasta que los lacayos hubieron dispuesto la mesa con platos muy apetecibles. Hablaron de cosas triviales hasta que Eliza pidió que las dejasen a solas, y por fin pudo respirar más tranquila.

—¿Me vas a decir qué pasa? Está a punto de darme un infarto.

Eliza la detuvo con un gesto y despacio fue hasta la puerta de la salita. Con cuidado, abrió para comprobar que ningún sirviente se hubiese quedado en la puerta espiando por órdenes de su padre o de su tío. Aliviada al ver el pasillo desierto, hizo lo mismo con la puerta de su dormitorio por si Harriet estuviera allí, y volvió a su asiento con rapidez. Aunque no parecía haber nadie cerca, se cuidó de no alzar demasiado la voz.

—Tengo que contarte algo, pero no puede salir de aquí —susurró.

Ella se lo prometió sin vacilar y respondió en idéntico tono bajo:

—Por supuesto, Liz. No tienes ni que decirlo.

Ginny la escuchó con atención mientras Eliza le contaba todo lo de su padre y la teoría sobre que su madre seguía viva. También le contó la conversación con Russell Knight y, cuando llegó a la parte de la caja con la máscara y la capa, Ginny ya estaba a punto de

caerse de la silla. Había abierto mucho los ojos por la impresión.

—Joder, Eliza —soltó sin importarle hablar como un marinero—. Es mucho para asumir de golpe.

Que se lo dijeran a ella, que seguía de los nervios. Aunque, a decir verdad, el habérselo contado a su amiga lo había hecho algo más llevadero. Desahogarse le había hecho mucho bien.

—¿Qué opinas? —le preguntó.

Ginny se recuperó enseguida del embotamiento y sus ojos castaños brillaron con resolución.

—Que debemos gestionar las cosas en orden —anunció, y Eliza casi sonrió ante su actitud confiada—. Primero lo más fácil: enséñame la nota y la caja.

Previendo que su amiga querría verla, Eliza había bajado la caja del armario y la había guardado en el aparador de su salita. La sacó con cuidado y se la entregó. Ginny leyó un par de veces las notas de Russell y el tal Lucifer, y silbó cuando vio la capa y la máscara.

—Esto es genial —dijo con entusiasmo, y Eliza frunció el ceño. Era lo último que esperaba escuchar. Cuando volvió a hablar, tuvo que aguzar el oído para escucharla—: He oído rumores sobre este sitio. Dicen que es un club mixto y que es muy difícil conseguir una invitación.

Eliza se mordió el labio.

—Un club… ¿sobre qué?

Ginny la miró como si fuera boba.

—De hacer ganchillo, Liz —respondió burlona, y puso los ojos en blanco—. No sé con exactitud qué ofrece el club, pero, si es tan exclusivo y clandestino, puedes imaginártelo.

Eliza la miró sin comprender y Ginny bufó.

—A las inglesas os tienen en la inopia y me parece terrible —criticó, y era gracioso verla despotricar mientras susurraba—. Sexo, Liz. ¡Sexo!

Eliza se sonrojó sin remedio ante las palabras de su amiga. Como era natural en las damas solteras, Eliza no conocía los detalles de lo que ocurría la noche de bodas. Ni después. Era impensable que le hablasen sobre… actividades maritales. Le resultaba difícil incluso pensar en ello.

Se contuvo de preguntar cómo su amiga sabía tanto del tema. No estaba segura de querer saberlo. Ginny ni se había inmutado al hacer declaraciones tan impropias, mientras que ella no sabía dónde meterse. Debía de ser su sangre americana.

«O que tú eres demasiado mojigata», dijo una voz en su cabeza. Eliza se mordió el labio. ¿Por qué Russell Knight la habría invitado a un lugar así? ¿Acaso tenía pinta de ser una mujer atrevida y descarada?

—Entonces no puedo ir.

Ginny abrió mucho los ojos.

—¿Estás loca? ¡Claro que puedes! —respondió enfadada—. Es más, ¡debes!

Eliza la miró como si la loca fuese ella.

—Ginny, ¿qué hago yo en un club así? Yo soy… anodina —dijo con premura, y odió el disgusto que percibió en su propia voz—. ¿Acaso crees que podría escaparme de casa para ir a un club clandestino? Mi reputación se iría al traste.

Su amiga se encogió de hombros.

—Solo si te descubren. Yo puedo ayudarte con eso.

Eliza sacudió la cabeza, comenzando a sentirse mal.

—Estoy prometida, Ginny. Un club clandestino es lo último que necesito.

—¡Precisamente, Liz! —exclamó su amiga, enfadada, y se obligó a bajar la voz una vez más antes de seguir—: Te han prometido contra tu voluntad con un viejo, así que tienes derecho a divertirte antes de tu boda impuesta. ¿O quieres hacerte vieja y marchitarte sin haber vivido aventuras?

Las lágrimas amenazaron con salir y parpadeó para contenerlas.

—Las aventuras no están hechas para mí. Ese tal Russell podría ser un lunático y querer matarme.

Ginny la miró con compasión y lástima, y se levantó para darle un abrazo. Eliza se apoyó en su hombro y, a pesar de sentirse muy reconfortada, trató de serenarse sin éxito.

—Escúchame, Liz —dijo su amiga con más suavidad—. No sé qué quiere de ti ese hombre, pero su oferta es mucho más atrayente que nada de lo que te haya dado tu padre en dieciocho años. No sé si

Russell Knight quiere hacerte daño, pero el duque ya te está matando en vida. Así que al menos acude una vez y después, si quieres, regresa a tu compromiso como si nada hubiera pasado. Pero no te quedes con la duda. Mereces algo más que eterna infelicidad.

Eliza dejó que las lágrimas cayesen por fin y Ginny la dejó llorar en silencio, acariciándole la espalda con suavidad. Se sentía confusa y, aunque una parte de ella estaba de acuerdo con Ginny y se moría de curiosidad, en el fondo sabía que no era buena idea. Tenía miedo de todo lo que podía salir mal si aceptaba aquella invitación. ¿Y si la descubrían y todo el mundo la señalaba? No quería imaginar las consecuencias sociales, pero temblaba, sobre todo, al pensar en lo que le haría su padre.

—Tienes dos días para pensarlo. —Ginny volvió a hablar cuando se hubo calmado un poco—. Con la máscara, la capa y el nombre en clave que te piden, nadie sabrá dónde has estado. Yo te cubro si es necesario. Soy una experta en inventar historias.

Eliza sonrió ante la seguridad de Ginny y la adoró por apoyarla incondicionalmente. Más calmada, se secó las lágrimas y asintió.

—Lo pensaré —dijo con sinceridad—. Te lo prometo.

—Esa es mi chica. —Ginny sonrió, dándole ánimos.

Se sintió afortunada por tenerla a su lado.

—Si me plantease ir, sería por mi madre —le dijo en voz aún más baja—. Había pensado que, quizá, el señor Knight me podría ayudar a encontrarla.

Ginny sopesó su idea y asintió.

—Desde luego, tu familia no lo hará —afirmó con gravedad, y Eliza asintió a su vez—. ¿Quieres que le pida a Marcus que investigue un poco?

Pero la joven estaba negando con la cabeza antes de que Ginny pudiese terminar la pregunta.

—Lord Redding es marqués y, si investiga, puede llegar a oídos de mi padre. Son círculos sociales demasiado cercanos —le explicó Eliza —. Necesito a alguien que pueda ser más discreto.

Ginny asintió.

—En ese caso, el señor Knight es la mejor opción —dijo con una

pequeña sonrisa—. Seguramente por ese club pase todo tipo de gente y pueda hacer averiguaciones sin que tu padre se entere. Ya tienes una razón más para aceptar su invitación.

Eliza puso los ojos en blanco ante el entusiasmo de su amiga, pero sonrió un poco. Aunque no fuera una persona con inclinaciones aventureras, quizá sí hubiese una esperanza de encontrar a su madre. Y, aunque fuese una posibilidad muy remota, ¿qué otra opción tenía? Siguiendo así, nadie la salvaría del matrimonio con Barwick.

Una luz pequeña titiló en su pecho en medio de tanta oscuridad.

Capítulo 7

—Ponte derecha, Rachel.

Eliza vio que su prima obedecía de inmediato ante la severa mirada que le dedicaba su madre. A pesar de que no se llevaban demasiado bien, sintió pena al ver cómo la criticaba sin descanso.

—¿Ves a Eliza? —decía en ese momento tía Margaret—. Postura impecable y sonrisa cándida. Así los hombres se fijarán en ti.

Esa vez sí notó la mirada asqueada de Rachel dirigida hacia ella, por lo que procuró mantenerse en silencio. No era la primera vez que tía Margaret hacía una comparación semejante, por lo que Eliza sospechaba que la animadversión que su prima sentía era en parte por culpa de esas incesantes críticas y comparaciones.

—¿Te gusta mi vestido nuevo, Eliza? —dijo de repente, sonriéndole de forma envenenada—. El que tú llevas ya lo habías usado antes, ¿no?

Que sintiera pena no significaba que no siguiese pensando que era una esnob caprichosa y difícil de tratar. Al ver que tía Margaret no decía nada ante semejante insulto velado, Eliza sonrió. No le afectaba en absoluto y pensaba demostrarlo.

—Es muy bonito, Rachel. Estás encantadora —respondió con elegancia.

Su prima asintió y sonrió, aunque se la veía claramente descontenta por no haber logrado provocarla. Como si unos insultos absurdos pudieran desestabilizarla en comparación con todos los problemas que tenía. Era más bien triste que su prima solo lograse sentirse mejor devaluándola a ella.

—Me ha costado muy caro, así que asegúrate de que sirve de algo —intervino tía Margaret.

—Sé perfectamente cómo comportarme, madre —replicó Rachel con voz fría. Miró a Eliza con desprecio—. No necesito que ni tú ni Eliza me mostréis lo que tengo que hacer.

A Eliza se le hizo un nudo en la garganta, pero siguió sonriendo como si nada pasase. Cualquier persona que las mirase desde fuera no debía percatarse de la tensión que las envolvía. Tía Margaret, en

cambio, entrecerró los ojos. Daba verdadero miedo. Era una mujer alta y delgada, rubia y de ojos claros y fríos. Todo el mundo coincidía en que era una belleza incluso a su edad. No obstante, Eliza sospechaba que el hecho de haberse tenido que conformar con ser la esposa del segundo hijo del anterior duque de Rowland todavía la llenaba de rencor. Mientras que tía Margaret era hija de un baronet, la madre de Eliza lo era de un marqués, y al final eso pesaba mucho más que cualquier otra cosa. Al menos para la mayoría de la aristocracia.

Eliza pensaba que esa era la razón por la que su tía se volcaba tanto en Rachel, para que triunfara donde ella había perdido. Y eso la convertía en una mujer de lo más exigente y, en varias ocasiones, cruel.

—No me repliques. Y ve al tocador a arreglarte el recogido de nuevo —ordenó tía Margaret, echando un vistazo al carnet de baile de Rachel. Eliza parpadeó sin entender, pues ella no veía problema alguno en el peinado de su prima. Era perfectamente adecuado y a la moda—. Tienes tiempo hasta la siguiente contradanza. Que Lena te ayude.

Algo apartada de las tres mujeres, la señorita Lena Hamilton dio un respingo al escuchar su nombre. Llevaba un tiempo viviendo en casa de los Cavendish. Se había quedado huérfana cuando era pequeña y quedó a cargo de su padrino en Escocia. Por lo que Eliza tenía entendido, tía Margaret y la madre de Lena eran primas lejanas, así que había accedido a acogerla un tiempo para que aprendiese modales y la vida londinense. En palabras de su tía, la señorita Hamilton era «un poco salvaje cuando llegó». Pero, un año después de su llegada, demostraba tener unos modales impecables, y eso la había convertido en la dama de compañía de Rachel. Mientras que tía Margaret solía ser el perro guardián de Eliza, la señorita Hamilton siempre acompañaba a su prima a los eventos en calidad de carabina. No habían hablado nunca a solas, por lo que Eliza no sabría decir si compartía la opinión que Rachel tenía sobre ella. Parecía tímida, y nunca la había visto lanzarle miradas asesinas. Ni de ningún tipo en realidad. Era una persona sumamente discreta, que sabía mimetizarse con el entorno con gran habilidad. Como una

buena carabina.

—Por supuesto, señora Cavendish —dijo la muchacha de inmediato, dispuesta a cumplir con las órdenes de Margaret.

Quizá tía Margaret la había acogido como favor hacia su difunta madre, pero Eliza estaba segura de que no vacilaba al recordarle a menudo cuál era su lugar. La había convertido en una empleada más. No era distinto de cómo se comportaba con Eliza. Incluso Rachel, a su manera, estaba encerrada en una jaula con tía Margaret custodiando las llaves.

Rachel, en cambio, suavizó la expresión al mirar a Lena, y ambas se dirigieron hacia el tocador de las damas para cumplir con las exigentes órdenes. Eliza vio que Rachel parecía mucho más relajada cuando creía que su madre no la miraba. Era una pena, pues Rachel pensaba que eran rivales y Eliza nunca había tenido intención de batallar con su prima.

—¿Tienes el carné lleno? —En cuanto su hija desapareció, Margaret volcó todas sus inagotables energías en su sobrina. Eliza iba a contestar que no cuando su tía siguió avasallándola—: ¿Lord Barwick se ha inscrito?

Eliza negó y trató de que no se apreciara el alivio que sentía por no tener que bailar con su prometido. De hecho, comenzaba a sospechar que no le vería hasta el día de la boda y solo porque era obligatorio presentarse en la vicaría.

—Al barón no le gustan demasiado las fiestas, aunque sus hijos sí han acudido —respondió Eliza, tratando de no pensar en el hecho de que su futuro marido tenía dos hijos mayores que ella. ¿Cómo iba a ser la madrastra de dos hombres hechos y derechos? Era tan antinatural que daba escalofríos—. De hecho, ambos me han pedido un baile.

Tía Margaret asintió con aprobación.

—Espero que mi Rachel tenga tanta suerte como tú. —Eliza se contuvo antes de preguntar si lo decía en serio, pues sabía que era completamente sincera. Incluso apreció cierta envidia en su voz que a Eliza le repugnó—. Mañana iremos a elegir el vestido de novia, así que no nos retiraremos muy tarde, ¿de acuerdo?

Antes de que pudiese procesar la horrible información que su tía

acababa de darle sin remordimientos, esta siguió hablando.

—¿Con quién te toca bailar ahora?

Eliza consultó su carné, tratando de respirar con normalidad. Comprar un vestido de novia convertía su compromiso en algo mucho más real que el ver las amonestaciones publicadas en el periódico. Era la representación y la prueba más concluyente de que Eliza había aceptado su horrible destino. Y se odiaba por ello.

Margaret todavía esperaba una respuesta, así que la joven trató de concentrarse.

—Con lord Redding —anunció con voz débil. Carraspeó y lo siguiente que dijo sonó mucho más firme—: En cuanto acabe esta pieza.

—El marqués de Redding, ¿no? —preguntó, y Eliza asintió—. He oído que se ha prometido con esa americana amiga tuya.

Lo dijo con la nariz arrugada y Eliza apretó los labios.

—Así es, con la señorita Geneviève Phellam —respondió en tono grave—. De hecho, se llevan muy bien. Parecen un futuro matrimonio muy bien avenido.

Su tía hizo un ademán con la mano, quitándole importancia a sus palabras.

—No he dicho que dejes de ser amiga suya, querida, y menos ahora que va a ser marquesa. No obstante, es evidente que lo que lord Redding quiere de ella es su dinero —respondió su tía con acritud—. ¿Por qué otro motivo un noble inglés en su sano juicio elegiría a una americana para casarse?

Eliza iba a replicar cuando escuchó una voz a su espalda:

—Es una mujer encantadora y sorprendente. Estoy muy contento de haberla elegido. El dinero es lo de menos, señora Cavendish. Es una pena que me considere tan superficial.

Tía Margaret se quedó lívida y Eliza se giró para observar el gesto enfadado de lord Redding. Abrió la boca, pero se obligó a cerrarla de nuevo para no darle la razón al marqués y buscarse problemas con su tía. En cambio, sonrió con disimulo. Se sentía muy feliz por Ginny, pues su futuro esposo la estaba defendiendo sin vacilar y demostrando que no se andaba con chiquitas.

—Yo, marqués, lo que quise decir… —Su tía trató de excusarse,

pero lord Redding la detuvo.

—He venido a reclamar el baile de lady Eliza —dijo ofreciéndole el brazo. Ella lo aceptó sin vacilar—. Si nos disculpa…

El marqués no tardó en llevar a Eliza a la pista de baile, todavía enfadado. Ella lo miró, compungida, y quiso disculparse en nombre de su tía, pero él negó adivinando sus intenciones.

—No es su culpa, lady Eliza —dijo con una sonrisa—. Sé que usted es buena amiga de Ginny y que eso no cambiará. Pero la gente es demasiado prejuiciosa y piensa que los demás estamos cortados por el mismo patrón.

Ella asintió, aliviada. Nunca había hablado con el marqués más de tres palabras seguidas, pero se daba cuenta de que era un buen hombre y que trataría a Ginny con respeto. Quizá, incluso, llegarían a enamorarse. Sintió una punzada de envidia, pero enseguida la desechó. Estaba muy contenta por su amiga. Nadie la había tratado como Ginny aquella mañana, ofreciéndole su amistad de forma incondicional y animándola a encontrar a su madre. Si alguien merecía un buen matrimonio, era ella.

—Me alegra que se case con usted, milord —dijo con sinceridad.

Ambos sonrieron y, antes de que comenzase el baile, lord Redding le guiñó un ojo con camaradería.

—La protegeremos entre los dos de las malas lenguas.

Eliza rio y buscó a su amiga entre la multitud. La encontró hablando acaloradamente en medio de un grupo de personas, que la miraban con interés y algo de miedo.

—Créame, Ginny no necesita que la protejan.

Lord Redding siguió su mirada y asintió. En su mirada vio orgullo.

—Estoy completamente de acuerdo.

***

Lucifer observó a los asistentes a la fiesta, buscando una cabeza rubia en concreto. Gadreel le había comentado que esa noche había una fiesta a la que acudiría lady Eliza y que podía anotarle en la lista de asistentes, porque los anfitriones eran los Vernon, un matrimonio

burgués escandalosamente rico que se codeaba con la nobleza. Había aceptado enseguida, pues era incapaz de resistirse a averiguar si lady Eliza había aceptado la invitación al club.

Si no era así, quizá podía tratar de convencerla.

—¿La ves? —le preguntó Gadreel, situado a su lado—. Me he apuntado en su carné de baile, así que debe de estar por aquí.

Lucifer alzó las cejas de forma interrogante y su amigo se encogió de hombros.

—Se va a casar con mi padre, así que lo lógico es que mi hermano y yo bailemos con ella. Es nuestra forma de decir públicamente que nos parece bien y todo ese absurdo protocolo.

Lucifer volvió a hacer un barrido de los invitados. Se estaba preguntando si el duque había decidido a última hora que los Vernon eran demasiado poca cosa para bendecirles con la presencia de su niña adorada cuando la divisó entre la multitud. Bailaba con un hombre que le resultaba familiar y estaba férreamente vigilada por una mujer alta y rubia. Que, intuyó, debía de ser Margaret Cavendish, su tía.

—Ahí tienes a tu ángel. —Lucifer sintió la necesidad de decir que Eliza no era nada suyo, pero Gadreel siguió hablando sin esperar respuesta—: Su tía parece estar muy pendiente de ella, pero perderá el interés enseguida. Le importa más incordiar a su hija que a su sobrina.

Efectivamente, cuando la señorita Rachel Cavendish apareció al lado de su madre junto a la que parecía ser su carabina o dama de compañía, esta desvió la vista y comenzó a hablar con su hija, ignorando a lady Eliza por completo.

—Voy a distraerlas para que puedas hablar con ella sin interrupciones ni problemas. —Gadreel le guiñó un ojo—. Pero esta vez hazlo bien, Russ. No quisiera tener que enseñarte a cortejar a una dama a estas alturas de nuestra amistad.

Lucifer puso los ojos en blanco.

—Estás muy seguro de tu encanto como para ofrecerte como carnaza tan a la ligera —dijo.

Gadreel rio.

—Más bien, estoy muy seguro de mi cuenta bancaria —respondió

con una sonrisa—. Todo el mundo sabe que es lo único que le importa a Margaret Cavendish.

Dicho eso, se dirigió directamente hacia madre e hija, que inmediatamente le ofrecieron la mejor de sus sonrisas. Gadreel dijo algo y ambas rieron como gallinas cluecas. Fue desagradable verlo, pero agradeció tener vía libre justo en el momento en el que la canción terminaba y Eliza era conducida fuera de la pista de baile por su compañero.

Cuando los interceptó, lady Eliza no fue capaz de contener su sorpresa. Era demasiado expresiva para su propio bien.

—Buenas noches, milady —dijo con una sonrisa que pretendía ser encantadora—. Le recuerdo que me prometió un baile y, si no me equivoco, soy el siguiente.

El hombre que la acompañaba, que parecía de la misma edad que Lucifer, lo miró con curiosidad. Le resultaba familiar. Lady Eliza, que sabía perfectamente que no le había guardado ningún baile, alzó las cejas con incredulidad y Lucifer se preguntó si diría la verdad y lo dejaría en ridículo. No obstante, se sintió aliviado cuando ella asintió con recato.

—Es cierto, señor Knight. Es su turno. —Se despidió de su acompañante con una reverencia—. Gracias por el baile, lord Redding.

—Igualmente, lady Eliza.

Lucifer vio que el marqués de Redding salía de la pista de baile y se dirigía hacia una joven con unos voluminosos rizos color caoba que lo observaba fijamente, como si supiera quién era él. Al escuchar el nombre del marqués, Lucifer cayó en la cuenta de por qué le sonaba haberle visto antes. Estaba seguro de que ese tipo había ido al club en más de una ocasión, pero no creyó que pudiera reconocerle de buenas a primeras. Lucifer jamás veía a sus clientes sin la máscara. El marqués le dijo algo a la joven y ambos lo miraron sin ningún tipo de disimulo. Se sintió juzgado.

—¿Vamos? Empieza la música.

Lady Eliza llamó su atención, y de inmediato Lucifer le ofreció su mano. El vals comenzó enseguida y se mezclaron con el resto de parejas. Observó a la joven con interés; parecía mucho menos

desdichada que la última vez que se habían visto, aunque la tristeza seguía velando su mirada. No obstante, había algo diferente en ella que no supo dilucidar. Esperaba que, fuese lo que fuese, jugase a su favor.

—Es muy atrevido por su parte pedirme un baile sin previo aviso. Tiene suerte de que tuviera un hueco vacío —dijo ella entonces con retintín—. Más después de la inapropiada caja que dejó en la terraza de mi dormitorio.

No lo dijo en tono acusador, pero sí había en ella una actitud de censura que demostraba lo atada que vivía a las reglas sociales. No obstante, estaba allí hablando con él y quiso creer que era buena señal. Le había dado un par de días para que pensase en su oferta por instancias de Azazel. Si por él hubiese sido, la habría abordado al día siguiente, pero quizá su amigo tenía razón y lady Eliza se hubiese cerrado en banda. Le agradecía que lo hubiese frenado.

Aunque jamás lo admitiría en su presencia, o el imbécil de Azazel se hincharía como un pavo.

—Ya sabe lo que dicen, lady Eliza —dijo con una sonrisa—: «El mundo es de los valientes». Arriesgarme a que me diera una bofetada era un obstáculo nimio a cambio de conseguir hablar con usted.

Ella se quedó en silencio unas cuantas vueltas, hasta que por fin se decidió a hablar. Tenía las mejillas algo más sonrosadas que hacía unos segundos y se preguntó qué estaría pasando por su mente.

—¿Y de qué quiere hablar conmigo? —preguntó, aunque ambos sabían la respuesta.

—Creo que ya lo sabe. Quisiera saber si aceptará la invitación.

Lucifer la miró a los ojos hasta que ella desvió la mirada, ruborizada. Tuvo un extraño sentimiento de satisfacción al verla tan nerviosa.

—No debería hacerle propuestas así a las mujeres —dijo sin mirarle.

—Solo a una mujer. En singular —aclaró él.

Ella volvió a mirarle, esa vez con escepticismo.

—Me aseguró que usted cumplía deseos.

Lucifer asintió.

—Y mantengo lo que dije —respondió él. La estrechó más por la cintura—. ¿Va a decirme cuál es su deseo?

Eliza vaciló, mordiéndose el labio. Inconscientemente, Lucifer siguió el gesto con la mirada y, de repente, deseó saber a qué sabían sus labios. Aquello lo dejó tan sorprendido que casi se perdió la respuesta de la dama.

—No sé si puedo confiar en usted. ¿Por qué precisamente yo, señor Knight?

Lucifer ladeó la cabeza. La inocente lady Eliza se acercaba a la verdad mucho más de lo que ella podía siquiera imaginar. Era desconfiada y hacía bien siéndolo. Su impresión sobre ella mejoró.

—Porque me gustas —dijo él, tuteándola, y ella se ruborizó. Al menos, desde el punto de vista superficial, no era mentira. Era realmente bella y el desposarla no iba a ser tan sacrificado como había pensado—. Y quiero enseñarte que hay vida más allá de la jaula en la que estás encerrada.

Eliza no respondió, acobardada. Estaba claro que no tenía experiencia siendo cortejada. Él acercó su rostro al de ella, seguramente más de lo que se consideraría correcto. Si conseguía que confiase en él y lograba demostrarle que tenía otras opciones más allá de obedecer a su familia, cumpliría su objetivo.

—Es un salto de fe, milady —dijo eligiendo con cuidado sus palabras, volviendo al tratamiento cortés—. Debe decidir si se atreve a venir al infierno conmigo o, por el contrario, quedarse en la luz.

Al contrario de lo que esperaba, ella rumió sus palabras. Se preguntó qué sería lo que lady Eliza deseaba con tanto fervor que hacía que se planteara saltarse todas las reglas. Fuera lo que fuese, daba gracias por ello. Veía una posibilidad tangible de que su plan funcionase antes de lo previsto.

—La luz no me ha traído nada bueno últimamente —dijo finalmente, y su voz sonó muy triste—. Ese tal Lucifer que firmaba la invitación… ¿Es un hombre?

Él contuvo la risa.

—Si me está preguntando si el mismísimo Satán ha subido del averno para firmar su invitación, la respuesta es no. —Ella lo miró con reproche por su tono burlón y él suavizó la voz al proseguir—:

Lucifer es un hombre de carne y hueso.

Eliza frunció el ceño.

—¿Poderoso?

Él se encogió de hombros de forma esquiva.

—Podría decirse que sí —dijo con voz neutra. ¿A dónde quería ir a parar?

—¿Y por qué parece conocerle tan bien, señor Knight? —preguntó —. ¿Trabaja para él?

Lucifer sonrió. Y tanto que le conocía bien.

—Somos amigos.

Eliza asintió, y parecía que aquella respuesta la satisfacía. No obstante, la joven no había terminado con el interrogatorio.

—¿Son lo suficientemente amigos como para que usted pueda pedirle un favor?

—Vaya al grano, milady —dijo él deseando ir al quid de la cuestión —. ¿Cuáles son sus condiciones?

Ella sonrió, divertida, por primera vez desde que la conocía, y la alegría realzaba sus rasgos tan típicamente británicos. No le extrañaba que la hubiesen nombrado la incomparable de la temporada. Era un maldito ángel vestido de seda.

Y Lucifer era el demonio que iba a corromperla. Casi podría disfrutar de ello.

El vals estaba llegando a su fin y no podía quedarse mucho más junto a ella sin llamar la atención, pero no quería presionarla. Temía que se cerrase en banda.

—No iré al club sin Ginny —dijo por fin.

Lucifer frunció el ceño, sorprendido. No había imaginado esa respuesta.

—¿Quién es Ginny?

—Mi mejor amiga, Geneviève Phellam —le explicó, y Lucifer cayó en la cuenta de por qué le sonaba la mujer de los rizos caoba que los observaba junto a lord Redding. Era la hija del empresario americano, Frank Phellam, dueño de unos grandes almacenes—. No puedo ir sola y…

Eliza se interrumpió, se mordió el labio de nuevo y lo miró, expectante. Lucifer barajó sus opciones y, finalmente, decidió que

aceptar era la mejor opción. Si le decía que no, Eliza jamás se atrevería a ir a La Tríada. Una vez que estuviera allí, aunque fuese acompañada, lograría que deseara quedarse. Lograría que, cuando quisiera volver, lo hiciese sola.

—Trato hecho —dijo, y Eliza se sorprendió.

—¿No quiere consultarlo con Luci…? —preguntó en el mismo momento en el que el vals finalizaba.

Eliza parpadeó, sorprendida, cuando se detuvieron. Como si hubiese olvidado que estaba en mitad de una fiesta de alta alcurnia. Lucifer le hizo una pequeña reverencia y sonrió antes de besarle la mano. A pesar de la tela del guante, sintió que ella se estremecía. Sonrió.

—No es necesario; le aseguro que su amiga podrá venir. Que se busque una máscara negra y avise usted misma al cochero de que es su acompañante. Estará al tanto de todo —dijo con seguridad, y vio que ella se sonrojaba ante su mirada abrasadora.

Lucifer se sentía triunfante. Su venganza estaba en marcha. Le soltó la mano con lentitud, sujetándola más tiempo del que el decoro permitía, pero ella no parecía molesta. Todo lo contrario: sus mejillas estaban más rojas que nunca.

Vio a Gadreel aproximarse para reclamar su baile con ella y supo que era el momento de desaparecer. Al fin y al cabo, ya había cumplido su misión de la noche. Dejar a Eliza anhelante de sus secretos. Se aproximó a ella para susurrarle al oído el golpe de gracia:

—Nos vemos el viernes, milady. Estoy deseándolo.

Capítulo 8

Sentado en el banco de la iglesia, en primera fila, Lucifer observaba el decorado altar, repleto de pinturas e imágenes de santos, sumido en sus pensamientos. Miraba sin ver la imagen que presidía la pared, donde Cristo moría en la cruz mientras su madre lloraba junto a él. Podía entender perfectamente el dolor que sentía, pues todavía perforaba el pecho de Lucifer cada vez que respiraba.

Aún era temprano, por lo que no había casi gente, pero pronto se llenaría para escuchar la misa diaria del padre Weasley. Escuchó unos pasos y se giró para ver a Sam salir de la sacristía, perfectamente vestido para realizar sus labores. No se percató de la presencia de Lucifer hasta que subió las escaleras del altar para encender las enormes velas blancas ubicadas sobre la mesa de mármol.

—Russ —dijo con sorpresa—. No esperaba verte hoy.

Lucifer no contestó, y vio cómo su amigo fruncía el ceño.

—¿Estás bien?

—Estoy cerca, Sam —le dijo mirándole a los ojos. No pudo evitar percibir la emoción en su voz.

Sam se acercó a él.

—¿Cerca de qué?

Lucifer apartó la vista del altar.

—De lograr justicia para mi padre.

Sam entrecerró los ojos con preocupación.

—¿Qué has hecho, Russ?

Lucifer se tensó.

—Estoy haciendo lo que debo, Sam.

Le contó todo su plan, porque con él no tenía secretos. Nunca los había tenido desde que ambos se conocieron, cuando Lucifer tenía once años y apenas era capaz de mantenerse en pie por el hambre y la desnutrición. Recordaba la desagradable sensación de estar muriendo poco a poco hasta que se desmayó delante del portón de la iglesia, donde poco después lo encontró el padre de Sam, que por entonces era el sacerdote de St. Marylebone.

Al principio no confiaba en ellos. Ni en el amable cura que le ofrecía techo y comida sin esperar nada a cambio, ni en su hijo, que tenía la misma edad que él y parecía dispuesto a tenderle una mano amiga. Lucifer esperaba que en cualquier momento lo apuñalasen por la espalda, como casi todas las personas que había conocido desde la muerte de su padre. Pero pronto se dio cuenta de que la bondad de los Weasley era genuina y se obligó a bajar la guardia.

—Si trabajas y ayudas, puedes quedarte —le dijo el padre Weasley.

Y así lo hizo. Los Weasley le protegieron, le dieron trabajo y le salvaron la vida. Lucifer jamás había estado tan agradecido con alguien como con ellos. Por eso le dolía que Sam lo mirase como si no le conociera.

—No puedes hacerle eso a una dama inocente.

Lucifer se levantó del banco con enfado.

—No sufrirá, Sam. Su padre es quien pagará por todo lo que ha hecho.

—¡La estás engañando! Vas a arruinar su reputación y cambiar todo lo que conoce —exclamó con enfado—. Me estás diciendo, delante de Dios, nuestro Señor, que vas a usar a una mujer para tus fines egoístas.

Señaló el altar donde Cristo los observaba, pero Lucifer no iba a caer en el truco de la culpabilidad.

—¡Le voy a enseñar que hay otra vida! —replicó él en idéntico tono, aunque hasta a él le sonó como una justificación vacía. Lo señaló con el dedo—. No te metas en esto, Sam. Todo está en marcha, y ahora no voy a detenerme.

Su amigo lo miró con furia, como si quisiera seguir discutiendo hasta que entrase en razón, pero su expresión cambió enseguida a la decepción. Lucifer sintió una punzada de dolor que se obligó a ignorar.

—Me prometiste que me ayudarías a conseguir justicia —le reprochó—. ¿Se te ha olvidado?

—Esto no es justicia, Russell —dijo negando con la cabeza—. Es venganza. Y te arrepentirás muy tarde. Diciéndote que ella no sufrirá para tranquilizar tu conciencia, también estás engañándote a ti

mismo.

Lucifer se irguió todo lo alto que era; no quería escuchar una palabra más. Algunos feligreses ya comenzaban a llegar para la misa, y era el momento de retirarse. Se miraron a los ojos, ambos dolidos el uno con el otro. Sam no podía entenderlo porque no sentía ese dolor lacerándole las entrañas. No podía comprender que Lucifer no tenía otra salida.

—No necesito una confesión, padre. Te equivocas en todo —le dijo, y se dio la vuelta para volver al club—. Y te lo demostraré.

***

Llegó el viernes y Eliza era incapaz de deshacer el nudo en el estómago que los nervios le provocaban. Aunque por un lado se sintiera con derecho a decidir por sí misma a causa de las mentiras de su padre, no podía desprenderse de la idea de que estaba haciendo algo incorrecto. Eliza jamás se había saltado las reglas, y el hecho de estar a punto de hacerlo la llenaba de desasosiego. ¡Por una invitación extraña y un hombre al que había visto dos veces! Debía de estar loca.

O muy desesperada. O ambas cosas.

Ginny decía que era su espíritu aventurero saliendo a flote tras dieciocho años dormido, pero Eliza no estaba tan segura. El desasosiego había amenazado con consumirla durante aquellos días. Apenas había podido dormir y se le había quitado el apetito.

Pero no solo se trataba de la invitación, sino también de la propia Eliza. Entre la maraña confusa que eran sus sentimientos, la joven trataba de dilucidar qué la estaba empujando a desobedecer a su familia. Quizá era por lo traicionada que se sentía, por obtener una opción real de saber qué había sido de su madre o porque quería experimentar sensaciones diferentes. O una mezcla de todas esas cosas. No estaba muy segura de qué encontraría en la denominada *Tríada*, pero era una experiencia que no sabía si podría volver a vivir. Quería salir de la jaula que la tenía encerrada, como bien había dicho el señor Knight. Al menos durante un rato. Porque en dos

meses estaría casada sin remedio y, como le había dicho Ginny, quizá sí merecía tener algo que recordar cuando se sintiera ahogada por su futuro matrimonio.

O, a lo mejor, buscaba sentirse viva. Quería luchar contra la apatía, esa sensación de que no valía la pena seguir. Ya se había sentido miserable al ir a elegir vestido de novia el día anterior. No sabía todavía cómo había logrado contener sus emociones al verse vestida de novia. Era como una presa desmoronándose por momentos, a punto de dejar pasar el agua como un torrente sin control. Pero, una vez más, había fingido que estaba bien y había dejado que la modista y su tía parloteasen sobre lo guapa que estaba y lo afortunada que era. Y, mientras, Eliza había tomado una decisión.

Se había decidido a encontrar a su madre, y esa empresa tan difícil necesitaba de todas sus energías. Un club como La Tríada podía ser un buen sitio por el que empezar a preguntar, ya que seguramente acudiría mucha gente diferente. Su madre quiso llevársela cuando era niña; quería pensar que podría protegerla de su nefasto destino.

Y también podría averiguar más sobre Russell Knight y su extraño interés en ella. Eliza tenía la impresión de que no había sido totalmente sincero, que le ocultaba muchas cosas. Estaba cansada de engaños, pero, si de verdad podía cumplir sus deseos, le pediría que la ayudase a dar con el paradero de su madre.

La tranquilizaba ir con Ginny, que se había encargado de los detalles de la fuga nocturna. Poseía mucha más picardía que ella para romper las normas. Se había encargado de camelarse a su tía Margaret para que dejara a Eliza dormir en su casa. Ginny comenzó diciendo que se sentía muy nerviosa por su inminente boda con lord Redding y que necesitaba compañía que la hiciese sentir mejor. Eliza no había visto a Ginny nerviosa por nada jamás, pero su tía Margaret terminó cediendo cuando la joven americana alegó que tanto ella como Rachel estaban más que invitadas a la fiesta que organizaba la familia de lord Redding por el compromiso.

A tía Margaret no le gustaban los americanos, pero sí sabía cuándo debía arrimarse al sol más caliente. Eliza observó en silencio

cómo su tía caía bajo los encantos y la invitación de Ginny, que incluía a varios nobles solteros que poder presentar a Rachel.

—Bueno, no veo nada malo en que un par de amigas charlen de sus futuros matrimonios —alegó tía Margaret como si hubiese sido idea suya desde el principio—. Pero llévate a tu doncella, Eliza. No queremos dar trabajo extra a la señora Phellam.

Ginny dijo de inmediato que no era ningún esfuerzo que su doncella las atendiera a ambas, pero su tía no cedió en ese punto. Ya no solo porque fuera lo correcto, sino porque Eliza estaba segura de que interrogaría a Harriet sobre cada uno de sus movimientos. No sería fácil que su doncella no se enterase, pero Ginny no parecía en absoluto preocupada.

—Tú déjamelo a mí —le dijo de forma misteriosa.

Así pues, Eliza había cenado con Ginny con normalidad y, efectivamente, habían hablado de los preparativos de la boda como si ese hubiese sido el propósito desde el inicio. Un par de horas después, se despidió de Harriet desde la cama mientras fingía leer un libro hasta que le entrase el sueño. Su doncella le dio las buenas noches y la miró con un brillo peculiar en la mirada, pero quiso creer que eran imaginaciones suyas. El hecho de estar haciendo algo incorrecto la volvía una paranoica.

Cuando se quedó sola, cerró el libro de golpe, incapaz de leer una sola línea. No tuvo que esperar ni veinte minutos antes de que llamaran a la puerta con suavidad. Eliza fue a abrir despacio y se encontró con la doncella de Ginny, que le pidió silencio poniéndose el dedo sobre los labios y le hizo señas para que la acompañase hasta la habitación de su señora.

Ginny la esperaba vestida con un impresionante vestido verde botella, con el que estaba preciosa. Llevaba ya una máscara puesta totalmente negra y su capa, también de ese color, esperaba sobre una de las butacas. Su amiga sonrió triunfante al verla.

—Vamos a cambiarte, rápido —dijo quitándole el camisón de dormir con rapidez—. Te pondrás uno de mis vestidos. Los tuyos son de monja.

Hizo una señal a su doncella, que la ayudó a ponerse la ropa interior. Eliza miró fijamente el vestido rojo que descansaba sobre la

cama de su amiga.

—Te has vuelto loca, ¿no? —dijo observando el escandaloso y brillante color—. ¿Cómo quieres que me ponga algo así? Es un color…

—¿De fulana? —soltó Ginny en absoluto ofendida, aunque Eliza se sintió culpable por lo que había estado a punto de decir—. Pues creo que estarás preciosa.

—Inapropiado —replicó en cambio—. Yo nunca…

—Tampoco habías ido nunca a un club y mira en qué punto nos encontramos, ¿no? —Ginny la miró con impaciencia mientras su doncella le apretaba el corsé de forma mucho más civilizada que su propia doncella—. Mira, Liz, si vas a romper las reglas, debes hacerlo en todos los aspectos. Cuando llegues al club, olvida las normas ridículas de tu familia y haz lo que quieras. Como si te apetece quitarte ese vestido delante de alguien. ¡Solo mandas tú!

Eliza se sonrojó. ¿Qué se pensaba su amiga que iba a hacer aquella noche? No quiso indagar o perdería el escaso valor que había podido reunir. Se obligó a pensar en su madre mientras terminaban de vestirla. Quería encontrarla, y salir de su zona de confort era el primer paso.

Cuando le abrocharon el último botón, Ginny silbó.

—Sabía que estarías espléndida.

Eliza se miró al espejo y ahogó un grito. El vestido era impresionante y caía sobre sus caderas como una cascada escarlata que realzaba sus atributos. El escote era claramente más pronunciado de lo que a ella se le había permitido llevar nunca, y se sintió algo incómoda al ver tanta piel expuesta. Claramente no podría ponérselo jamás para un evento social, pero sí podía llevarlo para un club de dudosa reputación, ¿no? Y, con la máscara, nadie podría pensar jamás que la correcta lady Eliza Cavendish se encontraba bajo aquel disfraz tan escandaloso.

Se quedó en silencio tanto tiempo que Ginny vaciló.

—¿Demasiado? ¿Quieres ponerte otra cosa?

Eliza estuvo a punto de decir que sí, pero recordar la ardiente mirada que le había lanzado el señor Knight al mostrar su interés en ella… la detuvo. No sabía por qué, pero sentirse apreciada por un

hombre caldeaba su pecho, aunque no confiara en sus intenciones. Debía de estar loca.

—No, está bien —dijo, y Ginny sonrió, radiante. Su doncella hizo otro tanto y la instó a que se sentara para que pudiera trenzarle el cabello—. Creo que Harriet quería husmear. Antes, ha estado haciéndome muchas preguntas mientras me desvestía.

Ginny sonrió malévolamente.

—Mary Ann, aquí presente, se ha encargado de ponerle un somnífero durante la cena de la servidumbre y estará fuera de combate hasta mañana —le explicó Ginny sin asomo de vergüenza. Eliza la miró, sorprendida, y su amiga se apresuró a añadir—: Solo dormirá, no sufrirá ningún daño. Es el mismo medicamento que toma mi madre cuando tiene insomnio. Puede tumbar a un caballo.

Miró a la doncella, que seguía atareada con su peinado. Esta no había despegado los labios todavía, y los ojos de Eliza se encontraron con los de Ginny a través del espejo.

—Si me fío de alguien en esta vida, es de mi doncella. No te preocupes. —Ginny sonrió con tristeza—. Además, Mary Ann es muda.

Eliza abrió los ojos como platos, pero Mary Ann sonrió sin dejar de peinarla. Negó con la cabeza, como restándole importancia a su dolencia. Eliza supuso que Mary Ann había tenido dificultades para trabajar, pues no todo el mundo le daría trabajo a una chica muda, y que eso hacía que sintiese una enorme lealtad hacia Ginny. Eliza se sintió más tranquila al estar segura de que Harriet no abriría la puerta de su habitación de madrugada para comprobar que seguía allí.

—Dios me libre de ser vuestra enemiga. —Esbozó una pequeña sonrisa—. Sois de armas tomar.

Ambas sonrieron con suficiencia al mismo tiempo y Eliza rio.

Cinco minutos después, su cabello estaba perfectamente recogido y trenzado, y Mary Ann sacaba de debajo de la cama de su señora la famosa caja que Eliza había encontrado en su terraza. La máscara de Eliza era muy similar a la de Ginny, pero tenía rubíes rojos cosidos en los bordes.

—¿Será un problema que sean máscaras diferentes? —preguntó

preocupada.

Ginny sonrió de una forma extraña.

—No creo —dijo escuetamente—. Pero me alegra haber escogido el vestido rojo.

La capa de Eliza tampoco era totalmente negra, sino que el bordado también era de color escarlata. La joven recordó que el señor Knight le había explicado en su nota que había elegido ambas prendas especialmente para ella, y se sintió inquieta. No obstante, ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Y se dio cuenta de que tampoco quería arrepentirse.

Se miró al espejo y, una vez más, no se reconoció. Vestida y peinada así, con el rostro medio oculto por la máscara, parecía una mujer segura de sí misma y no la niña asustada por romper las normas que guardaba en su interior. No, nadie la reconocería vestida así. Ginny había acertado de pleno con su atuendo. Eliza podría fingir durante unas horas ser otra persona. Alguien más atrevida, con un futuro más brillante que el suyo.

—Vamos, ya casi es medianoche. —Ginny la sacó de sus cavilaciones.

Mary Ann les hizo señas y las acompañó hasta la puerta del servicio, por donde ambas salieron a la calle trasera de la casa de los Phellam. No encontraron a nadie por los pasillos de la enorme mansión, pero Eliza no pudo respirar tranquila hasta que Mary Ann cerró la puerta con un suave golpe.

Cogidas de la mano, salieron rumbo a Duke Street con Grosvenor Square, donde la invitación decía que el carruaje las esperaría a medianoche. Ambas llevaban la capucha puesta y eran unas sombras oscuras apenas iluminadas por los faroles, pues la niebla de Londres las envolvía con su frío manto. Suerte que el punto de encuentro se encontraba muy cerca de la residencia de los Phellam o Eliza se hubiese muerto de miedo. De repente, Eliza cayó en la cuenta de algo. ¿Era suerte en realidad, o el tal Lucifer investigaba a sus posibles clientes? Quizá el señor Knight le había dicho que no iría al club sin Ginny, pero ¿cómo podía saberlo él si la invitación llegó mucho antes de su petición a Knight? Eran demasiadas incógnitas.

Esperaba resolver alguna aquella noche. Aunque el miedo y la incertidumbre gobernaban su alma, Eliza sintió un resquicio de emoción, que la envalentonó para seguir adelante. Quería saber qué le depararían las próximas horas.

El carruaje estaba allí cuando llegaron, cinco minutos antes de la hora acordada. Para su sorpresa, el cochero era una mujer vestida de hombre y no se molestaba en disimularlo. Llevaba el pelo largo y suelto, y bajo la chaqueta se adivinaban sus curvas. Con la gorra calada hasta las cejas, Eliza no podía verle los ojos, pero sí pudo ver que sonreía con amabilidad.

—Contraseña —demandó con una voz dulce y amigable.

Ginny golpeó suavemente a Eliza en la espalda para que hablase, pues se había quedado paralizada. Carraspeó.

—«Lucero del alba» —dijo. Y agradeció que no le hubiese temblado la voz, porque toda ella era un manojo de nervios.

La mujer asintió y les abrió la puerta del carruaje. Las dos muchachas subieron y, cuando Eliza esperaba que se cerrase la puerta del vehículo, la conductora sacó un par de papeles del bolsillo interior de la chaqueta.

—Antes de llevarlas al destino, deben firmar esto —les explicó—. Son las normas.

Eliza cogió el papel que le tendía con cierta reticencia. Era un texto corto, de aspecto legal, en el que ella declaraba que jamás revelaría a nadie ni la ubicación del club ni lo que allí viese. En definitiva, ningún aspecto que pudiese poner en peligro la naturaleza clandestina del negocio. Con el aparentemente inofensivo papel en la mano, la joven sintió que estaba comprometiendo algo más que su silencio.

Eliza miró a la mujer, que esperaba pacientemente a que lo leyesen. Pareció leer una pregunta en sus ojos, porque se encogió de hombros.

—Sin firma no las llevaré a ninguna parte —declaró sin vacilar—. Como comprenderán, es un asunto de suma importancia.

—Es natural —intervino Ginny en ese momento. Eliza la miró y su amiga se encogió de hombros—. Se están cuidando las espaldas, porque no saben si alguien acude al club con malas intenciones.

Su amiga le pidió la pluma y el tintero a la mujer y firmó sin vacilar. Eliza volvió a mirar las pequeñas letras impresas y pensó en su madre. No tenía otra forma de tratar de encontrarla. Encerrada por su familia, jamás la hallaría. Su futuro marido seguramente estaría cortado por el mismo patrón. Cogió la pluma y, antes de poder pensárselo mejor, firmó. La mujer se guardó los documentos nuevamente y les hizo un gesto amistoso con la gorra.

—Pónganse cómodas —dijo con una sonrisa—. Llegaremos enseguida.

Una vez que se hubo cerrado la puerta, Eliza respiró hondo. Ojalá aquello no terminase en tragedia.

—Irá bien —dijo Ginny con tanta seguridad que Eliza casi se molestó por su escaso sentido de la supervivencia—. No nos están secuestrando ni nada parecido. Te dije que había oído hablar de este club.

Eliza frunció el ceño, pues nunca había llegado a preguntarle lo más importante.

—¿A quién se lo oíste hablar?

Ginny no respondió de inmediato y la oscuridad no le permitía verle el rostro. Si no fuera por la luz de los faroles de la calle, Eliza estaría hiperventilando.

—A Marcus. Pero no puedo decirte más, Liz, ya que no es mi secreto. Ya ves que en este sitio aprecian la discreción.

Eliza quiso gritar por la frustración, pero se mordió la lengua con fuerza. Se consoló pensando que lord Redding parecía una persona decente y no un loco. Una persona decente no querría secuestrarla ni nada parecido. Pero no pudo quitarse de encima los nervios.

Cuando el carruaje se detuvo tras varios minutos, Eliza se sorprendió al ver que se encontraban en la parte trasera de la iglesia de St. Marylebone. Tan cerca de la casa de Dios que tuvo que alzar el cuello para poder observar el enorme campanario. Se preguntó si el infierno y el Lucifer de la invitación no eran tan metafóricos como ella creía.

—¿No será alguna especie de grupo pagano? —preguntó con temor, pero Ginny puso los ojos en blanco.

—No serás tú una cobarde, ¿verdad?

Ginny la empujó hacia los dos únicos edificios cercanos, uno de los cuales estaba conectado a la iglesia por un enorme jardín. Tratando de adaptar sus ojos a la tenue luz de la calle, Eliza observó la fachada con suspicacia. En la puerta de entrada podía leerse una placa en la que ponía: «Escuela de caridad St. Marylebone, desde 1870». Todo el edificio estaba rodeado por una valla de metal, y el acceso al estrecho callejón que quedaba a su derecha estaba cerrado al paso por una alta puerta de barrotes negros.

¿Por qué las habían llevado hasta una escuela a esas horas de la noche? Eliza cada vez entendía menos cosas, pero no pudo preguntar nada porque una voz interrumpió el hilo de sus pensamientos:

—Sean bienvenidas.

Dio un respingo y se giró de inmediato. El hombre que había hablado era alto, corpulento y aterrador. El farol que llevaba en la mano llenaba su rostro de formas angulosas y oscuras. No obstante, su voz era amable y, si no fuera por las extrañas circunstancias, parecería un anfitrión dándoles la bienvenida a una fiesta en su majestuosa mansión. Sus ropas no decían nada sobre su posición social, pero Eliza pensó por su forma de moverse y hablar que parecía noble.

El hombre grande intercambió unas palabras en voz baja con la conductora, que le entregó unos papeles antes de marcharse con una despedida silenciosa. Eliza imaginó que era lo que ellas acababan de firmar.

—Mi nombre es Azazel y las guiaré hasta La Tríada.

Eliza escuchó a Ginny soltar una exclamación ahogada, como si el nombre del desconocido la hubiese sorprendido. Eliza trató de hacer memoria, cuando años atrás su institutriz la obligaba a leer la Biblia cada día. ¿Azazel era otro ángel caído? No estaba segura.

—¿Tienen la invitación? —dijo él en ese momento. Llevaba una máscara como la de ella, pues, al levantar el farol, los rubíes centellearon con la suave luz.

Eliza se la entregó y el tal Azazel le echó un vistazo.

—Mi amiga viene conmigo… —Empezó a explicarse, pero él la cortó.

—Todo en orden. Lucifer me informó sobre las circunstancias especiales. —Le devolvió la invitación y se giró—. Síganme. Es mejor no estar en la calle mucho tiempo.

El hombre comenzó a andar a paso ligero. Ginny tiró de su mano y ambas le siguieron de cerca. Eliza pensaba que se dirigirían al interior de la escuela; pero, en realidad, pasaron de largo la entrada principal hasta detenerse frente a la puerta de hierro que bloqueaba el acceso al callejón. Azazel le entregó una llave a Eliza que colgaba de una cadena que podía atarse al cuello.

—Con ella podrás abrir esta puerta cada vez que quieras volver al club —le explicó antes de girarse—. Tras entrar, tendrás que volver a cerrar el candado.

Eliza agarró la llave y se mordió la lengua, porque le hubiese gustado decir que aquella sería la primera y única vez. Ginny debió de leerle la mente, porque le dio un codazo para que no abriese la boca.

Azazel se sacó su propia llave del bolsillo y abrió la puerta de metal, que apenas chirrió al moverse. Las instó a pasar a la oscura y estrecha callejuela, que bordeaba el lateral de la escuela de caridad, y cerró la puerta de nuevo tal y como le había explicado. Avanzaron unos cuantos pasos hasta que se detuvieron de nuevo, esta vez delante de una puerta de madera oscura, apenas perceptible con tanta oscuridad. Era fácil pasarla por alto si no se conocía su existencia.

Así que, en realidad, sí iban a entrar en la escuela, pero por un acceso menos visible. Cruzaron la puerta hacia el interior, que estaba inquietantemente silencioso, y Azazel cerró tras ellas con cuidado. Eliza miró a su alrededor, nerviosa. Un par de velas iluminaban la estancia y un fuego hogareño crepitaba en la chimenea. Se encontraban en una pequeña salita, cuyas paredes estaban cubiertas por estantes estrechos con material escolar. Una pesada alfombra cubría el suelo, el único mobiliario que destacaba en la anodina estancia. Excepto por un hombre joven y corpulento que leía un libro sentado en una mecedora, una tarea que contrastaba con su atuendo negro y aterrador. ¿Sería un vigilante? Parecía que sí, por cómo las observó de arriba abajo, analizándolas.

—Buenas noches, Azazel. Señoras —dijo antes de continuar con su lectura e ignorarlas.

—Buenas noches, Ben —respondió su enorme acompañante.

Cuando Azazel retiró la alfombra por una de las esquinas, Eliza observó que no estaba ahí por casualidad: su función era cubrir la ancha trampilla que su guía acababa de abrir sin apenas esfuerzo.

—Ben es de mi equipo de seguridad. Se encarga de asegurarse de que nadie sin invitación cruce la trampilla —explicó sin que nadie le preguntase—. Por aquí, por favor. Cuidado con las escaleras.

Eliza miró el agujero con temor, aunque podía apreciarse algo de luz a través de la entrada. Ginny avanzó con decisión y Eliza no tuvo más remedio que seguirla, pues su amiga no le soltaba la mano. Quizá temía que saliese corriendo. El corazón le latía con rapidez cuando bajaron la larga escalera. La trampilla era lo suficientemente grande como para bajar por ella sin dificultad a pesar de las voluminosas faldas, por lo que pudieron recorrer los escalones con relativa rapidez.

Una vez que estuvieron abajo, Azazel dejó caer la trampilla, que se cerró con un golpe sordo, y Eliza observó ante ella un pasillo de piedra poco iluminado. Soltó un grito y dio un paso atrás, golpeándose contra el enorme torso de Azazel. Sin embargo, apenas fue consciente de ello. El pasillo era lo suficientemente ancho y alto como para que su guía no tuviera que encorvarse para pasar, pero eso no era lo que atemorizaba a Eliza. Las paredes eran rugosas y estaban cubiertas de calaveras y huesos. Una desagradable idea le cruzó la mente teniendo en cuenta que estaban tan cerca de una iglesia. Apretó con fuerza la mano de Ginny, que la miró preocupada.

—¿Han profanado tumbas y osarios para construir este sitio? —murmuró, no sabía bien a quién. Dios santo, ¿dónde se había metido? Parecía que de verdad estuviera descendiendo al infierno.

Todavía pegada a Azazel, sintió su pecho vibrar cuando se rio con voz grave. Se apartó con un respingo.

—No somos tan malvados como nos pinta, milady.

Ginny trató de infundirle ánimos con la mirada.

—Seguro que es falso, Liz. No te preocupes.

Eliza respiró hondo. Claro, debía ser falso. ¿Cómo lo llamaban en

el mundo de la farándula? ¿*Atrezzo*? Sea como fuere, era aterrador. Muy realista. Azazel las instó a avanzar delante de él durante varias yardas, totalmente en silencio, hasta que encontraron una enorme puerta de madera. En la hoja había grabada una T hecha de oro. Estaba mucho mejor iluminada que el pasillo, por lo que Eliza imaginó que era el final de aquel pasadizo horrible. Sintió alivio. Fuera lo que fuese lo que había tras esa puerta sería mejor que aquel recorrido de la muerte.

—Antes de abrir la puerta y dejarlas entrar, quiero recordarles las normas —dijo Azazel a su espalda. Ambas mujeres se giraron y Eliza se sorprendió al ver que su guía tenía un ojo verde y el otro azul, que destacaban contra el negro de la máscara. Trató de no mirarlo con demasiado interés, ya que no quería hacerle sentir incómodo. Pero ahora, a la luz de las velas, vio que el hombre era muy atractivo. Igual que el señor Knight. ¿Todos los trabajadores del club serían tan bien parecidos?—. No suele suceder, porque la gente aquí valora mucho la intimidad; pero, si alguien les pregunta su nombre, deberán contestar con el apodo que hayan elegido. Podrían decir el nombre real si lo prefieren, pero imagino que son partidarias de la discreción.

Eliza asintió de inmediato y Ginny hizo otro tanto. ¿Azazel podría escuchar lo rápido que le iba el pulso?

—Bien —dijo antes de proseguir—. Lo mismo para las máscaras que llevan puestas. Quizá vean a gente sin ella, pero es su elección no permanecer en el anonimato. Nosotros solo pedimos confidencialidad fuera del recinto. La Tríada es un lugar seguro y secreto.

Azazel se giró hacia ella y Eliza sintió que su pulso se aceleraba todavía más. La miró con tanta intensidad, como si pudiera leerle la mente, que se preguntó si la conocía de algo.

—Milady, Lucifer la está esperando —dijo con amabilidad—. Arde en deseos de hablar con usted.

Capítulo 9

Cuando Azazel abrió la puerta, Eliza no sabía qué esperar. Quizá una réplica del tétrico pasillo que acababa de recorrer, con las paredes llenas de osarios. Gente siendo torturada y habitaciones en llamas. El reino infernal tal y como se lo imaginaba. La sugestión que la envolvía era tal que Eliza no sabía si tendría que suplicar por la salvación de su alma.

No obstante, se encontró con algo totalmente diferente. Abrió los ojos como platos cuando por fin entró en La Tríada. Una estancia iluminada por multitud de lámparas, pilares de piedra, suelos del mismo material, paredes de ladrillo envejecido y un millón de conversaciones ociosas y felices. Incluso la temperatura había subido respecto al exterior. También olía diferente, a algo que no supo identificar. La gente jugaba a las cartas o a la ruleta, fumaba, bebía, reía y charlaba sin preocupaciones. Había hombres y mujeres, muchos de ellos con el rostro cubierto por una máscara negra, divirtiéndose juntos.

Era una fiesta en estado puro y, cuanto más miraba y se fijaba, más la embargaba la sensación de que no estaba en el lugar correcto. Ella no pertenecía a la clase de personas que iban a clubs y se divertían. Ella se quedaba en casa y bordaba en su bastidor o leía libros aptos para damas. Ver a todas aquellas mujeres rompiendo el molde impuesto desde su nacimiento la abrumó. No les importaban las normas, porque parecían felices pisoteándolas a cada segundo que pasaban en ese lugar.

Quiso irse, volver al lugar seguro que conocía. Dio un paso atrás de forma inconsciente, pero enseguida se enfureció consigo misma.

Había llegado hasta allí y no podía irse ahora. Quería saber más. Pensó en su madre para insuflarse valor.

¿De qué le había servido seguir las normas a rajatabla? Para que le mintieran y la prometiesen en matrimonio a un hombre que podría ser su abuelo. Cerró los puños con fuerza. No, no se iría.

—Este lugar es increíble. —Oyó que decía Ginny, totalmente ajena a su dilema interior.

Azazel sonrió y les pidió a dos lacayos que custodiaban la puerta que cogiesen las capas de ambas mujeres. Eliza se dio cuenta de que ambos la miraban con reverencia y se preguntó por qué. ¿Acaso la conocían? No, imposible. Estaba irreconocible vestida así. Y ella estaba segura de que no los había visto nunca.

Se sintió algo expuesta con el vestido escandaloso que Ginny le había puesto, pero la máscara le permitía sentirse más valiente. Nadie de los allí reunidos sabía que ella era lady Eliza Cavendish. Era una mujer anónima más.

—Diviértase, señorita —dijo entonces Azazel a Ginny, y se dirigió a Eliza—: Usted tiene que hablar primero con Lucifer.

—¿Yo sola?

Azazel asintió, sin añadir nada más, y esperó paciente a que lo acompañase. Eliza miró a su amiga, suplicándole que no se fuese sin ella, pero Ginny negó.

—Estaré por aquí si quieres marcharte, ¿vale? —dijo señalando el salón. Tenía los ojos puestos en un hombre que las miraba con curiosidad. Llevaba la máscara puesta, totalmente negra, cubriéndole todo el rostro, pero Eliza tuvo la sensación de que le conocía—. Ahora seguro que obtienes respuestas.

Ginny le apretó las manos con fuerza, infundiéndole ánimos, y miró a Azazel.

—Cuide de mi amiga —le dijo, casi amenazante.

Azazel sonrió ampliamente.

—Con mi vida si es necesario, señorita.

Ella asintió y sonrió a Eliza, que se sintió desamparada cuando la vio marchar rumbo al desconocido. No podía quitarse de encima la sensación de que no era la primera vez que Ginny iba al club, pero no entendía por qué habría de mentirle. Con la mente hecha un caos, Eliza siguió a Azazel por un pasillo que dejaba atrás el gran salón. A ambos lados veía puertas con lazos rojos, amarillos y verdes atados a los pomos. Se preguntó qué significarían.

Se fijó en los empleados con los que se cruzaban, que llevaban una máscara totalmente roja, y que se la quedaban mirando más de la cuenta, como los dos lacayos de la entrada. Eliza se preguntó si era porque su máscara era como la de Azazel y si eso podía tener

algún significado. En el salón todo el mundo llevaba máscaras negras o rojas, pero no había visto ninguna más que tuviera ambos colores. ¿Qué buscaba el señor Knight al darle un trato especial? Y, además, si tantas ganas tenía Russell Knight de que Eliza acudiese al club, ¿por qué todavía no le había visto? ¿Por qué primero debía hablar con Lucifer?

—Espere aquí —le dijo Azazel cuando hubieron llegado a una especie de antesala que daba acceso a tres puertas enormes. La que tenía justo enfrente estaba decorada con una enorme L. A los lados, había dos puertas más de igual tamaño. En la de la izquierda, había grabada una A; y en la de la derecha, una G. Eliza pensó que todo allí era demasiado ostentoso, dramático y con una clara obsesión con pintar letras enormes en las puertas—. Debo ir a comprobar que todo está en orden. Lucifer saldrá enseguida.

Eliza no tuvo tiempo de replicar, pues Azazel desapareció inmediatamente por donde habían venido, no sin antes cerrar la puerta que comunicaba el pasillo con la antesala donde ella se encontraba. Supuso que aquellos eran los dominios del famoso Lucifer. Le gustó alejarse del humo del tabaco y respirar aire más limpio. Eliza miró a su alrededor con curiosidad para evitar dejarse llevar por el pánico. Enseguida algo captó toda su atención. Una de las paredes estaba presidida por una increíble pintura de tres ángeles cayendo a plomo desde el cielo. Sus alas se desintegraban mientras descendían. Era una reinterpretación muy soberbia de la historia bíblica de Lucifer, pues el artista que había pintado el cuadro, tan alto como ella, era increíblemente talentoso. En la esquina inferior derecha del cuadro vio una firma trazada con pincel: «Gwen».

«¿El cuadro lo había pintado una mujer?», pensó sorprendida.

Al lado de la pintura, directamente sobre la pared, había una inscripción. Eliza leyó con curiosidad.

Había una vez tres ángeles hermosos, inocentes y buenos… que fueron empujados al infierno. Pero no porque ellos hicieran nada diabólico o reprobable, sino simplemente porque los demás ángeles consideraron que estorbaban.

Pero, en lugar de dejarse consumir por las dolorosas llamas del

averno, los pobres desterrados sumaron su fuerza, inteligencia y pasión para construir un lugar en el que resurgir de sus cenizas. Un lugar en el que sentirse a salvo por primera vez en mucho tiempo. Durante el proceso, los tres ángeles caídos, que habían aprendido a comportarse más acorde al diablo, reforzaron sus lazos y amistad. Se hicieron inseparables y se encargaron de que todo el mundo lo supiera. Eran como hermanos y se protegerían los unos a los otros.

El hogar que habían construido era tan decadente y atrayente que el resto de los ángeles, los mismos que les habían dado la espalda sin contemplaciones, bajaban voluntariamente al infierno para visitarlos. Bajaban desde el cielo y se dejaban llevar por sus deseos más oscuros en el subsuelo, donde nadie podía verlos ni juzgarlos.

Y así, desde las sombras, los tres caídos prosperaron de una forma que ninguno de ellos hubiera imaginado jamás. Pasaron de estorbar, de no ser nadie, a convertirse en los señores del pecado. Venerados y temidos a partes iguales.

Tres ángeles caídos… Lucifer, Azazel y alguien más, imaginó Eliza. Alguien cuyo nombre empezaba por G, supuso echando un nuevo vistazo a las tres puertas. Los tres dueños del club. Ahora el concepto «tríada» adquiría más sentido. Eran tres hombres que habían montado un negocio alrededor de la metáfora del infierno y, por lo que había visto antes en el gran salón, había resultado ser una idea muy exitosa.

Observó de nuevo la pintura con nuevos ojos.

—Vaya con los ángeles caídos —susurró para sí misma.

Si aquello era el infierno, no parecía tan malo como lo pintaban en la Biblia.

—Algo melodramático, pero efectivo. ¿No cree, milady?

Sobresaltada, Eliza se giró para encontrarse cara a cara con el mismísimo Russell Knight. Le reconoció a pesar de la máscara, negra y roja, que portaba tapándole la mitad superior del rostro. Todavía con el corazón acelerado, Eliza le observó con atención. Iba totalmente vestido de negro, pero lo que más la sorprendió fue que se encontraba bajo el dintel de la puerta que tenía grabada una L. Eliza parpadeó, confusa, pero él sonrió como si nada.

—Bienvenida a mis dominios —dijo abriendo los brazos.

Eliza frunció el ceño durante un segundo, pero de inmediato ató cabos. Se le cayó el alma a los pies. Por supuesto, ¿cómo había podido ser tan estúpida? La invitación de Knight, pero firmada por Lucifer; el hecho de que Knight no hubiese visto ningún problema al invitar a Ginny. El que él mismo admitiera cumplir deseos… Como el diablo en persona.

Se sintió engañada.

—Tú eres Lucifer.

***

La vio allí de pie, impactada por la revelación que acababa de hacerle, y tuvo que contenerse para no sonreír. Sabía que lady Eliza jamás habría imaginado que el misterioso Lucifer y Russell Knight podían ser la misma persona, pero ser testigo de su estupefacción era divertido.

—Así es, milady —dijo en tono desenfadado—. Soy uno de los tres jefes de este club.

Lady Eliza por fin pareció salir de su estupor, porque parpadeó y sacudió la cabeza, como si no pudiera creerse tan tonta.

—Me ha engañado —lo acusó, y parecía de verdad afectada por su mentira.

Lucifer sintió una punzada de culpabilidad que desterró de inmediato. No había llegado hasta allí para dejarse llevar por sentimentalismos. Ella ni siquiera sabía lo mucho que la estaba engañando en realidad, pero no iba a amilanarse por un par de ojos tristes. Su padre merecía justicia.

Además, quizá en algún momento Eliza le agradecería haber puesto su vida del revés. La observó de pies a cabeza, y apreció lo bien que le sentaba el rojo y lo atractiva que estaba vestida así. Había acertado cuando predijo que se vería bella y misteriosa.

—No quise ocultarle mi identidad, pero, como habrá podido comprobar por el contrato de confidencialidad que ha guardado Azazel, tenemos la manía de ser muy discretos —respondió encogiéndose ligeramente de hombros—. No podía decirle quién era

en mitad de un multitudinario baile.

Eso pareció amilanarla, pero aun así se mordió el labio, poco convencida. Lucifer se acercó un par de pasos a ella y bajó la voz, como si quisiera intimidad. Le tuvo que reconocer que fue valiente al no dar un paso atrás y sostenerle la mirada. Su perfume de lavanda lo envolvió.

—Por si la consuela, usted es la única que conoce mis dos identidades. —La miró con complicidad y le guiñó un ojo. Fue gracioso ver cómo se sonrojaba ante el simple gesto—. Le agradecería que me guardase el secreto, por favor.

Ella asintió secamente.

—Aunque no quisiera, ¿acaso tengo opción? —replicó—. Como usted bien ha dicho, he firmado un contrato de confidencialidad.

Lucifer sonrió y fingió haberse llevado un golpe en el pecho.

—Me duele que piense solo en el contrato y no en mi seguridad —dijo con dramatismo.

La joven casi sonrió ante su actuación. Al menos, se le curvaron las comisuras de los labios, antes de recordar que debía mostrarse enfadada con él.

—¿Qué tiene que ver su seguridad?

Lucifer señaló entonces la puerta de su despacho.

—Sentémonos, milady. —Ella lo miró, reticente, y se abrazó a sí misma con cierto temor—. No se preocupe, está a salvo conmigo. Le doy mi palabra.

Una vocecita insidiosa le dijo que no debía prometerle nada, y que su palabra valía menos que un penique. No obstante, la enterró en lo más recóndito de su mente y se repitió el discursito de siempre: «Lucifer, quieres destruir al duque, pero no hacerle daño a ella». Ni física ni emocionalmente. ¿Acaso Rowland no era el malvado allí, casándola con un viejo contra su voluntad? Él jamás la obligaría a nada; quería que se sintiera libre por primera vez en su vida.

«Eres un hipócrita y la estás utilizando». La vocecita, que se parecía sospechosamente a la de Sam, volvió a la carga. «Seducirla es engañarla». Maldito fuera mil veces el moralista de su amigo.

Lucifer sacudió la cabeza, centrándose en lo importante. En toda guerra había bajas.

Pero, cuando lady Eliza decidió seguirle hasta su despacho, su dilema moral se esfumó por completo de su mente. Era crucial para él ganarse la confianza de la joven, así que no podía fallar de ningún modo.

—Hablaba de mi seguridad porque, como habrá podido deducir, no estamos en un club considerado decente por la parte más rancia y puritana de la sociedad —le explicó cuando hubieron tomado asiento en las mullidas butacas rojas—. El hecho de que los tres jefes nos mantengamos en el anonimato nos ayuda a mantener el club en la misma situación.

La joven frunció levemente el ceño.

—Pero usted no es una figura conocida —dijo—. ¿Qué daño haría…?

Se interrumpió, pues Lucifer supuso que creía que lo había ofendido. Lady Eliza abrió la boca de nuevo con expresión arrepentida, pero él la cortó.

—No hace falta que disculpe. —Soltó una pequeña carcajada—. Aunque yo no sea una persona notoria, cabe la posibilidad de que mis compañeros sí lo sean y no quiero meterlos en problemas. Separar nuestras vidas de lo que hacemos en el club es lo más importante.

Ella asintió, comprendiendo.

—Le prometo que no se lo diré a nadie —aseguró.

Él arqueó una ceja.

—¿Ni siquiera a su encantadora amiga? Parecen muy unidas.

Lady Eliza inspiró hondo.

—¿Está…? —Tragó saliva, pues parecía temer la respuesta a lo que iba a preguntar—. ¿Le ha ayudado a usted a traerme aquí? Si no fuera porque ella me convenció…

Lucifer negó.

—Aunque suelo recordar el nombre de la mayoría de mis clientes, la verdad es que no he hablado nunca con la señorita Phellam —respondió con sinceridad—. Pero no negaré que agradezco que la haya animado a venir.

Eliza se quedó en silencio, y parecía dolida. Estuvo a punto de preguntarle si había dicho algo malo cuando ella lo enfrentó de

nuevo.

—¿Por qué yo?

Lucifer frunció el ceño. No comprendía por qué insistía tanto en eso, pues no era la primera vez que se lo preguntaba. ¿Acaso no tenía ojos en la cara? ¿No vio que, mientras ellos bailaban la otra noche, la mayoría de la población masculina del salón de baile —y parte de la femenina— no le quitaba los ojos de encima?

—¿Por qué vuelve a preguntármelo?

La vio bajar la vista hacia su regazo, avergonzada, y se dio cuenta de que no era tan valiente como quería hacerle creer.

Antes de comenzar con el plan, Lucifer se había asegurado de conocer las rutinas de la joven y las personas que frecuentaba. Desde las sombras, se aseguraba de tener claro a qué clase de persona debía seducir. Siempre que Lucifer la había observado, lady Eliza desprendía una actitud segura y calmada, casi altanera. De una persona que sabe que lo tiene todo y que es demasiado generosa dejando que los demás respiren el mismo aire que ella. Solo la había visto desmoronarse una vez: el día que finalmente se decidió a presentarse ante ella. Lo había considerado una excepción, pues no creía que tuviese muchos motivos para sentirse desdichada.

Creía haberla calado bien, pero en sus ojos había verdadera duda, y Lucifer se preguntó cuándo habrían minado la autoestima de esa muchacha. ¿Acaso nacer entre algodones no confería una seguridad arrolladora? Por su experiencia con los clientes que frecuentaban el club, y con el propio duque de Rowland, los aristócratas solían creerse que estaban por encima de todo y de todos. Así que le sorprendía que esa chica, hija de un duque e incomparable de la temporada, no compartiese el mismo sentimiento egoísta que sus semejantes. Aunque estaba claro que sí sabía fingir muy bien que se creía merecedora de lo que tenía.

Tal vez su padre, que decía quererla tanto, no se había asegurado de que su hija se quisiera a sí misma. Tantas barreras y directrices protocolarias la habían convertido en una muñeca insegura. Lucifer sospechaba que había confundido mojigatería y frialdad con introversión.

«Su tía parece estar muy pendiente de ella, pero perderá el

interés enseguida. Le importa más su hija que su sobrina», recordó las palabras de Gadreel.

Comenzaba a entender que sintiese tanto desamparo. La culpabilidad creció en su pecho, pero la ahogó de inmediato. Sin duda, si la seducía y le enseñaba que podía experimentar otras cosas, le estaría haciendo un favor. Y él, a cambio, tendría su venganza. Los dos ganaban.

—Me gustaría enseñarle que puede dirigir su vida. —Ella soltó una risotada, incrédula, y Lucifer arqueó una ceja—. ¿No me cree capaz?

Eliza sonrió con tristeza.

—Más bien, creo que yo no podría dirigir nada —respondió con desgana—. Pero eso no contesta a mi pregunta. ¿Por qué yo?

—¿Tanto le cuesta creer que haya una persona que se pueda sentir atraída por usted?

La joven se ruborizó de pies a la cabeza, abrumada.

—La verdad… —dijo en voz tan baja que Lucifer tuvo que esforzarse para escucharla—. Sí.

Él frunció el ceño de nuevo.

—¿Por qué? —Fue su turno de responder.

La vio desviar la vista, como si de repente la alfombra que cubría el suelo de su despacho fuese de lo más interesante.

—Soy anodina. Obediente. Buena chica. Nada más —alegó haciendo una pausa tras cada palabra. Encogió un hombro con aparente indiferencia y el gesto confirmó sus sospechas.

La vio morderse la cara interna de la mejilla, como si le costase horrores admitir aquello delante de él.

—Es usted la incomparable de la temporada —dijo él, cada vez más sorprendido por lo engañada que estaba.

Eliza puso los ojos en blanco.

—Porque soy la hija del duque —replicó sin más—. Puedo tener un rostro bonito, pero…

—Tienes un rostro bonito —la interrumpió Lucifer—. Es más que evidente.

—Pero… —recalcó ella, haciendo caso omiso de su halago—. No me conoce de nada, y le aseguro que no hay mucho más que conocer. En los últimos días me he dado cuenta de que no tengo

nada que ofrecer aparte de mi rostro bonito, como usted dice, y mi capacidad para tener hijos.

Volvió a encogerse de hombros y Lucifer parpadeó, estupefacto ante su franqueza.

—Está de broma. —Fue lo único que pudo decir.

—Para nada. ¿No es eso lo que quiere de mí todo el mundo? ¿Mi estatus y mi rol de madre? —respondió. Allí estaba la lady Eliza Cavendish segura de sí misma, que ahora podía ver que era pura fachada. Parecía no importarle lo que estaba diciendo, pero estaba seguro de que le dolía mucho admitirlo—. Así que me disculpará si no comprendo su interés en mí. ¿Acaso se ha fijado en mí precisamente para deshonrarme y después desecharme? ¿Un reto que cumplir y una muesca más en su cabecero?

Aquella conversación se le había ido definitivamente de las manos. No pudo más que soltar una carcajada ante lo absurdo. Era más astuta de lo que parecía, sin duda. Cuando sacaba su carácter, era mucho más interesante de lo que hubiese esperado nunca.

—¿Por qué se ríe de mí? —preguntó molesta—. He aceptado su invitación casi contra mi voluntad, y lo menos que puede hacer es resolver mis dudas.

Lucifer se serenó y carraspeó. Era momento de recuperar las riendas.

—Primero, definitivamente ha sido su voluntad quien la ha traído aquí, porque nadie ha sacado una pistola para obligarla a venir. —Ella fue a decir algo, pero él alzó una mano para que no le interrumpiese—. Segundo, vuelvo a repetirte que me gustas, Eliza. Eres bella, das respuestas agudas, y sería un imbécil si no me hubiese fijado en nada de eso. Me acerqué a ti en aquella fiesta porque parecías triste y sola, y quise enseñarte que puedes ser mucho más que, como tú dices, tu estatus y tu rol de madre. Es lo que hacemos en La Tríada.

Si le molestó que la tutease de nuevo, no lo dejó entrever. La vio tragar saliva y desviar la vista de nuevo, asimilando sus palabras. Si ella no comenzaba a confiar en él, el plan se iría al traste.

—Sin embargo, yo no necesito nada de lo que pueda ofrecerme este club para ser feliz —dijo con convicción.

Lucifer sonrió.

—Ni siquiera sabes qué podría ofrecerte este club. —La miró con intención y ella volvió a ruborizarse. Comenzaba a pasárselo bien—. Empecemos por algo fácil: ¿cuál es el deseo más simple y sencillo que esconde tu alma?

Eliza se encogió de hombros de nuevo, como si no tuviera importancia lo que fuese a decir. Sospechaba que se había pasado toda la vida reprimiendo sus necesidades para contentar a su familia. Cada vez sentía más rabia hacia el maldito duque.

—A mí puedes decirme la verdad. —Alzó los brazos a modo de invitación—. Como bien dices, somos casi desconocidos, así que puedes estar segura de que no te juzgaré. Yo no procedo de la encorsetada aristocracia.

Eso pareció convencerla, porque comenzó con timidez.

—¿Promete que no se reirá?

Lucifer se puso la mano en el pecho.

—Prometido.

—La verdad es que no me he parado mucho a pensar en qué quiero o necesito. No suelen preguntármelo. —Lucifer volvió a ahogar una nueva punzada de culpabilidad. Se mordió el labio de nuevo, nerviosa. Giró la cabeza, quizá en busca de inspiración, y se topó con su reflejo en el espejo que había encima de la chimenea. De repente, susurró sin dejar de mirarse—: Soltarme el cabello…

Lo dijo casi con vergüenza, por lo que se preguntó si había escuchado bien. Lucifer no había esperado algo así. Alzó las cejas a modo de pregunta y ella se apresuró a explicarse.

—No sabe lo incómodos y dolorosos que son los peinados que tenemos que llevar las mujeres. —Se señaló el cabello, donde efectivamente sus dorados mechones estaban entretejidos en una elaborada y apretada trenza enroscada en un moño. Por encima de la máscara, se veía la piel tirante—. Mi tía dice que es vulgar que queden mechones fuera de su sitio, así que tras todo el día suelo tener terribles dolores de cabeza. Así que me gustaría ir con el cabello suelto, aunque solo fuera una vez.

Él asintió y se echó para atrás en su sillón.

—Entonces hazlo.

Ella lo miró sin comprender, como si no hubiese esperado que estuviera de acuerdo con ella o que de repente pasase a tutearla con confianza.

—¿Quieres llevar el pelo suelto? Te ayudaré a soltártelo. Tan sencillo como eso.

Fue su turno de encogerse de hombros, pero ella no parecía entender lo que para Lucifer era tan obvio. Miraba a su alrededor con inquietud. Parecía incluso temerosa, como si en cualquier momento su horrible tía fuese a aparecer de detrás del sofá para llamarla ramera.

—Aquí funciona así, Eliza. Lo que deseas, lo coges.

Lucifer observó que tragaba saliva, y le costó comprender cómo algo tan estúpido como el cabello provocaba en ella tanta ansiedad. La habían criado entre algodones, pero habían minado totalmente su capacidad de decisión. O quizá no del todo, porque, al fin y al cabo, ella estaba allí con él. Había esperanza.

Vio que se había decidido cuando lo miró de nuevo. En sus ojos había determinación, como si aquel momento fuera realmente trascendental para ella. Alzó los brazos y se quitó una de las horquillas con dificultad. Con aquel vestido le costaba moverse, así que Lucifer se levantó de inmediato.

—Permíteme —dijo, y esperó a que ella asintiese. Era primordial que se sintiera cómoda con él y, antes de que ella llegara, había ensayado mentalmente cómo debía comportarse en su presencia. No obstante, sentía que era más fácil de lo que había imaginado—. La verdad es que este peinado parece una tortura.

Ella rio y Lucifer lo tomó como una buena señal. Tiró de las cintas negras para ayudarla a deshacerse de la máscara y, con cuidado, fue retirando las horquillas que le sujetaban la gruesa trenza hasta que esta cayó a lo largo de su espalda. Lucifer empezó a destrenzarle las hebras doradas y Eliza cerró los ojos y relajó los hombros.

—Gracias…, Russell —dijo, y le miró con timidez por encima del hombro—. Si me permites que te llame así.

Su primer instinto fue gritar que no. No había tardado años en labrarse la reputación de ángel caído para que ella lo ignorase por completo. Pero si Eliza quería llamarle por su nombre de pila, era

porque quizá comenzaba a apreciarle o a confiar en él, aunque fuera solo un poco. Sus dedos se paralizaron, entretejidos entre su suave cabello. Sus miradas se encontraron y ella le sonrió.

Fue el turno de Lucifer de tragar saliva. No sabía por qué, pero comenzaba a ponerse nervioso. Pensaba que deshacerle el peinado sería una nimiedad, pero el momento parecía demasiado íntimo como para tratarse de algo tan sencillo. Ella le estaba otorgando su confianza y sus anhelos, dos cosas que sin duda eran muy preciadas para Eliza Cavendish. Y le estaba pidiendo lo mismo a cambio.

O quizá solo quería ser amable y todo estaba en su cabeza. Eran sus deseos de que el plan funcionase los que le hacían malinterpretar las señales. Por todos los infiernos, jamás se le había dado bien ser un seductor. Era algo que solía dejar a sus colegas. Él solía ser mucho más directo, pero con ella no podía hacer eso.

Se obligó a pensar en su padre para seguir adelante. El corazón le latía con rapidez y era como si su dorado cabello quemase, pero no lo soltó porque John Knight merecía justicia.

—Claro que puedes, pero solo cuando estemos a solas. Para los demás soy el diablo. —Le guiñó un ojo. Eliza se ruborizó hasta la raíz y miró de nuevo hacia delante, acobardada.

Lucifer sonrió para sus adentros. Sentía que volvía a tener el control de la situación y se relajó. Se le había olvidado que ella debía de estar mucho más nerviosa que él.

Retomó su tarea. Despacio, fue masajeando el cuero cabelludo a la vez que dejaba libre la larga cabellera. Quiso ser metódico para alargar el momento lo máximo posible. La escuchó suspirar de alivio, así que se atrevió a dar un paso más. Cuando ya no hubo más cabello que destrenzar, le acarició la nuca con cautela. Pasó su pulgar con delicadeza desde la raíz del cabello hasta donde el cuello se unía al hombro. Fue un error. Eliza dio un respingo y se incorporó de inmediato, enfrentándolo. Maldijo por su impaciencia. Ella lo miraba con recelo; el cabello rubio, cayendo hasta la cintura y enmarcándole el rostro y sobre el pronunciado escote. Aquel vestido debería estar prohibido, porque tuvo que esforzarse mucho para apartar los ojos de sus curvas.

—Discúlpame si te he incomodado —dijo de inmediato, mirándola

a los ojos.

—No es eso… —dijo ella, y su rostro reflejaba confusión—. No pasa nada. Gracias. Ahora me siento mejor.

Lucifer esbozó una pequeña sonrisa.

—Sin duda, tienes una cabellera que merece vivir libre —afirmó—. Estás muy hermosa.

Ella desvió la mirada, pero no tardó más de dos segundos en enfrentarle de nuevo. Parecía enfadada.

—Tengo otro deseo —dijo con voz demandante. Y Lucifer se obligó a contener la risa por sus intentos de parecer fiera, dado que él le sacaba dos cabezas.

En realidad, si se lo proponía, Eliza Cavendish podría poner de rodillas a cualquier hombre. Estaba convencido.

—Tú dirás.

Eliza respiró hondo.

—Quiero encontrar a mi madre.

Su altivez se transformó en vulnerabilidad en cuestión de segundos. Como Lucifer bien sabía, Eliza acababa de sacar un tema delicado. Se preguntaba si debía fingir ignorancia cuando ella siguió hablando con voz atropellada, eliminando su dilema.

—Mi padre siempre me dijo que murió en el manicomio, pero hace poco averigüé que eso no fue así. —Eliza se acercó a él—. Creo que está viva y quiero pedirte, por favor, que me ayudes a encontrarla.

—¿Tu padre te mintió?

Ella hizo una mueca de dolor, como si acabaran de abofetearla.

—¿No es horrible? Mi padre… Yo…

Parecía una niña pequeña que acababa de descubrir lo cruel que era el mundo. Quizá fuera así en realidad. Lucifer se sintió reflejado, al igual que el Russell de ocho años que supo que no volvería a ver a su padre y que no tardaría en perder la fe en el mundo.

Lucifer se perdió en sus ojos, claros y suplicantes. «No empatices, Lucifer, sé práctico», dijo una vocecita en su mente. El plan estaba saliendo mejor de lo esperado. La confianza de Eliza en el duque ya estaba minada, por lo que no iba a ser difícil abrir una brecha entre padre e hija. Ella solo necesitaba a alguien que la apoyase. Si la ayudaba con esto, Lucifer estaría mucho más cerca de su venganza.

Era como si el destino le estuviera diciendo que quería ayudarle.

—Crecí pensando que mi madre era una… —Eliza siguió hablando, devolviéndolo a la realidad—. Que yo no debía ser como ella. Me he esforzado, te juro que sí. Cada día.

Las palabras salían a borbotones, resignadas y agotadas. Eliza se paseaba de un lado a otro del despacho, tratando de comprender por qué su padre le había mentido toda la vida. La persona que se suponía que debía protegerla.

—He obedecido siempre. Jamás he roto una regla, exceptuando hoy. —Hizo una pausa y sacudió los brazos con resignación—. ¿Qué se supone que debo hacer, sabiendo que he vivido engañada?

—Eliza…

—¿Cómo ha podido hacerme eso?

Parecía tan desamparada al ver que su castillo de cristal se había convertido en esquirlas que Lucifer pensó que, además de conseguir su venganza, si la ayudaba a encontrar a su madre, quizá compensaría que él también la estaba engañando.

Y no sería tan horrible arruinar su reputación. Ni casarse con ella.

—La encontraremos. —Ella detuvo su paseo y lo miró—. Dime todo lo que sepas e intentaré encontrarla.

—¿De verdad? —En su voz había esperanza y Lucifer se obligó a ser frío—. ¿Me ayudarás?

«El plan, Lucifer. Sigue el maldito plan. Su tristeza no es mayor ni más importante que la que tú sentiste cuando detuvieron a tu padre».

—Con una condición. —Casi retiró sus palabras cuando la decepción inundó su mirada. Cuando Eliza se marchase, Lucifer le pediría a Azazel que le diese una paliza para ver si volvía a tener claras sus prioridades—. Mientras busco a tu madre, vendrás al club dos noches a la semana a cumplir tus otros deseos.

Eliza lo miró sin comprender.

—Una noche, un deseo. Dos deseos a la semana —le explicó—. Pueden ser sencillos, como el que acabas de cumplir, o más escandalosos. La Tríada está a tu disposición.

Extrañada, se cruzó de brazos.

—¿Y cómo sé que cumplirás tu parte y no es una treta? —dijo con

desconfianza.

Él alzó los brazos en señal de inocencia. Con la Eliza obtusa podía lidiar.

—¿Treta para qué? —preguntó—. Te mantendré al día de mis pesquisas, aunque tendrás que ser paciente. No creo que un suceso que ocurrió hace tantos años, y que seguramente se tapó con tanto empeño, pueda rastrearse con facilidad.

Ella asintió con reticencia.

—No será fácil para mí venir dos noches a la semana —dijo con temor, sin duda pensando en las represalias de su familia—. Una.

Pero Lucifer negó.

—Dos. Estoy seguro de que tu amiga, la señorita Phellam, podrá echarte una mano —argumentó—. Con una única noche a la semana no se disfruta bien del club. Créeme.

La realidad era que solo tenía dos meses para seducirla antes de la boda. Si fuera por él, la tendría allí todas las noches hasta que cayera rendida a sus pies, pero tendría que conformarse con dos noches de momento.

—¿Y qué ganas tú con esto?

Lucifer ensanchó la sonrisa y se acercó a ella hasta que Eliza tuvo que alzar el rostro para mirarle.

—Tenerte en mis dominios dos veces a la semana. Estoy deseándolo —dijo en voz baja. No la tocó, pero Lucifer creyó percibir anhelo en ella, aunque no estaba seguro de que fuera consciente de ello. La dejaría con las ganas un poco más—. ¿Qué me dices, Eliza Cavendish? ¿Harás un trato con el diablo?

Eliza murmuró algo entre dientes que se parecía mucho a «debo de estar loca», y Lucifer reprimió un grito triunfante cuando habló de nuevo:

—Está bien. —Cedió a regañadientes—. Acepto.

Capítulo 10

—¿Por qué tenéis acceso al edificio por donde hemos entrado Ginny y yo? —le preguntó Eliza cuando salían del despacho de vuelta al club—. La escuela.

Lucifer, que se veía muy relajado —como si no acabasen de hacer un trascendental trato que había cambiado la vida de Eliza de sopetón—, se encogió de hombros y sonrió.

—Principalmente funciona como tapadera para la entrada de La Tríada, pero también es una escuela de verdad —respondió con tranquilidad. Sonrió—. Lo primero que hicimos al idear el club fue comprar el enorme edificio de detrás de la iglesia, sabiendo que nos sería útil. Fue idea de Gadreel, el socio que aún no conoces. De día, la planta baja es una escuela humilde a la que acuden en su mayoría los hijos de los trabajadores del club. Nosotros somos los benefactores.

Eliza sonrió.

—Es bonito que cuidéis así de los niños.

Lucifer se encogió de hombros y desvió la vista.

—En realidad, no tiene mucho mérito. Poner el dinero es fácil. Y yo fui de esos niños que tenían que esperar a que sus padres volviesen de trabajar tras más horas de las que se podían contar —respondió con tono acerado—. Es lo menos que puedo hacer, pues, si aprenden a leer, escribir y alguna cosa más, ya tendrán más oportunidades laborales que los que no pueden darse ese lujo.

Eliza lo miró, asombrada por su confesión. Tan bien vestido, con sus correctos modales y dirigiendo un club tan famoso, Lucifer no parecía procedente de la clase baja. Enseguida se reprendió por sus prejuicios. Ella solo había conocido el mundo de la aristocracia, así que no podía saber si, antes de ser Lucifer, Russell Knight había llevado otra clase de vida. Tampoco importaba si era así; si acaso, suponía un mérito mucho mayor el haber acabado dirigiendo un negocio tan lucrativo.

—Siento si te he ofendido —dijo ella sintiéndose culpable, aunque no sabía bien por qué. No obstante, la mirada de él seguía siendo

sombría, como si estuviera perdido en unos recuerdos muy desagradables.

—No te disculpes, me gusta que tengas curiosidad. —Sonrió y casi volvió a ser el de siempre, pero Eliza vio que la sonrisa no le llegaba a los ojos—. Me disculpo yo por decepcionarte con mis orígenes humildes.

Había querido sonar despreocupado, pero había fracasado estrepitosamente. Estaba claro que creía a Eliza una clasista esnob.

—La verdad es que no me importan tus orígenes en absoluto —dijo con una sonrisa. Señaló el pasillo de piedra—. Tú sabes mejor que yo, que lo he tenido bastante fácil, lo que es trabajar duro para lograr algo.

Fue el turno de Lucifer de mostrar sorpresa, pero Eliza pensaba de verdad lo que había dicho. La realidad era que los tres ángeles caídos habían montado un negocio que ofendería a toda la iglesia y a parte de la aristocracia, al mismo tiempo que se metían en el bolsillo a gente con suficiente poder adquisitivo como para permitirse pagar por asistir al club. Porque estaba segura de que la cuota no era baja. Lo poco que había visto era tan lujoso, y la infraestructura montada para mover en secreto a tantos clientes tan compleja, que debían cobrar lo suficiente como para que tal desembolso saliese beneficioso aun manteniendo una escuela de caridad.

—Empiezo a pensar que no lo has tenido tan fácil como yo creía —dijo él, pensativo. Y ella quiso apartar la vista, pero sus ojos oscuros la atraparon—. Pero me alegra que apruebes mi modelo de negocio.

Menudo eufemismo. Se lucraban explotando el lado escandaloso de las personas y no dejaba de ser impactante para Eliza, que había crecido reprimiendo sus sentimientos, pero también comprendía lo exitoso que era sin haber visto la mayor parte del club. La gente fingía ser decorosa, pero en realidad no cumplían con lo que decían en absoluto. Era hipócrita.

Como su padre.

—Entonces, ¿dónde estamos? —dijo mirando el techo abovedado de piedra envejecida. No quería pensar en su padre en esos

momentos.

Lucifer sonrió, y esa vez sí parecía sincero.

—Debajo de la iglesia de St. Marylebone, ¿dónde si no? —Rio y arqueó una ceja ante la estupefacción de Eliza—. ¿Por qué crees que somos ángeles caídos?

—Dios santo —dijo, y se tapó la boca con las manos por blasfemar precisamente en ese lugar. Volvió a mirar la piedra del techo y pensó en los huesos que había visto en las paredes del túnel que conectaba con la escuela. Estaban en suelo sagrado. Iba a arder en el infierno, en el de verdad—. Es una locura.

Eliza empezaba a comprender la magnitud de la estrategia de ventas de La Tríada. Los comerciantes de Londres pagarían por tener tanto éxito como los dueños de aquel club. Hasta el dueño del Hotel Daventry, uno de los mejores empresarios de la ciudad, querría haber tenido una idea tan buena. Era de admirar la atmósfera de misterio e infierno pecaminoso que habían creado con las luces tenues, las viejas paredes enladrilladas y la decoración en tonos rojos y negros. Funcionaba a las mil maravillas, pues incluso ella se había sentido cautivada por el diablo.

Reprimió un escalofrío al recordar las callosas yemas de sus dedos raspando con suavidad la sensible piel de su cuello. Él se había disculpado, pensando que la había ofendido, pero nada más lejos de la realidad. Eliza no había sido capaz de comprender qué se había apoderado de ella, pero aún se sonrojaba al recordar el cosquilleo en el estómago y el anhelo que amenazaba con explotarle en el pecho porque volviese a tocarla.

Estaba rematadamente loca. No tenía dudas de ello.

Seguro que era por el vestido. Su tía siempre decía que las damas no debían ir provocando. Pero, en realidad, la mirada abrasadora que él le había lanzado la había hecho sentirse bien a pesar de los nervios. Claramente a él le gustaba lo que veía cuando la miraba, le había admitido que pensaba que era hermosa, y mentiría si dijera que su vanidad no había crecido un poco.

No obstante, no era correcto. Eliza estaba comprometida y Lucifer… Russell solo iba a ayudarla a encontrar a su madre. Solo eso.

«Y a cumplir todos tus deseos», dijo la voz de su conciencia. «Piensa regalarte un anhelo por cada ocasión que acudas al club».

De repente, Eliza recordó un fragmento del *Manual de etiqueta* del profesor Thomas E. Hill, que su tía Margaret le hizo leer dos años atrás: «Una dama no debe aceptar regalos de un caballero que no sea de su familia, exceptuando flores, libros y otras alhajas inofensivas».

El profesor Hill la estaba mirando con censura desde algún lugar de su conciencia.

Durante unos segundos, asustada, se arrepintió del trato que había hecho con él, pero una imagen de su mejor amiga apareció en su mente. Ginny le recordó que debía ser fuerte, valiente y decidida. Su padre no merecía más obediencia por su parte. Si iba a casarse por proteger el patrimonio de su hermano Nathan, al menos encontraría a su madre en contrapartida. Si bailar con el diablo era el precio a pagar, que así fuera. Y el diablo no era nada repulsivo, todo lo contrario: era atractivo, alto e inteligente. Quizá se estaba dejando deslumbrar, pero no había tenido muchas oportunidades de hacerlo durante su corto debut.

Vio a Ginny en el mismo momento en el que un hombre moreno que portaba la máscara roja del personal se acercaba a Lucifer. Le dijo algo en voz baja que Eliza no alcanzó a escuchar porque fue arrollada por su amiga, que la abrazó con fuerza.

—¿Está todo bien? —le preguntó.

—Sí… —respondió Eliza, mirando de reojo a Lucifer. Seguía hablando con el hombre, que parecía algo alterado—. Después te lo cuento.

Ginny asintió y Lucifer se acercó a ellas.

—Tengo que atender unos asuntos urgentes, lo lamento —dijo con visible disgusto. A Eliza le hizo gracia que le molestase dejarla sola, como si no tuviera mil pensamientos que asimilar. Se sentía aliviada por tener algo de espacio—. Eres libre de recorrer La Tríada. Quizá tu amiga pueda enseñarte todo esto.

Ginny asintió, para nada afectada por tener a otro de los jefes del club a menos de un metro. Agarró de la mano a Eliza y la llevó consigo por el pasillo. La joven se giró para mirar a Lucifer, que las

miró hasta que hubieron doblado la esquina. No supo descifrar su expresión seria, pero sintió un escalofrío placentero.

¿Qué le estaba pasando?

Ginny se detuvo y Eliza casi chocó con su espalda.

—Cuéntamelo todo —le demandó nerviosa. ¿Qué mosca le había picado?

Pero Eliza se cruzó de brazos.

—Primero deberías contarme la verdad —dijo ella, tratando de no parecer enfadada—. Está claro que ya habías venido antes.

Ginny bajó los hombros un poco, pero no esquivó su mirada. Estaban en uno de los pasillos con puertas a ambos lados. Varias tenían el lazo rojo colgado en el pomo, pero de un par colgaba un lazo verde. Todas las puertas estaban cerradas y se encontraban solas en el pasillo. Eliza no pensaba moverse de allí sin una explicación.

—Está bien, esta es la segunda vez que vengo —confesó con reticencia—. Hace dos semanas, Marcus consiguió una invitación para mí y vine con él. Siento no habértelo contado, pero la confidencialidad es muy importante, ya lo has visto. No quería traicionarle.

Así que aquel hombre de la sala al que Ginny había acudido era lord Redding, pensó sin sorprenderse. Parte del enfado que sentía se desinfló. Podía entender la lealtad de Ginny hacia su futuro marido. La propia Eliza no pensaba pasar por alto el contrato que acababa de firmar ni la promesa que le había hecho a Russell.

«Como si él fuese a ser tu marido», dijo una voz insidiosa e ignoró un pensamiento tan ridículo.

Pero sí pensaba aprovecharse de los conocimientos de su amiga para saber más del hombre que tanto interés tenía en ella.

—Entonces, ¿tienes alguna idea de por qué Lucifer está tan interesado en mí? ¿Es normal que los nuevos miembros se entrevisten a solas con él?

Ginny miró hacia ambos lados del pasillo y, acto seguido, le hizo un gesto para que la siguiera. Su amiga abrió una de las puertas sin ningún lazo en el pomo y entró. Cuando Eliza hubo entrado en la habitación, Ginny cogió una cinta roja de una bandeja que había

sobre una mesita cercana —también había una verde y una amarilla — y la ató alrededor del pomo antes de cerrar la puerta.

Eliza echó un vistazo a la habitación. Había una mesa con platitos fríos de comida, un diván, un par de butacas mullidas y una enorme cama con un dosel negro. Sintió que se le caldeaban las mejillas, recordando de golpe lo que Ginny le había dicho sobre las actividades que se llevaban a cabo en el club.

—Así no nos molestará nadie —dijo su amiga, y Eliza se obligó a apartar los ojos del enorme colchón de plumas. Ginny la miraba con seriedad.

—¿Cómo sabes que no nos molestará nadie? —preguntó.

—Porque es una de las reglas del club —respondió encogiéndose de hombros—. Lazo rojo, pides privacidad. Lazo verde, cualquiera puede pasar y participar. Lazo amarillo, puedes pasar, pero solo a mirar.

Eliza frunció el ceño. ¿Participar? ¿Mirar?

—¿Pasar a qué?

Su amiga arqueó una ceja, pero prefirió responder a su pregunta inicial.

—La gente nunca se entrevista a solas con Lucifer ni con ninguno de los otros dos socios, a no ser que haya algún interés por parte de ellos. La mayor parte del tiempo, los tres mantienen las distancias, más allá del rol que tienen en el club.

—¿Rol? —preguntó Eliza con interés.

Ginny se sentó en una de las butacas antes de proseguir, y Eliza hizo otro tanto.

—Azazel es el jefe de seguridad, Gadreel lleva todo el asunto de las finanzas y Lucifer se encarga de la gestión interna del club —explicó Ginny—. Al menos, eso es lo que he oído de otros miembros.

Eliza asintió, asimilando la nueva información.

—Lucifer dice que tiene interés en mí, y por eso el señor Knight me captó. —Se sonrojó, aunque técnicamente no había dicho ninguna mentira—. Ha aceptado ayudarme a encontrar a mi madre, a cambio de venir al club dos noches a la semana.

Ginny la miró escandalizada.

—¿Te quiere deshonrar? ¿Te lo ha dicho así, tan directamente?

Eliza sacudió la cabeza.

—Me ha dicho que quería… —Le daba vergüenza decirlo en voz alta—. Cumplir uno de mis deseos por cada noche que venga al club.

Ginny silbó como un marinero.

—Sin duda, es un trato preferencial —dijo con los ojos muy abiertos—. Marcus me lo ha comentado cuando ha visto tu máscara.

Eliza alzó la mano hacia su máscara, y con las yemas de los dedos acarició los rubíes.

—¿Porque no es totalmente negra como la tuya?

Su amiga asintió.

—Precisamente —le respondió, señalándola—. Los clientes llevan una máscara negra y los empleados, roja. Solo los tres socios la llevan de ambos colores. Y ahora tú.

Ginny la miró, pensativa, y Eliza bajó la vista hacia su regazo, confusa. Sabía que había algo que Russell no le estaba contando, pero él era la única opción que tenía para encontrar a su madre sin alarmar a su familia. Al menos, la única que tenía los contactos suficientes como para obtener algún resultado.

Y le había dado su palabra. Eso tenía que valer de algo, ¿no?

—Quizá quiera lanzar un mensaje al resto de clientes —dijo Ginny en ese momento, pensativa—. Una forma de dejar claro que no deben acercársete con malas intenciones y, si vas a venir al club tan a menudo, estoy de acuerdo con esta táctica. Eres demasiado inocente y se te comerían.

Eliza frunció el ceño. Recordó que los lacayos la habían mirado casi con temor y que muchos clientes se habían apartado de su camino, no sin antes mirarla de arriba abajo con curiosidad. ¿Lucifer estaba advirtiendo que nadie la tocase? ¿Que le pertenecía? ¿Como si fuese una res? No le gustaba la idea.

Pero había algo que no entendía.

—¿Por qué iba a querer acercárseme alguien?

Ginny rio.

—¿Todavía no has entendido de qué va este club?

—¿No es un club de juego mixto con habitaciones para tener…? —Se mordió el labio antes de bajar la voz—: ¿Relaciones

extramaritales?

—Ay, cariño. —Ginny sacudió la cabeza—. Tu familia te tiene en la inopia. Vamos.

Ginny la llevó de nuevo al pasillo, no sin antes retirar el lazo rojo. Se acercaron a la única puerta que tenía colgado un lazo amarillo y, antes de abrir, su amiga la miró.

—Nos vamos cuando me digas, ¿vale? Recuerda que nadie puede reconocerte con la máscara puesta.

Eliza tragó saliva y asintió. Ginny abrió la puerta y Eliza entró sin saber muy bien qué esperar. Entraron y se encontró con una habitación muy parecida a la que acababan de dejar, pero esta vez no se encontraba vacía.

Abrió los ojos como platos.

—Dios santo —dijo, casi sin darse cuenta.

Un hombre y una mujer se encontraban en la cama, besándose con pasión. Con las mejillas encendidas, Eliza tardó en procesar que ambos estaban desnudos y practicando lo que ella sabía que existía, pero de lo que nunca había recibido detalles. No pudo evitar recorrer con los ojos al hombre, pues jamás había visto a uno desnudo. Bajó la mirada por el torso hasta llegar a la entrepierna, donde…

Se le caldearon las mejillas, pero fue incapaz de dejar de mirar. En ese momento, la mujer se puso encima y comenzó a moverse sobre él. Ambos gemían con fuerza y Eliza se debatía entre seguir allí plantada o salir corriendo. El hombre estaba totalmente subyugado a ella, que se movía como si tuviera todo el control. Y a él parecía gustarle. Había algo hipnótico en la pareja, o quizá en el… sexo.

Que Dios la ayudara si alguna vez su familia se enteraba de lo que estaba viendo.

Escuchó un sonido a su izquierda y se dio cuenta de que había otra pareja mirando desde los sillones. No quitaban la vista de los amantes mientras… ambos tenían la mano en la entrepierna del otro.

Eliza, en ese momento, pensó que había tenido suficiente por una noche.

Salió de la sala con rapidez, con la respiración acelerada, la cara ardiendo y sintiéndose muy extraña. No estaba segura, pero no le

gustaba la sensación. ¿O sí? Era muy confuso. ¿En aquello residía el éxito de La Tríada?

Ginny, que la había seguido, cerró la puerta y le acarició la espalda con suavidad.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Creo que quiero irme a casa —dijo con un hilo de voz. Se sentía mentalmente agotada y tenía mucho en lo que pensar.

—Claro, como quieras —respondió ella de inmediato—. ¿Quieres hablar de ello?

Eliza sacudió la cabeza.

—No ahora —dijo, y trató de sonreír—. Creo que estoy abrumada.

Su amiga asintió, como si la comprendiese perfectamente. La agarró de nuevo de la mano y ambas se dirigieron a la salida. Fugazmente se preguntó si debería despedirse de Lucifer, pero no creyó tener fuerzas ahora mismo para otro *tête-à-tête.*

No obstante, cuando ya alcanzaban la salida, escucharon gritos.

—¡Sois unos desgraciados!

Giraron la esquina del pasillo y se encontraron con tres hombres: Lucifer, Azazel y otro que no reconocieron, pero que debía de ser un cliente por su máscara negra. Ginny le hizo un gesto para que parase y ambas se detuvieron a mirar a una distancia prudencial. Ninguno de los tres se había dado cuenta de la presencia de las damas.

—Insulta todo lo que quieras, pero las normas son las normas, Cronwell —dijo Lucifer con voz fría. Eliza sintió un escalofrío, pues era la primera vez que le veía tan enfadado—. Y tú las aceptaste al firmar el contrato. Están prohibidas las prostitutas en nuestro club, y no solo has decidido traer a una aquí, sino que lo has hecho delante de nuestras narices como si fueses intocable. Pues no, amigo. A nosotros no nos vas a engañar.

El tal Cronwell tenía los puños apretados de rabia. Eliza trató de hacer memoria. ¿De qué le sonaba ese nombre…?

—¿Y vais a echarme de por vida por esa tontería? ¡Sois unos hipócritas! Si decís que no habéis estado con una puta jamás, mentís porque…

Azazel se adelantó, totalmente amenazante, y Cronwell calló. La

propia Eliza por poco da un paso atrás, aunque los hombres ni siquiera miraban en su dirección.

—¿Sabes por qué están prohibidas las prostitutas aquí? Te lo voy a explicar despacito para que comprendas la magnitud de tu cagada. No dirás que no soy generoso. —Eliza vio cómo el otro tragaba saliva sin atreverse a protestar. La mirada de Azazel era absolutamente letal—. Me conozco de primera mano lo que miserables gusanos como tú les hacen, así que en este club no vamos a fomentar dichas prácticas. ¿Queda claro?

Eliza abrió los ojos ante sus palabras. Azazel volvió a dar un paso adelante, y Eliza no tuvo claro si Cronwell estaba a punto de echarse a llorar al darse cuenta de que tenía la batalla perdida de antemano. Azazel era tan alto y ancho que intimidaría al soldado más veterano.

—Si quieres follar con putas, te vas a un burdel, pero no bajo mi techo. —Su voz era gélida y ambas mujeres tragaron saliva al mismo tiempo. Eliza ni siquiera tuvo tiempo de preguntarse qué era «follar», ya que podía imaginárselo—. Y ahora lárgate antes de que te parta la cara por imbécil.

Eliza no tuvo tiempo de escandalizarse por el lenguaje soez ni preguntarse qué era «follar», aunque podía imaginárselo. Estaba paralizada viendo el enfrentamiento. Ese hombre, Cronwell, no parecía tener sentido de la supervivencia, porque volvió a hablar sin bajar un ápice la voz.

—¡Les contaré a todos sobre este sitio! ¡Les diré…!

—¿Qué vas a decirles? —Lucifer se puso a la altura de Azazel y, a pesar de la máscara, pudo ver que su rostro ardía de furia—. Has firmado un contrato que te permitía entrar aquí a tus anchas con el anonimato respaldándote. Y, de la misma manera que te protegía, también puede enviarte a Newgate de por vida. O mejor aún…

Lucifer se inclinó para decirle algo en voz baja que ellas no pudieron escuchar, pero que hizo que Cronwell se quedase blanco como el papel. Lucifer se enderezó como si no hubiese dicho nada y sentenció la conversación:

—No te interesa enfrentarte a nosotros, por muy miembro de la Cámara de los Comunes que seas.

Cronwell dio un paso atrás y, en ese momento, Eliza cayó en la

cuenta de quién era. Martin Cronwell era un miembro del Parlamento, y tenía un escaño en la Cámara de los Comunes.

—Es un *tory* —le susurró Ginny en ese momento, que parecía haberle leído la mente.

Eliza asintió y vio cómo el político, ya sabiéndose derrotado, se marchaba soltando improperios, pero con el rabo entre las piernas. Eliza soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo. Acababa de ver que los ángeles caídos iban muy en serio con el hecho de no tolerar las infracciones en el club, y debían de estar muy respaldados para hablarle así a un político con contactos. Solo podía hacerlo una persona con todavía más contactos que su enemigo. Eliza estaba segura de que el señor Cronwell mantendría la boca cerrada por la mirada acobardada que les había lanzado.

Lucifer y Azazel hablaban en voz baja.

—Intenta que la chica deje el oficio. Ofrécele trabajo aquí —le decía en ese momento Lucifer.

Su socio asintió y se perdió tras una puerta que conducía Dios sabía hacia dónde. Lucifer se frotó el rostro con la mano en señal de cansancio, pero Eliza no se atrevió a moverse hasta que se hubo perdido en dirección a su despacho.

—No se andan con chiquitas —musitó a su amiga.

Ginny encogió un hombro.

—Supongo que no se llega a dirigir un negocio así sin mano dura ni ganarte enemigos —respondió. La miró con preocupación—. ¿Aún deseas irte? Pediré el carruaje para que nos lleve de vuelta al punto de encuentro.

Eliza asintió y dejó que su amiga se encargase de todo. Sentía la mente embotada y los acontecimientos de la noche se sucedían en su mente en una maraña confusa. Suspiró, deseando estar en la cama, a salvo bajo las sábanas.

Tenía mucho en lo que pensar.

Capítulo 11

Dos días después, Eliza paseaba del brazo de Ginny sin poder creerse todavía que hubiese sido capaz de escaparse de casa, ir a un club clandestino, hacer un trato con uno de los jefes, ver a gente desconocida comportándose de forma escandalosa y volver a casa de su amiga sin ser vista ni que nadie hubiese reparado en su ausencia. Un mes antes le hubiese resultado impensable desobedecer a su padre, y ahora no podía reconocerse a sí misma. Cuando Harriet había entrado por la mañana para vestirla, contándole que había dormido como un tronco, Eliza había estado a punto de confesarlo todo, suplicando clemencia. Tenía la impresión de llevarlo escrito en la frente.

En realidad, le sorprendía no sentirse tan culpable como había esperado en un principio. Quizá era el desengaño el que le daba fuerzas.

Era cierto aquello que decían que la vida podía dar un giro en apenas segundos. Eliza contuvo un suspiro. Quedaban menos de seis semanas para la boda y no estaba en absoluto preparada.

—Qué flor tan curiosa, ¿no crees? —Ginny se detuvo para admirar una extraña flor redonda y amarilla que tenía un aspecto bastante peculiar. Parecía tener pelo en los pétalos—. Dice el cartelito que es de Suráfrica.

Se encontraban ambas en una de las famosas exposiciones que organizaba durante la temporada la Real Sociedad Botánica en Regent's Park, en sus jardines botánicos. En el círculo interior del parque, habían construido un enorme invernadero de cristal con capacidad para dos mil visitantes, donde se albergaban plantas y árboles de todo tipo de lugares del mundo. Era un sitio muy bonito y peculiar, con aromas diferentes y ambiente cálido, dado que algunas flores necesitaban para vivir más calor del que solía hacer en Inglaterra. Normalmente, tras la exposición, los invitados asistían a una fiesta nocturna que se solía organizar para recaudar dinero. Eran eventos muy solicitados, porque a la aristocracia le encantaba hacer alarde de su generosidad. Mucha gente peleaba por asistir al

invernadero durante dichas fiestas.

Pronto anochecería y Eliza y su familia habían sido cordialmente invitados a asistir, por supuesto. La sociedad todavía pensaba que su familia nadaba en dinero y no que ella tendría que sacrificarse para arreglar los deslices de su padre y su tío. Se detuvo antes de dejarse llevar por pensamientos tan horribles y se concentró en Ginny, que la había arrastrado al interior del invernadero para observar absolutamente todas las plantas.

—¡Esta me gusta! —decía en ese momento señalando una flor roja y alargada, con pétalos caídos. El cartelito rezaba: *Clianthus maximus*—. Oh, me encantaría ir a Nueva Zelanda.

Eliza ya había acudido al invernadero otros años, pero para Ginny era la primera vez. Se apreciaba en ella un entusiasmo que no compartían la mayoría de los invitados. De hecho, apenas había gente en el interior del invernadero. Todo el mundo se encontraba en el exterior, alrededor de las pequeñas mesas con refrigerios o paseando por el lago y por la rosaleda que rodeaba el lugar. Como solía ser habitual, la gente iba a ver y ser vista.

A través del cristal localizó a su padre, que charlaba con algunos lores de su mismo club de caballeros: White's. Parecía contento y Eliza sintió una punzada de rencor hacia él. Había llegado el día anterior desde Yorkshire junto con su tío, y apenas habían compartido un par de frases triviales sobre el viaje y nada más. Una parte de ella, pequeña, tenía la esperanza de que aquella semana separados le hubiera dado una nueva perspectiva y se hubiese decidido a decirle la verdad sobre su madre. Nada más lejos de la realidad. Su padre seguía igual de mentiroso; y su tío, igual de condescendiente.

Así que ¿por qué iba a sentirse ella culpable por mentirle?

—Si sigues mirándole así, harás un agujero en el cristal —le dijo Ginny, devolviéndola al presente—. Tienes que aprender a disimular mejor.

Eliza suspiró e hizo una mueca.

—Lo sé, lo siento. —Apartó la vista y la miró a los ojos—. Es que todavía no puedo creer que me esté tratando así.

Su amiga se encogió ligeramente de hombros.

—Creo que siempre te ha tratado así, pero, hasta el día del compromiso con el barón, no has abierto los ojos. ¿O acaso no te ha tenido atada en corto toda tu vida?

Sus palabras le dolieron, pero no pudo negarlas. Su padre siempre había controlado sus amistades, su ropa, su alimentación, a dónde iba y con quién… Y todo ello bajo la idea de no llegar a ser como su madre. Eliza jamás se había preguntado si aquello estaba bien, pues se suponía que su deber era ser una buena hija y nada más. Sin embargo, era probable que Ginny tuviese razón y en realidad había estado ciega.

Siguieron caminando en silencio y observando la flora del invernadero. A lo lejos, divisó a Rachel hablando con la señorita Hamilton mientras ambas se dirigían a la salida.

—Es tan estirada y ridícula —dijo Ginny mientras seguía con la mirada a las dos jóvenes—. No entiendo cómo compartís sangre. Siento mucho que ahora tengas que soportar su presencia todos los días. ¿Quieres mudarte conmigo? Estoy segura de que a mis padres no les importará.

Eliza rio y deseó poder aceptar su sugerencia. Aquella misma mañana su tía y su prima habían trasladado todas sus pertenencias a Rowland House con la excusa de mudarse allí para poder ayudar a Eliza con los preparativos de la boda. Eliza había fingido creerse la historia, pero estaba segura de que habían dejado la casa que tanto le gustaba a su tía porque así recortaban gastos hasta que su futuro esposo pudiese arreglar la situación financiera de los Cavendish. Margaret estaba de un humor de perros desde entonces.

Así que ahora se encontraba viviendo, no solo con su padre, sino con sus tíos, su prima y la señorita Hamilton, que era la que menos le molestaba del cuarteto que conformaba su familia paterna.

—Lo que más me preocupa es que tengo que esquivar a mucha más gente para ir a tú-ya-sabes-dónde —respondió en un susurro.

Ginny asintió, comprendiendo el problema, y le cogió la mano con fuerza.

—No te preocupes, encontraremos la forma de que te puedas ir sin ser vista —le dijo—. Por suerte, siempre será de noche.

Antes de que Eliza pudiese hablar con su amiga sobre sus

preocupaciones y el hecho de que ya no estaba tan segura de si cumplir el trato con Lucifer era buena idea, un carraspeo a su espalda la distrajo. Cuando se giró, se le cayó el alma a los pies.

Ante ella tenía a nada más y nada menos que a Richard Grimstead, decimoquinto barón Barwick.

Su prometido.

—Milord —dijo con una ortopédica reverencia, reponiéndose a duras penas del susto. Al barón no le gustaban los eventos sociales, por lo que Eliza ya había asumido que no le vería hasta el día de la boda. Mucho menos esperaba verle en una recaudación de fondos en favor de la botánica—. Qué sorpresa.

Iba impecablemente vestido, con cierto toque antiguo; el pelo negro estaba pintado con múltiples canas y llevaba un bastón para ayudarse a caminar. Tenía el rostro rubicundo y las cejas muy pobladas. Eliza tragó saliva, incómoda.

Ginny se había quedado muda a su lado, mirando al barón con una extraña mezcla entre asco y curiosidad. En verdad, aquel hombre tenía aspecto de ser mayor que su propio padre o de edad similar. Trató de no pensar demasiado en ello o se pondría a gritar. Aquel tipo de uniones estaba a la orden del día, así que no debería sentirse tan mal por ello. Pero era inevitable. Más cuando su prometido la miraba como si ella fuese una mera desconocida.

Tampoco podía culparle. Eran desconocidos el uno para la otra, aunque fuesen a casarse.

—Lady Eliza, me alegra verla al fin —dijo con cortesía, pero su voz estaba desprovista de sentimiento alguno—. Me gustaría pedirle a la señorita Phellam que nos dejase un momento. ¿Puede concederme unos minutos de su tiempo?

—Por supuesto —respondió ella de inmediato, y procuró no mostrarse nerviosa. De todas formas, ¿podía negarse acaso? Miró a su amiga—. Ginny, ¿podrías…?

Ella asintió y comenzó a alejarse de inmediato, pero el barón la detuvo:

—No se vaya muy lejos, señorita Phellam —le ordenó con autoridad—. Solo será un momento, y así usted puede ejercer de carabina. No hay que ser descuidado, aunque lady Eliza y yo

estemos… comprometidos.

Lo vio vacilar, como si él tampoco estuviese seguro de lo que estaban haciendo. Eliza quiso gritarle que rompiese el compromiso, pero no fue capaz de abrir la boca. Se sentía pequeña al lado del barón Barwick.

¿Iba a ser así su matrimonio?

—Milady… —Le ofreció el brazo y Eliza se apoyó en él. Comenzaron a andar por los pasillos del invernadero, pero la joven ya no sentía alegría al encontrarse entre plantas tan coloridas—. He creído conveniente hablar con usted antes de la boda. No me gustan las medias tintas y quiero que sepa lo que puede esperar de mí y de este matrimonio. Soy demasiado mayor para andarme con tonterías.

Eliza asintió sin interrumpirle, tal y como le habían enseñado. Se odió a sí misma.

—Seré franco con usted. Mi interés en esta boda reside en emparentar con uno de los pocos ducados de Inglaterra. Nada más —declaró. Y Eliza se quedó paralizada ante sus palabras, carentes de empatía—. Evidentemente, nuestra diferencia de edad nos hace tener intereses distintos, y por ello he decidido que usted vivirá en mi casa de campo. Creo que allí estará muy cómoda y tendrá todo lo necesario. Tengo una biblioteca inmensa; su padre me ha dicho que le encanta leer.

Eliza asintió de nuevo, incapaz de pronunciar palabra. Solo sintió una punzada de ira hacia su padre, que evidentemente había vuelto a ocultarle que ya había hablado con el barón de esto.

—Como podrá suponer… —prosiguió Barwick—, no necesito un heredero porque ya cuento con uno. Así que puede estar tranquila, ya que no intimaremos más allá de consumar la unión.

El barón esperó a que ella dijese alguna cosa, pero Eliza solo podía pensar que era la conversación más incómoda que había vivido nunca, incluyendo la excursión a La Tríada.

—Entiendo —respondió tras unos segundos—. Gracias, milord. Estoy segura de que viviré muy bien en el campo.

El hombre asintió, como si hubiese esperado una reacción similar.

—Creo que es lo mejor —dijo el barón—. Tampoco quiero imponerle mi presencia más de lo necesario. Dentro de este arreglo,

quiero que sea lo más feliz posible.

Es decir, que Eliza iba a tener un matrimonio fantasma e iba a marchitarse poco a poco en algún lugar de la campiña inglesa. No sabía si alegrarse o deprimirse más todavía de lo que ya lo estaba. ¿Acaso había hecho algo horrible en otra vida para merecer aquello? Al menos, sí le agradecía que hubiese sido tan sincero con ella. Sabía qué podía esperar a partir de junio. En eso no se parecía a su familia.

—Una última cosa —prosiguió el barón. Eliza tragó saliva. ¿Había más?—. Comprendo que en algún momento pueda sentirse sola. Mientras sea discreta, podrá hacer y deshacer lo que quiera. Simplemente le pido que eso no nos salpique ni a mí ni a mi hijo.

Eliza parpadeó. ¿Se estaba refiriendo a lo que ella creía? ¿Le estaba dando permiso para tener un amante? Frunció el ceño y puso el foco en algo muy diferente.

—¿Su hijo, milord? ¿En singular? Pero usted tiene…

—Solo Raymond me preocupa, mi heredero —la cortó con brusquedad—. El otro no me importa.

Eliza no supo qué responder al notar el desdén con el que se dirigía a su hijo más joven. Pensó en lo mucho que su aspecto físico difería del resto de la familia Grimstead. ¿Serían verdad los rumores…?

—Intenta evitarlo, pero si te quedases embarazada… —retomó el barón, cortando el hilo de sus pensamientos. Eliza quería que se la tragase la tierra, sin acabar de asumir que estaba hablando de tener amantes con su futuro marido—. No te dejaré desamparada, no te preocupes. Yo también tengo mis asuntos. Con discreción podemos solventar cualquier inconveniente y, como podrás comprender, no quiero más bastardos en mi familia.

Se quedó helada. No supo si por la confirmación de que su hijo no era legítimo, tal y como decían los rumores, o por la insinuación velada de que, si ella quedase embarazada de otro, el bebé acabaría en un hospicio o peor. Estaba tan consternada que no supo qué decir.

Se detuvieron en la puerta del invernadero y el barón se alejó un par de pasos. Eliza continuaba sin palabras, pero hizo su mejor

esfuerzo para hacer entender a su prometido que le había quedado todo claro.

—Le agradezco que me haya hablado de todo esto —dijo, y le sorprendió que no le temblase la voz—. Prefiero saberlo de antemano y no llevarme una sorpresa.

El barón asintió, conforme, y se inclinó para besarle la mano a modo de despedida.

—Cualquier cosa que necesite, avíseme —le pidió—. Aunque todo esto sea un arreglo conveniente, usted no deja de ser la futura baronesa y es mi deber ayudarla si lo necesita. Nos veremos en la boda.

Eliza se lo agradeció una vez más con una reverencia, y lo observó marcharse con una extraña sensación en el pecho. Como si, a pesar de la franqueza con la que le había admitido que vivirían separados y que tenía amantes, hubiese tenido más en cuenta sus necesidades que su propio padre. ¿Qué decía eso del duque?

Aunque, por supuesto, el barón tampoco le había preguntado su opinión ni había dudado en decidir por sí solo todo su futuro, hipotético o no. Y Eliza había aceptado sin más, porque también creía que era la mejor solución para ella. Lo que quizá ayudaba un poco a hacerlo más llevadero.

Entonces, ¿por qué volvía a costarle respirar?

Ginny se acercó a ella y, por su cara, Eliza dedujo que había escuchado todo.

—Oh. Dios. Mío —dijo recalcando cada palabra—. No puedo creer que te haya dicho todo eso a las bravas. ¿Y eso que ha dicho de su segundo hijo…?

Eliza asintió, dándole la razón.

—No he mentido cuando le he dicho que le agradecía el aviso —respondió—. Lo prefiero.

—Debo de estar enajenada, pero no me ha parecido un mal plan. —Ginny se mostró de acuerdo con ella—. Aunque eso del bebé inconveniente…

Eliza asintió, pero no dijo nada. Ginny la observó con perspicacia.

—Después de esto, quizá no sea tan mala idea el trato que has hecho con el gran L., ¿eh?

La miró con ambas cejas arqueadas.

—¿Cómo sabes que empezaba a dudar? —preguntó sorprendida.

Ginny se carcajeó y la cogió del brazo de nuevo, rumbo al exterior.

—Porque te conozco, querida —respondió—. Casi te escuchaba pensar mientras recorríamos el invernadero.

—No es un club hecho para mí —le explicó en voz baja—, y no sé si quiero involucrarme con un hombre que no me está diciendo toda la verdad.

Fue el turno de Ginny de sorprenderse.

—¿Cómo sabes que no está siendo sincero?

—Es una sensación. —Se encogió de hombros—. ¿Estoy mal de la cabeza?

Su amiga negó.

—Siempre he creído a pies juntillas en el instinto de las mujeres —dijo con solemnidad—. Pero míralo de otro modo: sea sincero o no, si te ayuda a encontrar a tu madre, habrá valido la pena bajar al infierno. Si de algún modo él se estuviera aprovechando de ti, como sospechas, haz lo mismo tú con él.

Una vez en la zona exterior, junto al resto de invitados, Eliza tuvo que olvidar a Lucifer, a su prometido y todo lo demás para comportarse como la perfecta dama. Charló con todo aquel que se acercó a ella, fingió que los preparativos de la boda la tenían entusiasmada y se dejó arrastrar por su tía, que presumía de su futuro enlace como si fuera el suyo propio. Y a Eliza no se le escapó la mirada de odio que le lanzó su prima Rachel desde la mesa de bebidas.

Aprovechó un momento de calma para acercarse al lago, que rodeaba una parte del invernadero. Hacía un bonito día de finales de abril. Había varias personas paseando a su alrededor, pero Eliza se quedó parada junto al agua. Agarró con firmeza la sombrilla de tela blanca que protegía su piel del sol, y observó el movimiento de los patos mientras dejaba vagar a su mente.

Una parte de ella había esperado que, de nuevo, Lucifer se presentase en la fiesta como Russel Knight para verla. No podía quitarse de la cabeza el hecho de que él le había dicho en un par de ocasiones que era bella y que se sentía atraído, pero en realidad

alguien que tuviera intenciones honestas no se comportaría de ese modo, ofreciéndole deseos en la clandestinidad.

«Pero estoy prometida, así que no podría cortejarme ni aunque tuviera esa intención», pensó. Recordó al barón dándole permiso para tener amantes. ¿Eso quería Lucifer? ¿Ser su amante? Pero esa explicación no la satisfacía. Estaba segura de que ese hombre podría estar con cualquier mujer hecha y derecha, y no elegir a una debutante sin experiencia. Algo seguía sin cuadrar.

Quizá debería seguir el consejo de Ginny y utilizarle sin más. Él había aceptado ayudarla en la búsqueda de su madre, y era lo único que ella deseaba en realidad. Al menos lo más importante. No obstante, quizá sí podía pedir otras cosas hasta que el trato se acabase. Pero ¿qué cosas?

«Un beso», dijo su traicionera mente.

—Qué estupidez —murmuró para sí misma, triste.

Tras la conversación con el barón, había confirmado que jamás tendría un beso de verdad. Desde que se prometió lo había sabido, pero ver a Barwick y saber sus intenciones había hecho que fuese consciente de que todas las ideas románticas que alguna vez había albergado en su corazón se habían esfumado para siempre. Se imaginó en el altar, frente al barón, y reprimió un escalofrío.

Era deprimente.

—Te los metes a todos en el bolsillo sin esfuerzo, ¿eh? ¿Cómo lo haces?

Se giró hacia la voz insidiosa que conocía bien. Su prima Rachel la miraba con condescendencia y algo de tirria. Tres pasos atrás, su dama de compañía parecía incómoda, como si no quisiera estar allí.

Eliza respiró hondo. No tenía ganas de pelear.

—No sé a qué te refieres, Rachel. Yo no hago nada.

Su prima entrecerró los ojos castaños, que ambas habían heredado de sus respectivos padres, e hizo una mueca burlona.

—Vaya, la pequeña Eliza no hace nada —se burló con tonito infantil—. Se hace la tonta para que la consideren el epítome de la virtud.

—Rachel… —Escuchó que le decía la señorita Hamilton, pero ella la ignoró.

—¿No te cansas de ser tan perfecta?

Fue el turno de Eliza de reírse.

—Si de verdad crees que soy perfecta, es que me observas poco, Rach. —La llamó por el diminutivo, como solía hacer de pequeña hasta que ella le dijo con diez años que no tenían la suficiente confianza como para llamarse así. Teniendo en cuenta que habían crecido juntas, era ridículo—. No sé por qué estás enfadada, pero no te voy a dar el gusto de pelearme contigo.

Por el rabillo del ojo, se fijó en que tía Margaret las estaba observando con gesto adusto. Se dio cuenta de que Rachel se tensaba y giraba el rostro para no mirar a su madre. Eliza comprendió de repente.

—Así que eso es lo que pasa —dijo mirándola de nuevo. Lena Hamilton asintió a espaldas de Rachel, confirmándole sus sospechas —. Una vez más, la tía Margaret te ha dicho que debes ser como yo. Ojalá comprendieses que no tengo nada que ver con eso, Rach.

Su prima entrecerró los ojos. Vio que apretaba los puños y Eliza supo que había dado en el clavo. Le daba pena que su prima no viese lo que ella: ambas eran unas desgraciadas, aunque por distinto motivo. Eliza había vivido engañada toda su vida; y Rachel, bajo la sombra de una madre demasiado exigente.

—No me llames así, Eliza, que ya no somos unas niñas —replicó con disgusto—. No tienes ni idea de lo que me pasa. Tú has tenido la suerte de crecer sin madre.

Lena se acercó y le dijo algo a Rachel, pero esta negó con la cabeza sin dejar de mirar a su prima. Eliza no podía creer lo que le había dicho. Dolida, la observó como si no la conociese. ¿Tanto rencor albergaba en su alma?

—¿Entonces por qué pagas conmigo tu frustración en lugar de explicármelo? Porque eso sí es un comportamiento infantil, Rachel.

Rachel dio un paso atrás, como si la hubiese abofeteado, y Eliza se arrepintió de su exabrupto. Sin embargo, no se disculpó. Se dio la vuelta para alejarse, tensa por si su prima la perseguía, pero Rachel se contentó con hablar a su espalda lo suficientemente alto para que ella la escuchase.

—Qué ganas tengo de que te cases y te largues de una vez. Nadie

te quiere aquí.

Fingió que no le dolían sus palabras. Enderezó la espalda y simuló, como siempre, que todo estaba bien.

Aunque, por mucho que se alejara, no podía quitarse de encima la sensación de que Rachel tenía razón. Nadie la quería allí; era una intrusa en su propia casa.

Capítulo 12

En cuanto anocheció, un cuarteto musical transformó el exterior del invernadero de cristal en una pista de baile. Se entregaron premios a las mejores flores y plantas, y se hicieron las donaciones pertinentes. Cuando la cena terminó, la gente se lanzó a la pista de baile, a pasear por el lago o a simplemente charlar. Algunas personas se marcharon, alegando tener otros compromisos —entre ellos sus tíos y prima, cosa que Eliza agradeció—, y otros muchos llegaron justo a tiempo para el evento nocturno.

Como en el baile de los Vernon, Eliza tuvo que bailar un par de piezas con los hijos de su prometido, que hacía horas que se había marchado. Raymond Grimstead, el heredero, era idéntico a su padre: con el cabello oscuro y los ojos castaños, misma altura y complexión ancha. Era la segunda vez que le veía y, como la última vez, le pareció un hombre superficial y algo idiota que solo se preocupaba por la caza, las fiestas y los caballos. Su hermano pequeño, por el contrario, era increíblemente inteligente y su conversación era muy interesante. No se parecía en nada al resto de la familia, y Eliza rememoró las palabras del barón, casi confirmándole que no eran de la misma sangre. Mirando su cabello, pelirrojo como el fuego, no era de extrañar que la gente pensase que su padre era escocés o irlandés. Que su propio padre lo pensase.

—Parece distraída, milady —le dijo en ese momento su pareja de baile. Eliza se dio cuenta de que se había quedado mirándolo fijamente durante demasiado tiempo—. ¿Acaso está tratando de dilucidar si soy hijo del barón o no?

Eliza sintió que se le caldeaban las mejillas al ser retratada de esa forma. Iba a tartamudear una disculpa, pero él se echó a reír.

—No se preocupe, milady. —Grimstead sonrió, al parecer nada ofendido—. Es algo que me sucede a menudo, pero no me negará que soy el más guapo de la familia.

La broma le sacó una sonrisa y le agradeció que le permitiese salir del bochornoso momento con cierta dignidad.

—Eso sin duda, señor Grimstead.

Él se acercó a ella con cierto aire misterioso y le susurró al oído:

—Llámeme Gadreel. —Se enderezó enseguida y le guiñó un ojo, gris como las nubes de tormenta.

Eliza tardó un par de segundos en procesar sus palabras. Parpadeó mientras daban un par de vueltas más por la pista improvisada, y después abrió los ojos como platos.

—¿Usted es…? —Hizo una pausa y después bajó la voz, recordando que estaban en mitad de la sociedad londinense—. ¿El tercer socio?

Gadreel ensanchó su sonrisa.

—¿Sorprendida? —Rio—. Me daba envidia ser el único al que todavía no hubiese conocido oficialmente como ángel caído.

—Pues, si quería sorprenderme, lo ha logrado. —Eliza parpadeó, todavía asombrada—. ¿No le preocupa que yo sepa su nombre real?

Gadreel se encogió de hombros con despreocupación.

—Sabe el de Russ y aún no le ha delatado, ¿no? Confío en usted.

Ante la mención de Russell, Eliza se tensó unos segundos. Era extraño hablar de él como el hombre mortal y no como el diablo gerente del club, pero le gustaba. Le parecía mucho menos inalcanzable.

—Además, y dejando los sentimientos aparte, ha firmado un contrato —añadió el hombre con pragmatismo.

Eliza intentó no ofenderse. Al fin y al cabo, era normal que se cubriesen las espaldas.

—Supongo que tiene razón. —Sonrió—. Pero, con contrato o sin él, no es mi intención delatarles, señor Grimstead. Russell va a ayudarme con algo importante.

Gadreel arqueó una ceja.

—Así que le está utilizando, ¿eh?

Eliza lo miró, asustada.

—¡No he querido decir…! Por favor, no le diga eso.

—No se preocupe, milady —respondió, y sonrió de forma tranquilizadora—. La gente actúa así todo el tiempo; nos utilizamos los unos a los otros de múltiples formas. Está bien que se aproveche de los contactos de Russell, porque quizá en algún momento alguien

hará lo mismo con usted.

Algo similar le había dicho Ginny aquella tarde, pero sonaba diferente en Gadreel. Hablaba con amargura, casi cinismo, como si estuviese recordando alguna experiencia personal. Eliza no supo qué responder, porque ya se sentía utilizada por su familia. Era imposible rebatir su argumento y ofrecerle palabras de esperanza. Sin embargo, lo intentó:

—Depende de si se rodea de las personas correctas, señor Grimstead —alegó—. ¿O acaso Gadreel no tiene dos amigos que morirían por él?

Quizá había sobreestimado la relación de los tres socios, pero, por cómo Russell hablaba de los otros ángeles caídos, le daba la impresión de que los lazos que los unían debían de ser muy fuertes. La sonrisa de Gadreel se lo confirmó.

—En eso tiene razón, milady —respondió cuando la música terminó y la gente aplaudió—. Gracias por recordármelo.

Le ofreció el brazo para escoltarla hacia el lago. Eliza localizó a su padre algo lejos, jugando a las cartas con otros tres lores. Se preguntó vagamente si estaría apostando, dada la situación financiera de la familia. Decidió que prefería no saberlo y desvió la vista hacia los bailarines. Ginny danzaba en el centro de la pista con lord Redding y sonrió al verlos tan felices.

—Me extraña que no me haya preguntado si él ha venido. —Gadreel llamó su atención y le miró con curiosidad—. ¿Me equivoco al pensar que esperaba verlo aquí?

Eliza desvió la mirada, incómoda, pero se obligó a sonreír.

—Una dama jamás habla de sus sentimientos con un caballero ajeno a su familia —dijo con fingida dignidad—. Y aún no somos familia, señor Grimstead.

Este soltó una carcajada.

—Sin ánimo de ofender, milady, ojalá no fuésemos familia. —Antes de que Eliza pudiese sentirse dolida, Gadreel añadió—: Su destino no es ser mi madrastra; merece ser libre.

Eliza no supo qué decir, pero él no parecía esperar respuesta. Se detuvieron al llegar al inicio de la enorme rosaleda, que envolvía los jardines y el invernadero de cristal y los separaba del resto de

Regent's Park. Se hizo un silencio que le resultó cómodo, pues cada uno parecía perdido en sus pensamientos. Se preguntaba si volver a echar un vistazo al inconsciente de su padre cuando Gadreel llamó su atención, sujetándola con suavidad por el codo.

—Solo por si le interesa… —comenzó—. Si sigue por la rosaleda, quizá se encuentre con él.

Sorprendida, se le aceleró el corazón. ¿Quería decir que Russell la esperaba lejos de la fiesta para estar a solas con ella? Gadreel debió notarlo, porque sonrió.

—¿Acaso nunca ha tenido una cita clandestina, milady? ¿No le gustaría saber qué se siente al ser un poco rebelde?

Eliza tragó saliva.

—¿Por qué hace esto? —le preguntó—. No debería enviarme con otro hombre estando prometida con su padre.

Gadreel se encogió de hombros.

—Ya le he dicho que me gustaría que no se casase con él. Quizá estoy jugando mis cartas, quién sabe.

Recordó lo desagradable que el barón había sido al hablar de Gadreel y se preguntó si era algo que no ocultaba delante de sus propios hijos. El barón no parecía ser de los que ocultaban sus pensamientos. Sintió pena por Gadreel y se preguntó si aquella era la razón de su amargura. Quiso preguntar, pero no lo vio correcto.

—¿Qué me dice, milady? —insistió.

Eliza se mordió el labio, indecisa, y miró por encima de su hombro. Nadie los estaba mirando y su padre seguía entretenido con sus amigos. No obstante, y por mucha gente que hubiese presente, era cuestión de tiempo que se diese cuenta de que no estaba. Aquella decisión podía costarle cara.

Y, sin embargo, deseaba verlo. Qué implicaciones tenía aquello era algo en lo que prefería no ahondar demasiado.

—Su padre está muy ocupado jugando con esos hombres. No se dará cuenta de su ausencia. —Él le leyó la mente de nuevo.

¿Sería alguna clase de trampa para que la pescasen en una situación indebida? ¿O estaba siendo demasiado paranoica? ¿Y si, sencillamente, él también quería verla? Ese último pensamiento le aceleró el corazón aún más.

—¿Por qué no viene a la fiesta en lugar de esconderse?

—Porque despertaría más habladurías si él la rondase estando prometida —dijo él sin vacilar, y Eliza tuvo que admitir que tenía razón—. Además, jugar al escondite tiene su punto excitante, ¿no cree?

Sí lo era. Le resultaba emocionante, y no sabía hasta qué punto eso era peligroso. Eliza se riñó por ser tan cobarde. Ni siquiera sabía si aquello podía considerarse una cita clandestina, pues Russell no era nada suyo. Pero deseaba acudir, y decidió que no se privaría de ello. Merecía comenzar a tomar decisiones, aunque fuesen las peores del mundo. ¿Acaso vivir no consistía en eso? Andar, tomar una dirección, equivocarse y recular para tomar otra, aprendiendo de ello… Llevaba dieciocho años dejando que decidiesen por ella y, aunque desde fuera pareciese absurdo, Eliza creía estar doblando algún que otro barrote de su jaula dorada.

Así que asintió.

—Está bien —aceptó. Y se sintió un poquito más valiente que minutos atrás.

Gadreel sonrió y sus ojos grises relucieron bajo la luz de los faroles. La gente seguía bailando y riendo. Todavía quedaba mucha fiesta por delante, así que tenía margen de maniobra.

—Dese prisa. La cubriré todo el tiempo que pueda.

Dio un par de pasos hacia atrás con una gran sonrisa, que le sumaba atractivo.

—Ha sido un placer como siempre, milady.

Eliza lo miró alejarse entre el gentío con resolución, rumbo hacia donde se encontraba el duque. Su pelirrojo cabello destacaba entre el mar de cabezas. Sin duda, de los hombres que componían su futura familia, Gadreel era el que más le gustaba. Pero preferiría ser su amiga y no su madrastra.

Suspiró. Madrastra tan joven… Y, cuando muriese el barón y Raymond se casase, baronesa viuda sin haber sido madre. ¿Era la única que veía que aquello era inconcebible? La conversación con el barón había reafirmado los sentimientos que la embargaban desde que había hecho el trato con Russell.

No quería esa vida.

No quería ser lady Barwick y vivir encerrada en el campo.

Pero debía proteger a su hermano Nathan y cumplir con su deber.

Si encontraba a su madre… Quizá las cosas podrían cambiar. Ella podría protegerlos a los dos.

Y todo eso pasaba por Russell Knight.

Se giró con rapidez y, tras volver a comprobar que nadie se fijaba en ella, se internó en la rosaleda. Era un ancho camino de piedra, cubierto de izquierda a derecha por rosales rojos. Era precioso y, aun de noche, se veía que estaba muy bien cuidado. Pequeños y altos faroles iluminaban el lugar, y bancos de piedra se distribuían durante el recorrido circular. Hacía algo de frío y se frotó la piel erizada de los brazos que no estaba cubierta por los guantes.

Solo había recorrido un par de yardas cuando se encontró con él. Estaba sentado en uno de los bancos, pero se puso en pie en cuanto la vio. Eliza se detuvo y se topó con sus ojos oscuros. Como siempre, iba impecablemente vestido, como si hubiese nacido enfundado en un traje. Era demasiado guapo para su propio bien. Sin poder evitarlo, sus labios se curvaron en una sonrisa, y su corazón aleteó cuando él se la devolvió.

Era una tonta.

—Buenas noches, Eliza —la saludó—. Siento haberte obligado a jugar al escondite. A pesar de que la generosa aportación que acabo de hacer a la Real Sociedad Botánica me acaba de dar el pase a todas sus fiestas de por vida, no quiero que te molesten las habladurías.

Eliza sonrió a medias.

—Buenas noches, Russell —le respondió en idéntico tono cortés—. En realidad, si nos viesen aquí a solas habría más habladurías, ¿no crees?

Él inclinó la cabeza. A pesar de los faroles, la semioscuridad le impedía verle el rostro por completo, pero le pareció que le había hecho gracia su respuesta.

—*Touché*.

Aún no se había acercado a ella. Algo que le gustó, porque respetaba su espacio, y que le disgustó, porque no quería que respetase su espacio. Era una contradicción andante. ¿Así se sentían

las mujeres que asistían a reuniones clandestinas con sus amantes? Russell ni siquiera era su amante. Pero, desde su conversación en el club, se sentía atraída hacia él como los girasoles a la luz del sol.

«Comprendo que en algún momento pueda sentirse sola. Mientras sea discreta, podrá hacer y deshacer lo que quiera. Simplemente le pido que eso no nos salpique ni a mí ni a mi hijo».

¿Por qué acudía a su mente el barón precisamente ahora? Sacudió la cabeza con energía. Era una locura siquiera pensarlo. ¿Ella? ¿Teniendo como amante al jefe de un club sexual al que se le conocía como Lucifer? Se tragó la risa histérica que estuvo a punto de soltar.

—¿Estás bien? —Russell la miró, preocupado, y ella se sintió avergonzada. Debía parecer una loca.

—Perfectamente. —Buscó un tema seguro y trató de olvidar aquel momento de locura transitoria—: ¿Qué te trae por la fiesta? ¿Alguna noticia sobre mi madre?

Se le aceleró el corazón por la expectativa, que se marchitó en cuanto él negó con lentitud. Hizo una mueca, como si no le gustase darle malas noticias.

—Quería verte, nada más —dijo con voz queda, y esa vez el corazón se saltó un latido. ¿Acabaría dándole un infarto tan joven?

¿Por qué decía esas cosas con tanta ligereza, mientras que ella se sentía fuera de su piel?

—Esto es muy poco apropiado —farfulló, turbada, para sí misma.

Aunque él la escuchó, por descontado.

Russell soltó una risita.

—¿Me está diciendo que no soy apropiado? Jamás lo habría adivinado.

Su tono era jocoso. A su pesar, Eliza sonrió.

—En realidad, creo que nada de lo que sé sobre ti resulta apropiado.

Lejos de ofenderse, Russell ladeó la cabeza. Sus ojos se clavaron en los suyos.

—No obstante, me da la impresión de que te gusto así, ¿o me equivoco?

La joven tragó saliva, sin saber qué responder. En su fuero

interno, sabía que él tenía razón. Una parte de ella se sentía atraída hacia Russell —o, más bien, hacia Lucifer— y le importaba un bledo que le estuviese ocultando algo. Tanto que le pedía a gritos que se dejara tocar de nuevo. Quería pedirle nuevas caricias y esa vez no se apartaría, porque necesitaba entender qué le ocurría a su cuerpo. Porque quería sentirse de nuevo de la misma forma que cuando él le había dicho que era hermosa. Pero su parte racional necesitaba encontrar antes algo a lo que aferrarse para poder otorgarle su confianza y bajar la guardia.

Y esa parte racional fue la que se antepuso.

—Nunca lo sabrás —respondió en tono burlón, levantando su muro de nuevo.

Se hizo el silencio entre ellos y Eliza lo vio apretar la mandíbula, como si se estuviese mordiendo la lengua para no decir lo que pensaba. ¿Le habría ofendido? Estaba a punto de disculparse cuando él sonrió, despejando sus dudas.

—Cosas adecuadas, entonces. ¿Quizá mi color favorito, o si prefiero a Bach o a Beethoven? —tanteó.

Eliza sonrió.

—¿Adecuado o aburrido? —contraatacó, aunque en realidad le gustaría saber ese tipo de cosas.

—¿No son sinónimos en este contexto? —Se encogió de hombros —. Para la clase alta no suele haber distinción entre ambos términos.

—¿Por eso creaste el club? ¿Para ser tremendamente inapropiado?

Russell le devolvió la sonrisa.

—Entre otras cosas. —Se puso repentinamente serio—. Me preocupaba que no quisieses seguir adelante con el trato, dado que te marchaste la otra noche sin despedirte.

Eliza desvió la mirada y se fijó en el banco de piedra, cuya filigrana le parecía sumamente interesante en ese momento. Russell no sabía que Ginny y ella los habían visto despachar a aquel hombre que había incumplido las normas, y no quería que lo supiera.

—Lo lamento —se disculpó con sinceridad, y trató de resumir sus sentimientos lo máximo posible—: Fueron demasiadas emociones por una noche.

Él asintió, comprensivo, como si hubiese esperado una respuesta

similar.

—Y no sé si podré escaparme otra vez —habló atropelladamente, liberando parte de sus miedos—. Estoy segura de que mi doncella espía para mi tío y mi padre, y…

—¿Cómo estás tan segura? —la cortó él. Parecía realmente sorprendido, pero Eliza se encogió de hombros, contenta de haber podido cambiar de tema.

—Hace unas semanas vi cómo mi tío le daba dinero a cambio de mi agenda semanal de compromisos y los bailes que tenía reservados en mi carnet —dijo con fingida ligereza—. Ella se encarga de vestirme cada día y no se callará si me descubre saliendo a escondidas. Así que…

Dejó que las palabras muriesen en sus labios, pues no quiso terminar la frase. No quería confesar que estaba muerta de miedo, pero que en realidad sí quería volver al club para satisfacer su curiosidad. Russell la miró, pensativo.

—No te preocupes por eso —la tranquilizó—. Yo lo arreglaré.

Eliza arqueó una ceja.

—¿Cómo?

Él negó.

—Confía en mí —respondió—. Si consigo que puedas escaparte sin problemas, ¿vendrás?

Ella escudriñó su rostro, tratando de averiguar en qué estaba pensando, pero no era capaz de leer su expresión. Era muy poco probable que pudiese arreglar el hecho de que Harriet y todos los miembros del servicio la vigilaban férreamente, pero parecía tan seguro de sí mismo que no quiso discutir.

—Iré. —Pensó en su madre y, sintiéndose culpable por haberla olvidado durante unos minutos, añadió—: Tenemos un trato.

O quizá solo quería recordarse que no estaba allí para dejarse obnubilar por un hombre atractivo, sino para tratar de encontrar a su madre y la libertad que quizá ella podía concederle.

—Era lo que quería oír. —Sonrió y el alivio se reflejó en sus ojos—. Aunque comprendo tus dudas. Si tienes alguna pregunta sobre el club, la responderé encantado.

Eliza jugueteó con sus guantes, nerviosa. ¿Qué podía preguntar

sin parecer estúpida o ignorante? ¿Cómo confesar que sentía curiosidad e incomodidad a partes iguales al recordar a aquella pareja en la cama del club? ¿Que había imaginado que le pedía un beso y él aceptaba? ¿Que por un eterno segundo se había visto a sí misma pidiéndole que fuese su amante? No, nada de eso era apropiado. Eran estupideces en las que debía dejar de pensar lo antes posible.

En cambio, preguntó otra cosa:

—¿Por qué te arriesgas a que haya rumores sobre ambos si ya he aceptado ir a La Tríada? —Señaló la rosaleda, desierta, donde claramente no deberían estar a solas—. Si alguien nos ve aquí, será mi fin. Aunque Gadreel dice que es…

Se interrumpió, avergonzada. Russell por fin se movió, acercándose hasta que Eliza tuvo que alzar el rostro para seguir mirándolo a los ojos. Aunque ella era alta, Russell le sacaba más de una cabeza.

—Continúa —le pidió—. ¿Qué ha dicho el entrometido de Gadreel?

Eliza se mordió el labio inferior, arrepintiéndose de haber hablado de más.

—Que es excitante —dijo sin mirarle.

Él alzó la mano para acariciarle el rostro y Eliza aguantó la respiración, casi inconscientemente. Russell no llevaba guantes, así que no había ninguna tela que se interpusiera entre ellos. Cuando volvió a alzar la cabeza, se encontró con su mirada abrasadora. Contuvo la respiración.

—¿Y lo es? —le preguntó, y ella se quedó muda. Movió la mano con suavidad y le acarició el labio inferior con el pulgar. Y que Dios la ayudara, ella se lo permitió. No quería que dejase de tocarla. Todas las instrucciones de su tía sobre no dejar que los hombres se tomasen libertades se esfumaron de un plumazo—. Dime, Eliza, ¿es excitante estar aquí a solas conmigo?

Eliza tragó saliva y lo consideró. Los nervios que sentía en el estómago no eran desagradables, sino todo lo contrario. Sus mejillas caldeadas y el hecho de que no se arrepentía en absoluto de estar allí… le dieron la respuesta.

—Sí, lo es —dijo con claridad.

¿Dónde estaba la Eliza temerosa y obediente? Ojalá no volviese nunca.

—Eliza —dijo, y su nombre sonaba maravillosamente pronunciado por él—. Quiero besarte. ¿Puedo?

Dios santo.

«Sí», gritó su cuerpo. Su corazón brincó, dándole su beneplácito.

«No», rebatió su mente. «Apenas le conoces».

Russell esperaba su respuesta, pero Eliza no era capaz de responder. No sabía si porque le resultaba imposible desenredar la maraña que eran sus sentimientos, o porque era la primera vez que alguien la dejaba tomar una decisión y no sabía cómo enfrentarse a ello.

—Yo… —comenzó sin saber qué iba a decir a continuación.

Deseaba que la besara. Había fantaseado con ello, y ahora era incapaz de decirle que sí. Él la observaba con ternura y… ¿deseo?

—¡Eliza! —exclamó una voz a su espalda.

Asustada, se apartó de inmediato de Russell, que dio un paso atrás al mismo tiempo y se internó en las sombras de la rosaleda. La joven se giró y, para su alivio, se encontró con Ginny. Parecía fatigada y preocupada.

—Tu padre te busca para marcharos a casa —dijo, una vez que hubo recuperado el aliento—. El señor Grimstead le ha dicho que te había dejado en el lago tras bailar contigo, y me he ofrecido a venir a buscarte.

Ginny seguía hablando cuando Eliza, asustada, comenzó a correr de vuelta a los jardines. No podría explicarlo si su padre le preguntaba, así que corrió y no miró atrás. Se sintió culpable por no despedirse de Russell, pero ambos sabían que no había tiempo que perder.

—¿Cuánto tiempo he estado desaparecida?

Ginny sacudió la cabeza.

—No mucho más de quince minutos. No creo que nadie se haya dado cuenta.

Salieron de la rosaleda y enseguida se mezclaron entre la gente. Vio a su padre hablando con Gadreel, que parecía estar contándole algo sumamente interesante. La partida de *bridge* acababa de

terminar, pues aún se estaban repartiendo las ganancias.

—Entonces decidimos plantar los campos de cebada, porque nos daba mejores resultados… —le decía en ese momento Gadreel, que se giró al verlas llegar—. Lady Eliza, volvemos a vernos.

Su padre le sonrió como siempre y Eliza respiró, aliviada.

—¿Dónde estabas, hija? —le preguntó—. Sabes que no me gusta que vayas sola.

—Lo siento, padre. Creo que me distraje observando los patos del lago.

Esperaba que no se le notase que le estaba engañando, pues Eliza nunca se había considerado una gran mentirosa. Trató de mostrarse tranquila y de sostenerle la mirada, y le pareció que su padre no sospechaba nada cuando volvió a sonreír. No era difícil. De hecho, ¿en qué mundo la obediente lady Eliza haría algo inapropiado? En el del duque no.

—Esta niña… —dijo con indulgencia, como si fuese un bebé.

Eliza apretó los labios, pero no dijo nada. Se agarró a su bolsito de cuentas como si fuese un salvavidas en mitad del mar, todavía tratando de controlar su desbocado corazón. Gadreel sonrió con cortesía y cambió de tema para su alivio.

—He estado dando a Su Excelencia unas ideas para revivir los campos de vuestra propiedad… —comenzó a explicarle a Eliza.

Pero su padre lo cortó enseguida:

—A mi hija no le interesan estos asuntos, señor Grimstead —sentenció con seriedad—. No es cosa de damas. Ya hablaremos mañana en White's.

Eliza cerró los ojos un segundo, incómoda. Por supuesto, solo podía ver, oír y callar. Se sintió muy cansada de repente, como si cargara toneladas de piedras sobre la espalda. Gadreel pareció notarlo, porque se hizo a un lado y no insistió. A espaldas del duque, Ginny puso los ojos en blanco.

—Por supuesto —respondió el pobre Gadreel en tono cortés—. Buenas noches.

Se despidió y su padre la instó a marcharse también, alegando cansancio. Cuando se adelantó para pedir al cochero que trajese el carruaje, Ginny se giró hacia ella y se cruzó de brazos.

—¿Observando a los patos? ¿En serio?

Eliza se retorció las manos, nerviosa.

—¡No sabía qué decir!

Ginny comenzó a despotricar contra su poca habilidad para la mentira y, sobre todo, contra su padre, pero Eliza no escuchó la mayor parte. Al lado de Gadreel, apareció Russell como si hubiese estado allí todo el tiempo. Parecía tranquilo, pero su rostro estaba serio y la atravesaba con la mirada. Quiso disculparse por dejarlo solo en la rosaleda, pero había demasiada gente entre ambos.

Así que se marchó sin mirar atrás y se prometió que, fuera como fuese, cumpliría el trato.

No solo por su madre, sino también por ella.

Capítulo 13

Paseando de un lado a otro por su despacho, Lucifer sentía que la impaciencia lo consumía. Debía conseguir que Eliza cayese en su red y estaba tan cerca de conseguirlo como de que los burros volasen.

Azazel, repantingado en el sillón, con las piernas colgando por uno de los reposabrazos, seguía su paseo con diversión. Era mediodía, por lo que todavía quedaban horas para que el club abriese y, por tanto, para que Eliza llegase.

Horas eternas.

—¿Estás seguro de que iba a decirte que no al beso? —preguntó en ese momento su amigo—. ¿Tan malo eres seduciendo a las mujeres?

Lucifer lo fulminó con la mirada. Claro que iba a decirle que no. Vio la indecisión en sus ojos y, en cierto modo, se alegró de que la señorita Phellam los interrumpiese, porque quizá su ego no lo hubiese soportado. Cada vez que creía que daba un paso hacia delante con ella… en realidad eran tres hacia atrás.

Por otro lado, había acudido a la rosaleda a sabiendas de que estaría a solas con él, pero eso podía ser más por la labia de Gadreel que por su mera presencia. Y debería importarle un bledo las razones que Eliza tuviese mientras coincidiesen con su plan, pero una parte de él se había sentido molesta cuando ella le había prometido que iría al club porque tenían un trato.

Como si él no tuviese nada que ver en sus motivaciones. Sin duda alguna, el Lucifer seductor se estaba cubriendo de gloria. Y todo eso le tenía muy enfadado. Porque no era capaz de entenderla a ella ni a sí mismo. ¿Dónde estaba su capacidad de pensar con frialdad cuando la necesitaba?

—Gadreel y tú os podéis ir a la mierda —replicó, y Azazel se carcajeó.

—Vamos, Russ, no tienes sentido del humor —respondió—. Y tú sabes mejor que nadie que esa dama necesita un empujón bien fuerte. No es como si estuvieses tratando de seducir a una mujer como Mabel.

Azazel hizo un gesto obsceno que le hizo poner los ojos en blanco.

—¿Mabel te ha elegido como su nuevo juguete? —preguntó sin mucho interés.

Su amigo le guiñó un ojo. El verde, para ser más exactos.

—Y estoy encantado. Esa mujer sabe mover las caderas —respondió insinuante—. Dice que le fascinan mis ojos y mi po…

—Ya he escuchado suficiente —lo cortó, irritado, y Azazel volvió a reírse.

—Ahora en serio —dijo, y se sentó correctamente—. Eliza no necesita que la seduzcas como si fuese una mujer que sabe lo que se hace. Necesita confiar en ti y sentir que tiene el control, porque nunca en toda su vida se lo han dado.

Lucifer se detuvo para mirarlo, sorprendido.

—¿Desde cuándo eres tan sabio? No lo pareces.

Azazel le enseñó el dedo corazón.

—Siempre he sido el más sabio de los dos, capullo —respondió como si fuera evidente—. ¿Quién logró que sobreviviéramos en la calle?

Los recuerdos los abrumaron a ambos, de cuando eran un par de niños que sobrevivían como podían en los barrios bajos. Azazel era mayor que él y, cuando Lucifer se quedó huérfano por completo y escapó del hospicio donde lo maltrataban, lo acogió bajo su ala como si fuera un hermano pequeño. Le enseñó con qué clase de gente no podía mezclarse y se metía en peleas callejeras para ganar dinero con el que alimentarlos a ambos. Azazel lo enseñó a luchar para defenderse, pero nunca le permitió partirse la cara por dinero. Fue él quien siempre asumió esos peligros.

Si creyera en Dios, pensaría que el Todopoderoso había enviado a aquel muchacho de catorce años para salvarle la vida. Pero, en realidad, siempre había pensado que había sido cosa de su padre.

El destino los unió y, cuando Lucifer tuvo la suerte de conocer al padre Weasley, encontró la oportunidad de devolver a Azazel todo lo que había hecho por él. Entonces, fue Lucifer quien le salvó la vida. Llevaban juntos demasiados años, que aún parecían más largos cuando estos estaban tan llenos de penurias.

Ambos sabían que morirían por el otro.

—¿Quién consiguió el dinero para montar este club, en el que te acuestas con todas las mujeres que te hacen ojitos?

—Creo que ese fui yo —dijo Gadreel a su espalda, entrando en el despacho a través del tapiz—. Soy el inversor principal porque vosotros dos no teníais donde caeros muertos.

Lucifer se giró y le apuntó con el dedo, sin amilanarse.

—¿Pero quién te invitó a ser parte de este trío de marginados? —Le miró con suficiencia—. Jaque mate.

Gadreel puso los ojos en blanco y Azazel rio. No podían negárselo, pues fue Lucifer el que logró que Gadreel aceptara su idea descabellada sobre montar un club debajo de la iglesia de St. Marylebone después de que Azazel se riera en su cara cuando se lo propuso. Lucifer le eligió después de conocerle en un club de caballeros, del que Gadreel era miembro y donde Lucifer trabajaba como crupier.

Tras ver cómo Gadreel, casi con aburrimiento, desplumaba a cuatro nobles incautos que no se habían dado cuenta de que su contrincante estaba contando las cartas —y su visible desagrado hacia la nobleza en general—, Lucifer se decidió a proponerle el negocio. Y, para su sorpresa, salió bien.

Gadreel, siempre tan ansioso de retos intelectuales, aceptó con la condición de ser el que llevase todas las cuentas. Le aseguró sin ningún asomo de vergüenza que, si iba a poner dinero en aquello, que tenía tan poco porcentaje de éxito, no lo dejaría en manos de incompetentes.

Algunas personas aseguraban que así empezaban las mejores amistades: con odio. Al principio, Gadreel solo era una bolsa llena de dinero para Lucifer; y, para Gadreel, Lucifer era un estorbo que no le llegaba a la suela del zapato ni en inteligencia ni en saber estar. No necesitaron mucho tiempo para darse cuenta de la valía del otro, y con el mutuo respeto llegó todo lo demás.

—Sí, Russ, eres la resina que nos mantiene unidos y todas esas sandeces —dijo Azazel, y sus ojos bicolores brillaron divertidos—. Pero sigues siendo incapaz de seducir a milady. Definitivamente, voy a ganar esa apuesta.

Lucifer hizo una mueca desagradable y sus amigos rieron con

ganas.

—Todavía tengo tiempo —cortó sus burlas y sonrió, apoyándose en su escritorio—. Ya me he encargado de la doncella, y ahora Eliza podrá venir al club siempre que quiera.

Azazel arqueó una ceja.

—No me digas que tenemos que deshacernos de un cadáver. Me he dejado la pala en casa.

—No, imbécil —replicó Lucifer. Que, a su pesar, sonrió—. Pero le he hecho una oferta que no ha podido rechazar.

Azazel miró a Gadreel, que asintió.

—Vino a verme para preguntarme cuánto podíamos invertir este mes en «sobornos para eliminar doncellas». —Hizo el gesto de las comillas con los dedos—. Me pareció un concepto un tanto macabro, pero acepté. Hemos tenido bastantes beneficios gracias a la temporada.

—Además, el hecho de que la madre de la doncella esté enferma y le haya pagado un tratamiento en el hospital de St. James ayuda bastante. Aunque, dado que estaba aceptando sobornos tanto míos como de Rowland, no merecía tanta consideración por mi parte —terminó Lucifer por él—. Solo queda que Ethel se encuentre en posición al terminar el día.

Azazel silbó con aprobación.

—Veo que empiezas a espabilar, amigo —alegó con alegría—. Me pregunto qué te pedirá la joven dama esta noche.

—Me pareció encantadora —dijo Gadreel en ese momento—. Creo que se siente muy sola.

Ambos lo miraron con el ceño fruncido.

—No sé por qué me miráis así. —Se encogió de hombros—. Solo digo que es una buena persona.

Azazel rio.

—Vaya, esto sí que es nuevo. El frío Gadreel tiene corazón bajo todas esas capas de seda y satén.

Gadreel abrió la boca para responder, con una réplica mordaz con toda probabilidad, pero Lucifer se le adelantó.

—Yo también lo creo —dijo para sorpresa de los otros dos—. De hecho, cada vez estoy más convencido de que le estamos haciendo

un favor.

—¿Acaso te estás ablandando, querido Lucifer? —Gadreel lo miró con los ojos entrecerrados, antes de exclamar—: ¡Te gusta! ¡Ella te gusta!

—¡Lo sabía! —Azazel dio un salto en el sillón, alzándose todo lo grande que era—. Estás demasiado obsesionado con aparecer por todas partes ante ella como para que sea solo por el plan.

—Habéis perdido la cabeza. —Lucifer los miró con desdén, pero notaba el corazón retumbándole en el pecho. Era imposible que tuvieran razón, aunque él mismo se lo había preguntado más de una vez—. Siento pena por ella, nada más. Pero, como ya os dije, eso no me va a detener. ¿Acaso es algo malo si aprovecho la venganza para demostrarle que puede tomar sus propias decisiones? Encima que estaría haciendo una buena obra…

Sus dos amigos lo miraron sin creerse una sola palabra y Lucifer quiso borrarles la sonrisa de un plumazo. Eliza no le gustaba; simplemente sentía compasión por su situación. Había pensado al principio que era una jovencita consentida, pero se había dado cuenta de que, en realidad, Eliza se sentía atrapada durante cada segundo de su vida. Lucifer podía comprender esa sensación de ahogo. Y, si lograba hacerle entender que sus sentimientos sí eran válidos, estaba seguro de que podría salir adelante cuando destrozase la reputación de su padre y, por ende, la suya.

Sus amigos estaban confundiendo cariño con compasión.

«La deseaste la otra noche. Le pediste un beso».

Su voz interior era una mierda.

No había entrado en sus planes besarla, pero no había podido contenerse cuando la tocó. Aquella noche, tras quedarse anhelando algo que Eliza había estado a punto de negarle, se convenció de que simplemente no era de piedra y que sus gestos y conversación le parecían interesantes porque lo acercaban más a su venganza. Era más fácil seducir a una mujer si esta le resultaba atractiva, ¿no? Era de una lógica aplastante.

El hecho de que no dejase de recordar el maldito vestido rojo con el que había acudido al club… apoyaba la teoría que tan perfectamente se había construido. Enseguida se aburriría, como le

había pasado con todas las mujeres con las que había estado. Su deber era pensar en la venganza.

En cuanto satisficiera su curiosidad por ella, podría centrarse de nuevo.

—Russ, te has quedado en Babia —dijo Azazel en ese momento, devolviéndole a la realidad—. ¿Estás pensando en cierto ángel rubio?

Lucifer antes se arrancaría la lengua que admitir que tenía razón.

—Estoy pensando que deberías mover el culo y preparar la apertura —ordenó—. Yo tengo que encargarme de que Eliza llegue sin percances.

Cogió papel de carta y se dispuso a pedir algunos favores que le debían mientras sus amigos salían del despacho refunfuñando porque era un aguafiestas. Puso los ojos en blanco y los ignoró. Estaba decidido a que aquella noche todo saliese bien.

Tenía que dejar de dar pasos para atrás con Eliza y comenzar a avanzar a grandes zancadas. Quedaba poco más de un mes para la boda.

***

—No puedo creer que Henrietta haya dimitido de la noche a la mañana —decía tía Margaret por enésima vez—. ¡Qué desconsiderada con las personas que le han dado trabajo!

Estaban revisando los posibles menús para la boda, aunque a la joven le resultaba muy difícil concentrarse en sopas y salsas para acompañar la carne y la verdura cuando estaban ocurriendo tantas cosas.

—Es Harriet, tía Margaret —respondió Eliza—. Su madre está muy enferma.

Su tía hizo un gesto con la mano que claramente demostraba que le importaba bien poco lo enferma que estuviera una mujer que ni siquiera conocía. Eliza se preguntó si, más que el contratiempo de perder a alguien del servicio, estaba tan contrariada porque Harriet ya no podría espiar para ella ni Herbert.

—No deja de ser desagradecida, Eliza —dijo Rachel, llevándose la

taza de té a los labios—. Suerte que mamá tiene muy buena capacidad para los imprevistos y enseguida ha publicado un anuncio en *The Lady*. Lena no nos puede atender a ambas. Es mi dama de compañía, no una vulgar doncella.

Eliza estuvo a punto de replicar que era la cuarta vez que lo decía y que lo había entendido a la primera, pero lo dejó estar. Tía Margaret ni siquiera había podido insinuar que un sueldo menos suponía un ahorro cuando la pataleta de Rachel se había escuchado en cada rincón de Rowland House.

Sentada al lado de Rachel, la señorita Hamilton hizo una mueca de incomodidad. La señorita Hamilton había ayudado aquella mañana a Eliza para que pudiera vestirse, ya que Harriet se había marchado de madrugada como una ladrona. Había dejado una nota con las razones por las que se despedía y nada más. Lena había sido muy amable, pero Eliza apenas se lo había agradecido en condiciones porque tenía la cabeza en otro lado. No dejaba de pensar que Russell le había prometido que actuaría al saber que Harriet informaba a su tío de todos sus movimientos. ¿Habría tenido algo que ver? La doncella jamás le había mencionado que su madre estuviera enferma ni que quisiera marcharse.

Pensar en Russell de nuevo hizo que su estómago diese un vuelco. Los nervios la carcomían por el hecho de tener que escaparse aquella noche para acudir al club. Las dudas y el miedo a ser descubierta la hacían cambiar de opinión cada pocos minutos, como una veleta que gira con el viento.

—A mí no me importa ayudar a lady Eliza —decía en ese momento la señorita Hamilton—. No es ningún esfuerzo.

—Tonterías, Lena. —Rachel la fulminó con la mirada y volvió a repetir como si fuera un mantra—: Eres mi dama de compañía, no la de Eliza.

¿Qué le ocurría con tanta insistencia? Ni que Eliza fuese a quitarle a su dama de compañía. Aunque, al ver la tensión acumulada en los delicados rasgos de Rachel, Eliza se preguntó si no se trataba precisamente de eso. Lena le lanzó una mirada de disculpa, que Eliza respondió con una sonrisa. Cada día estaba más convencida de que la señorita Hamilton no estaba de acuerdo con el trato que

Rachel le dispensaba, pero entendía que no se atreviera a discutir con las mujeres que le daban techo y comida.

Ella misma callaba para no generar discusiones.

—Basta, Rachel —dijo tía Margaret—. No tendrás que compartir a Lena mucho más, no te preocupes. Y creo que deberíamos añadir perdiz al banquete de boda. Le gusta a todo el mundo.

Eliza comenzaba a anotar la demanda de su tía cuando llamaron a la puerta. El ama de llaves, la señora Drew, anunció que una joven se había presentado en respuesta al anuncio que habían publicado.

—Las entrevistas no son hasta mañana —se extrañó su tía—. No habla bien de ella que se presente cuando no toca.

—Verá, señora… —La señora Drew le entregó una carta cuyo sello lacrado era inconfundible: Barwick. Eliza se tensó—. Además de tener unas referencias impecables, la joven viene recomendada por el señor Grimstead.

Eliza ahogó una exclamación. Tía Margaret, por su parte, casi le arrancó la carta de las manos al ama de llaves y leyó con avidez.

—Eso lo cambia todo. Ayude a la joven a instalarse y retire el anuncio de la revista, pues ya no será necesario hacer entrevistas —dijo al ama de llaves.

—¿No quiere conocerla, señora? —preguntó.

—Por mí como si tiene el cabello verde. No le podemos hacer un feo a nadie de esa familia. —Cuando la señora Drew se hubo retirado para cumplir las órdenes, su tía se dirigió a Eliza—. El señor Grimstead ha sabido de nuestro problema y ha querido enviarte una doncella de su confianza. Tu futura familia es muy considerada contigo, Eliza. Deberías agradecerle enseguida.

—¿Quién de los dos? ¿Raymond? —preguntó Rachel. A Eliza no se le escapó la punzada de envidia en su voz.

—No, ha sido su hermano pequeño —respondió tía Margaret, y bajó la voz hasta hacerla un susurro—: La verdad es que es muy amable y tiene mucha labia. Aunque digan que no es hijo legítimo, sin duda es el más atractivo de los dos.

—Quizá precisamente por eso es más atractivo —rio Rachel—. No es que los Grimstead sean muy agraciados.

Aquello último lo dijo mirando a Eliza con maldad, pero ella estaba

perdida en sus pensamientos. Así que había sido cosa de Gadreel. Eliza no tuvo duda alguna de que Russell estaba detrás de todo. Se levantó con una sonrisa, la primera genuina que esbozaba en todo el día.

—Iré a escribirle enseguida al señor Grimstead, tía —dijo con alegría—. ¿Puedo retirarme?

—Por supuesto, querida —dijo la mujer, satisfecha al ver que se cumplían sus órdenes—. Aprovecha para cambiarte para la cena. Así la doncella nueva puede ponerse a trabajar de inmediato.

Eliza asintió y salió del salón con calma, aunque en realidad deseaba volar hasta su habitación para conocer a la nueva doncella. Estaba segura de que sus sospechas no eran infundadas. No obstante, sentía la mirada de su prima en la nuca y no quería alertarla.

Cuando cruzó el pasillo rumbo a su habitación, se encontró con la señora Drew, que daba instrucciones con severidad a una joven bajita de pelo negro que asentía a todo lo que la mujer decía. No parecía mucho más joven que ella; calculó que tendría unos quince años. Ya iba vestida con el uniforme del servicio: vestido negro, delantal y cofia blancos.

—Lady Eliza se levanta muy temprano, así que debes estar lista a las seis por si te necesita y… —decía en ese momento, pero se interrumpió al verla—. Milady, esta es Ethel, su nueva doncella.

La muchacha hizo una pequeña reverencia y sonrió.

—Es un honor servirla, milady —dijo.

—Encantada de conocerte, Ethel —dijo con una sonrisa cortés y actitud calmada, aunque en realidad estaba conteniéndose para no zarandearla delante del ama de llaves y preguntarle si estaba en lo cierto—. Cuando la señora Drew termine de explicarte todo, ven y ayúdame a cambiarme para la cena. Estaré en mi habitación.

—No será necesario que espere, milady —dijo la señora Drew, y le lanzó a Ethel una mirada que prometía guerra si se equivocaba en lo más mínimo—. Ethel ya puede ir con usted, aunque lo hará por la escalera de servicio, por supuesto.

—No se preocupe, señora Drew. Podemos ir juntas por esta vez. —Eliza sonrió y el ama de llaves asintió a regañadientes, por lo que

la doncella la siguió hasta su habitación. Cuando ambas estuvieron a solas, Eliza pudo respirar con normalidad, aunque los nervios todavía la invadían—. Bienvenida, Ethel. Que el señor Grimstead te haya recomendado solo habla bien de ti.

La joven sonrió. Tenía los ojos claros y le pareció mucho más accesible que Harriet, aunque Eliza nunca había tenido habilidad para analizar a las personas. Quizá era todo pura fachada. No obstante, de alguna forma Ethel le resultaba familiar, si es que eso tenía algún sentido.

—Gracias, milady —dijo con simpatía, y bajó la voz antes de continuar—: Aunque, en realidad, ha sido cosa del señor Lucifer.

Eliza se tensó. Lo sabía. La emoción la embargó.

—¿De verdad? —preguntó, tratando de no parecer nerviosa—. ¿Cómo es que conoces al señor Lucifer?

La muchacha metió la mano en el bolsillo del delantal y sacó un sobre, donde estaba escrito su nombre. Reconoció la caligrafía de Russell.

—Mis padres trabajan en el club —dijo, y se lo entregó—. Mientras lee la carta, iré a por su vestido para la cena. ¿Alguna preferencia?

Eliza negó, concentrada en el sobre.

—Lo que tú quieras —acertó a decir, y la muchacha fue hacia el vestidor.

Una vez a solas, le pudo la impaciencia, como si estuviera recibiendo la carta de un pretendiente. Eliza rompió el sello de lacre y sacó la carta.

Querida Eliza:

Lo prometido es deuda. Ethel es una persona de mi total confianza. Ella te ayudará a salir por las noches sin que nadie de tu familia se percate. Espero que esa preocupación desaparezca de tu mente.

Por otro lado, y para salvaguardar aún más tu reputación y demostrarte que confío en ti, te voy a revelar la otra entrada al club, que solo utilizamos nosotros tres. Esta noche, en lugar de ir hacia la escuela, entra en la iglesia de St. Marylebone y pregunta por el padre Samuel Weasley. Dile mi nombre, el de verdad, y te mostrará el camino.

Ardo en deseos de verte esta noche y saber qué deseas. No tengo ningún poder de decisión sobre tu atuendo, pero quiero que sepas que estás preciosa vestida de rojo. Es mi color favorito.

Y, antes que a Bach o a Beethoven, prefiero a Mozart.

Hasta pronto,

R.

Eliza tragó saliva y sonrió a su pesar. Lo había tenido todo en cuenta para ayudarla a llegar al club. Releyó la carta una vez más y se quedó pensando en el final. El rojo siempre había sido un color prohibido para las damas, así que no estaba segura de si tomárselo como un halago o un insulto. Quiso pensar que era lo primero. No obstante, no tenía nada rojo que ponerse, y no quería pedirle a Ginny prestado su vestido.

—Tendrás que conformarte, señor diablo —murmuró a la carta.

—¿Qué decía, milady?

Ethel entró con un vestido color azul cerúleo perfectamente decente, con encaje blanco alrededor del escote. Era de los que más le gustaban, pero tenía las mangas largas. Ethel la miraba con tanta curiosidad sincera que respondió casi sin darse cuenta.

—Lucifer considera que el rojo me sienta bien. —Si Russell confiaba en ella, Eliza también. Aunque, siendo sincera consigo misma, ¿Eliza confiaba por completo en Russell?—. Pero evidentemente no tengo ningún vestido de ese color.

Ethel rio y Eliza sintió alivio. No parecía estar juzgándola, como Harriet hacía siempre.

—Tampoco debe hacer caso a lo que digan los hombres de buenas a primeras, milady —respondió la muchacha—. Mi madre siempre dice que debo hacerles creer que tienen el poder, pero en realidad ostentarlo siempre yo.

Eliza se unió a su carcajada. Era tan diferente a lo que le habían enseñado a ella que resultaba hasta curioso.

—Tu madre es sabia. —Vio que Ethel miraba el vestido, pensativa —. ¿Se te ocurre algo?

—Póngase otro vestido y déjeme ver si puedo hacerle algunos arreglos para que este sea su vestido del club. —Ethel sonrió—. Si al señor Lucifer le atrae milady, lo hará con cualquier cosa que se

ponga.

Eliza se ruborizó, pero no quiso contradecirla.

—Ethel —dijo en cambio—, ¿sabes que yo…?

—¿Está prometida al barón Barwick? Sí, milady. El señor Lucifer me puso al tanto. —La muchacha se encogió de hombros—. Pero mi trabajo es ayudarla en todo lo que quiera, y eso significa que debe ir al club deslumbrante.

La ayudó a ponerse un vestido más sencillo, de color morado, y charlaron de cosas triviales. Cuando Ethel la estaba peinando, se puso seria.

—El señor Lucifer me ha advertido que intentarán sobornarme para que controle sus movimientos. —Eliza se tensó y la miró a través del espejo. Los ojos de Ethel solo reflejaban determinación—. Quiero que sepa que, aunque me vea aceptar el dinero, no la traicionaré. Pero el señor Lucifer me ha dicho que acepte para no levantar sospechas y que les mienta en todo.

Eliza se mordió el labio, emocionada.

—No quiero que mientas a tus patrones por mí, Ethel.

—Mi patrón es Lucifer, milady —respondió sin vacilar—. Él ayudó a mis padres cuando pasaban dificultades y no tenían trabajo. El señor Lucifer nos salvó, y eso es impagable.

Eliza sonrió ante una lealtad tan auténtica y se sintió más segura. Aunque ella respondiese ante Russell, se dio cuenta de que por primera vez tenía una aliada dentro de Rowland House.

—Háblame de Lucifer.

—¿Qué quiere saber?

«Todo».

—¿Es un buen patrón?

Ethel asintió un par de veces.

—Sí, milady. Tanto él como el señor Gadreel y el señor Azazel se portan de maravilla con todos nosotros.

Eliza pensó en el señor Cronwell, al que habían echado del club por llevar allí a una prostituta.

—Son muy estrictos con las normas, ¿no?

Ethel asintió.

—Sí, milady —dijo—. Pero así logran que el club funcione bien en

la clandestinidad. Dan mucha libertad, pero también piden a cambio que se respeten las normas. Creo que así han logrado llevar abiertos casi cinco años sin tener apenas problemas.

Eliza tuvo que admitir que tenía sentido. Ethel le explicó que había acudido a la escuela hasta hacía unos tres años y le contó algunas anécdotas de su trabajo en La Tríada, preparando los dormitorios y demás menesteres. Eliza se encontró riendo con ella como si fuesen amigas. Era la primera vez que le gustaba el hecho de tener que vestirse y peinarse.

Ethel acabó de peinarla cuando el primer gong sonó, avisando la cena. Eliza respiró hondo y se preparó para las siguientes dos horas, que prometían hacerse eternas.

—Nos vemos aquí después y tendré todo preparado, milady —le explicó Ethel, y le apretó la mano para darle ánimos. Normalmente, su tía diría que se había extralimitado, pero a Eliza le gustó. Se sintió reconfortada—. Le prometo que saldrá usted sin que nadie se dé cuenta.

Capítulo 14

El Big Ben anunciaba la medianoche con sus resonantes campanadas al mismo tiempo que Eliza se detenía frente al enorme portón de la iglesia. Se sintió un poco mejor al ver que el carruaje en el que había llegado —conducido por la misma mujer de la primera vez— no se marchaba tras haber cumplido el cometido de traerla a St. Marylebone. Se sentía desamparada sin Ginny a su lado y le preocupaba encontrarse sola en mitad de Londres sin saber cómo volver a casa. Estaba segura de que no podría orientarse bien desde allí.

«Vamos, Liz, debes ser valiente», se dijo a sí misma.

Podía hacerlo. Ya había superado la peor parte, siguiendo las instrucciones de Ethel, que la había sacado de la casa por la puerta del servicio. Sin, efectivamente, llamar la atención de nadie. En el callejón la esperaba el carruaje, negro como la noche y sin ningún blasón en la puerta que lo identificase. Y, aunque todo parecía haber ido bien, se había pasado todo el camino temiendo que alguien la buscase en mitad de la noche y se diese cuenta de que se había ido. No importaba que la posibilidad fuera remota, pues le era imposible no imaginar diferentes escenarios catastróficos tras toda una vida de férrea vigilancia.

Pero no había llegado hasta allí para amilanarse ahora. Respiró hondo y llamó con ímpetu. El ruido resonó por la calle vacía, pues no se veía ni un alma por allí. Por fortuna, no tardaron en abrirle la puerta, aunque el corazón siguió latiéndole con fuerza mientras observaba al desconocido que la recibió con gesto serio.

Era un sacerdote, sin duda. Tenía el cabello muy rubio y los ojos muy claros, como si estuvieran descoloridos. Su rostro era de rasgos marcados y su complexión parecía fuerte, aunque nada que ver con Azazel o Russell. Pero lo que más le llamó la atención fue que tenía la nariz torcida, como si se la hubiese roto y curado mal.

Parecía sorprendido al verla, así que supuso que no esperaba su visita. Eliza llevaba la capucha y la máscara negra y roja del club, por lo que era imposible que la reconociese, aunque estaba segura

de que no se habían visto nunca.

—La entrada está en la escuela, tras la iglesia —dijo el sacerdote con dureza, e hizo ademán de cerrar la puerta de nuevo.

—¡Espere! —exclamó Eliza—. Russell me dijo…

Al escuchar el nombre, el sacerdote se tensó y la miró con mucha más atención que antes. Abrió la puerta algo más y la instó a entrar de inmediato. Eliza prácticamente se dejó arrastrar hacia el interior de la iglesia de St. Marylebone. De noche, el enorme edificio sagrado era mucho más tétrico, solo iluminado por algunas velas que rodeaban el altar y los bancos de madera.

Se giró hacia su interlocutor, que la observaba en silencio.

—¿Es usted el padre Weasley? —preguntó.

—Y usted es lady Eliza Cavendish. —La joven soltó una exclamación ahogada y el sacerdote negó con la cabeza al verla asustada—. No se preocupe, no la delataré. Russell y yo somos amigos. Aunque el muy idiota podría haberme avisado de que vendría.

Lo dijo en un tono extraño, como si se preguntase por qué era amigo de alguien como Russell. Parecía claramente descontento, y Eliza se vio con la necesidad de disculparse, aunque no sabía por qué.

—Siento importunarle tan tarde, padre —probó.

Él hizo un ademán con la mano, restándole importancia.

—La culpa es de Russell, no suya. Y, de todas formas, tampoco duermo demasiado —dijo él—. La llevaré hasta la entrada del club.

Lo acompañó en silencio por el pasillo, acobardada. Los pasos de ambos resonaban con fuerza. No podía quitarse de encima la sensación de que el padre Weasley censuraba su presencia allí, pero no entendía la razón. Quizá no le gustaba el club, y eso no le sorprendería. Un hombre de Dios no debería aprobar aquella clase de lugares.

—Se preguntará por qué dejo que bajo mi iglesia ocurran todo tipo de pecados, ¿verdad? —dijo de repente el padre Weasley. Eliza no respondió, pero su silencio fue suficiente respuesta—. Tengo mis razones, que se basan en poner las necesidades de mis feligreses antes que las mías. Porque he visto lo que el hambre y la miseria

hacen en la gente, y quiero hacer todo lo que esté en mi mano para impedirlo.

Eliza frunció el ceño.

—No lo entiendo. Debería censurar todo esto.

Él sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

—¿De qué sirve que yo les censure si irán al infierno igualmente? —Ante la mirada asombrada de Eliza, el sacerdote se encogió de hombros—. Asistir al club es el menor de sus pecados. Ahí abajo se congregan nobles, políticos, jueces y otras muchas personas que serán juzgadas por pecados mayores que dejarse llevar por los deseos carnales. Sin embargo, mis feligreses, que acuden a verme cada día y tienen que deslomarse para no morir de hambre mientras intentan que sus hijos estudien o no vivan la misma suerte que ellos, son mi prioridad. Si tengo que dejar que, a cambio, otros bailen en el infierno, que así sea.

—Quiere decir que La Tríada le paga a cambio de mantener el secreto —musitó con cautela, impresionada por su punto de vista.

—Con ese dinero hago mucho bien, tan simple como eso. Puedo abarcar muchas más obras de caridad que las que podría con tan solo las donaciones que recibe la iglesia de forma oficial —respondió sin inmutarse—. Por otro lado, por supuesto, accedí también porque conozco a Russell desde hace muchos años. Cualquier otro no habría pisado las catacumbas de este sagrado lugar.

Eliza se quedó en silencio, acongojada por la rotundidad del padre Weasley. Este pareció percibir su nerviosismo, porque se la quedó mirando con intensidad.

—Ahora bien, eso no significa que esté de acuerdo con lo que Russell está haciendo —habló de nuevo.

¿Por qué le parecía que no se refería al club?

—Algo me oculta, ¿verdad? —preguntó, temiendo la respuesta.

El sacerdote se quedó en silencio unos instantes.

—Todos tenemos secretos, milady. Russell no hubiese llegado a regentar un club así si no fuese una persona cauta.

Eliza se mordió el labio. Era cierto que apenas se conocían y no podía esperar que fuese completamente sincero con ella, aunque una parte de ella seguía en guardia. El padre Weasley no le había

dicho nada que no supiera, porque, al fin y al cabo, ella tenía un trato de favor en el club. Y eso debía deberse a algo más que simple interés. Y, si ellos dos eran amigos, el sacerdote no le diría nada. Tendría que intentar averiguarlo por su cuenta.

—Me ha prometido encontrar a mi madre —dijo, como si intentase convencerse a sí misma de por qué no debía marcharse por donde había venido. Cerró los ojos unos segundos, antes de seguir hablando—: ¿Cree que me ha mentido?

El padre Weasley negó.

—Conozco a Russell desde que tenía diez años y apareció desnutrido y medio muerto en la puerta de la sacristía. —Abrió los ojos, sorprendida. Sabía que los orígenes de Russell eran humildes, pero no que había pasado tantas penurias. Era difícil imaginarle desfallecido al verle tan alto e imponente. A pesar de sus dudas, Eliza sintió pena por el pequeño Russell—. Es desconfiado y no juega del todo limpio, porque la vida le ha llevado a eso, pero no lo menciono como una justificación. Muchas veces se comporta como un imbécil y se lo digo a la cara, todas y cada una de ellas. Perdone mi lenguaje.

Eliza le restó importancia. Las blasfemias eran el último de sus problemas.

—Pero, cuando mi padre le acogió y ayudó, se deslomó cada día para devolverle cada penique que invirtió en él —siguió diciendo—. Seguramente le pida algo a cambio, pero, si le ha dado su palabra de que encontrará a su madre, cumplirá. No lo dude.

—Pero eso no quita que no esté siendo sincero.

Parecía una niña enfurruñada, pero se sentía como si Russell tuviera el rostro en sombras y solo viese una parte de él. Como la luna, que siempre tenía una cara escondida.

Para entonces, se habían detenido frente a la entrada que conducía a las catacumbas, que estaban cerradas al público por un cordel rojo. Eliza miró la vieja puerta y tragó saliva.

—Parece una buena persona, milady —respondió el sacerdote—, y por eso le he contado esto. Que, si cruza la puerta, sepa que debe proteger su corazón.

Eliza lo miró de nuevo.

—¿Por qué mi corazón?

El padre arqueó sus rubias cejas.

—Está muy decepcionada porque Russell no está siendo del todo sincero, aun sin saber si eso le incumbe o no. Porque, milady, como le he dicho antes, él no se abre a cualquier persona. Y, aun así, usted está aquí —le aseguró el sacerdote, y Eliza se sintió regañada —. Eso me da a entender que siente algo por Russell. Algo que le puede traer decepciones más tarde, pues, mientras él siga pensando que se encuentra en el infierno, su corazón no estará preparado para amar.

Eliza quiso preguntarle a qué se refería, pero el sacerdote no parecía dispuesto a decir nada más. Se quedó pensativa mientras veía al padre Weasley retirar el cordel y abrir la puerta de las catacumbas. ¿De verdad sentía algo por Russell? No era cierto. Le parecía atractivo y quizá le deseaba, pero de ahí a tener otros sentimientos… Solo le veía como la persona que podía devolverle a su madre, nada más. Eliza estaba jugando a un juego en el que no veía todas las cartas, por lo que poner su corazón sobre el tablero no era una opción válida.

—Se equivoca, padre —le dijo con contundencia. Necesitaba que supiera que no estaba de acuerdo, aunque no sabía bien por qué—. Mi corazón no sufrirá ningún daño.

Él la miró con una sonrisa triste en los labios.

—Eso espero, milady —respondió, y señaló la puerta—. Ya puede bajar. Cuidado con las escaleras. Cuando llegue al final, encontrará una puerta de madera. Ábrala y retire el tapiz que encontrará tras ella. Enseguida estará en el club.

Eliza cuadró los hombros, decidida, y se internó en las catacumbas. La escalera que bajaba era de caracol, y algunas velas iluminaban los escalones para que no tropezase. Se giró para despedirse del padre Weasley, que estaba esperando a que bajase para volver a cerrar la puerta.

—¿Ha bajado alguna vez al club? —se le ocurrió preguntar, aunque se arrepintió enseguida—. Perdone, no me incumbe.

—Hay cosas que prefiero no saber, milady. —El padre Weasley no parecía molesto, pero sí notó que los hombros se le habían tensado

un poco—. Y, aunque la iglesia anglicana me permite casarme, no siento deseo carnal sobre nadie. Así que, sencillamente, lo que pasa ahí abajo no me interesa en absoluto.

Eliza no quiso preguntar más, pues le parecía haber tocado un tema espinoso.

—Ha sido un placer conocerle, padre.

Él sonrió.

—Igualmente, milady.

La entrada se cerró y Eliza comenzó el descenso por la escalera de caracol. Lo hizo un cuidado y recogiéndose los bajos del vestido para no acabar rodando escalones abajo. Cuando llegó a la puerta de madera que le había indicado el padre Weasley, se detuvo.

Y dudó.

Dio un paso adelante.

Y dudó de nuevo.

Comenzó a marearse.

Se sentó en uno de los últimos escalones, y no le importó si se manchaba el vestido que Ethel le había arreglado con tanto esmero. Agobiada, se sacó la máscara con un par de tirones y la guardó en el bolsillo de la capa. Se cogió la cabeza entre las manos y cerró los ojos, respirando tan hondo como le permitían sus pulmones. Sentía un nudo en el pecho.

¿Por qué se ponía así ahora que estaba a un par de yardas de su destino? Debería sentirse orgullosa de haber llegado hasta allí por su propio pie, aunque no estaba segura de si podía considerar la desobediencia y la rebeldía como dignas de orgullo. No obstante, estaba allí porque ella misma lo había decidido, y ese hecho ya era importante.

Entonces, ¿por qué se sentía tan culpable?

Estaba luchando contra un monstruo que su familia había alimentado desde que su madre se marchó, y le costaba horrores deshacerse de sus garras. Era como si estuviera cometiendo un delito terrible en lugar de tratar de vivir según sus propias decisiones. La última vez se había dejado llevar por Ginny, tratando de que en su mente pudieran coexistir la Eliza que había sido toda su vida y la Eliza que odiaba cada minuto que pasaba bajo el techo

de Rowland House.

Pero ahora ambas luchaban por imponerse a la otra. Y el agujero en su pecho cada vez dolía más.

No supo cuánto tiempo estuvo allí sentada, tratando de controlar su respiración y los irregulares latidos de su corazón. Pero mientras tanto comprendió algo: no se sentía decepcionada con Russell porque sintiera algo por él, sino porque estaba tratando de compararlo con su padre. Como si los secretos de alguien que apenas conocía desde hacía un mes tuviesen el mismo peso que los que su familia llevaba quince años ocultándole. El día que su padre quitó todos los retratos de su madre de las paredes, borró por completo la presencia y los recuerdos que Eliza tenía de ella. Apenas la recordaba y su rostro estaba desdibujado en su mente. Todo lo que su padre le había quitado no podía equipararse a la actitud de Russell.

Abrió su pequeño bolso y sacó el sobre cuya existencia llevaba quemándole todo el día. Era de su hermano Nathan, que le había escrito desde Eton. No había querido abrirla porque no quería que su resolución flaquease antes de volver al club. Al fin y al cabo, la única razón que le impedía negarse en redondo a casarse era salvaguardar el futuro de su hermano pequeño. El barón no resolvería las deudas del ducado hasta que estuviera casado con ella.

Y, si se lo recordaba el propio Nathan, sería todavía más difícil seguir con la búsqueda de su madre. Como si le estuviese traicionando al no decírselo; al desear un destino diferente. No sabía por qué se había traído la carta con ella. Había sido un impulso en un último momento, pero, en ese momento, le pareció un buen momento para leerla. Quizá porque, de una forma cobarde, pensaba que si Nathan la instaba a casarse, encontraría la razón de peso que necesitaba para volverse por donde había venido.

Mi querida hermana:

Siento no haberte escrito antes, pero he imaginado que tú también estarías muy ocupada. ¿Cómo te encuentras? Aquí en Eton todo es bastante monótono, aunque las clases me resultan muy interesantes. Creo que los números se me dan bien. Cuando llegue el momento de encargarme del ducado, me alegraré de mi habilidad.

Eliza apretó los labios, sintiendo la temida culpabilidad, y siguió leyendo. Tras hablarle de algunos de sus compañeros y anécdotas de sus clases que la hicieron reír, llegó al verdadero motivo por el que Nathan le había enviado aquella carta.

En realidad, hay algo muy importante de lo que quiero hablarte: el ducado. Padre me ha escrito para contarme que tenemos problemas económicos y que vas a casarte con el barón Barwick para solucionarlos. Dice que ya soy lo suficientemente mayor como para estar informado de los asuntos familiares y que debería agradecerte lo mucho que estás haciendo por mí y por la familia.

Bien, pues si tengo edad para todo eso… también la tengo para tomarme la libertad de escribirte y darte mi opinión. Quizá padre me sermonee por hacer justo lo contrario a lo que me ha pedido, pero la verdad es que me trae sin cuidado. Creo que Eton me está dando una nueva perspectiva de la vida. Antes pensaba que todo lo que tío Herbert decía iba a misa, pero en realidad las cosas no son blancas o negras. ¿Será esto la madurez?

No tienes que salvarme de nada, Eliza. Ni a mí ni a nadie. La gente se busca sus propias desgracias y debe hacerse responsable de sus actos. No te ates a un viejo por solventar los errores de nuestro padre y de nuestro tío. Yo no quiero que seas infeliz, y mucho menos por tener que resguardar mi herencia.

Ya me encargaré yo de la herencia, sea la que sea, cuando llegue el momento. Se me ha criado y estoy estudiando para ser el duque de Rowland, no un imbécil que no sabe hacer nada. Soy inteligente y capaz de arreglar los problemas que deje padre al morir. Pero no a tu costa, hermana mayor.

No puedo hacer mucho desde aquí, pero quería quitarte el peso de la obligación, que seguramente te aplasta el pecho. No por mí, Eliza. Nos prefiero pobres y libres que ricos y encerrados.

Encuentra la forma de ser libre. ¿No crees que ya has pagado durante años los errores de nuestra madre como para también tener que encargarte de los de padre?

Piénsalo, por favor.

Te quiere,

Nathan

Un par de lágrimas se escaparon y rodaron por sus mejillas. Su dulce Nathan… Eliza siempre había pensado que era un niño mimado, siempre idolatrando a tío Herbert, pero parecía que estaba creciendo y desarrollando su propia opinión. Se alegraba mucho por él. Muchísimo. Estaba segura de que, de continuar así, se podría convertir en un buen duque. Se sintió amparada y, efectivamente, parte del peso que cargaba se esfumó gracias a su hermanito.

Pero, aunque le agradecía sus palabras, no era tan fácil como decir que no y ya. Si se rebelaba contra su padre sin red que sostuviera su caída, no sabía qué sería de ella. Se estrellaría contra el suelo sin remedio. Encontrar a su madre era su única esperanza. Ella la ayudaría, estaba segura. Guardó la carta con cuidado en su ridículo, se alisó las faldas y se terminó de enjugar las lágrimas.

Le tocaba actuar a ella.

Así que abrió la puerta y atravesó el tapiz hacia La Tríada.

Capítulo 15

Cuando Lucifer escuchó que manipulaban el tapiz, se tensó de pies a cabeza. Por fin había llegado. Llevaba intentando concentrarse en el trabajo desde hacía dos horas sin éxito, obligándose a no ir a la zona de clientes por si Eliza llegaba y no lo encontraba para recibirla. La palabra era… ansioso. Sí, llevaba ansioso todo el maldito día. Pero no iba a dejar que ella notase nada de todo eso. Así que se obligó a permanecer impasible mientras esperaba a que entrase. La observó cruzar el tapiz con expresión seria, aunque creyó percibir cierta sorpresa al ver adónde llevaba el pasadizo que conectaba con el interior de St. Marylebone.

—Bienvenida.

Ella se giró hacia él, como si acabase de reparar en su presencia. Y quizá así era. Lucifer frunció el ceño al darse cuenta de que tenía el rostro rojo y los ojos algo hinchados, como si hubiera estado llorando hacía poco. A pesar de que se mostraba serena, vio tristeza en su mirada. Un ramalazo de furia lo inundó sin venir a cuento. De repente, y sin racionalidad alguna, odiaba a quien fuese que la hubiese hecho llorar. Quería colgar del campanario de la iglesia al desgraciado que la hubiera lastimado.

«Quizá has sido tú mismo, ¿no crees?»

La vocecilla insidiosa lo amargó durante unos segundos, el tiempo que tardó Eliza en sonreírle. Con ese simple gesto, su mal humor se esfumó. Y se asustó al ser consciente de ello.

—Russell —respondió a modo de saludo, y contuvo un escalofrío al escuchar su nombre en sus labios. Hacía tanto que no se sentía representado por Russell Knight… Pero en ella no sonaba tan mal—. Siento llegar tarde.

Lucifer negó, y por fin consiguió moverse. Se levantó mientras ella se quitaba la capa negra y roja, y la dejaba con delicadeza sobre el respaldo de uno de los sillones. La observó con atención. No iba vestida de rojo —en realidad, no esperaba que hiciese caso a su sugerencia, pero no había podido resistirse a pedírselo—, pero llevaba un precioso vestido azul que le quedaba como un guante y

dejaba sus hombros al descubierto. También se había dejado el pelo suelto y caía en una rubia cascada por su espalda. Se encontró a sí mismo deseando besar la delicada piel de su cuello.

«Lucifer, céntrate. Eres un maldito imbécil y tu padre se debe de estar revolviendo en su tumba».

—Llegas justo a tiempo —se obligó a decir, porque no parecía que su cerebro estuviese dispuesto a colaborar a pesar de todo—. Estás preciosa.

Estaba siendo totalmente sincero, por lo que la satisfacción lo inundó al ver que el rubor le coloreaba las mejillas ante su cumplido.

—Gracias —dijo, y su sonrisa se hizo más amplia—. Tú también.

Que ella lo alabase amenazó con terminar con el escaso autocontrol que le quedaba. Se recordó a sí mismo que el otro día Eliza no había querido besarle, para que sus instintos se apagasen, y cerró las manos en puños para no tocarla.

Se enfadó consigo mismo. ¿Por qué no era capaz de mantener la cabeza fría? Un tonto de remate, eso era. Quería respetar sus deseos y no presionarla, pero ¿cómo iba a seducirla si se comportaba como un autómata?

Eliza siguió hablando y se esforzó por concentrarse a pesar de todos los pensamientos que bullían en su mente.

—Me acostumbraré a llevar el pelo suelto y después no querré recogérmelo. —Rio y agarró con suavidad uno de los brillantes mechones.

—Aquí puedes hacer lo que quieras, ya lo sabes. —Dio un paso atrás, porque las ganas de tocarla cada vez eran mayores. No podía quitarse de la cabeza el momento en el que le pidió que le soltase el pelo—. Deberíamos ir a la zona de clientes. ¿Has traído la máscara?

Ella le miró con el ceño ligeramente fruncido. ¿Era decepción lo que reflejaba su rostro? No sabía decirlo con seguridad, porque apenas duró unos segundos antes de que le sonriese de nuevo y asintiese.

—Sí, aquí está —respondió, sacándola del bolsillo interior de la capa. Lo miró con timidez, antes de continuar hablando—: ¿Me ayudas a ponérmela? Con las mangas tan ceñidas es difícil alzar los brazos.

Lucifer cerró los ojos un segundo y maldijo en voz muy baja. Asintió y se acercó de nuevo a ella, fingiendo que no le importaba en absoluto cuando, en realidad, quería comportarse como un niño y pedirle explicaciones sobre lo ocurrido en la rosaleda la otra noche. Lo de mantener la cabeza fría se le daba francamente mal últimamente.

Eliza se colocó la máscara sobre el rostro y le dio la espalda para que él se la atase. En ese momento, su contención se desintegró de un plumazo. ¿Acaso alguien podía culparle? Lucifer cogió ambas cintas negras y las ató con firmeza, procurando que no se le moviese. Se había prometido no tocarla, y debería mantenerse lejos, pero a quién quería engañar. Estaba deseando acariciarla de nuevo. Y él siempre había sido de jugar sucio.

Se inclinó sobre ella, le apartó el cabello con delicadeza y se acercó a su oído para susurrarle:

—Bella y misteriosa.

Estaba tan cerca que sintió el momento exacto en el que el escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Se regocijó al ver cómo la piel que no estaba cubierta por el vestido se le erizaba, dándose cuenta de que no era tan inmune a sus caricias como había creído. Sobre todo cuando esa vez Eliza no se apartó. Se giró para mirarlo y lo enfrentó con una pequeña sonrisa. Que, le dio la impresión, ocultaba mucho más.

—Cuando me hablas así, casi me creo que lo soy.

Lucifer todavía se sorprendía de que tuviese un concepto tan bajo de sí misma. Le acarició la mejilla con delicadeza y, una vez más, Eliza no se apartó. Lo tomó como una buena señal. Quería hacerle ver que era preciosa y que, si se lo proponía, pondría de rodillas a cualquier hombre.

—Es que lo eres. No lo dudes.

Ella desvió la mirada, claramente sin creérselo.

—¿Sabes algo de mi madre?

El cambio de tema fue brusco y bajó la mano con lentitud. Quiso maldecir de nuevo, pero la dejó cambiar de tema para no presionarla más. Ahora que había comprobado que podía alterarla, no quería retroceder lo avanzado.

—Sí —respondió.

Eliza se giró para encararlo de nuevo y, por primera vez desde que había creado La Tríada, no le gustó que la máscara ocultase la mayor parte de su rostro. Así no era capaz de leer sus expresiones.

No obstante, se había preparado la respuesta tras leer con suma atención el informe que Mabel le había entregado unos días atrás. Varias veces.

—He confirmado que, efectivamente, lady Elizabeth Rowland jamás estuvo internada en un asilo mental ni en ningún otro lugar similar. —Lucifer habló con calma, pero a Eliza le tembló ligeramente el labio inferior—. Conseguí localizar y entrevistarme con un miembro del servicio que estuvo trabajando en Rowland House en esa época, una doncella que poco después dimitió para casarse, y me dijo que la duquesa había huido con un lacayo llamado Robert Hawkes.

Eliza abrió los ojos, sorprendida.

—¿Cómo se llama la doncella?

—Linda Marson, aunque su apellido de soltera era Smithson.

Lucifer la vio fruncir el ceño, como si estuviera haciendo memoria. Pero no creía que pudiese recordar a la doncella, pues ella tenía apenas tres años cuando su madre se marchó para no volver, y Linda se marchó pocos meses después. Mabel había logrado que hablase a cambio de un puñado de libras, y ambos consideraban la información bastante fiable. Al menos, esperaban que lo fuese, pues era de las pocas pistas sólidas que tenían.

Y Lucifer necesitaba pruebas que confirmasen la historia para hundir al duque.

—Entonces, si encontramos a ese hombre, Robert Hawkes, encontraremos a mi madre —dijo Eliza, sacándolo de sus pensamientos vengativos.

Lucifer asintió.

—Es la idea, pero me temo que no es tan fácil. —La vio bajar un poco los hombros y lamentó decepcionarla—. Robert Hawkes desapareció de la faz de la tierra al mismo tiempo que tu madre. No hay registros sobre su vida en ninguna parte. Mi teoría es que ambos se cambiaron de nombre y apellido para que tu padre les

perdiese el rastro.

Eliza asintió.

—Tiene sentido —musitó—. ¿Entonces no puedes encontrarla?

Su tono de voz era tan desesperado que Lucifer sintió una punzada en el pecho.

—Todavía no te rindas —le dijo—. Le he pedido a un amigo de Scotland Yard que investigue a fondo a Robert Hawkes. Su nombre es Nicholas Otterbourne, aunque tú seguramente le conocerás como el duque de Averbury.

—¿Conoces a Su Excelencia? —preguntó, boquiabierta—. Su hijo acude a clase con mi hermano Nathan, en Eton.

Lucifer sonrió.

—Claro que lo conozco. Su esposa pintó el impresionante óleo de los tres ángeles que hay en la antesala de mi despacho, y el comisario Otterbourne es un buen amigo de Azazel —respondió, y a Eliza se le descolgó todavía más la mandíbula. A Lucifer se le escapó una pequeña carcajada al verla tan sorprendida—. ¿Acaso creías que eras tú la única noble rebelde que acudía al club?

Eliza negó.

—No, pero esa familia parece tan… respetable. —Pareció arrepentirse de lo que había dicho, porque se apresuró a corregirse —: No he querido decir que el club no sea respetable…

—Que alguien acuda aquí a pasárselo bien no significa que no sea una buena persona, Eliza. Ni respetable —dijo con más dureza de la que pretendía—. La gente viene aquí a ser libre; pronto lo entenderás.

Ella bajó la mirada, avergonzada.

—Tienes razón, lo siento.

Lucifer le puso un dedo en su barbilla para que lo mirase a los ojos.

—No te disculpes, es normal que todavía pienses así —dijo con suavidad—. Espero poder hacer que cambies de opinión.

Eliza asintió y le dedicó una pequeña sonrisa, que él le devolvió. Apartó la mano con lentitud, pero ella no le pidió que la tocase de nuevo.

—Lo importante es que estoy tras la pista del hombre que se fugó

con tu madre. —Lucifer se puso serio—. Dame un poco más de tiempo, por favor.

—Está bien —asintió—. Gracias por hacer esto por mí. Yo sola jamás habría…

Se interrumpió y la vio morderse el labio inferior con fuerza, como si estuviera conteniendo sus sentimientos a duras penas. Se preguntó si su familia le habría dicho algo que la hubiese afectado tanto. Quiso mandarlos a todos al infierno, pero al de verdad. Para que se pudrieran allí.

—Sea lo que sea lo que te martiriza, no te dejes llevar por ello —le pidió—. Eres más fuerte de lo que crees.

Eliza parpadeó con rapidez, y entonces fue ella la que se alejó de él.

—Me gustaría que me enseñases el club otra vez —dijo tratando de sonreír, aunque le salió más bien una mueca—. Aún no sé cuál es mi deseo de hoy.

Aunque no era realmente así, Lucifer se sintió nuevamente rechazado. No obstante, su instinto le dijo que iba por buen camino. Debería dejar de ser tan masoquista y tozudo, y reconocer que Azazel tenía razón. Eliza necesitaba unos tiempos diferentes a los que manejaba él, y era lógico que ella no se sintiese cómoda todavía en su presencia. Su deber era cambiar eso y no se podía correr antes de andar.

—Por supuesto. —Se colocó su propia máscara con destreza y le ofreció el brazo—. Será un placer guiarte.

Eliza no vaciló al sujetarse a su brazo y Lucifer la llevó hacia la zona de clientes. Cruzaron el pasillo de los reservados, donde casi todas las estancias estaban cerradas, con el lazo rojo alrededor del pomo. La notó tensarse y la miró con curiosidad.

—¿Te pone nerviosa este lugar?

Eliza no habló de inmediato, por lo que Lucifer creyó que no iba a responderle.

—Ginny me llevó a una de las habitaciones la última vez y allí vi…

Se quedó en silencio, buscando las palabras, y Lucifer se apiadó de ella:

—¿Viste a gente practicando sexo?

Ella asintió, pero no lo miraba.

—¿Y cómo te sentiste?

Alzó el rostro por fin y lo miró con cautela.

—No lo sé —admitió—. Estoy muy confundida.

Si Lucifer necesitaba más pruebas de que no estaba llevando bien la situación con ella, Eliza acababa de dárselas. La razón por la que las mujeres jóvenes no solían acudir al club era porque las mantenían en la inopia hasta el matrimonio. ¿Cómo podía esperar que Eliza se sintiera cómoda si apenas entendía lo que había visto? ¿La habrían besado alguna vez? Dada la vigilancia extrema de su padre, le extrañaba.

«Tú podrías ser el primero».

Qué estupidez.

—Es lógico —respondió, comprensivo—. ¿Qué te parece si hoy nos limitamos a las zonas comunes? El salón de juego, por ejemplo.

Sintió su alivio casi como si fuera propio. Cuando la vio asentir y sonreír, él mismo se sintió mejor. Cuando entraron en el salón de juego, que se encontraba bastante animado, Lucifer la dejó mirar a placer hasta que Eliza decidió que quería jugar a las cartas. No estuvo seguro de si ella se daba cuenta, pero él fue bien consciente de que la mayoría de los presentes no les quitaba el ojo de encima. Precisamente por eso, Lucifer le había dado la máscara de doble color a Eliza: los clientes se preguntarían con curiosidad quién sería la mujer misteriosa que tenía el derecho de utilizar los colores de los jefes, pero no osarían acercarse a ella. Por un lado, no quería que se asustase si alguien se acercaba a ella buscando sexo o algo semejante, por lo que había eliminado de un plumazo esa posibilidad. Ya le explicaría a su debido tiempo que allí un «no» era sagrado. Por otro, se aseguraba de que nadie la reconociese. Eliza era intocable y los clientes lo entendían sin palabras.

—Jamás he apostado nada —dijo en ese momento con voz temerosa, y pareció caer en la cuenta de algo—. No llevo dinero.

Lo miró con arrepentimiento, como si fuese un error garrafal no haberlo pensado. Sin poder resistirse, Lucifer le acarició la suave mejilla de nuevo y sonrió. No le importó que la gente no les quitase los ojos de encima.

—Eso corre de mi cuenta, pero no se lo digas a Gadreel o me matará. —Se acercó a ella para susurrarle con complicidad—: Será nuestro secreto.

Ella sonrió y asintió con alegría. Parecía más animada, así que pensó que quizá la noche no iría tan mal como había imaginado. La llevó hacia donde se encontraba Peter, que se encargaba de canjear las fichas de juego a cambio de libras. El hombre los miró con curiosidad, pero no dijo nada, demostrando que Lucifer contrataba a sus empleados por su discreción, entre otras cosas.

—Buenas noches, Peter. ¿Cómo te va?

—Buenas noches, jefe. De fábula —dijo con entusiasmo—. Y buenas noches a usted también, señorita.

Eliza sonrió.

—Hola, Peter. Encantada.

—Pete, entrégale a la señorita unas cuantas fichas —le pidió Lucifer—. Corren de mi cuenta.

Si Peter se sorprendió, no lo demostró, y le agradeció infinitamente su estupenda cara de póker.

—¡Dicho y hecho! —Agarró unas cuantas fichas de detrás del mostrador, suficientes para apostar durante un buen rato, y las depositó en las manos enguantadas de Eliza—. ¡Buena suerte, señorita! ¡No deje que los veteranos la amedrenten!

Después de que Eliza le diese las gracias a Peter efusivamente, se alejaron un poco y ella le miró.

—No me gusta la idea de gastar tu dinero.

Lucifer se encogió de hombros.

—Es tu deseo. A mí sí me gusta la idea —dijo, y se atrevió a acercarse de nuevo para susurrarle al oído—: Y, si ganas, puedes devolvérmelo.

Notó que se tensaba, pero no supo si para mal o para bien. Diablos, a sus amigos se les daba mucho mejor que a él leer a las mujeres. O quizá se notaba torpe porque había tanto en juego que no era capaz de concentrarse al cien por cien. Decidió fingir que no se había dado cuenta y la condujo hacia la zona de *bridge*, donde la señora Hardey ya repartía las cartas para comenzar una partida.

—Reparta cartas a mi amiga, Hardey.

—Eso está hecho, jefe. Bienvenida a mi mesa, señorita. —La mujer rubia le sonrió a Eliza, que le correspondió con timidez.

La señora Hardey repartió con destreza la primera mano de cartas y Eliza se sentó en la mesa con vacilación. Lucifer se quedó tras ella, mostrándole apoyo. Sus contrincantes eran dos hombres y una dama, que lo miraban como si fuese el diablo de verdad y fuese a echarlos de allí en cualquier momento. Imaginaba que los rumores sobre lo que pasó con el indeseable de Cronwell se habían extendido y ahora tenía fama de intransigente.

Pero las normas eran claras y tenía tolerancia cero con cualquiera, sin excepciones.

—Como si yo no estuviera, dama y caballeros —dijo en voz baja, tratando de transmitir calma—. No soy yo su rival y la dama desea jugar un rato.

Capítulo 16

Intentaba mostrarse inaccesible, como un bloque de hielo. Pero era muy difícil cuando Russell estaba tan pendiente de ella y de sus necesidades. Era tan amable que a Eliza le costaba desconfiar. Por si fuera poco, también estaba el hecho de que todo su cuerpo reaccionaba al más mínimo contacto o acercamiento. Era como si tuviera hormigas recorriendo su piel cuando él la acariciaba o le susurraba al oído. Quería pedirle más, pero no se atrevía.

Por más vueltas que le diese, no entendía qué ganaba él con el trato que habían hecho. No parecía querer deshonrarla, porque se cuidaba mucho de traspasar los límites de lo decoroso —algo que cada vez la molestaba más—. Y tampoco podía ser por el dinero de su familia, porque estaba segura de que él tenía mucho más que los Rowland. Solo tenía que ver la cantidad de libras en fichas que Peter le había dado a cuenta de Lucifer.

¿Querría ascender socialmente? No parecía necesitarlo. Por cómo lo miraban los clientes, con reverencia y algo de miedo, ostentaba más poder allí abajo que el que podría tener entre la alta sociedad.

Entonces, ¿qué ocurría realmente? ¿Sería verdad que ella le gustaba? Si era así, ¿por qué se contenía tanto? Quizá quería respetar sus deseos, pero no entendía por qué un día le pedía un beso y al otro se mantenía a una distancia demasiado prudencial para su gusto.

Estaba hecha un lío.

Pero, alentada por la carta de Nathan y la conversación con el padre Weasley, había decidido algo de camino a la sala de juego. No importaba qué escondía Russell Knight mientras su corazón no estuviese de por medio, y no lo estaba. Cogería lo que Russell le ofrecía, y ganaría a su madre y nuevas experiencias por el camino. Ya afrontaría las consecuencias, si es que estas aparecían.

Estaba segura de que no dolería más que lo que su familia le había hecho. Que todavía le hacía.

Y, con su deseo de aquella noche, averiguaría lo que era jugar y apostar a las cartas. Era emocionante. Observó con admiración a la

crupier —le pareció maravilloso que fuese una mujer— barajar y repartir las cartas con una destreza impresionante. La señora Hardey procuraba mantener una actitud neutral frente a todos los componentes de la mesa, pero de vez en cuando se giraba hacia ella y le guiñaba un ojo con discreción, como dándole ánimos. Le dio una buena impresión casi de inmediato. Era rubia como ella, y creyó ver bajo la máscara que tenía los ojos azules. Le parecía hermosa y muy amable, por lo que pensó en darle una buena propina si terminaba ganando algo.

—Doblamos la apuesta, señoras y señores —decía en ese momento la crupier, barajando las cartas con rapidez—. ¿Va a seguir jugando, señorita?

La miraba a ella, esperando para repartirle la nueva mano. Eliza dio un respingo, pero asintió con una sonrisa.

—Gracias, señora Hardey.

—¿Jefe?

La mujer miró a Russell, que negó.

—Me gusta mirar.

Pero no estaba observando el suave tapete verde donde reposaban las cartas, sino a Eliza. Se ruborizó y trató de centrarse a pesar de que sentía que le ardían las mejillas. Por el rabillo del ojo, la señora Hardey reprimía una sonrisa.

Eliza sabía jugar al *bridge*, pero pronto se dio cuenta de que sus contrincantes tenían mucha más experiencia. No obstante, la presencia de Russell a su espalda, observando la partida, la ayudó a disfrutar del juego pese al resultado. Apostó, perdió, volvió a apostar, ganó y luego perdió. Habían terminado otra partida cuando Russell se inclinó hacia ella y, como siempre, le susurró al oído para que solo ella le oyese:

—Quizá te apetece probar la ruleta o el *vingt-et-un*. No tienes que limitarte solo a una opción.

Aunque no creía que Russell hubiese hablado con doble sentido, las palabras afectaron a Eliza más de la cuenta y reafirmaron su decisión. Debido al miedo a lo desconocido, se había centrado en encontrar a su madre, como si esa fuera la única razón por la que quería acudir a La Tríada. Pero debía admitir algo para sí misma que

jamás podría decir en voz alta: su atracción física hacia el dueño y señor del club. Parecía, *a posteriori*, algo bastante evidente, pero a Eliza le afectó el haberlo aceptado en su fuero interno. No era algo emocional, como había sugerido el padre Weasley; pero sí deseaba pedirle cosas que, hasta que había acudido al club, solamente conocía por rumores pronunciados en voz muy baja en los salones de baile. Cada vez que miraba a Russell, acudía a su mente la imagen de aquella pareja retozando en la cama, y algo en su interior se agitaba.

Jamás se había sentido así. Eso la asustaba más que ninguna otra cosa.

Aun así, curiosamente, era como si se hubiese quitado un peso de encima. Como si el admitir desear a Russell le hubiese permitido plantearse conseguirlo. Se preguntaba si uno de sus próximos deseos podría ser un beso. Pero no quería que él se viese obligado a hacerlo, sino que también desease hacerlo. Quizá, si su madre no aparecía y acababa casada con Barwick y aislada en el campo, aquella podría ser la única oportunidad que tenía de saber lo que era la pasión.

No quería perder aquella opción.

Con ese poderoso pensamiento inundando su mente, Eliza se despidió de la señora Hardey con una sonrisa y recorrió las diferentes mesas de juego. Descubrió que la ruleta dejaba demasiado al azar para su gusto y que, por el contrario, le gustaba la emoción que le suscitaba el *vingt-et-un.* Jugó hasta que se cansó y Russell no se quejó en ningún momento. Al contrario, se mantuvo a su lado todo el tiempo y apenas interrumpió cuando Eliza hablaba con sus compañeros de juego. Era como si quisiera dejarla a su aire, y pronto la joven descubrió que le gustaba el anonimato que le otorgaban la máscara y el apodo que se había buscado: Mérope.

—¿Por qué Mérope? —le preguntó Lucifer mientras abandonaban la mesa del *vingt-et-un* e iban a sentarse a una de las zonas de sofás que había repartidas por el enorme salón—. Es una de las Pléyades, ¿no?

Eliza asintió mientras tomaba asiento en uno de los cómodos sillones, desde donde se veía toda la zona de juego.

—Me gusta la mitología, como a casi todas las mujeres de mi clase social —dijo Eliza encogiéndose de hombros y restándole importancia. Vaciló antes de continuar hablando—: Escogí a Mérope porque se dice que, al contrario que sus hermanas, ella brilla menos en el cielo por haberse casado con un mortal. Me gusta pensar que en realidad se salió de lo establecido y, al contrario que sus hermanas, que se casaron con dioses porque era lo que se esperaba de ellas, Mérope hizo lo que le dictó el corazón.

Lucifer sonrió.

—Me gusta mucho tu versión…, Mérope —respondió con un guiño, y a Eliza se le aceleró el corazón.

En ese momento, un camarero vino a ofrecerle una copa y, por inercia, Eliza miró a Russell como pidiéndole permiso. O quizá consultándole qué debía responder, no estaba segura. Pero él, en lugar de hablar en su nombre, le recordó lo que tantas veces le había dicho y que Eliza no terminaba de creerse:

—Tú mandas. Tú decides.

Que Dios la ayudara cuando la miraba así, como si ella fuera poderosa, soberana e independiente. No se sentía así en absoluto, pero lo intentó.

—Un poco de *whiskey*, por favor —pidió mirando al camarero con aparente seguridad. Era de los pocos licores que conocía. Su tío solía beberlo a menudo.

El hombre le sirvió un par de dedos de líquido ámbar en un hermoso vaso de cristal. Ella lo cogió con vacilación y le dio un par de vueltas al líquido, que brillaba bajo la luz de las velas.

—Bebe despacio. —Fue lo único que dijo Russell antes de apartarse y reclinarse sobre su asiento—. Es fuerte.

Eliza le hizo caso y dio un pequeño sorbo, que le abrasó la garganta. Tosió, asombrada, sin decidir si le gustaba o no. Russell emitió un ruido ahogado, y Eliza se dio cuenta de que se estaba aguantando la risa.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó indignada, pero la voz le sonó rasposa y carraspeó con disimulo.

—Has empezado por todo lo alto —dijo él con una sonrisa tierna, y su enfado se disipó—. A mí no me gusta demasiado, pero no

quería influenciarte. Al final, te acostumbras a la sensación abrasadora.

Eliza se decidió a terminarse la copa y fue bebiendo poco a poco. Cada vez le costaba menos y no volvió a toser. Se entretuvo mirando a los clientes, que bebían, charlaban y jugaban como si aquel club fuera todo lo que necesitaban. Era la sala mejor iluminada de todo el club, pues las habitaciones solo contaban con una luz muy tenue. Que, suponía, daba una sensación de intimidad y de desinhibición. Le gustó poder mirar a la gente sin las convenciones sociales de la aristocracia, que los llevaba a medir todos y cada uno de los gestos. Allí había carcajadas estridentes, contacto físico y ropa que distaba mucho de lo que era considerado decente. La máscara que casi todos llevaban les confería una libertad que jamás podría ver en un evento social de la clase alta.

Y le gustaba mucho ser la anónima Mérope. Al igual que le pasaba a ella, que ya no recordaba los nombres de sus compañeros de juego, Mérope era fácilmente olvidable en medio de tanto escándalo.

Le encantaba.

—Pareces contenta. —Russell la observaba con atención y Eliza se ruborizó.

—Me gusta esta zona del club —respondió con una sonrisa—. Es mucho más divertida que los bailes a los que suelo acudir.

Él rio.

—Es la idea —le explicó—. La gente tiene que encontrar aquí lo que arriba no puede tener. Ya sea por convención social o por cualquier otra razón. Esa norma se aplica tanto a las zonas comunes como a las privadas.

Eliza vaciló unos segundos antes de atreverse a preguntar:

—¿Por qué un club tan escandaloso debajo de la iglesia?

Russell desvió la mirada un momento, como si estuviese debatiéndose entre responderle o no. Se planteó retirar la pregunta, por si había sido muy impertinente, pero se obligó a no hacerlo. Quería saber la respuesta.

—Ya conocía la cripta abovedada y las catacumbas, puesto que viví en la iglesia durante varios años y exploré todos sus escondrijos. —Al ver que Eliza no reaccionaba ante sus palabras, Russell ladeó la

cabeza—. Veo que Sam te ha hablado de mí.

Eliza frunció el ceño.

—¿Sam?

—El padre Weasley —aclaró.

—Oh —dijo Eliza con vacilación, aunque no parecía enfadado. Decidió que mantendría en secreto la mayor parte de la conversación que habían tenido—. Sí, me ha contado que llegaste a la iglesia medio muerto y que su padre te ayudó.

Russell asintió y Eliza quiso preguntarle cómo llegó a pasar tantas penurias, pero él siguió hablando:

—Estuve estudiando y trabajando para el padre de Sam durante unos siete u ocho años, hasta que comencé a buscarme la vida en otros lados —le explicó—. Tuve trabajos terribles que me dejaban exhausto a cambio de unos tristes peniques, pero otros que sí disfruté, como el de jardinero.

Eliza sonrió.

—No te imagino cuidando de las plantas de alguien —dijo.

Russell hizo una mueca triste.

—Mi padre era jardinero, y de los buenos —le explicó—. Aprendí algunas cosas de él, pero yo quería progresar y ser alguien. No quería volver a sentir el dolor del hambre en el estómago, y también quería devolver a Sam y a su padre todo lo que habían hecho por mí.

Su rostro se había vuelto sombrío, como si acabase de recordar algo muy desagradable, y Eliza lamentó haber sacado el tema. Se imaginó a un Russell más joven, tratando de salir adelante en un mundo que Eliza comenzaba a ver injusto y cruel con los menos afortunados. No había sido consciente de lo privilegiada que era hasta que Russell se cruzó en su camino.

—El caso es que uno de mis últimos trabajos antes de montar La Tríada fue el de crupier en un club de caballeros. —Sonrió con cinismo—. Si por algo se caracterizan muchos de los ricos es porque tratan a los trabajadores como si fueran invisibles, y eso hacían conmigo. Hablaban de muchas cosas durante las partidas de cartas, y así fui averiguando qué faltaba en los clubs de caballeros convencionales y por lo que pagaría la gente. Así fue como se me

ocurrió la idea. ¿Por qué no darles a mujeres y hombres por igual un lugar donde desinhibirse dentro de unas normas?

Eliza frunció el ceño.

—¿Y el mejor sitio que se te ocurrió fue bajo la iglesia?

Russell soltó una carcajada.

—¿No es ahí donde radica parte del encanto de La Tríada? Es tan absurdamente irónico que funciona a las mil maravillas. Un lugar lleno de pecado bajo las narices de un Dios que no existe, pero que sigue siendo parte importante de las vidas de la mayoría. Gente que viene aquí y después acude a misa los domingos. La humanidad siempre ha sido hipócrita y le encanta aplicar el doble rasero.

Vio que Eliza abría la boca con el ceño fruncido, pero le pareció que se pensaba mejor lo que iba a decir, y en su lugar le hizo otra pregunta:

—¿Cómo conseguiste habilitar las catacumbas?

Russell sonrió de nuevo.

—Ahí es donde entra Gadreel —respondió con orgullo—. Él era uno de los socios del club de caballeros, y me pareció inteligente y en constante búsqueda de inquietudes. Mi idea estaba muy verde, pero él me ayudó a redondearla junto con Azazel, que era un buen amigo mío. Ideamos todo el asunto del infierno, los ángeles caídos y demás detalles que otorgan misterio al lugar. Gracias a Gadreel, obtuvimos el capital inicial y pudimos adecentar las catacumbas. Que, por suerte, ya habían sido enladrilladas hará unos veinte años. Nos costó bastante tiempo tenerlo todo listo y atado, pero por fin pudimos abrir hará casi cinco años.

—Y lograsteis el éxito —concluyó Eliza por él.

Russell asintió.

—La verdad es que jamás pensamos que funcionaría tan bien, pero hemos tenido suerte.

Eliza asintió, echando un nuevo vistazo a su alrededor. Russell, junto a sus amigos, había logrado hacer realidad una mera idea surgida de la necesidad. Era loable lo duro que habían trabajado para conseguir la fama que La Tríada tenía en ese momento. Ella no lo llamaría precisamente suerte.

—Entonces, has conseguido todo lo que querías.

Russell la miró con una expresión que no supo descifrar.

—Todavía no, pero creo que estoy a punto de conseguirlo.

Eliza le devolvió la mirada, intrigada por sus palabras, pero le dio la impresión de que pensaba que se había abierto demasiado y que no seguiría hablando. Le gustó saber más cosas de él, pero estaba segura de que apenas era la punta del iceberg. Lo más importante todavía lo guardaba con mucho recelo.

—Eres afortunado —musitó ella, y odió la tristeza que se apreciaba en su voz.

—¿Por qué motivo? —preguntó, y parecía verdaderamente sorprendido.

—Por saber lo que quieres.

Russell la miró con seriedad y lo observó tragar saliva con fuerza.

—En realidad, no estoy tan seguro como yo creía.

Un trabajador del club los interrumpió y Eliza se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Vio a Russell cambiar en cuestión de segundos, transformando su rostro para hacerlo impenetrable frente a su empleado. El resquicio que ella había podido ver —que él le había permitido ver— se ocultó tras la identidad de Lucifer y no quedó nada vulnerable en él.

Respiró hondo y desvió la vista hacia la gente, ajena a su angustia. A sus dudas. ¿Y ella? ¿Qué quería conseguir? ¿Libertad? ¿El amor de su madre? ¿O algo más? Se encontraba ahogándose en una maraña de sentimientos sin control.

El trabajador se marchó y Russell volvió a girarse hacia ella. No supo qué vio en su rostro, pero el de él se endureció.

—¿Quieres volver a casa? —le preguntó con voz suave.

«No».

«Sí».

Quizá él no la quería allí por más tiempo. Confundida y desubicada, se aferró a ese deprimente pensamiento para asentir y pedirle que la acompañase hasta el tapiz, de vuelta a casa. No era un lugar seguro, pero sí conocido; pisaba terreno más firme, porque sabía a qué atenerse. Allí, en el club, junto a Russell, no estaba segura de si el próximo paso que fuese a dar haría tambalear sus cimientos, despeñándola por un negro precipicio.

No hablaron en todo el camino, cada uno obnubilado por sus propios demonios. Pero, cuando llegaron al despacho y Eliza cogió la capa para irse, se detuvo. No era eso lo que ella se había prometido al comenzar la noche. No quería huir de nuevo sin cumplir sus anhelos. No quería quedarse con el deseo revoloteando en su pecho.

Así que se giró hacia él y le encaró. Se deshizo los lazos que ataban su máscara y dejó que cayese al suelo con un golpe sordo.

Y pidió lo que deseaba:

—Bésame.

***

Lucifer estaba convencido de que existían pocas cosas que pudieran hacerle sentir que estaba fuera de su piel. Una, claramente, era recordar a sus padres. Otra era la idea de que a sus amigos pudiese pasarles algo. O a La Tríada, a la que protegería con su vida si hiciese falta. Cosas importantes, trascendentes, por las que había luchado durante toda su vida. Las relaciones emocionales —más allá de los cuatro amigos que tenía— jamás le habían supuesto un problema; porque, en realidad, nunca ponía sus sentimientos sobre la mesa. Tocar a una mujer de cualquier forma que ella le pidiera siempre había sido una situación meramente carnal.

Así que, cuando su corazón se saltó un latido al escuchar lo que Eliza le pedía, su mundo se tambaleó un poco. Fue apenas una sacudida casi imperceptible, pero fue suficiente para que se asustara.

Pero, a pesar del miedo, tuvo claro que Eliza no se marcharía de allí sin tener lo que había pedido. Ya podía caérsele el cielo encima, que nada se lo impediría.

No era por el plan. Ni por el trato.

Era porque él también lo deseaba.

Se asustó todavía más. Porque no era parte del plan exponerse. Sería rápido, fácil y no tendría ninguna repercusión emocional. Quizá Eliza se sentiría algo traicionada, pero nada más. Sin complicaciones. Debería haber visto la primera señal de peligro cuando se encontró

contándole parte de su vida, hablándole de su padre. Nunca hablaba de él con nadie, pero con Eliza lo había mencionado casi con facilidad.

Todo aquello le decía que no era buena idea besarla. Era lo que su mente le estaba gritando, tratando de hacerse oír por encima del latido de su corazón, que tronaba por sus labios. Por encima de cada fibra de su cuerpo, que ya estaba preparado para salvar la distancia que los separaba y abalanzarse sobre ella.

Pero, por más que racionalmente fuera una pésima idea, a pesar de llevar tres semanas esperando ese momento, el verdadero diablo se lo llevaría a sus dominios si no la besaba.

La observó con atención. Mantenía una pose recta, casi rígida, señal de que no estaba tan segura de sí misma como su rostro quería hacerle creer. Lo miraba con seriedad, demandante, esperando que él reaccionase ante una simple, pero poderosa, palabra.

«Bésame».

Había reaccionado. Y tanto que sí. Pero Lucifer no había dejado que su caos interior trascendiese. Tenía mucha práctica a la hora de ocultar sus sentimientos, y era tranquilizador que al menos eso se mantuviese en su sitio.

Así que la resolución de Eliza comenzó a flaquear. Lo vio en sus ojos, iba a retirar lo que acababa de pedir.

No lo permitiría.

Se quitó la máscara de un tirón, impaciente, y se acercó a ella en un par de zancadas. Sujetó su rostro entre las manos con firmeza. Debía centrarse, pues no podía permitir que sus emociones campasen a sus anchas. Era un beso; lo había hecho decenas de veces. No había nada diferente. Estaba en juego la venganza.

La miró a los ojos y contuvo un suspiro al ver su nerviosismo. Quizá se arrepentía. Su resolución flaqueó y no pudo evitar preguntar:

—¿Es lo que de verdad deseas?

Eliza frunció el ceño levemente y desvió la vista, clavándola en su brazo izquierdo.

—No quiero que sea parte del trato y te veas obligado a hacerlo.

Tuvo ganas de reír, lo cual no decía nada en favor de su cordura. Si ella supiera…

—Eliza, mírame —dijo con voz grave.

Sus ojos volvieron a encontrarse y, por cómo se abrieron los de ella, Lucifer estaba seguro de que ella veía el deseo en los de él. Dejó que lo viese.

—Deseo besarte con toda mi alma y me importa una mierda el trato en estos instantes. —Se le aceleró el pulso al comprender lo sincero que estaba siendo, pero no se detuvo. Debía saber que estaba segura, aunque fuese echarse piedras sobre su propio tejado —. Si me dejas, te haré olvidar hasta tu nombre. Pero quiero saber si es lo que de verdad deseas, porque el otro día te lo pedí yo y vi el pánico en tus ojos. No quiero…

Pero ella lo cortó poniendo sus manos sobre las de él. Maldijo los guantes que llevaba puestos, que le impedían tener contacto con su piel.

—Te prometo que, si fuese más valiente y menos obediente, no me hubiera ido de aquella rosaleda sin que me besases. Lo deseo tanto como tú.

Sus palabras consumieron la poca racionalidad que le quedaba. Rindiéndose a la evidencia, acabó con la poca distancia que los separaba y la besó.

En cuanto sus labios se rozaron, necesitó de toda su contención para no dejarse llevar y devorarla. Debía recordar que seguramente aquel era su primer beso, y no quería comportarse como una bestia sin modales. Pero Eliza se acercó más a él con un pequeño jadeo, y supo que estaba perdido. Ella lo sujetó por los hombros con fuerza mientras su boca se amoldaba a la suya y le devolvía el beso con las mismas ganas que él sentía.

Lucifer la cogió en volandas y la sentó sobre su escritorio, sin importarle demasiado los papeles y documentos que se había llevado por delante y que habían caído al suelo en todas direcciones. Le daba igual cualquier cosa excepto hacer que Eliza jadease contra su boca. Se colocó entre sus piernas y la acercó a él para que pudiese notar su excitación.

—Estaba deseando tocarte así —le dijo cuando dejó su boca para

bajar por su cuello con ansia—. Eres preciosa.

Ella gimió como única respuesta y Lucifer adoró el modo en que su cuerpo reaccionaba ante sus caricias. Eliza echó hacia atrás la cabeza para darle más acceso a su cuello, y su largo cabello cayó en una rubia cascada a su espalda. Lucifer enterró las manos en él y volvió a centrarse en sus labios. Sus lenguas se entrelazaron. Se le puso la piel de gallina al notar las manos de Eliza recorriéndole los brazos, los hombros y el cuello.

Estaba malditamente excitado y apenas se habían besado. Casi ni le había tocado y ya ardía de deseo por ella.

—Russell… —Eliza gimió su nombre y no pudo soportarlo más—. Quiero…

Se interrumpió, como si no supiera cómo terminar la frase. Él le mordió el cuello, donde se une con el hombro, y sonrió contra su piel cuando la escuchó jadear.

—¿Qué quieres, cielo? —le preguntó mientras seguía acariciándola. Subió hasta el lóbulo de su oreja y ella se acercó más a él. Notó cómo se le erizaba la piel—. Tú solo pide.

Eliza lo miró confusa, con los ojos castaños nublados por la pasión. Estaba excitada. Estaba seguro de que, si se abría paso entre sus piernas, encontraría la prueba de su deseo, y ese pensamiento casi amenazó con consumirle.

—Por favor…, quiero más. Bésame de nuevo.

Le imploró casi susurrando, pero fue suficiente para él. La estrechó entre sus brazos y la besó de nuevo con ansia. Ella se entregó como si llevaran toda la vida besándose. Se apretó más contra ella. Encajaban perfectamente, y ese pensamiento echó raíces al mismo tiempo que la escuchaba jadear de nuevo.

Eliza se echó hacia atrás para mirarle con la respiración acelerada.

—Russell, yo no…

Estaba abrumada, podía verlo en sus ojos. No debía ir más lejos aquella noche, aunque una parte creciente de él estuviera deseando arrancarle el vestido. Ya había aprendido con Eliza que era una persona con la que ir poco a poco. Era el momento de detenerse, aunque le costase la vida entera hacerlo. La erección clamaba dentro de sus pantalones, deseando salir, pero se contuvo. Le dio un último

beso casto en los labios y apoyó la frente en la de ella, tan alterado como la propia Eliza.

No supo cuánto rato estuvieron mirándose a los ojos, hasta que el corazón de ambos se ralentizó.

—Siento si he sido demasiado entusiasta —dijo Lucifer. No creía haberlo sido, y mucho menos lo sentía, pero le pareció correcto decírselo.

Pero ella negó.

—No es eso. Has estado estupendo. —Se sonrojó al darse cuenta de lo que había dicho—. Quiero decir que tú eres estupendo. Bueno…

Aturullada, lo miró suplicante y Lucifer no pudo evitar reír. La carcajada fue como un bálsamo, pues entre ellos había una tensión que no sabía bien cómo resolver si no era tumbándola en el escritorio para seguir con lo que habían dejado a medias.

Una vez más, se asustó ante sus propias emociones. ¿Cómo podía perder la cabeza de ese modo ante una mujer que apenas conocía? Quiso provocarla un poco y, aprovechando que seguía pegado a ella, le hizo notar su excitación, frotándose contra ella. La placentera fricción hizo que Eliza abriese mucho los ojos por la sorpresa. Descubrió que le gustaba torturarla.

—Te he entendido, Eliza, y me alegra que no te arrepientas.

Ella negó con vehemencia y Lucifer la ayudó a colocarse correctamente el vestido, cuando todos sus instintos gritaban lo contrario. Estaba claro que iba a necesitar un buen rato para bajar su erección.

—No me arrepiento… —dijo, aunque no parecía muy convencida —. Gracias por detenerte cuando lo has hecho.

Frunció el ceño. ¿Por qué le daba las gracias? La observó con atención, deduciendo el problema. Eliza había recibido una educación estricta, así que imaginaba que no tenía demasiada idea sobre temas sexuales. Seguía confundida; podía notarlo en cómo trataba de desviar la mirada hacia cualquier lado de la habitación en el que él no estuviera.

—Recuerda que mandas tú —le dijo, y ella lo miró con el ceño fruncido—. No haré nada que no desees y, si me pides que pare, lo

haré. No importa cuándo.

Eliza bajó la mirada hacia su regazo, como si estuviera avergonzada.

—No es eso lo que me ha contado mi tía —musitó—. ¿No se supone que en estos menesteres debo dejarme hacer?

Se puso enfermo al escucharla. Toda su familia merecía un maldito lugar de honor en el infierno.

—Yo no quiero una estatua de sal. —Ella dio un respingo y se maldijo por ser tan bruto—. Perdóname. Es que no me gusta que creas que el sexo consiste en dejarse hacer. Es algo demasiado bueno como para tener una creencia tan errónea. Recuerda lo que viste el otro día en el club; estoy seguro de que nadie se estaba dejando hacer.

Eliza no respondió y tampoco lo miró.

—Lo siento —repitió con voz más suave—. Pero olvida todo lo que te ha enseñado tu tía, por favor. Te aseguro que esto no es como te lo han pintado. Tú también puedes hacer lo que quieras. Me encanta que me hayas pedido más.

No pareció comprenderlo, pero parecía más tranquila cuando alzó de nuevo el rostro para encararlo. Algunas veces parecía atrevida y decidida, pero otras veces se mostraba tan vulnerable que odiaba profundamente a todos los que la habían criado en la inseguridad.

Le acarició la mejilla con suavidad y sonrió.

—Si me dejas, te mostraré lo que quiero decir. Al ritmo que necesites.

Ella asintió y le devolvió la sonrisa. Era preciosa.

Cerró los ojos un segundo. Quizá Eliza no era la única que tenía que ordenar sus emociones antes de que acabasen haciéndose con las riendas.

Pero no quería despedirse todavía.

—Vamos, te acompaño a tu casa —le dijo, y aclaró para que no se hiciese ideas equivocadas—: Esperaré a que entres y después me iré.

Eliza lo miró y sus ojos brillaron.

—¿De verdad? ¿Vienes conmigo?

Su ilusión le encogió el corazón, pero no quiso ahondar en ello. Se

limitó a cogerle la mano para ayudarla a bajar del escritorio, decidido a asegurarse de que regresase a casa sana y salva.

Después ya lidiaría con sus propios demonios.

Capítulo 17

—Sin duda alguna, estoy sufriendo sofocos.

Eliza miró a su mejor amiga, parada en mitad de Hyde Park con los ojos como platos, como si hubiese visto a un fantasma. Se desató las cintas del sombrero sin importarle quién las estuviera mirando, y fingió abanicarse con una mano. A su alrededor, parte de la alta sociedad las miraba de reojo con censura, sin duda pensando que las jóvenes de hoy en día no sabían comportarse. Mucho menos si eran americanas.

—Liz, te suplico que me des más detalles —decía Ginny en ese momento con ojos brillantes—. Si me dices ahora mismo que te quitó el vestido o algo semejante, me desmayo aquí mismo y ni las sales más potentes me repondrán.

Eliza estuvo tentada de soltar una carcajada por la teatralidad de su amiga, que la miraba como si estuviera escuchando la historia más emocionante de su vida. Pero estaban en público, así que se limitó a poner los ojos en blanco.

—No me quitó el vestido —se apresuró a decir, sonrojada—. Pero…

Se interrumpió y Ginny la señaló con el dedo.

—Pero quería hacerlo.

Eliza asintió, avergonzada. Recordó el fuego en los ojos de Russell y algo en su interior se removió de placer. La noche anterior había entendido por primera vez lo que era sentirse deseada y, a pesar de sus inseguridades, le había gustado mucho.

—Estoy segura. Fue muy amable deteniéndose al verme indecisa.

Fue el turno de Ginny de poner los ojos en blanco.

—Claro que se detuvo. Eso es lo mínimo, querida.

Eliza se miró las manos, incómoda.

—Sí, pero sabes que no es así la mayoría de las veces.

Ginny asintió con comprensión. No hacía falta dar más detalles. Ya se escuchaban suficientes rumores en los salones de baile.

—Va ganando puntos —se limitó a decir su mejor amiga.

Siguieron caminando por Rotten Row, saludando de vez en

cuando a las personas que se iban parando para hablar con ellas, bien en calesa, a pie o a caballo. Se sentía extraña haciendo algo tan anodino como era socializar en Hyde Park, cuando su vida había dado un giro del que toda esa gente no era consciente. No es que un beso fuese demasiado trascendental para mucha gente, pero para Eliza sí lo era. A una distancia prudencial de ellas, sus respectivas doncellas caminaban sin perderlas de vista. Eliza procuraba que no la escuchasen hablar, aunque, como Ginny había dicho, tanto Ethel como Mary Ann ya eran cómplices de pleno derecho.

—¿Qué pasó después? —preguntó su amiga con ansia.

Entre saludo social y saludo social, Eliza le había contado a Ginny sus aventuras de la noche anterior en La Tríada. Era mucho más seguro hacerlo así que en Rowland House, donde mil ojos y oídos la acechaban cada segundo del día. Estaba segura de que su prima Rachel había intentado espiar alguna de sus conversaciones con Ethel, porque la había visto más de una vez mirándolas con mucha intensidad o entrando en su habitación con cualquier excusa burda. Tanta era su paranoia que le había pedido a Ethel que guardase la capa y la máscara del club en su propia habitación por si su prima rebuscaba entre sus cosas mientras ella no estaba.

Cualquier precaución era poca, por lo que, deseosa de saber la opinión de su mejor amiga, le había escrito inmediatamente invitándola a pasear por Hyde Park. Ginny, por su parte, no había tardado ni media hora en recogerla en Rowland House con la calesa de su familia. Había sido un público magnífico, reaccionando como se esperaba de ella. Cuando hubo llegado a la parte en la que Eliza le había pedido a Russell que la besara, su mejor amiga casi había colapsado de la emoción. Había aplaudido su valentía y le había pedido todos los detalles.

—Después me acompañó a casa y esperó a que entrase por la puerta de servicio sin percances.

Ginny silbó de forma muy poco apropiada. Cuando Russell le había dicho que la acompañaría a casa, se había sentido muy bien. Como si, inconscientemente, Russell le hubiera querido demostrar que el beso había significado algo para él. Que no era un beso más entre

tantos que, estaba segura, él sí había recibido y dado. Quizá no era así, pero a Eliza le había parecido que Russell estaba tan confundido como ella misma.

Cuando se había despedido de ella con cortesía, besándole la mano, en sus ojos había visto promesas de continuar lo que habían empezado.

Más tarde, ya arropada por las mantas y en la oscura soledad de su habitación, Eliza había esperado entrar en pánico. Creía que su mente colapsaría por lo que se había atrevido a hacer y por las vivencias que jamás había esperado tener. Por haber besado a un hombre que, a todas luces, era peligroso y no del todo sincero. No obstante, el miedo no la había paralizado. En cambio, había sentido un cosquilleo en el bajo vientre al rememorar el beso, que la había llevado a explorar su propio cuerpo por primera vez. Había sido una noche de novedades que jamás hubiera imaginado.

Sentía curiosidad por lo que había después. Lo que Russell le hubiese dado si ella se lo hubiera pedido. Era emocionante empezar a comprender que las cosas no eran como las matronas explicaban a sus hijas y sobrinas. Russell le había dicho que él no quería a una mujer que se dejara hacer y, por muy extraño que pareciese, ya que iba contra todo lo que le habían enseñado, Eliza le creía.

—Que conste que no me he puesto a gritar y pegar saltos en mitad del parque porque no quiero avergonzaros a ti y a lord Redding —aseguró Ginny, agarrada de su brazo mientras seguían caminando—. Pero el hecho de que te hayas besado con uno de los jefes del club más clandestino de Londres mínimo merece una voltereta.

Eliza rio. Que no sintiese pánico no significaba que no estuviera abrumada. Pero el hecho de que Russell dirigiera un club clandestino no era uno de los motivos.

—Creo que en mi mente es simplemente un hombre normal, y no Lucifer. —Le había prometido a Russell no revelar su nombre, y cumpliría la promesa incluso con su mejor amiga—. El hecho de que sea uno de los tres socios lo hace aún más irreal a la luz del día.

Ginny sonrió.

—¿No es emocionante? Qué contenta estoy de que empieces a

vivir, Liz.

Eliza no respondió, pero los ojos le escocieron por contener las lágrimas. Se había pasado toda su vida siguiendo la línea marcada por su padre, y el hecho de que Ginny aprobase que se saliese de lo estipulado le daba confianza. Al igual que las palabras de Russell, recordándole que ella tomaba sus propias decisiones.

Era muy difícil creerlo, pero cada vez estaba más cerca. No obstante, debía ser realista.

—No ha sido más que un beso, Ginny. Él es el dueño misterioso de un club escandaloso, y yo soy la cándida y vendida hija del duque de Rowland —dijo aparentando calma—. No puedo escapar de mi boda impuesta. ¿Dónde iría? Si pudiese encontrar a mi madre…

Ginny frunció los labios, como si quisiera discutir, pero ambas sabían que no era posible. Quedaba poco más de un mes para la boda y su familia se encargaba de recordárselo a diario. Aquella misma mañana su tía y ella se habían pasado dos horas decidiendo adornos florales para decorar el salón de baile. El banquete se celebraría en Rowland House, como dictaba la tradición, y su padre estaba empeñado en que ningún invitado notase que estaban pasando apuros económicos. Así que su tía había recibido instrucciones de tirar la casa por la ventana y así lo estaba haciendo sin importarle las opiniones de Eliza, que prefería cosas más sencillas.

Nada nuevo bajo el sol.

—Quizá no puedes escapar de la boda, pero besarse con hombres apuestos y algo peligrosos es algo que se debe hacer al menos una vez en la vida. —Ginny parecía estar sentando cátedra y Eliza contuvo la risa—. Además, el propio barón te dijo que no le importaba que tuvieses amantes. ¿Por qué no hacerle caso?

Eliza encogió un hombro.

—Porque el propio barón también dijo que acabaría relegada a su casa de campo, aislada y sin ninguna compañía —dijo con sorna—. Pocos amantes podría tener allí.

Ginny arqueó una ceja.

—Eso lo dices porque no tienes imaginación, querida. —Eliza la miró, escandalizada, y fue el turno de Ginny de soltar una carcajada.

No obstante, enseguida la enfrentó con seriedad—: Pero, si piensas así, ¿por qué le pediste que te besara?

Eliza se quedó en silencio. ¿Por qué?

—Porque… —comenzó—. Porque deseaba besarle. Porque no quería que mi primer beso fuese con un hombre cuarenta años mayor que yo.

Su voz debió de sonar tan desesperada como ella se sentía, porque Ginny la miró con compasión. Le apretó la mano con fuerza.

—No tienes por qué hacerlo, Liz —dijo suplicante—. Niégate a esa boda. Yo te ayudaré a escapar si es necesario.

Pero Eliza negó con la cabeza.

—No puedo buscarte tantos problemas, Gin —le respondió—. Si mi madre no aparece, o incluso si lo hace, pero no puede ayudarme… Debo casarme.

Su amiga la miró con intensidad, como si quisiera convencerla con el poder de su mirada. Pero negarse a casarse era lo único que Eliza no podía hacer. ¿Qué sería de ella y de su hermano si huía? Aunque Nathan hubiese aliviado su pesada carga, no era fácil priorizar sus necesidades y no mirar atrás. No le era fácil deshacerse del sentido de la responsabilidad que le había inculcado su familia toda la vida. Y su padre… la aterraba.

Su única y voluble esperanza era que su madre apareciese y pudiese darle una seguridad que su familia paterna jamás le daría. Pero, por lo que Russell le había contado la noche pasada, no estaba cerca de conseguirlo. Quizá, para cuando su madre apareciese, ya habría pasado por vicaría.

—Entonces, vive al máximo el mes que te queda —le pidió su amiga—. Besa a ese hombre las veces que quieras. Haz lo que te pida el cuerpo, Liz. No te quedes con la duda ni con arrepentimientos.

Eliza le apretó la mano en respuesta.

—¿Qué pasa si resulta que tengo razón y Lucifer me oculta algo importante?

Ginny se encogió de hombros.

—¿Importa? En cualquier caso, estarás casada en un mes y una semana, y quizá no vuelvas a verle si te vas al campo —respondió—.

Al menos, te habrás llevado experiencias que mereces vivir antes de encadenarte a un viejo que podría ser tu abuelo.

Sus palabras fueron duras, pero Eliza debía admitir que Ginny tenía razón. Tenía poco más de cuatro semanas de relativa libertad. Se sentía como en mitad de un temporal, que la arrastraba a la brecha más profunda: ahogada y sin poder alzar la voz para declarar que no estaba conforme con su destino.

Pero Russell le había ofrecido un pequeño oasis en mitad del desierto, y Eliza se escondería en él hasta que la boda arrasase con todo. Todavía no comprendía sus propias emociones ni ese dolor que parecía acompañar siempre a Russell, pero sí sabía que le gustaba sentirse escuchada y deseada. ¿Por qué no buscar más de algo que la hacía sentir bien? Solo le quedaba un mes.

—Tienes razón —respondió, y Ginny asintió con una sonrisa—. Exprimiré estas cuatro semanas todo lo posible.

—Es lo que quería oír. —La abrazó con fuerza—. Pero recuerda que siempre me tendrás si cambias de opinión y no quieres seguir adelante con la boda. No te voy a dejar sola nunca. Nos exiliaremos juntas a Nueva York.

Eliza parpadeó para contener las lágrimas, sintiéndose afortunada por haber encontrado a su amiga americana, alegre y chiflada. Su familia de sangre no la hacía sentir amada, pero había encontrado en Ginny otra clase de familia. Y ya no se sentía sola.

***

Tras regresar a Rowland House para la hora del almuerzo, Eliza fue interceptada por el mayordomo, el señor Barton, que le explicó que su tía y su prima habían salido de compras.

—¿Y tío Herbert? —le preguntó al anciano, que negó con la cabeza.

—Su tío está en White's, milady. —Eliza contuvo un resoplido al escuchar al mayordomo. Herbert estaba utilizando la membresía de su padre una vez más para acceder a uno de los clubs de caballeros más exclusivos de Londres—. Seguramente no vuelva hasta la hora

de la cena.

Eliza frunció el ceño, pues los miembros del servicio no solían darle tanta información, exceptuando a su doncella. Pero no quiso darle importancia. Tampoco le importaban ya las intenciones ocultas del servicio.

—En ese caso, almorzaré sola en mi salita, Barton —dijo Eliza con voz serena.

Pero el hombre carraspeó.

—Su padre la espera en el comedor, milady —dijo el hombre—. Quiere almorzar con usted. Nos ha pedido que la avisásemos.

Eliza lo miró, sorprendida. Podría contar con los dedos de una mano las veces que su padre había almorzado con ella desde que se había anunciado el compromiso. Normalmente comía en su despacho o en White's. Claramente la había estado evitando y Eliza no pensaba rogarle nada. Le era más fácil si su padre se alejaba, porque no quería sentir más rencor hacia su persona. Así que aquel cambio de actitud le resultaba extraño.

—Está bien, gracias. —Le entregó su sombrero y los guantes a un lacayo y se dirigió al salón.

El corazón le retumbaba en el pecho y se obligó a tranquilizarse. Todo iba bien, por el amor de Dios. Era imposible que se hubiese enterado de sus aventuras nocturnas, o ya hubiera puesto el grito en el cielo. Se lo repetía con cada paso que daba, pero no podía evitar albergar dudas. El miedo la inundó.

Se obligó a mantener el rostro sereno cuando abrió la puerta del comedor. Lo había hecho cientos de veces; podía fingir ante su padre que todo marchaba de maravilla. Si su padre sospechaba que ella estaba intranquila o nerviosa, la vigilaría más de cerca y no podía permitírselo. Ya sabía por Ethel que su tío la sondeaba para conocer sus movimientos, y que la doncella le decía lo que quería escuchar. Más control sería nefasto si quería seguir yendo a La Tríada y cumplir con el trato.

—Cariño. —Su padre la saludó en cuanto la vio. Se levantó y fue hacia ella. Eliza sonrió cuando le dio un beso en la frente—. ¿Cómo estás? ¿Lo has pasado bien con la señorita Phellam?

Eliza se relajó al ver que su padre no parecía enfadado ni

nervioso. Podía presumir de conocerle bien y estaba segura de que no estaba alterado por nada.

—Sí, hemos ido a Hyde Park —le explicó mientras la ayudaba a sentarse, sujetándole la silla—. Te manda recuerdos.

—Buena chica —dijo su padre, sentándose frente a ella. Como la mesa de comedor era tan grande, quedaban muy lejos el uno del otro. Eliza odió tanta distancia entre ellos, porque era una metáfora de lo mucho que se habían distanciado desde que se había anunciado la boda. O, quizá, como le decía Ginny, siempre había sido así, pero no se había dado cuenta hasta ahora—. Haces bien frecuentando su compañía. Va a casarse con un marqués de muy buena reputación.

Eliza asintió, dolida. No importaba que Ginny fuera una mujer maravillosa y una amiga estupenda, sino que fuera a formar parte de un matrimonio ventajoso. Por supuesto.

—Lord Redding la hará muy feliz —tanteó Eliza antes de hundir la cuchara en la sopa que acababan de servirle.

—Por supuesto —dijo de forma distraída—. Como tú con el barón.

Ah, allí estaba. Quería comprobar que Eliza seguía comprometida con la boda y el plan para rescatar el ducado de la miseria. Solo Dios sabía el esfuerzo que le llevó sonreír y asentir ante las palabras de su padre. Vio cómo el duque relajaba visiblemente los hombros ante su reacción.

No la conocía en absoluto si se contentaba con eso. O quizá es que prefería negar la realidad.

—Me alegra que estés conforme, Liz —añadió—. Quería aprovechar que nos habíamos quedado solos para preguntarte cómo estabas.

O sea, que su padre aprovechaba que Herbert no andaba cerca para hablar con su hija, porque de otro modo le resultaba imposible. Eliza recordó la conversación entre los dos hermanos que escuchó a escondidas, cuando su padre alegaba que no le sorprendía que se quejase por haberla comprometido con un vejestorio. No obstante, también recordó que no sonaba en absoluto arrepentido o inseguro.

—Estoy bien, padre —respondió, y vaciló antes de seguir hablando —: Al fin y al cabo, necesitamos el dinero, ¿no?

Su padre miró de reojo a uno de los lacayos que les servían los platos antes de mirarla con severidad. Se tomó su tiempo antes de responderle, poniendo el salero y el pimentero alineados a la perfección con los cubiertos del pescado. Como siempre que se ponía nervioso, ordenaba milimétricamente cada objeto que tuviera a su alcance.

—No lo hagas sonar como si eso fuera lo único importante. Tendrás la vida asegurada y…

—Creía que era lo único importante. —No pudo morderse la lengua a tiempo, y en los ojos de su padre vio furia. Odiaba que ella le interrumpiese, y el miedo a alterarle la inundó. De pequeña, cuando perdía los nervios por su causa, las consecuencias eran nefastas—. Discúlpame, padre. Sé que quieres lo mejor para mí.

—Así es —dijo con dureza—. Me preocupa haber sido demasiado blando contigo y que no seas capaz de ver lo mucho que hago por ti. El barón te dará estabilidad, una familia y seguridad económica. Creo que cualquier mujer de tu edad desea todo eso.

Eliza tuvo que tragarse sus palabras y las de Russell, que resonaban en su mente con cada latigazo verbal de su padre: «Tú mandas».

No, no era cierto.

Ella no mandaba.

Era un títere.

—Lo sé, padre. He sido desconsiderada. —Cada palabra era un pinchazo en su alma, pero se obligó a mirarle a los ojos y sonreír—. Estoy segura de que seré muy feliz.

Su padre asintió, conforme, aunque todavía tenso. Cuando, tras unos minutos, dejó de ordenar y siguió comiendo, Eliza pudo relajar los hombros. Se sentía tan frágil que pensó que en cualquier momento se rompería.

—Siento haberte hablado así. Es que no quiero que seas como tu madre.

Eliza no creía haber oído bien, pero su padre la miraba con firmeza.

—Nunca hablas de ella —se atrevió a decir.

Su padre desvió la vista.

—Porque no hay nada que decir. Tenía un problema mental y murió —respondió con serenidad—. Pero es algo que se buscó sola.

Por primera vez, percibió el rencor en la voz de su padre, que no perdonaba a su esposa huida y adúltera. Sin embargo, seguía mintiendo a Eliza sin ningún remordimiento. No supo qué decir, pero no creía que su padre esperase respuesta.

—No eres como ella —aseguró, como si quisiera convencerse a sí mismo.

Eliza pensó en sus escapadas y en su búsqueda de deseos, preguntándose si su padre estaba equivocado. Había pensado toda su vida que no debía ser como su madre, pero quizá ella era la más cuerda de aquella casa.

¿Tan malo sería parecerse a la mujer que la alumbró?

Pero no dijo nada de eso, sino que negó lentamente.

—Claro que no, padre.

Él sonrió, contento con su sumisión. Y, por primera vez en dieciocho años, Eliza sintió arcadas por su propia actitud.

Cuando por fin pudo retirarse a su habitación, sus emociones estaban a flor de piel. Soltó la tensión acumulada con un suspiro, deseando haber interpretado bien su papel a pesar de los pequeños deslices. Hacía muchos años que su padre no la castigaba y no podía permitir que ocurriese justo ahora.

Ethel acudió diez minutos después para ayudarla a darse un baño y cambiarse. Traía una sonrisa en la cara que le indicó que había novedades respecto a Russell. Eliza sintió que el corazón se le aceleraba.

—Aquí tiene. —Sacó una nota de debajo de su corsé y se la entregó con un guiño—. Voy a prepararle la bañera.

Eliza rompió el lacre con la L grabada casi con desesperación. Necesitaba algo bueno después de la horrible hora que había pasado con su padre.

Querida Eliza:

Creo que soy incapaz de esperar a que vuelvas a acudir al club para volver a verte, así que se me ha ocurrido que vayamos a un lugar diferente el domingo por la noche. Eliminemos el trato por esta ocasión; solos tú y yo. ¿Querrás? Creo que te gustará lo que tengo

pensado. Si estás de acuerdo, vístete sencilla, con un atuendo que no llame la atención.

Estoy deseando que llegue el día.

R.

Eliza sintió que el corazón se le salía del pecho. ¿Aquello podía considerarse una cita? Estaba segura de que sí. Santo Dios, una cita. Con un hombre poco respetable y de moral cuestionable.

Lo deseaba con ansia, y más después de la conversación con su padre.

Estaba mandando todo al diablo —nunca mejor dicho— y le daba igual. ¿En quién se había convertido? Garabateó una respuesta afirmativa a su invitación y la cerró con cuidado. Ella también tenía ganas de verle, pero no se lo dijo. No quería mostrar sus cartas con tanta facilidad. Además, tenía algo más importante en mente.

—Ethel… —Fue hasta el baño con ambas cartas en la mano, donde la doncella ya había llenado la bañera con tinajas de agua caliente—. Dentro de dos días tengo un baile en casa de los marqueses de Dansbury y he de librarme como sea. Me voy con Lucifer.

La doncella sonrió ampliamente, para nada preocupada. Eliza supo que estaba en buenas manos.

—Por supuesto, milady. ¿Ha fingido alguna vez tener fiebre?

Capítulo 18

Aunque durante sus días malviviendo en la calle Azazel jamás dejó participar a Lucifer en peleas callejeras —era él el encargado de partirse la cara día sí y día también por unas pocas monedas—, sí lo instó a aprender a defenderse y a gestionar lo que su amigo llamaba «ira reprimida». Así que Lucifer escogió el boxeo como deporte para desahogarse, pero debía admitir que acudía a practicar al club del que ambos eran miembros menos veces de las que a Azazel le gustaría. No porque no fuera necesario, sino porque, como buen cabezota, solo se acordaba de boxear cuando el mal ya estaba hecho y todo aquello que contenía a diario amenazaba con explotarle en la cara.

Además de ser melodramático, Lucifer practicaba una buenísima gestión de sus emociones.

Así que allí estaba, cruzando el umbral de uno de los mejores clubs de boxeo de Londres. De los pocos dedicados a cualquier clase social. Las instalaciones se encontraban en mitad de la ciudad y eran lo suficientemente grandes como para albergar a muchos hombres con ganas de sudar.

Lucifer se cambió de ropa en los vestuarios, listo para golpear el primer saco de arena que encontrase hasta la extenuación. Porque no sabía qué más hacer para calmar el caos, que amenazaba con barrer todo a su paso y no dejarle culminar su venganza. Mientras se envolvía los nudillos en tiras de algodón, pensó en lo poco que le gustaban las peleas a su padre y en lo que le diría si estuviera allí. Seguramente algo como «perdona y olvida», porque así de buena persona era.

Para Lucifer era imposible. No podía dejarlo correr sin más, no ahora que se encontraba tan cerca de lograrlo. Había dejado al duque en la ruina y, si Mabel y Nick tenían éxito, conseguiría las pruebas suficientes como para sacar a la luz lo rastrero que había sido Rowland con su esposa.

Después estaba Eliza.

Pero, por alguna razón, el hecho de casarse con ella para herir al

duque ya no le satisfacía tanto como antes. Algo que estaba volviéndole loco.

Sobre todo porque no podía dejar de pensar en Eliza y en ese maldito beso, que lo perseguía allá donde fuera. Pero estaba allí precisamente para borrarla de su mente unas horas, y con esa determinación se fue en dirección a las salas de práctica.

—Buenos días, Knight —lo saludó el dueño del club, un tipo enorme y musculoso llamado Michael Daventry, miembro de una de las familias más poderosas de la ciudad—. Blackstorm está en el *ring* de la parte de atrás. Creo que necesitas dar unos buenos golpes, igual que él.

Mike, como le llamaban todos allí, era un hombre muy perspicaz y, nada más echar un vistazo a sus clientes, podía averiguar qué necesitaban. Solía decir que le era fácil adivinarlo porque había estado en el mismo hoyo oscuro que ellos, pero nunca daba detalles. Lucifer podía adivinar por dónde iban los tiros, ya que tanto él como su pareja, Rhys, visitaban asiduamente La Tríada.

—Gracias, Mike —respondió Lucifer. Chocaron un puño a modo de saludo, y bajó la voz por si alguien los estaba escuchando—: Dale recuerdos a Harrington. Dile que me haga un hueco en su apretada agenda o me buscaré otro abogado.

Mike sonrió, pero no dijo nada. Ambos sabían que era mentira. Rhys Harrington era el mejor abogado de Londres y lo seguiría siendo hasta su muerte, así que ni loco dejaría los asuntos del club en manos de otra persona. Solo con sugerirlo, Gadreel le cortaría el cuello. Era un tipo en el que se podía confiar, y por eso Rhys llevaba todos los asuntos legales del club, en general, y de los tres socios en particular.

Lucifer fue hacia el *ring* de la parte de atrás, donde su amigo estaba pegándole una paliza a un pardillo que se había atrevido a retarle.

—¡Más despacio, Blackstorm! —gritaba en ese momento el pobre infeliz, intentando cubrirse la cara sin mucho éxito.

Era extraño escuchar cómo Azazel era tratado como Blackstorm, pues se había acostumbrado a llamarle por el apodo que utilizaban en el club y que tan mala fama les daba. Tanto a él como a Gadreel.

Pero, al igual que él, Azazel tenía un nombre de pila común y corriente que jamás usaba. Y un apellido heredado de su madre, pues su padre no se había dignado a darle el suyo.

Su amigo se había quitado la camisa para combatir, dejando a la vista sus tatuajes, que le daban aún más aspecto amenazador. Entre eso, su enorme complexión y el hecho de que mucha gente evitaba mirarle a los ojos porque estos eran bicolores y les incomodaban, Azazel era el perfecto jefe de seguridad.

Lo vio dar unos cuantos golpes más a su contrincante, hasta que este ya no pudo levantarse y admitió la derrota. Lejos de parecer ufano por su victoria, Azazel parecía todavía más enfadado, como si le fastidiase enormemente quedarse sin saco humano de boxeo.

—Buen combate, Blackstorm —le decía el pobre hombre, totalmente magullado, antes de salir del cuadrilátero en el mismo momento en el que Lucifer llegaba a su altura.

—¿Cuántos asaltos te ha durado?

Azazel se giró hacia él con expresión severa.

—Más de los que vas a durarme tú. —Le hizo una seña para que se reuniera con él—. Vamos, un poco de sana deportividad no te hará daño.

Lucifer se acercó, poniéndose en posición de guardia. Podría negarse, pero Azazel no le haría el más mínimo caso y acabarían peleándose igual, así que era estúpido gastar saliva.

El primer puñetazo lo esquivó fácilmente, pero después vino un gancho rápido y no tuvo la misma suerte. Soltó una exclamación ahogada cuando se quedó sin respiración. No por nada su amigo era el jefe de seguridad del club. Era casi tan grande como Michael Daventry, pero tenía un carácter mucho más fuerte que el del boxeador. Inspiraba terror.

—Vamos, Russ —dijo, casi con decepción. Sus ojos bicolores relampagueaban de furia—. Sabes hacerlo mejor. ¿Acaso estás demasiado obnubilado por cierta rubia de bonitos ojos castaños?

Que metiese el dedo en la llaga le enfureció. ¿Sana deportividad? Y una mierda. Azazel sabía qué teclas tocar para enfadarle, pero aquel día había algo más. Se conocían desde hacía demasiados años. Su amigo estaba tan fuera de sus casillas como él mismo, y

por eso lo estaba pagando con toda alma viviente.

Pero no lo admitiría por las buenas. Lanzó un par de golpes que Azazel bloqueó con facilidad, pero dejó el costado al descubierto y aprovechó para golpearle con saña.

—¿Qué demonios te pasa? —le preguntó cuando se alejaron para medirse, girando en círculo sin dejar de observarse con rabia.

Azazel no respondió, por supuesto. Arremetió de nuevo contra él y Lucifer decidió dejarse la piel en el combate. Devolvió algún golpe, esquivó otros muchos y lanzó puñetazos en cada oportunidad que tuvo. No supo cuánto tiempo estuvieron golpeándose, pero, cuando no pudieron más y decidieron parar el combate, ambos estaban magullados y les costaba respirar.

—Eres… —dijo Lucifer sin resuello—. Un… Idiota…

Azazel sonrió, pero fue más bien una mueca porque tenía el labio partido.

—He aprendido del mejor. —Salió del cuadrilátero hasta apoyarse en la pared y se dejó deslizar hasta dar con el trasero en el suelo, agotado. Estuvieron en silencio unos minutos, en los que Lucifer le imitó, cayendo desmadejado a su lado. Dejó que su amigo se calmase y, como había supuesto, finalmente habló—: Mi padre ha venido a verme.

A Lucifer casi se le descolgó la mandíbula de la impresión.

—¿Qué? ¿El marqués?

Su amigo asintió secamente.

—¿Qué quería? —preguntó Lucifer con cautela.

Azazel se encogió de hombros.

—Fue a mi casa cuando yo no estaba, así que me pasó una carta por debajo de la puerta. Reconocí el sello del marquesado enseguida y te juro, Russ, que se me cayó el alma a los pies.

Lucifer lo miró, comprensivo. Azazel no albergaba la misma rabia hacia su padre que la que él sentía hacia el duque de Rowland —aunque motivos no le faltaban—, pero tampoco quería saber nada de él. Que el marqués lo buscase solo era un motivo para recordar todas las penurias que la madre de Azazel tuvo que pasar por su culpa.

—¿La has leído?

—La he quemado —respondió, y no le sorprendió en absoluto—. Y luego he venido aquí. No sabía qué diablos hacer.

Lucifer le puso una mano en el hombro, y ese simple gesto lo llevó casi a gemir de dolor. Aquella noche no iba a poder moverse.

—No le debes nada, amigo.

—Lo sé —dijo, y asintió como si necesitase convencerse a sí mismo—. Mi madre y mi padre era únicamente Anna Blackstorm y nadie más. Pero me enfurece que sepa dónde vivo y se atreva a buscarme treinta años después. ¿Quién se ha creído?

—Un noble de tantos que cree que puede hacer y deshacer a su voluntad —respondió Lucifer con rabia—. Como Rowland.

Azazel lo miró de reojo.

—¿Por qué estás tú tan enfadado?

Lucifer desvió la mirada y suspiró.

—No lo tengo claro. Creo que estoy enfadado conmigo mismo por no saber mantener la cabeza fría.

Su amigo ladeó la cabeza y se tocó con cuidado el labio inferior, que ya no le sangraba.

—Se te está yendo de las manos lo de Eliza, ¿eh? —Cambió de postura en el suelo e hizo una mueca—. Dios, estoy hecho mierda.

Lucifer rio secamente. Él no estaba mucho mejor.

—La he besado.

Azazel silbó.

—Ya era hora —alabó—. Pero eso era lo que querías, ¿no?

Lucifer vaciló antes de sincerarse con su amigo. ¿Con quién iba a hacerlo si no? Eran familia.

—No la besé por la venganza y no sé cómo sentirme al respecto.

Azazel chasqueó la lengua.

—Russ, debes centrarte. No podrás respirar con normalidad hasta que hagas pagar al duque y limpies el nombre de tu padre. —Azazel lo miró con seriedad—. No te dejes embaucar por una mujer y lo tires todo por la borda. Mujeres hay muchas; y venganza, solo una.

Pero no estaba dejándose embaucar, porque Eliza no era así. No hacía nada de forma malintencionada o con segundas intenciones. En todo caso, el embaucador era él, que estaba tratando de casarse con ella para castigar a Rowland de todas las formas posibles. Sin

embargo, no podía dejar de pensar en el beso y en lo mucho que le gustaría repetirlo. En su sonrisa al jugar a las cartas y en su mirada confusa al no acabarse de creer que ella podía pedir lo que deseara.

Si era la propia Eliza la que le había pedido que la besase… era porque sentía el mismo deseo que él, ¿no? Esa idea le gustaba más de lo que debería, y no porque lo ayudase a llevar a cabo la venganza.

—El amor es una estupidez y ya deberías saberlo —siguió diciendo Azazel.

Lucifer frunció el ceño, y el mero gesto le dolió.

—¿Quién diablos ha hablado de amor? —rebatió.

Azazel alzó las manos en señal de paz.

—Tú sabes lo que haces, amigo —respondió, y le guiñó un ojo para romper la tensión—. Pero no me hagas perder la apuesta y pagarle mil libras a Gadreel, o te mato. Me lo estaría recordando toda la vida.

Lucifer resopló como respuesta y Azazel se carcajeó. Se quedaron en silencio unos minutos, sumidos en sus pensamientos. Lucifer no quería seguir hablando de Eliza, pero quería sincerarse del todo con Azazel. No sabía si porque quería que le dijese que se estaba comportando como un idiota o para que diese su aprobación a sus acciones.

—La he invitado mañana a ir a un teatro popular. —Cuando Azazel lo miró con reproche, lo cortó—: Tengo que seducirla, ¿no?

Pero ¿a quién quería engañar? Necesitaba verla, y por eso le había escrito la nota invitándola a salir con él, independientemente del trato. Quizá fuese su perdición, pero estaba deseando que llegara el momento.

—Haz lo que consideres —dijo levantándose con dificultad—. Pero salir de La Tríada no era parte del plan. Medita bien tus próximos movimientos.

Lucifer no respondió y se limitó a verle marchar sujetándose las costillas, rumbo a los vestuarios, dejándolo solo con sus dudas.

***

La noche llegó con rapidez y, como era domingo y el único día de cierre del club, Lucifer se dispuso a ultimar unos cuantos temas con Gadreel, que tomaba notas en su despacho con exasperante lentitud. Estaba impaciente por cruzar el tapiz e ir a reunirse con Eliza. Mientras se ajustaba la corbata con milimétrica precisión, debía admitir que estaba algo nervioso. Porque, si aquella cita clandestina salía bien, estaría muy cerca de completar la parte del plan que involucraba a Eliza.

También quería verla más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¿Hemos acabado? —le preguntó a Gadreel tras haber consultado juntos la necesidad de contratar un nuevo conductor para llevar a los nuevos clientes, que cada vez eran más.

—Sí —respondió sin que le afectase en lo más mínimo su impaciencia—. Ya puedes irte con tu ángel rubio.

Ni siquiera se molestó en rebatir a su amigo, sino que se limitó a bufar como respuesta. Agarró el abrigo y el sombrero, dispuesto a irse sin más dilación.

No obstante, el destino tenía otros planes.

O, más que el destino, Nicholas Otterbourne, que entró a su despacho como si de su casa se tratase. Su rostro estaba muy serio. De inmediato se puso en guardia. No creía que ese hombre tan enamorado abandonase a su mujer y a sus hijos tan tarde si no tuviera algo importante que decirle.

—¡Hombre, Otterbourne! —lo saludó—. ¿Qué haces aquí? Iba a salir…

No esperaba verlo tan pronto. Tras cerrar la puerta tras de sí, Nick se acercó despacio a él, hasta detenerse al otro lado del escritorio de madera maciza.

—Esto es importante, Lucifer. Buenas noches, Gadreel —respondió. Se quedó un instante en silencio y frunció el ceño—. ¿Algún día me dejaréis llamaros por vuestro nombre real? Porque es estúpidamente melodramático que tenga que invocar a los ángeles caídos cada vez que hablo con alguno de vosotros.

Era la segunda vez en pocas semanas que lo llamaban dramático. Al final, terminaría por creérselo. Gadreel rio.

—Algún día, Otterbourne. —Su amigo le dedicó una sonrisa

burlona—. ¿O debería llamarte Su Excelencia? Porque no sé qué es más melodramático…

Nick puso los ojos en blanco y bufó. Lucifer reprimió una sonrisa.

—Vale, ya lo comprendo —respondió—. Volvamos a empezar antes de que esta conversación acabe con mi paciencia.

Lucifer rio entre dientes y se acercó para estrecharle la mano a Nick, duque de Averbury y comisionado de Scotland Yard. Se sintió un imbécil por dejar plantada a Eliza, pero no podía despachar a Nick sin más. La información que le traía el policía, si era tan importante como este aseguraba, daría un giro a su plan.

Iría a buscarla más tarde.

—Espera, antes tengo que escribir una nota. Toma asiento y sírvete una copa.

Mientras garabateaba un aviso para Eliza, en el que le comentaba que no podría ir a recogerla como habían pactado, sintió la intensa mirada del policía sobre su nuca.

—¿Puedes encargarte de que le llegue a Ethel? —le preguntó a Gadreel, entregándole la misiva.

Este asintió.

—Dalo por hecho —respondió—. Ha sido un placer, Otterbourne.

Cuando Gadreel se marchó, cerrando la puerta tras de sí, Lucifer se sentó tras el escritorio y vio que Nick le lanzaba un vistazo analítico. Sus ojos se detuvieron un par de segundos en las heridas que Lucifer tenía en el rostro, cortesía de Azazel. En especial en el moratón que adornaba su pómulo izquierdo.

—Menos mal que se utilizan máscaras en este sitio, porque estás hecho un trapo.

Lucifer entrecerró los ojos y le ofreció el asiento que se encontraba frente a él.

—La verdad es que no sé cómo tu esposa te aguanta.

Nick se permitió una pequeña sonrisa estúpidamente enamorada.

—Tiene mucha paciencia.

—Espero que hayas venido a darme buenas noticias y no solo a criticar mi aspecto —inquirió—. ¿Cómo está Gwen? ¿Y tus hijos?

—Todos están bien —dijo. Y se pasó una mano por el pelo con nerviosismo, lo cual restaba credibilidad a sus palabras—. Gwen está

entusiasmada y muy ocupada con su taller para mujeres pintoras; el pequeño Andrew, en Eton; y Leah, nerviosa porque debutará el año que viene. ¡Quedan meses, por el amor de Dios!

Lucifer lo miró, divertido por su arranque espontáneo de furia. Normalmente, Nick era un tipo muy cabal, y se había ganado una fama de frío e inaccesible en Scotland Yard. Era raro verle perder los papeles.

—Veo que estás bien, sí.

Nick lo fulminó con la mirada.

—Creo que me hago viejo. ¿Soy un padre horrible si quiero espantar a todos los estúpidos que se acerquen a ella?

Lucifer ladeó la cabeza.

—No seré yo el que te diga que sí, amigo. Pero, si Leah tiene la mitad del carácter que os gastáis Gwen y tú, no tendrás que preocuparte demasiado por eso. —Le ofreció de nuevo una copa para animarle, pero Nick la rechazó—. ¿Prefieres que hablemos de trabajo?

—Sí, por favor. —El policía carraspeó y se puso serio. Incluso su postura cambió y se irguió para hablar de trabajo—. La he encontrado.

Lucifer tardó un par de segundos en procesar a qué se refería Nick, pero, cuando lo hizo, se le disparó el pulso.

—¿A Elizabeth Cavendish?

El policía asintió.

—He encontrado al tipo que le dio una nueva identidad, y resulta que es conocido de uno de mis confidentes. Llevo tantos años en esto que ya tengo fuentes en cualquier parte —le explicó. Y sacó un fajo de papeles del bolsillo interior de la chaqueta, que Lucifer agarró con ansia—. Robert Hawkes, el tipo con el que se fugó la duquesa, se llama ahora Ron Hardey.

Fue como si Azazel volviese a darle un puñetazo en el plexo solar, dejándolo sin respiración.

—El chef de La Tríada se llama así —musitó despacio, pues le resultaba increíble la coincidencia.

Solo que no era una coincidencia, claro. Nick asintió, para nada sorprendido.

—Ahora iba a decírtelo. Está todo ahí. —Señaló los documentos—. Siguiéndole el rastro, acabé encontrando su casa. Vive en un bloque de pisos en el barrio de Clerkenwell… con su esposa.

Lucifer lo miró sin dar crédito. No podía ser que la vida fuera tan irónica.

—Déjame adivinar —dijo tras unos segundos—. Su esposa se llama Betty Hardey.

La mejor de sus crupieres, que incluso había compartido unas palabras con Eliza hacía tan solo unos pocos días.

—Exactamente —respondió Nick, asintiendo con la cabeza—. Y, aunque no tengo pruebas sólidas, porque todo es circunstancial, mucho me equivocaría si esa tal Betty no resultase ser la antigua duquesa de Rowland.

Estuvo a punto de perder el equilibrio de nuevo, no sabía bien si por la emoción o la incredulidad. No podía ser verdad. La madre de Eliza, cuyo rastro se había perdido quince años atrás, llevaba todo aquel tiempo bajo sus órdenes, siendo una de las crupieres del club. Llevaba casi cinco años bajo sus mismísimas narices. Podría haberse vengado hacía siglos. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Ambas, madre e hija, eran rubias, aunque hasta ahí llegaba su parecido. La señora Hardey —o lady Rowland— tenía los ojos azules, al contrario que Eliza, que los tenía de un precioso tono chocolate. Eliza también era más baja que Betty y tenía los rasgos más afilados. No, jamás podría haberlo pensado.

Aquello… daba un giro inesperado a su plan. La desaparecida duquesa de Rowland no había huido a Escocia o Irlanda, como él había supuesto en un principio. No, por increíble que pudiera parecer, se había escondido de su primer marido a simple vista. En Londres, trabajando a apenas un par de barrios de Rowland House. ¿Por qué arriesgarse tanto? Lucifer imaginaba que, si Nick la había encontrado, el duque también podría hacerlo. ¿Quizá quería estar cerca de sus dos hijos?

Una nueva revelación se abrió paso ante él y se volvió a quedar de piedra. Había elegido a Ethel como su persona de confianza en Rowland House precisamente porque era la hija de los Hardey, dos empleados de los que podía fiarse. ¿Eso quería decir que Ethel y

Eliza eran…?

Las dudas lo asaltaban, pero también el nerviosismo comenzaba a embargarle una vez superada la estupefacción. No había esperado encontrar a la antigua duquesa, pero el plan se aceleraba a pasos agigantados. Si Betty Hardey accedía a ayudarle, hundiría al duque en la más grande de las miserias.

Tenía que hablar con ella lo antes posible.

Sin embargo, Eliza le estaba aguardando y no quería hacerla esperar más tiempo. Además, los domingos no trabajaba nadie del personal, y esa noche los Hardey acudirían con Ethel a una fiesta popular que organizaba el barrio donde vivían. No podía ir a buscarlos a Clerkenwell sin saber si los hallaría. Además, si iba a tener una conversación tan trascendental con Betty Hardey, prefería que fuese en su terreno. Bajo sus condiciones.

Las ideas se atropellaban en su mente con rapidez, pero trató de poner orden. Por mucho que quisiera ponerse en marcha de inmediato, no quería decepcionar a Eliza dejándola plantada. Solamente planteárselo le provocaba una punzada en el pecho. Eliza también era parte del plan y no podía descuidarla sin más. Estaba demasiado cerca de cumplir la venganza como para perder la cabeza a un par de yardas de la meta.

«Padre, espera un poco más. No te fallaré».

—Nick, eres el mejor policía que he conocido nunca. Gracias.

El aludido lo miró, algo azorado. Y se rascó la nuca, incómodo.

—No es nada. Si necesitas algo más, avísame.

Lucifer prometió hacerlo y, tras hablar durante unos diez minutos más sobre los Hardey, se despidió del policía, que estaba deseando volver con su familia aquella noche. Se detuvo unos segundos para asimilar la información que acababa de recibir, y sonrió ampliamente por primera vez en todo el día. No podía creer su buena suerte. Era como si el universo quisiera ayudarle a vengarse. Se puso el abrigo y el sombrero. Antes de sumergirse de pleno en la documentación que le había conseguido Nick, pasaría las siguientes horas con Eliza, tal y como tenía pensado.

Los Hardey podían esperar. Llevaban cuatro años trabajando para él y no iban a desaparecer de la noche a la mañana.

A pesar de que una parte de él deseaba salir hacia Clerkenwell, se obligó a mantener la cabeza fría. Podía estar confundido por lo que Eliza provocaba en él, pero no era imbécil. Betty Hardey trabajaba para él, y su repentina aparición lo cambiaba todo. Eliza era parte del plan, sí, pero la nueva pieza clave era su madre. Se habría contentado con haber presentado a la prensa las pruebas que Mabel le consiguió sobre el escándalo Rowland, pero la presencia de Betty como trabajadora de La Tríada acababa de adelantarle la Navidad.

Presionaría al duque por tantos frentes que confesaría en segundos y podría limpiar el nombre, injustamente manchado, de John Knight.

Entonces, lo destruiría.

Con ese pensamiento dándole fuerzas, fue a abrir el tapiz, pero un nuevo golpe a la puerta lo interrumpió. Durante dos segundos, cerró los ojos pidiendo paciencia y se planteó no responder. Pero, si había algún problema en el club, no podía marcharse sin más. Así que soltó el tapiz, se alisó unas imaginarias arrugas en el abrigo y dijo:

—Adelante.

Era Gadreel.

—Russ, Ethel te manda noticias.

Intrigado, Lucifer cogió la nota.

—Gracias.

Este se despidió con un gesto de cabeza mientras Lucifer desdoblaba la gruesa hoja de papel. Leyó las breves líneas que le había escrito su subordinada, que le informaba a diario de los movimientos del duque y Eliza. En este caso, no era diferente. Abrió los ojos por la sorpresa y casi se echa a reír como un histérico.

Al final, sí que iba a ir a Clerkenwell después de todo.

Capítulo 19

Eliza no estaba dejando las horas pasar con el estoicismo que se podría esperar de una dama, sino que caminaba con impaciencia por su habitación como un animal enjaulado. A pesar de que Russell le había hecho saber por Ethel que se retrasaría, Eliza había continuado con el plan de fingir encontrarse enferma para poder tener una excusa que le evitase asistir a los eventos sociales de aquella noche. Había dejado marchar a sus tíos al baile de los Dansbury, nada preocupados por su aparente resfriado; a una ufana Rachel, que estaba claramente encantada de no tener que soportarla aquella noche; y a su padre, que a pesar de ser el único inquieto por su salud… no había dudado en marcharse igualmente, sabiendo que estaba bien atendida por su doncella y los miembros del servicio.

Eliza agradecía enormemente no tener que lidiar con su padre aquella noche. La última conversación que habían mantenido todavía se hacía eco en su mente cada vez que bajaba la guardia. Prefería que hubiera distancia entre ellos.

Era evidente que la relación entre ambos era cada vez más insostenible, conforme aumentaba el valor de Eliza, pero eso no significaba que quisiese poner al duque en su contra. Era mejor que siguiese pensando que era la hija obediente de siempre.

Reanudó sus paseos nerviosos, rascándose la piel del cuello, sensible a la áspera tela del vestido de lana marrón que Ethel le había prestado. Russell le había pedido que se vistiera sencilla, sin llamar la atención, y Ethel estaba convencida de que se refería a vestirse como una plebeya. Eliza se había puesto en manos de la doncella, que le había dejado uno de sus pocos vestidos y la había peinado con un sencillo moño.

No llamaba la atención en absoluto, y le parecía maravilloso. Estaba muy agradecida por toda la ayuda que le estaba prestando Ethel. Aunque fuese siguiendo las órdenes de Russell, Eliza se sentía muy acompañada. Con toda seguridad, ella sola no hubiera podido escaparse tan a menudo o fingir fiebre. Podría haberle pedido ayuda

a Ginny, pero su amiga estaba tan ocupada con su propia boda, que se celebraría poco después que la de Eliza con el barón, que no había querido importunarla. Al contrario que Eliza, que no podía decidir nada sobre la celebración —su tía Margaret estaba encargándose de hacer y deshacer a su antojo—, Ginny debía organizarlo todo sola, pues su madre se pasaba en la cama más tiempo que fuera de ella.

Eliza se sintió de repente una muy mala amiga, pues no había podido echarle una mano a Ginny. Se prometió escribirle al día siguiente para ofrecerle toda su ayuda.

En esas cavilaciones se encontraba cuando se abrió la puerta de su dormitorio y Ethel entró con expresión compungida. Enseguida se le disparó el pulso, preguntándose si finalmente alguien la habría pescado desobedeciendo. Pero enseguida vio que no era el caso.

—¿Aún nada? —le preguntó, pues Ethel había bajado para comprobar que seguía sin haber rastro del carruaje de Russell.

La doncella negó y Eliza frunció el ceño. Hacía ya más de una hora que debería haber llegado. Cuanto más tiempo tardase, más problemático se haría escapar y volver sin ser vista. Estaba comenzando a pensar que no vendría. Quizá el problema del que le hablaba en la nota se había alargado más de lo que él creía.

O quizá se había arrepentido y ya no quería verla fuera del club. Lejos del trato que habían hecho.

Su primer impulso fue conformarse, tragarse la decepción y pedirle a Ethel que la ayudase a desvestirse para meterse en la cama. Si al final Russell aparecía, sería ella la que le diría que no quería salir. Pero no era eso lo que se había prometido a sí misma unos días atrás al ir a La Tríada. No era meterse en la cama lo que quería.

Quería aventuras.

Ya se había vestido como una plebeya, había fingido una enfermedad para librarse de su familia y no iba a desperdiciar tanto trabajo. Se giró hacia su doncella y sonrió, arrugando la carta en su puño.

Si Russell no venía a buscarla, no significaba que ella no pudiese salir igualmente.

—Ethel —dijo, y la muchacha dio un respingo—. ¿Por qué no salimos tú y yo esta noche?

A su pequeña doncella se le iluminaron los ojos.

—Es una idea sensacional, milady —respondió devolviéndole la sonrisa—. ¿Qué ha pensado?

Eliza se encogió levemente de hombros.

—Esperaba que tú me ayudases a escoger alguna actividad entretenida.

Ethel no dudó:

—Tenía pensado ir a Clerkenwell después, cuando usted se marchase con el señor Lucifer. La señora Drew me había dado permiso, siempre y cuando no tardase mucho y una vez que la dejase a usted atendida, milady. Ya sabe, por su enfermedad —le explicó, y le guiñó un ojo. Eliza sonrió—. Mis padres y yo vivimos en el barrio y esta noche hay una fiesta con música popular, puestos de comida y cosas así. ¡Es muy divertido!

A Eliza, que jamás había podido asistir a una fiesta semejante, se le antojó un plan magnífico. Por un momento, le preocupó que alguien del servicio pasase por su habitación para ver si se encontraba en la cama, pero lo descartó enseguida. La señora Drew era muy maniática y no se arriesgaría a que algún empleado que no fuera Ethel se contagiase de su enfermedad. Estaba segura de que la dejaría en paz.

Eliza se había sumido en sus pensamientos y había tardado mucho en responderle, porque la sonrisa de Ethel se disipó un poco.

—Pero no sé si usted querrá… No es un lugar con mucha clase.

El tono de Ethel indicaba duda, como si una dama como Eliza no quisiera mezclarse con la clase baja. Le dolió un poco que tuviera esa imagen de ella, pero no podía culparla. Así que se limitó a sonreír y cogerle la mano para demostrarle que estaba encantada con su invitación.

—Me parece una idea estupenda. ¿Vamos?

A Ethel se le iluminó el rostro.

—Coja su capa, milady. Nos vamos a Clerkenwell.

***

Mientras el carruaje de alquiler lo llevaba a su destino, se preguntó qué le diría a Eliza para disculparse por su retraso. Era evidente que, por la nota de Ethel, Eliza estaba dolida por haber esperado demasiado a que Lucifer apareciese. Pero, lejos de sentirse ofendido por su falta de confianza en él, se sintió orgulloso de que se hubiese propuesto salir igualmente para divertirse.

Eliza estaba comenzando a descubrir su propio valor, y le encantaba ser testigo de cómo ocurría.

Comenzó a buscarla en cuanto puso los pies en el pavimento enlodado de Clerkenwell. Una marea de gente se congregaba por la calle, bailando, charlando, bebiendo y comiendo. El olor a comida recordó a Lucifer que llevaba unas doce horas sin probar bocado y la música, alegre y despreocupada, logró que su corazón desbocado se tranquilizase un poco. Sería complicado encontrar a Eliza entre tanta gente. Había más cabezas rubias de las que podía contar.

Por un momento, se planteó buscar a los Hardey y acorralar a Betty para que hablasen con él y le confirmase lo que Nick había averiguado. No obstante, lo descartó de inmediato. No era un movimiento nada inteligente, no solo porque le costaría horrores encontrarla, si es que lo lograba, sino porque seguía siendo preferible hablar con Betty en el club. En un terreno más favorable para él, mucho más discreto y del que a ella le sería más difícil huir. Por esa noche, dejaría que el matrimonio se divirtiese con sus amigos y vecinos.

Estaba allí por Eliza, porque quería asegurarle que no se le había olvidado que tenían una cita. Decidió avanzar un poco entre el gentío, buscándola sin éxito. Cruzó un par de calles y llegó a una pequeña plaza con el suelo de piedra. Había un montón de gente disfrutando de un conocido baile que cosechaba muchos adeptos por allí, a juzgar por el entusiasmo que rezumaba la gente. No vio a nadie conocido, así que se propuso probar suerte en la zona donde abundaban los puestos de comida.

Se disponía a darse la vuelta cuando la vio.

Y se quedó de piedra.

Estaba bailando en mitad del círculo de gente que saltaba, reía y daba palmas al ritmo de la música. Iba vestida con sencillez, tal y como él le había pedido, pero aun así brillaba entre la multitud. Parecía tan ajena a lo que ocurría a su alrededor, tan concentrada en el baile, que Lucifer se quedó embobado mirándola.

Se acercó poco a poco sin ser muy consciente de ello, adentrándose en la plaza, y la observó de más de cerca. Danzaba en el círculo con soltura y cambiaba de pareja con facilidad, como si llevara en la sangre cada paso de baile. Sin darse cuenta, Lucifer acabó arrastrado por la marea y, antes de que pudiera impedirlo, terminó incorporándose al cada vez más numeroso grupo de bailarines. Él sí conocía aquel divertido baile popular, pues en el barrio donde había vivido de pequeño también se celebraban fiestas como aquella, que calentaban el corazón y eliminaban el dolor de huesos de multitud de obreros por unas horas. Un enorme sentimiento de nostalgia lo invadió y echó de menos a sus padres más que nunca.

No obstante, no pudo dejarse llevar por la autocompasión; porque en el último giro, que acompañaba a las notas finales de la banda de música, volvieron a cambiar de pareja y Lucifer se encontró con unos ojos color chocolate que lo miraron con sorpresa.

La sujetó por la cintura y se detuvieron al mismo tiempo que la música. La gente arrancó a aplaudir, pero Lucifer no era capaz de apartar los ojos de Eliza. Quizá toda una vida de desgracias lo había llevado a aquel lugar, con ella, pero por un segundo pensó que había valido la pena. Eliza estaba algo despeinada por todas las vueltas que había dado, pero tenía las mejillas sonrosadas y los ojos le brillaban.

Estaba hermosa.

Tragó saliva.

Ella también lo miraba con intensidad, pero no parecía estar tan fascinada como él lo estaba con ella. Fue la que rompió el hechizo abruptamente, separándose de él.

—¿Qué haces aquí? —En su tono había curiosidad, pero también percibió cierto enfado, y Lucifer admitió que se lo merecía—. ¿Y qué

te ha pasado en la cara?

Inconscientemente, su mano fue hacia el moratón que coloreaba su rostro mientras meditaba su respuesta. Si le decía que creía haber encontrado a su madre y después resultaba ser una pista falsa, la decepción y el dolor serían horribles para ella. Debía asegurarse primero.

Además, él era quien debía hablar primero con Betty. Por su padre.

—Azazel y yo boxeamos a veces. No es nada grave —le explicó con una sonrisa—. Y estoy aquí porque Ethel me ha contado que veníais a las fiestas. No te enfades con ella, solo me estaba ayudando a arreglar las consecuencias de mi retraso.

Eliza no parecía convencida, así que continuó con su discurso:

—He tenido un problema en el club y no he podido llegar antes. Lo siento mucho.

Eliza frunció el ceño, pues no parecía nada convencida con su historia. Claramente escéptica y desconfiada, escrutó su rostro como si allí pudiera hallar la verdad.

—¿Qué clase de problema?

Lucifer le sostuvo la mirada y se ciñó todo lo que pudo a la realidad.

—Creo que me han estado engañando, pero lo solucionaré mañana.

Ambiguo, vago, pero tendría que bastar. Tampoco era del todo mentira, pues se sentía engañado por los Hardey. Aunque en realidad no era así, pues nadie en el club conocía su pasado ni sus planes. No obstante, la rabia por haber tenido la solución ante sus narices durante todos esos años le hacía guardar rencor al matrimonio Hardey.

Eliza no respondió, pero sus ojos parecían mirarlo con menos desconfianza. Lucifer respiró hondo.

—De verdad que siento mucho no haber ido a buscarte. Créeme cuando te digo que no quería, pero se trataba de un asunto importante. —Era lo único sincero al cien por cien—. O, al menos, pensaba que lo era hasta que te he visto.

Las palabras salieron de sus labios sin haberlas pensado, pero no

las retiró. Era totalmente cierto que verla bailar había evaporado todas las preocupaciones que lo envolvían, dejándolas en un segundo plano. El color rosado de las mejillas de Eliza se intensificó, y por fin le sonrió. Fue una sonrisa pequeña, pero preciosa.

Se sintió un desgraciado de lo más afortunado.

—Ya que nos hemos encontrado aquí, ¿puedo ser tu acompañante en esta fiesta?

Eliza rio con suavidad.

—Por supuesto, caballero —respondió con cortesía, como si se encontrasen en mitad de un baile aristocrático. A su alrededor, la gente no les estaba haciendo el más mínimo caso, inmersos en el fragor de una nueva danza—. Pero antes debo avisar a Ethel. He venido con ella.

Por un segundo, se planteó mandar su prudencia al diablo y pedirle a Ethel que lo llevase con sus padres, pues ella seguro que sabría dónde se encontraban. No obstante, Eliza lo estaba mirando ilusionada y no podía cometer el mismo error dos veces. No metería la pata de nuevo esa noche.

Lucifer miró a su alrededor. En una de las salidas de la plaza, había una paradita de comida en la que se vendían dulces. La señaló con la mano.

—Esperaré ahí al lado a que hables con ella. —Se caló el sombrero un poco más y sonrió—. ¿Te parece bien?

Eliza asintió y se separaron. Aunque solamente fuera por un momento, su ausencia le afectó. Pero no tuvo tiempo de analizar sus emociones, porque Eliza se reunió con él un par de minutos después.

—Ethel se ha marchado con unas amigas —le informó Eliza—. No quería dejarme sola, pero, cuando ha sabido que eras tú mi acompañante, no ha insistido más.

Lucifer anotó mentalmente subirle el sueldo a aquella muchachita. No obstante, Eliza parecía algo molesta.

—¿No te parece bien su actitud? —preguntó mientras se abrían paso entre la multitud.

Eliza vaciló unos segundos antes de responder:

—No me gusta que piensen que eres mi guardián o algo

semejante —respondió con cautela, como si temiera enfadarle—. O que me espíen. Ya tengo suficiente de todo eso en casa.

Lucifer entendía su reticencia, pero quiso hacerle ver otro punto de vista.

—Es cierto que el hecho de que Ethel me haya informado de donde estabas denota más lealtad hacia mí que hacia ti. —Era un hecho que Lucifer no podía negar ni aunque quisiera—. No obstante, creo que el no querer dejarte sola era más bien preocupación porque algo malo te sucediese tan lejos de tu casa. Si no me equivoco, Ethel te aprecia mucho a pesar del poco tiempo que lleva siendo tu doncella.

Para entonces, habían llegado a una calle repleta de paraditas de comida. Se entremezclaban olores diferentes y deliciosos. La noche no era fría, así que se hacía agradable estar al aire libre. Eliza parecía rumiar sus palabras mientras observaba los dulces, carnes asadas, pescados, patatas y otras muchas cosas que llenaban los puestecitos.

—Yo también la aprecio mucho —dijo finalmente—. ¡Qué cantidad de comida!

Lucifer la dejó cambiar de tema, pero no creía que la hubiese convencido. Eliza estaba muy dolida por la actitud de su padre y le molestaba que los demás se comportasen igual. Un escalofrío lo invadió al pensar en lo que diría cuando se enterase de la verdad, pero lo ignoró.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó.

Eliza miró la comida con una sonrisa de anhelo, pero enseguida su rostro se entristeció.

—Mi tía me ha prohibido comer demasiado para que no haya problemas con el vestido de novia.

Una vez más, e imaginaba que no sería la última, Lucifer se asombró de lo rastreros que eran todos en aquella familia. Al lado de esa gente, él mismo parecía un santo.

—Que le jodan al vestido. —Eliza abrió los ojos como platos al escuchar su exabrupto—. Lo siento.

Comenzaba a plantearse el arruinarles la vida también a los demás miembros de la familia de Eliza. Anotó mentalmente

preguntarle a Mabel si su marido había descubierto algún trapo sucio sobre Herbert Cavendish.

Pero ahora no era el momento de centrarse en eso.

—Está bien —dijo ella, y sonrió—. Ojalá pudiera decir lo mismo.

—Puedes —respondió él—. Puedes y debes hacerlo.

Eliza negó con la cabeza, pero siguió mirando anhelante los puestecitos. Lucifer le agarró la mano, y se sintió bien cuando ella no la retiró. De alguna manera que no sabía explicar, era como si el ir de la mano con ella fuese correcto. Sentía que era lo que debía hacer, y no por el plan.

Por ella.

—Elige lo que más te apetezca. Yo invito.

—No es necesario. —Eliza parecía sorprendida, como si no concibiera que alguien pudiera hacer algo así por ella. Pero, lejos de sentirse complacido, se enfurecía. Estaba tan herida por dentro que no creía que la gente quisiera hacer cosas por ella. Quería quemar hasta los cimientos aquella maldita casa con todos ellos dentro—. No tengo hambre.

Mentía, estaba seguro. Comenzaba a saber interpretar sus gestos.

—Quiero hacerlo —insistió, y se acercó a ella hasta que apenas pasaba aire entre sus rostros—. Déjame mimarte.

La besó con delicadeza, sin importarle que estuvieran rodeados de gente, que tenía que esquivarlos para seguir caminando. Pensaba que ella se apartaría al sentirse observada, pero lo sorprendió devolviéndole el beso con entusiasmo. Sus lenguas se entrelazaron, y Lucifer tuvo que detenerse para no montar un espectáculo delante de medio barrio.

Eliza le sonrió cuando se separaron.

—Si me lo pides así, no puedo negarme.

Lo dijo con cierta picardía y Lucifer le devolvió el gesto, pensando en lo atrevida que se estaba volviendo *su* Eliza. Frunció el ceño ante el pensamiento involuntario. No era suya y nunca lo sería. Quería que fuera dueña de sí misma. Además, en cuanto ella supiera la verdad, dejaría de sonreírle como lo hacía.

Se sintió miserable solo con pensarlo.

¿Y si le contaba la verdad? De inmediato rechazó la descabellada

idea. No podía hacerlo, pensó mientras Eliza pedía en uno de los puestecitos un poco de pescado frito y patatas asadas. La observó hablar alegremente con el vendedor, que espolvoreaba sal sobre la comida caliente, y supo que si se lo contaba jamás lo entendería. Aunque no fuese buena persona, el duque seguía siendo su padre. Y ya había llegado demasiado lejos en aquella farsa como para que Eliza pudiera comprender por qué estaba haciendo todo aquello.

Eliza no le perdonaría jamás. Era algo que sabía desde el principio y que no le había importado lo más mínimo mientras elaboraba su plan y lo llevaba a cabo. Pero entonces la conoció, y las cosas comenzaron a complicarse.

Ahora, mientras la veía disfrutar de la comida y de la fiesta, le resultaba insoportable pensar en el momento en el que lady Eliza Cavendish comenzase a odiarlo.

Pero ya no había vuelta atrás.

Capítulo 20

Eliza se lo estaba pasando realmente bien y le sorprendía encontrarse tan a gusto en un ambiente desconocido para ella en todos los aspectos. Le gustaba ver que allí las personas gritaban, reían estruendosamente y se comportaban con naturalidad y sin miedo a ser juzgados. Era refrescante asistir a una fiesta tan animada, en la que nadie debía vigilar sus pasos a causa de las numerosas reglas de moral y protocolo. Le había encantado el ambiente en cuanto puso un pie en el barrio junto a Ethel.

Eliza había pasado una hora muy divertida junto a su doncella, olvidando todos sus problemas y dudas. No obstante, y aunque la compañía no había empeorado en absoluto, en ese momento los nervios la torturaban, pero por motivos muy ajenos a la fiesta.

Miró de reojo a su acompañante. En el club, Russell era el que dominaba la situación y Eliza era consciente cada segundo de que estaban en su terreno, por lo que casi siempre estaba en guardia. Pero allí en Clerkenwell se encontraban en igualdad de condiciones, y le daba la impresión de que Russell era allí más accesible de lo que jamás podría ser ocultando su rostro tras la fachada del aterrador Lucifer.

Sin máscaras ni secretos, aunque era evidente que seguía ocultándole algo. Que, cada vez estaba más segura, le quemaba por dentro. Aun así, se sentía bien a su lado, como si fuese de lo más apropiado verse de forma clandestina con un hombre de dudosa procedencia e inmoral trabajo. Porque todo el puritanismo que Eliza tenía tan arraigado en su mente se volatilizaba cuando Russell le ofrecía oportunidades que su familia le había negado siempre. No quería ni saber cómo se hubiera enfadado su padre de haberla descubierto escapándose de casa. Era una estupidez, pero elegir qué comer entre un montón de opciones era algo que pocas veces había vivido. De hecho, le costaba recordar alguna. Toda su vida había sido dictada y creada por su familia, pero con Russell ella pasaba de ser el títere a manejar sus propios hilos.

En realidad, su nerviosismo se debía principalmente al beso que

habían compartido en su despacho y en el que no podía dejar de pensar.

¿Estaba siendo inocente e inconsciente? Era lo más probable. No obstante, al lado de Russell se sentía más viva y libre de lo que jamás podría sentirse en Rowland House. Tan libre como al bailar en la pequeña plaza sabiendo que nadie la estaba juzgando por cómo iba vestida, peinada o por cómo se comportaba. No quería renunciar tan rápido a esa mágica sensación y, como tan astutamente le había dicho Ginny, tenía unas semanas hasta que llegara la boda con Barwick para ser aventurera.

Era como si el hecho de tener una cuenta atrás la volviese más valiente o temeraria. Como si una parte de su mente se apagase, dejando para el futuro el hecho de asimilar que pronto estaría casada con un hombre mucho más mayor que ella. Su destino no tenía cabida en su presente.

Como Russell estaba en su presente, pero no en su futuro, le resultaba más fácil obviar que seguía siendo un misterio para ella. Prefería centrarse en que su cuerpo hormigueaba ante su contacto, como cuando la había estrechado entre sus brazos al final del baile popular. O en cómo la miraba en ese momento, como si quisiera devorarla.

Sintió un escalofrío cuando sus ojos se encontraron. El beso que Russell acababa de darle había sido dulce, suave, y la había dejado anhelante de más. Estaba casi convencida de que el propio Russell se había contenido para no profundizar el beso en mitad de la calle. A ella no le importaría en absoluto volver a revivir lo que había pasado unas noches atrás en La Tríada.

Quizá sus pensamientos se reflejaron en su rostro, porque los ojos oscuros de Russell se opacaron todavía más, llenos de un peligro que le resultó excitante.

Sin darse cuenta, se habían vuelto a detener, pero Eliza apenas fue consciente de ello. Hasta que un par de niños pasaron corriendo por su lado, empujándola y deshaciendo la conexión entre Russell y ella. Este la sujetó para que no cayese y la protegió con su cuerpo de la multitud emocionada.

—Será mejor que continuemos andando o nos atropellarán —le

dijo con suavidad en el oído.

Ella asintió y siguieron avanzando en silencio.

—Mi familia se volvería loca si me viera aquí —dijo con fingida ligereza para romper la tensión que notaba entre ellos. Era casi palpable, al menos para ella. ¿Sería él igual de consciente? Parecía siempre tan seguro de sí mismo que le resultaba difícil de creer—. Vestida como una doncella y comiendo patatas asadas con las manos.

Russell, a su lado, sonrió. Parecía más tranquilo.

—Pero ¿y lo bella que estás siendo tú misma?

Cuando le hablaba así, la desarmaba por completo. Estaba acostumbrada a escuchar cumplidos vacíos sobre lo buena dama que era, lo bien que se comportaba o lo bella que era, tal y como dictaban los gustos ingleses. Sin embargo, todo eso estaba carente de sentimiento. Era falsa cortesía.

Pero Russell la alababa por todo lo contrario a lo que siempre había sido correcto para ella. Le resultaba muy difícil no derretirse ante sus palabras, que distaban de ser vacías.

Qué peligro tenía aquel hombre, que parecía mirarla como si fuese valiosa para él.

—Se te da muy bien cortejar a una dama —bromeó para enmascarar que el corazón le latía a toda velocidad.

Se recordó una vez más que Russell, y todo lo que traía consigo, era su aventura pasajera. Y fue la primera vez que sintió una punzada de dolor en el pecho. Le encantaría poder escuchar cosas así a diario, pero era imposible y debía asumirlo.

Lo disfrutaría mientras durase.

—¿Y qué harías si te dijera que quiero cortejarte?

Eliza se quedó muda, porque estaba segura de que lo había dicho completamente en serio. Para entonces, su paseo los había llevado al punto de partida: la pequeña placita donde se habían encontrado. Eliza arrugó el papel donde ya no quedaba nada de comida y Russell se encargó de lanzarlo a un cubo de desperdicios. También le dio un pañuelo para que se limpiase las manos, sin importarle que ella lo manchase de aceite. Fueron unos segundos en los que no dejó de mirarla con intensidad, esperando una respuesta.

Pero ella no supo qué decir.

—Russell, yo… —comenzó—. Te dije que estoy prometida.

—Lo sé —respondió sin vacilar. Estaba tan serio que a Eliza le costó sostenerle la mirada—. Pero eso no significa que me guste la idea de que te cases con otro.

Eliza sacudió la cabeza, nerviosa.

—Es imposible impedirlo y lo sabes. Mi familia… —dijo atropelladamente. Y respiró hondo, poniendo voz a sus pensamientos—: Estoy… disfrutando de tu compañía sabiendo que terminará cuando me case. Es pasajero.

Russell apretó la mandíbula, como si estuviera conteniéndose para no gritar o maldecir. ¿Le había ofendido?

—No te cases, Eliza. Serás infeliz. —La miró con ojos suplicantes —. No te condenes a una vida miserable por una familia que no te aprecia tal y como eres.

Sus palabras escocieron y dio un paso atrás, parpadeando para contener las lágrimas. Quizá Russell tenía razón, pero eso no significaba que pudiese hablar tan a la ligera de algo que no estaba viviendo en sus propias carnes.

—¿Crees que es fácil hacer añicos la única vida que conozco? No será perfecta, pero es mía —respondió, tratando de controlar el temblor de su voz—. Además, está mi hermano. No puedo dejar a Nathan sin nada, aunque él diga que no le importa. Yo sé que sí. Soy su hermana mayor.

—¡Pero no es tu responsabilidad! —exclamó Russell, alterado. Cerró los ojos un segundo, como si quisiera controlarse, y se acercó de nuevo a ella. Pero Eliza retrocedió. No podría soportar esa conversación si la tocaba—. Yo cuidaré de tu hermano.

Eliza se rio con incredulidad. Debía de ser una broma de mal gusto.

—No puedes hablar en serio. —Sacudió la cabeza, nerviosa—. Apenas nos conocemos como para que me estés pidiendo que renuncie a todo por la aparente seguridad que me ofreces.

Russell apretó la mandíbula.

—Nos conocemos mejor de lo que tú conoces a Barwick, con el que solo has hablado una vez. ¿O me equivoco? —Ella no respondió,

así que él aprovechó para continuar su diatriba—: Lo que pasa es que te asusta enfrentarte a tu padre. ¿O la razón de tu rechazo es porque él es barón y yo no soy nadie? Porque puedo ofrecerte mucho más que un vacío título nobiliario.

Eliza sintió que la ira la invadía. ¿Cómo se atrevía a acusarla de cobarde y de clasista? Él no tenía ni idea de lo que era vivir en esa casa y de las cosas que había tenido que soportar. Entrecerró los ojos, furiosa.

—Al menos, él ha sido sincero conmigo, no como tú.

Russell se tensó.

—¿De qué hablas? —Trató de sonar firme, pero Eliza ya empezaba a conocerle y le acababa de pescar con la guardia baja.

Ella apretó los puños, harta de secretos y de mentiras.

—¿Crees que soy tonta? Es evidente que me ocultas algo. ¿Que te acercaste a mí porque te gustaba? ¡No me hagas reír! —Eliza estaba fuera de sus casillas, y no le importó un ápice. Russell abrió los ojos, sorprendido. La gente se los quedaba mirando al pasar, pero le dio exactamente igual—. La única razón por la que he fingido no saber que no eres sincero conmigo es porque puedes encontrar a mi madre. O eso dices. La verdad es que, lamentablemente, eres mi única opción factible. Qué triste es eso, ¿no crees?

La furia le ardía en el pecho, dándole fuerza para sostenerle la mirada. Jamás se había enfadado tanto con alguien. O, al menos, jamás lo había demostrado.

—Si tan decidida estás a casarte con el viejo, ¿por qué tanto interés en encontrar a tu madre, que incluso haces un trato con alguien que te repugna tanto? —Eliza iba a abrir la boca para discutir, pero él siguió sin apenas coger aire. No se le había escapado que Russell no había negado que le ocultase algo—: ¿No será que en el fondo estás buscando una vía de escape, pero me rechazas porque yo no te valgo para mantener tu vida de aristócrata? Qué vergüenza que la hija del duque se case con un tipo de clase baja que tiene que esconderse tras una máscara como un vulgar delincuente.

Le dolía que pensase tan mal de ella. Pero ¿acaso Eliza no estaba haciendo lo mismo con él?

—Quiero encontrar a mi madre porque llevo quince años pensando que está muerta.

Vio arrepentimiento en los ojos de Russell, pero le dio igual. Eliza no iba a admitir que había algo de verdad en las palabras de Russell. Que esperaba, de alguna manera infantil, que su madre tuviera la solución para impedir la maldita boda, como cuando era niña y cuidaba de ella. O quizá que, aunque tuviera que casarse, hubiese alguien de su familia que sí se preocupara por su bienestar. Pero era algo que no se permitía pensar demasiado, porque, si lo hacía, la esperanza germinaría en su pecho como una mala hierba imposible de retirar y el batacazo final sería devastador. Al fin y al cabo, su madre jamás había intentado ponerse en contacto con ella.

Quizá, simplemente, no le importaban sus hijos y Eliza seguiría estando sola una vez que la encontrase y pudiera, mirándola a los ojos, preguntarle por qué los abandonó.

Pero al menos tendría respuestas.

—Yo… —comenzó Russell, pero Eliza alzó una mano para interrumpirle.

No quería escuchar nada más.

—Quiero irme a casa —pidió. La fiesta había terminado para ella —. Por favor.

—Te acompañaré.

Eliza asintió con sequedad, pues no quiso discutir. La verdad era que, por muy enfadada que estuviese con él, no quería volver sola a casa, y buscar a Ethel entre la multitud en ese momento se le antojaba una odisea. No quería quedarse tan pronto en compañía de sus fantasmas.

***

El silencio dentro del carruaje de alquiler era ensordecedor. Eliza no recordaba ningún momento entre Russell y ella que hubiese sido tan incómodo. Estaban sentados frente a frente, pero él evitaba mirarla y Eliza se esforzaba por mantener la mirada fija en la ventanilla. En su mente no dejaba de reproducirse la discusión una y otra vez,

hasta que se le hizo insoportable mantenerse callada.

Era cierto que estaba allí con él para encontrar a su madre, pero no podía engañarse a sí misma diciéndose que era la única razón. Russell le gustaba y le atraía, y era estúpido negarlo.

No soportaba que tuviera tan mal concepto de ella. Había algo en concreto que la llenaba de desasosiego.

—No me repugnas ni jamás lo has hecho —dijo. Y su voz, a pesar de ser un susurro, sonó atronadora en el pequeño espacio en movimiento—. Quiero que lo sepas. Me importan bien poco tus orígenes.

Le parecía importante decírselo. Se hizo el silencio durante unos eternos segundos hasta que le escuchó suspirar.

—Siento mucho todo lo que te he dicho. —Russell se disculpó y su voz sonaba sincera—. No tengo excusa.

Eliza sintió que se desinflaba y su enfado se disipaba casi por completo. Ella también suspiró.

—Quizá tengas razón y soy una cobarde —musitó, e hizo una mueca—. Yo también lo siento.

—No creo que seas cobarde —aseguró. Y, por alguna razón, los ojos le escocieron al escucharle. Quería creerlo con todas sus fuerzas—. Creo que has tenido una vida más difícil de lo que puede parecer a simple vista.

Por fin, tuvo el valor de girarse hacia él. Tenía entre las manos un libro y lo miraba como si este fuera a darle la solución a sus problemas. O como si fuese la fuente de todos ellos. Eliza pudo leer el título al revés y lo reconoció en el acto: *Los tres mosqueteros*. Russell la miró por fin.

—Si pudieras hacer pagar a la persona que te destrozó la vida, ¿lo harías?

La pregunta quedó flotando entre ellos como un gas denso y pesado. El traqueteo del carruaje era lo único que se escuchaba. Eliza tragó saliva y respondió de la forma más sincera que pudo:

—Si tuviese el valor suficiente para hacerlo… Creo que sí.

¿Su familia le había destrozado la vida? Quizá no, pero sí se la habían hecho muy ardua. Todavía lo hacían, de hecho. Le habían mentido sobre su madre sin pestañear. ¿Eso bastaría para hacerles

pagar? Seguramente no, pero porque Eliza no tenía fortaleza suficiente.

Russell no despegó los ojos de ella, pero aferraba el libro como si fuera una tabla de salvación. La luz que entraba por las ventanillas incidía directamente en sus manos y pudo ver que tenía los nudillos blancos.

—Pero ¿y si hacer pagar a esa persona implica hacerle daño a otra que no lo merece?

Eliza se quedó en silencio, meditando. Algo le decía que aquella no era una pregunta más y lo que contestase iba a resultar trascendental, pero no tenía suficiente información.

—¿Por qué me preguntas todo esto, Russell? ¿Qué pasa con ese libro?

A pesar de la semioscuridad de su rostro, lo vio vacilar, como si no estuviera seguro de seguir hablando. Eliza cambió de asiento hasta situarse a su lado y le cogió la mano. Casi de inmediato, Russell aflojó el agarre sobre el libro.

—¿Qué te carcome?

Este cerró los ojos, claudicando.

—El libro no es especial por sí mismo, pero me recuerda el peor día de mi vida, y suelo llevarlo encima para reafirmarme en las decisiones que he tomado —comenzó. Se agarró a su mano como si lo necesitara para seguir hablando—. Tenía ocho años cuando se llevaron a mi padre.

Eliza ahogó una exclamación.

—¿Quiénes?

—Scotland Yard —respondió—. Le habían acusado de robar un collar de rubíes muy importante y exclusivo en la casa en la que trabajaba como jardinero. Él jamás habría hecho algo así. ¡Jamás!

Lo dijo con tanta vehemencia que Eliza le creyó sin dudar. Se imaginó a un Russell más mayor, siendo esposado y enviado a Newgate injustamente. Se estremeció.

—¿No se dieron cuenta de que tu padre era inocente?

Russell rio con sequedad.

—A nadie le importa el destino de los pobres, Eliza —dijo con amargura—. ¿Qué era la palabra de un simple jardinero contra la de

un hombre poderoso? Nadie le creyó. Ni a él ni a mi madre ni a mí, que solo era un crío.

Eliza le apretó la mano con fuerza.

—¿Qué pasó después?

Russell desvió la mirada.

—Dadas las pésimas condiciones en las que se encontraba en la cárcel, murió de fiebres poco antes de que lo ahorcasen —respondió, y su voz estaba llena de tristeza—. Mi madre lo siguió al poco tiempo a causa de la pena y del horrible trabajo que tenía en la algodonera, respirando polvo a todas horas. Me quedé solo y me mandaron al hospicio.

Eliza sintió que el corazón se le estrujaba de pena por el pequeño niño de ocho años que se había visto obligado a crecer deprisa. Ella sabía lo que era perder a una madre, sabía lo que era sentirse sola, pero no creía poder entender lo desamparado que debió de encontrarse Russell.

—Lo siento mucho —dijo de corazón. Quiso abrazarlo, pero no sabía si él la rechazaría, así que se detuvo—. Lo siento de verdad.

Él le regaló una pequeña sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Me escapé del hospicio a las pocas semanas y malviví en la calle. Si no llega a ser por Azazel y el padre Weasley, no sé qué hubiera sido de mí.

Eliza recordó lo que le había dicho el sacerdote: que Russell había llegado a la iglesia medio muerto y casi sin fuerzas. Se imaginó a un Russell niño pidiendo ayuda a gritos y se le partió el corazón.

Se hizo el silencio, cada uno sumido en sus cavilaciones, y Eliza no sabía si atreverse a preguntar.

—¿Qué hizo ese hombre poderoso?

Russell sacudió la cabeza.

—Nada en absoluto. Tras denunciar a mi padre, se quedó mirando cómo se lo llevaban sin mover un dedo. Llevaba veinte años trabajando allí sin una queja, pero no obtuvo ni un poco de compasión a cambio —respondió con rabia.

Eliza no sabía qué hacer ni decir. Aunque el padre de Russell hubiese robado aquel collar, ¿debía ir a la cárcel después de veinte años de servicio? ¿No merecía, al menos, el beneficio de la duda?

—Dos días después, me colé en su casa para tratar de hacerle ver que era un error y que tenía que ayudarme a liberarlo. Estaba convencido de que era una equivocación y que jamás le hubiese hecho eso a mi padre. No quiso escucharme. Me dijo que lo sentía, pero que mi padre tenía lo que había sembrado. ¡Que lo sentía! Qué hipócrita. Me echaron de la casa sin miramientos. En ese momento, juré que me vengaría.

Eliza no pudo contenerse más y le abrazó. Russell se quedó rígido unos segundos, pero enseguida la estrechó contra sí, enterrando el rostro en su cuello. Como el carruaje no dejaba mucha libertad de movimiento, Eliza estaba casi encima de él, pero a Russell no parecía importarle.

—No puedo siquiera imaginar por lo que pasaste —musitó contra su piel—. Te agradezco que me lo hayas contado.

Russell murmuró algo como respuesta, pero Eliza no le entendió.

—¿Qué has dicho? —preguntó separándose de él.

—Que no merezco que sientas lástima por mí. Si supieses toda la historia, no me estarías abrazando.

Eliza frunció el ceño.

—¿Y por qué no me lo explicas?

Russell vaciló antes de negar con la cabeza.

—Porque no puedo —respondió con seguridad—. Porque intentarías detenerme, y no podré descansar hasta ver a ese hombre hundido en la miseria.

No parecía afligido por albergar tanto odio, sino más bien estoico, como si no existiese otra forma distinta de terminar su historia. Eliza sacudió la cabeza.

—Yo no soy nadie para intentar detenerte, Russell.

Él no respondió, pero le dio la impresión de que discrepaba. Se miraron a los ojos y Eliza lo sintió: la tensión que crepitaba entre ambos, como las chispas que saltan de un tronco que se está quemando en la chimenea. Él parecía igual de afectado, porque dijo:

—Sé que solo soy una aventura para ti, que todo esto es temporal y que no merezco que me digas que sí, pero necesito besarte.

Sí, Russell Knight era la primera y única aventura que había tenido y tendría en su vida. Pero que Dios la ayudara, porque todo su

cuerpo gritaba que ella también necesitaba besarle.

Esa vez fue Eliza la que dio el primer paso.

Todo a su alrededor se esfumó. El hecho de que estaban en un carruaje en marcha, el traqueteo incansable y de que no debían encontrarse ya muy lejos de Rowland House. Le dio todo exactamente igual, excepto sentir la boca de Russell sobre la suya. La primera vez había sido maravillosa y excitante, pero Eliza sentía que aquella era mucho mejor. Quizá porque sentía que conocía un poco mejor al hombre que provocaba en ella tantas cosas, hasta el momento inexploradas.

Russell profundizó el beso y ella gimió, sintiendo que el calor invadía cada centímetro de su piel. Él la sujetaba como si no quisiera dejarla ir y, lejos de asustarse, Eliza quería quedarse allí infinitamente.

En el club le entró el pánico porque no era capaz de controlar lo que sentía cuando Russell la tocaba, pero, en ese momento, supo que no le detendría. Eliza quería saber más, sentir más, conocer de primera mano qué era lo que atraía a la gente a La Tríada una y otra vez. Ese misterio que suponían la pasión y el deseo para ella.

Estaba segura de que en su futuro matrimonio no tendría nada de todo eso, así que no le quedaban demasiadas oportunidades para averiguarlo. No quiso dejarse llevar por los malos pensamientos, y Russell la ayudó sin saberlo. Porque, cuando él atacó su cuello, Eliza no pudo desarrollar ningún otro pensamiento coherente.

Únicamente que necesitaba más.

Russell parecía saberlo, porque puso la mano sobre el cordel que ataba su sencillo vestido de lana y la miró.

—¿Puedo? —preguntó. Por su voz, Eliza estuvo segura de que se estaba conteniendo para no arrancarle el vestido.

El mero pensamiento envió una ola de calor por todo su cuerpo. Asintió con la cabeza, incapaz de hablar. Russell no se lo pensó dos veces y la subió a horcajadas sobre su regazo. Eliza, con el vestido de lana enrollado alrededor de su cadera, se sujetó a sus hombros y tragó saliva a causa de la expectación. Se movió, friccionándose contra la abultada entrepierna de él, y lo escuchó jadear. Una ola de poderío la invadió, pero Russell la detuvo antes de que pudiera

frotarse de nuevo.

—Primero tú —dijo con la voz ronca antes de tirar del cordel, abriendo su corsé casi con desesperación.

Cualquier clase de inseguridad que albergase sobre su cuerpo se esfumó ante la mirada abrasadora que Russell le lanzó.

—Eres perfecta —afirmó antes de bajar la cabeza hacia sus pechos.

Asombrada, Eliza vio a Russell lamer sus pezones, mordisquearlos y dedicarles toda su atención. Sintió que el calor se intensificaba en su entrepierna y cerró los ojos, abrumada por el fuego que la consumía.

Se besaron de nuevo y Eliza imaginó que se convertiría en mantequilla entre los dedos de él. Por un segundo fue consciente de que ella, la perfecta y obediente Eliza Cavendish, estaba haciendo cosas indecentes en un carruaje. Y, por si fuera poco, en compañía de un hombre que se hacía llamar a sí mismo como el diablo.

No se reconocía a sí misma, pero, lejos de sentirse mal por ello, o culpable, se preguntó por qué no lo había hecho antes. ¿Qué le había aportado el ser la perfecta dama inglesa? Un matrimonio que no quería y una responsabilidad que no había pedido.

Russell se abrió paso entre la tela del vestido hasta su entrepierna, sin dejar de besarla por todas partes. Le sentía en cada poro de su piel, dejando huella. Eliza contuvo la respiración, excitada, al notar su mano tan cerca del lugar donde se concentraba todo el calor que la consumía.

—¿Quieres más? —le preguntó él, y Eliza asintió. Subió un poco más la mano por su muslo, torturándola—. ¿Aquí?

Lamió sus pechos, y sus caderas se movieron involuntariamente. Él sonrió como un canalla, siendo consciente de lo que provocaba en ella.

Subió un poco más la mano y le acarició el muslo con suavidad. Estaba tan sensible que Eliza notaba cada pequeño movimiento en todo su ser. Soltó un gemido casi suplicante. Quería que la tocase donde más lo necesitaba.

—Creo que es por aquí, ¿verdad? —Cuando Eliza creía estar a punto de perder el norte, la mano de Russell llegó por fin a su

entrepierna. Le mordió el cuello y susurró en su oído en tono juguetón—: ¿He acertado?

Eliza lo miró a los ojos, nublados por el placer.

—Sí, por favor.

Russell sonrió, victorioso.

—Por favor, ¿qué? ¿Quieres que te toque? Tendrás que ordenármelo para que obedezca, cielo.

Eliza cerró los ojos, incapaz de mirarle. Sabía lo que buscaba; quería que ella fuese consciente de que sus decisiones tenían peso y valor. Así que le era imposible no acceder a jugar a su juego.

Más cuando ella estaba en el centro del tablero.

—Tócame.

No la torturó más. En cuanto Russell acarició el pequeño lugar que ella se había descubierto un par de noches atrás, el placer la inundó con fuerza, dejándola desprovista de raciocinio. Russell la besó sin dejar de tocarla, introduciendo un dedo en su interior. Eliza gimió con fuerza. Él la sujetó con el otro brazo para que no cayese y Eliza se abandonó al placer que le proporcionaba.

—Estás tan excitada que solo puedo pensar en enterrarme en ti. Estar en tu interior debe de ser una maldita maravilla. —Lejos de escandalizarse, su excitación aumentaba con cada palabra. ¿Por qué tenía tanto poder sobre ella?—. Sin embargo, hoy te toca disfrutar a ti.

Eliza no había experimentado jamás unas sensaciones tan fuertes. Estas crecieron y crecieron hasta que fue incapaz de soportarlo más. Sus gemidos llenaban el pequeño espacio del carruaje y Russell parecía atento a cada una de sus reacciones, descubriendo la forma en que debía tocarla para darle el máximo placer.

Ella era incapaz de estarse quieta, moviendo las caderas contra su mano y buscando el alivio que necesitaba. Russell, viéndola tan desesperada, incrementó el ritmo de las caricias.

—Russell… —dijo entre jadeos.

—Estás preciosa cuando te dejas llevar por la pasión —respondió él, acariciando el pequeño nudo de placer con más fuerza.

Sus palabras fueron el detonante y Eliza explotó de placer de forma tan increíble que se derrumbó sobre Russell sin fuerzas. Él la

estrechó contra sí y le acarició el cabello con suavidad.

—Ojalá me dejases hacer esto toda la vida. —Creyó escucharlo susurrar.

Eliza cerró los ojos y fingió no haberle oído, porque era incapaz de responderle. Su cabeza gritaba una cosa, pero su corazón otra.

Así que enterró sus anhelos en lo más profundo de su alma.

Capítulo 21

No tenía muy claro cómo volvió a su habitación aquella noche, pero dio gracias a Dios porque Ethel ya había regresado de la fiesta y la había ayudado a entrar en Rowland House sin percances. Su mente todavía seguía con Russell cuando se había metido en la cama. Analizó la conversación que habían tenido una y otra vez, y rememoró lo que había sucedido entre ellos en el carruaje. El amanecer la había encontrado todavía despierta, pero al menos había llegado a la conclusión de que todo lo que había escuchado anoche era cierto. Sobre todo porque estaba casi convencida de que Russell no había planeado contarle nada de aquello. La discusión que habían tenido había provocado que él se abriese ante ella.

Y se preguntó quién sería aquel hombre tan poderoso que destrozó a la familia Knight sin contemplaciones. Russell le había dicho que, si se lo contaba, intentaría detenerle. Pero ¿acaso ella estaba moralmente capacitada para hacerlo? Desde luego que no.

Pero eso le decía que era muy probable que ella conociese a esa persona.

Debería alejarse, lo sabía bien. Él mismo le había confesado que no le estaba diciendo toda la verdad. Tanto el padre Weasley como el propio Russell le advertían que se anduviese con pies de plomo, de una u otra manera. La aventura sin pretensiones que ella había planeado antes de su boda parecía querer convertirse en un terreno inestable en el que cualquier paso en falso sería fatal.

No obstante, lo que Russell le dijo anoche a modo de despedida le impedía tomar una decisión.

—Tengo una pista sobre tu madre, pero no es nada sólido todavía. Dame unos días para terminar de investigar —le dijo tras darle un beso de despedida que la dejó anhelante—. Creo que la próxima vez que vengas al club ya podré contarte más.

Podía ser un farol, pero no iba a arriesgarse. No podía mentirse a sí misma, pues la verdad era que no quería despedirse tan pronto de su pequeña aventura. Todavía le quedaban algo más de tres semanas en las que podía seguir siendo la despreocupada Eliza.

Ethel entró en ese momento y sonrió al verla en pie.

—Creía que seguiría durmiendo, milady.

La joven sacudió la cabeza.

—No podía dormir. —Sonrió—. Gracias por ayudarme anoche y por invitarme a la fiesta.

Ethel comenzó a vestirla con presteza.

—Es un placer, milady —respondió con alegría—. Vaya con pies de plomo cuando baje. He acudido al comedor a entregar mi informe sobre usted y parece que el ambiente está enrarecido.

Eliza supo a lo que se refería su doncella en cuanto se acercó a la puerta del comedor, que estaba entreabierta. Aunque su tía y su prima trataban de no alzar la voz, se las escuchaba desde allí. Eliza no tuvo que aguzar mucho el oído para saber de qué hablaban. Era la segunda vez en poco tiempo que espiaba conversaciones ajenas, y estaba claro que no había escarmentado, porque se quedó paralizada en cuanto escuchó su nombre.

—¿Por qué Eliza tiene todo lo que quiere y yo no? —preguntaba Rachel con evidente enfado—. ¡Solo estoy pidiendo un vestido nuevo!

—Ya sabes lo que ocurre, Rachel —respondió tía Margaret con severidad—. Deja de comportarte como una cría y ten paciencia. Cuando Eliza se case, volveremos a tener las arcas llenas. Solo quedan tres semanas.

Eliza apretó los labios, asqueada. Hablaban como si ella fuera simple ganado. Se hizo un silencio en el que imaginó que Rachel hacía un mohín caprichoso.

—¿No puedo pagar el vestido con parte de lo que papá le ha robado a…?

—Cállate, ¡chiquilla estúpida! —la cortó Margaret con evidente temor.

Dios santo, ¿acababa de decir que…?

Se escuchó un golpe fuerte, que le hizo dar un respingo, seguido de un sonido de cristales rotos. Alguien había dado un puñetazo sobre la mesa, tan fuerte que incluso parecía haber tirado alguna copa.

—Basta, Rachel. —Eliza reconoció la voz fría de su tío Herbert,

que le puso los pelos de punta—. Que no te vuelva a escuchar mencionar nada de esto.

Eliza aguantó la respiración para ver si podía captar algo más, pero los tres siguieron desayunando en silencio. Incluso Rachel se había acobardado. No podía quedarse más tiempo allí plantada, o alguien la vería y se metería en problemas. Así que respiró hondo y entró, procurando que en su rostro no se percibiese que los había escuchado hablar.

—Buenos días —dijo con calma y una sonrisa.

Su prima la fulminó con la mirada, mientras que su tía la miró con una sonrisa falsa idéntica a la suya.

—Buenos días, querida —respondió—. ¿Has dormido bien? ¿Te ha bajado la fiebre?

A pesar de su falsa preocupación, la joven fingió creer que era genuina.

—Sí, parece que me encuentro mucho mejor. Dormir me ha venido bien.

Eliza se sirvió un té y se sentó frente a Herbert, que no despegó la vista del periódico. A su derecha, tía Margaret intervino de nuevo:

—Recuerda que hoy tenemos el almuerzo de los Preston —dijo con ligereza—. No desayunes ahora o no podrás comer nada después, y eso despertaría habladurías. La modista no podrá ensancharte el vestido si engordas a pocas semanas de la boda.

Eliza asintió, mirando su té y tratando de olvidar el hambre que tenía.

—Lo sé, tía Margaret.

Se sorprendió pensando en que le gustaría encontrarse en La Tríada, en compañía de Russell. Trató de abstraerse mientras se terminaba el té. Su tía leía la revista de cotilleos, *Pennie's*, con atención y su tío seguía sin despegar la vista del *The Times*. La ignoraban y ella lo agradecía. Rachel, por su parte, no dejaba de fulminarla con la mirada de vez en cuando. ¿Qué habría querido decir con que Herbert había robado a alguien? ¿Se referiría a su padre?

Ojalá pudiera averiguar más, pero Rachel jamás le diría nada que no fueran insultos y malas palabras. En ese momento, entró la

señorita Hamilton y saludó con cortesía. La joven se sentó tras servirse el desayuno en el aparador, y le dedicó una pequeña sonrisa. El silencio volvió a imponerse en la mesa. Lena parecía tan incómoda como ella, y quiso romper la horrible tensión que los envolvía:

—Lleva un vestido precioso, señorita Hamilton —dijo con una sonrisa, ignorando por completo los ataques de su prima—. ¿Vendrá con nosotras al almuerzo?

La joven asintió.

—Sí, lady Eliza.

Ella sonrió.

—Es un evento muy divertido, le gustará. Los Preston siempre organizan juegos y deportes al aire libre entre madres e hijas. Lady Preston y su hija son especialmente competitivas.

Lena iba a responder, pero Rachel se adelantó con su acostumbrado veneno.

—Qué pena que tú no puedas participar en ninguno, ¿eh, Eliza? —dijo con una sonrisa que indicaba que su intención era herir—. Tu madre se volvió loca porque no te soportaba.

Lena soltó un grito ahogado y miró a Rachel con horror. Incluso tío Herbert y tía Margaret levantaron la cabeza de sus lecturas.

—¡Rachel! ¿Cómo se te ocurre decir algo tan horrible?

Eliza normalmente no respondería, pero estaba harta de los desplantes de su prima. Más cuando se trataba de su madre. No sentía dolor, sino rabia y enfado. Así que no bajó la cabeza. Nunca más volvería a hacerlo ante aquella harpía. Al contrario, la enfrentó. Y, aunque le palpitaba el corazón a toda prisa, no se detuvo:

—Qué pena me das, porque estás tan llena de odio que solo disfrutas hiriendo a los demás. No puedo concebir nada tan patético. —Rachel se quedó lívida, y Eliza no se atrevió a mirar a sus tíos—. Eres parte de mi familia y cuando era pequeña te adoraba, pero has conseguido que solo sienta antipatía hacia ti. Durante un tiempo, quise saber por qué me tienes tanta inquina. Quería entenderlo para poder corregirlo y que las cosas volvieran a ser como cuando éramos niñas. Pero la verdad es que ahora no me importa lo más mínimo. Envenénate tú sola, prima. Yo renuncio a ser tu saco de boxeo.

Sin esperar respuesta, se levantó y miró a su tía, que parecía tan estupefacta como su propia hija. Eliza jamás había respondido de tan mala manera —jamás había respondido en absoluto—, pero la verdad era que se había quitado un peso de encima. Se sentía incluso algo mejor.

—No me siento bien, tía, así que no iré al almuerzo —dijo con una serenidad que no sentía desde hacía tiempo—. Páselo bien y discúlpeme con los Preston.

Salió del comedor con su dignidad intacta y un peso menos sobre la espalda. Pero no pudo siquiera darle vueltas a lo que acababa de pasar, porque su prima había decidido que Eliza no podía tener la última palabra. La había seguido hasta su salita privada y entró en ella como un vendaval.

—Tú eres la patética —le dijo. Eliza se giró para mirarla y vio que Rachel tenía lágrimas en los ojos de pura rabia—. Siempre fingiendo ser tan perfecta y modosita. Tan falsa que los engañas a todos. Pero no a mí. Yo sé que te pasas cada minuto del día mintiendo. No te atreves ni a hacer ni a decir lo que piensas de verdad por si se rompe tu fachada de santa.

Eliza apretó los labios, pero no dijo nada. En cierto modo, Rachel tenía razón, pero jamás lo admitiría ante ella. No fingía ser perfecta por su propia comodidad, sino porque era lo que la habían obligado a ser. Rachel debió leerle la mente, porque entrecerró los ojos.

—No te atrevas a decir que lo haces por tu padre, porque es mentira —dijo con inquina—. En el fondo, te gusta ser doña perfecta. Te da seguridad y no tienes valor para cambiarlo.

Eliza sacudió la cabeza, dolida. Una vez más, la llamaban cobarde y estaba harta.

—¿Acaso tú tienes superioridad moral para hablar de valentía? Tú, que te pasas los días tratando de cumplir las altas expectativas de tu madre, pero no eres capaz de decirle que no quieres casarte con nadie. No mires la paja en el ojo ajeno, Rachel, cuando tú tienes mucho que callar.

Rachel dio un paso atrás y el pánico cruzó sus ojos. Jamás se lo había dicho, pero Eliza había visto su rostro cada vez que su madre insinuaba algo sobre el matrimonio. Rachel no quería casarse con

nadie, pero había escondido su deseo en lo más hondo de su ser, cubierto por rencor y malas palabras.

Pero jamás haría nada al respecto, por supuesto. Igual que Eliza. ¿Acaso tenían más opción que cumplir con lo establecido?

Rachel la señaló con el dedo de forma acusadora.

—Tú lo tienes todo, Eliza. Eres la incomparable de la temporada; tienes la atención de todos los que te rodean. Yo llevo soltera dos temporadas y a mi madre le encanta recordármelo. Tú estabas prometida tras un par de eventos sociales. Soy un maldito cero a la izquierda a tu lado. Mi madre me compara constantemente contigo, cuando yo soy mayor que tú. ¿Sabes qué es escuchar cada día que «Eliza hace esto» o «Eliza hace esto otro»? ¡Estoy harta!

Rio secamente y Eliza tuvo ganas de hacer lo mismo. Qué ciega estaba.

—¿Que yo lo tengo todo? Por favor… —Eliza sacudió la cabeza, incrédula—. Te lo cambio cuando quieras, Rachel. Cada segundo de mi vida será una mentira, pero también ha estado planeada al dedillo por mi padre y los tuyos. Cómo peinarme, vestirme, hablar… Con quién relacionarme, con quién casarme… No he tenido ninguna capacidad de decisión. ¿Acaso crees que quiero ser parte de esta boda? Porque encantada te daría mi lugar.

»Siento mucho que tía Margaret te martillee de esa forma, y ojalá pudieras decidir no casarte nunca. Pero lo que tú no ves, o no quieres ver, es que mi situación no es distinta. Y, sobre todo, que ninguna de las dos tiene la culpa de que nos hayan enfrentado desde que somos pequeñas. Pagas tu frustración conmigo, pero yo soy la diana equivocada. Porque, si yo soy una cobarde por no defender mis deseos, tú no eres distinta a mí. ¿Qué ha sido de la Rachel que quería viajar y ver mundo?

Rachel inspiró hondo, como si tratase de encajar cada golpe que Eliza le había lanzado. La vio apretar los puños y Eliza supo que su discurso no había calado en absoluto. O quizá es que había tocado una fibra demasiado sensible y enterrada en lo más hondo.

—Qué ganas tengo de perderte de vista —espetó sin más argumentos, antes de marcharse tan rápido como había venido. No era la primera vez que se lo decía.

Eliza suspiró con tristeza, todavía temblando por la discusión, pero la dejó marchar. Estaba segura de que el abismo que las separaba era insalvable y no había marcha atrás. Y, sin embargo, también sabía que las duras palabras de su prima la acompañarían durante mucho tiempo.

Quizá sí fuera mejor que se perdiesen de vista.

***

Eran casi las ocho de la tarde. Lucifer alzó la cabeza cuando llamaron a la puerta de su despacho. Se tensó, sabiendo quién era, pues la había mandado llamar en cuanto supo que había llegado al club.

—Adelante.

Betty Hardey, su mejor crupier, entró en el despacho con cautela y algo sorprendida al verlo sin máscara. La expresión de su rostro era tranquila, pero Lucifer pudo ver un punto de ansiedad en su mirada. Estaba nerviosa, pero no creía que tanto como él mismo. Se había obligado a mantenerse frío y a esperar a que ella acudiese a su despacho, en lugar de abordarla delante de su marido cuando ambos entrasen a trabajar. No creía que Ron Hardey fuera a estarse quieto mientras Lucifer interrogaba a su esposa, así que era mejor que no estuviera presente.

—Buenas tardes, señora Hardey —dijo a modo de saludo, y se puso en pie para recibirla—. Puede sacarse la máscara; preferiría tener esta conversación sin artificios.

Ella obedeció.

—Buenas tardes, Lucifer —respondió ella con una sonrisa, y en ese momento vio lo mucho que se parecía Eliza a ella. El mismo gesto encantador en dos rostros diferentes—. ¿Quería verme?

Lucifer esperó a que ella tomase asiento para sentarse también.

—Sí, quería hablar con usted de algo importante. —Lucifer vaciló unos segundos, antes de abordar la cuestión—: Pero antes me gustaría que respondiese con sinceridad a una pregunta.

Ella ladeó la cabeza fingiendo curiosidad y, sin duda, algo tensa.

—Usted dirá —respondió con cautela.

Lucifer la miró a los ojos.

—¿Es usted la duquesa de Rowland dada por muerta?

Trató de ocultar su miedo, pero no fue lo suficientemente rápida. Lucifer lo vio en su rostro: el terror a ser encontrada, arrastrado durante quince años. La confirmación visual de que era ella la persona a la que había estado buscando lo llenó de una emoción casi frenética.

Estaba muy cerca. Más de lo que había estado nunca.

—No sé de qué me habla —dijo Betty de inmediato, y se puso en pie tan deprisa que casi vuelca el sillón en el que estaba sentada—. Si no necesita nada más…

—Antes de huir y marcharse de la ciudad para que no la encuentre nadie, solo le pido que me dé unos minutos de su tiempo, por favor. No se lo pido como jefe, sino como hombre desesperado. —La miró a los ojos para que percibiese la urgencia de aquella conversación. Lo vital que era para él que se quedase. No la dejaría marcharse de allí sin que le escuchase—. Tenemos el mismo enemigo y, si no me equivoco, nos preocupa la misma persona.

Betty Hardey lo miró durante un largo minuto, antes de sentarse de nuevo. Su actitud había cambiado radicalmente. Seguía nerviosa, pero lo ocultaba tras beligerancia. Ahora era una gata con el pelo erizado, dispuesta a saltar para arañarle sin contemplaciones.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Quién te lo ha dicho?

—Investigué al duque y tuve la intuición de que toda la historia referente a tu muerte no se sostenía. Siempre queda algún rastro si conoces a alguien lo suficientemente bueno para encontrarlo. —Lucifer pasó a tutearla, dado que acababan de poner las cartas sobre la mesa y ella había dejado de tratarle de usted. Ya no eran jefe y empleada, sino dos personas midiéndose mutuamente—. Me sorprendió que siguieras en Londres, hasta que caí en la cuenta de que tus razones se basarían en estar cerca de Eliza y Nathan Cavendish.

Ante la mención de sus hijos, Betty se alzó de nuevo, furiosa.

—Si les tocas un solo pelo de la cabeza, te…

Lucifer alzó los brazos en son de paz.

—No es nada de eso, te doy mi palabra. Jamás le haría daño a Eliza.

«Mentiroso», dijo una voz en su cabeza que ignoró. En ese momento, sus estúpidos remordimientos no tenían cabida. Betty siguió mirándolo con recelo, pero lo dejó hablar. Lucifer la observó con atención, confirmando sus sospechas de que Betty Hardey seguía velando por sus hijos. Su postura y actitud, tan agresiva y altanera, era muy diferente a la de Eliza. Pero estaba seguro de que la joven albergaba en su interior el mismo carácter, solo que aplacado por el duque.

Le gustaba pensar en la Eliza guerrera, que decía y hacía lo que quería. Lucifer creía haber visto atisbos de esa pasión oculta y le gustaría sacarla a relucir más a menudo. Pero no era el momento de pensar en Eliza; ya se llevaba muchos de sus pensamientos a lo largo del día, y se negaba a que la joven se interpusiese en algo que llevaba esperando tantos años.

—Mi verdadero nombre es Russell Knight —soltó de golpe y sin más rodeos—. Es posible que recuerdes a mi padre.

Se hizo el silencio entre ambos. Observó con atención la confusión que se reflejaba en el rostro de Betty hasta que la mujer abrió los ojos por el asombro, cayendo en la cuenta.

—Eres el hijo de John Knight, el jardinero de Rowland House.

Lucifer asintió con sequedad. El recuerdo de su sonriente padre, desdibujado por el paso del tiempo, lo impulsó a seguir hablando:

—Supongo que recuerdas lo que pasó. Mi padre siempre me decía que cuidaba las rosas con tanto mimo porque a ti te encantaban y necesitabas algo de alegría, así que imagino que hablabais a menudo.

Betty desvió la mirada, compungida, y negó con lentitud. Lucifer imaginó que no le resultaba agradable sacar el pasado a relucir.

—Es cierto. John era una encantadora compañía y lamenté mucho lo que sucedió. Lamentablemente, solo conozco la versión de Edward —respondió con cautela, refiriéndose al duque—. Por aquel entonces, Eliza acababa de nacer, y Edward no estaba contento porque yo no había sido capaz de dar a luz a un varón. Así que, para evitar las miradas de censura y reproche, pasaba los días cuidando

de la bebé, aunque no fuese una actitud propia de una duquesa. Apenas salía, ni siquiera al jardín. Yo… No era muy feliz, ¿sabes?

—Lo imagino —respondió Lucifer sin sorprenderse—. Si el duque hacía con usted una milésima parte de lo que hace con Eliza, no me sorprende que acabase huyendo.

Betty entrecerró los ojos, alterada de nuevo.

—¿Cómo es que sabes tanto de mi hija y hablas de ella con tanta familiaridad? ¿Acaso…? —Se detuvo abruptamente—. ¡Aquella joven con la que te vi el otro día…!

Esa mujer estaba a punto de intentar sacarle los ojos tras atar cabos. Lucifer la detuvo con un gesto de la mano.

—Déjame contarte toda la historia. Por favor. Creo que durante todos estos años no te he dado motivos para que pienses mal de mí.

Betty escuchó su relato, la verdadera versión de los hechos, y lo hizo prestándole suma atención. Cuando terminó, tras haber contado su historia dos veces en los últimos tres días, Lucifer se sentía exhausto.

—Cuando Ethel me contó que le habías pedido que fuese la doncella de una señorita rica, y que le habías pedido suma discreción, no imaginé ni en un millón de años que se tratase de mi otra hija. ¿Sabes que has juntado a dos hermanas sin saberlo?

Lucifer asintió.

—Caí en la cuenta cuando supe quién eras tú.

La mujer desvió la mirada.

—Si lo hubiese sabido… —musitó—. Pero no quise preguntarle los detalles, porque huyo de todo lo que tenga que ver con mi antigua vida.

Él no respondió, dejando que asimilase todo lo que acababa de contarle. Sentía como si toda su vida pendiese de un hilo, y no le gustaba la sensación de incertidumbre que eso le provocaba.

—Así que estás buscando venganza. —Betty habló de nuevo. Pronunció las palabras con sencillez, como si le resultase natural que alguien quisiera hacer daño a su antiguo marido—. ¿Usando a mi hija para ello?

Su voz sonaba amenazante al preguntar y no le hubiese sorprendido que tratase de golpearle. Era una leona defendiendo a

su cachorro y Lucifer no podía culparla. ¿Acaso no tenía razón?

—Cuando pensaba que no podría encontrarte…, sí —dijo. Era inútil negarlo—. Pero ahora tengo dos razones para no querer meterla en esto.

Siguió explicándole lo que había estado haciendo los últimos meses: la merma de la fortuna del duque; la búsqueda de ella, la duquesa; y el matrimonio concertado de Eliza para minar la relación que tenía con su padre y poder interponerse entre ellos para alejar a Eliza del duque. Lucifer no quiso dejarse nada en el tintero y Betty escuchó su plan sin apenas pestañear. Solo cuando supo que Eliza estaba prometida a Barwick vio que su rostro se contraía en una mueca de dolor.

—No sabía que la había prometido… —Sacudió la cabeza, como si no se perdonase no haberlo averiguado ella misma—. Ese bastardo.

Gracias a la rabia, se repuso enseguida. Se preguntó si esa actitud defensiva se había originado tras años de infelicidad junto al duque.

—Tu plan tiene lagunas —afirmó Betty con rotundidad—. Para empezar, Eliza no es lo que más adora Edward, aunque así lo haga ver ante el resto de la sociedad. Su comportamiento con ella es su forma de mantenerla atada a él, nada más. Por lo que me cuentas, es su forma de lograr que ella se case con Barwick sin protestar. Es lo mismo que hacía conmigo.

Hizo una mueca de asco que él compartió. En cierto modo, le aliviaba tener otra razón para no seguir con sus planes de ir a Gretna Green con Eliza. No se veía capaz de casarse con ella dadas las circunstancias.

—Por tanto, a través de mi hija no lograrás hacerle daño —concluyó—. Por lo demás, tanto el dinero como su reputación sí son golpes duros para Edward. Tanto para él como para su querido hermanito.

Pronunció la última palabra de forma desdeñosa. Lucifer la miró a los ojos e hizo una de las preguntas más importantes de su vida. Casi no podía escuchar su propia voz sobre los latidos de su corazón.

—¿Me ayudarás entonces a limpiar el nombre de mi padre?

Betty apretó los labios en una mueca reticente.

—No es tan fácil. Llevo muchísimos años escondida y he rehecho

mi vida con un buen hombre. Si tú me has encontrado, él también podría. ¿Qué gano yo exponiéndome de nuevo?

Lucifer tenía preparada una respuesta:

—Recuperar a tus hijos.

Pero Betty negó.

—Perdí a mis hijos hace quince años, Lucifer. Ni siquiera he tenido el valor suficiente como para vigilarles desde lejos o acercarme a ellos de alguna forma. Soy una madre terrible. —Le lanzó una mirada compungida—. Lo único que puedo hacer es no cometer con Ethel los mismos errores.

Pero él no iba a rendirse tan fácilmente.

—Entonces, puedes hacer algo por ellos: liberarles del yugo de su padre.

Betty lo observó con atención, como si estuviera meditando cuál iba a ser su siguiente argumento irrefutable.

—Antes me has dicho que tienes dos razones para sacar a Eliza de tu plan. La primera, como me has insinuado, es mi aparición. —Lucifer asintió y ella prosiguió—: ¿Cuál es la segunda?

Lucifer no respondió, negándose a decirle a Betty lo que no había podido compartir con Eliza.

—Antes no me importaba qué le sucediese. —Trató de explicar sin comprometerse demasiado—. Era un peón más del tablero y nada más. Pero entonces la conocí mejor…

Se interrumpió, reacio a mostrarle su interior. Carraspeó.

—Creo que ya ha sufrido bastante como para tener que sumarle mis… artimañas. Encadenarla a mí a través del matrimonio no la hará feliz.

La mujer entrecerró los ojos, nada convencida por su explicación.

—Sientes algo por ella —afirmó. Él se mantuvo en silencio, pero Betty no necesitó su respuesta—. Pero en algo tienes razón: no creo que seas la mejor opción para ella.

Sintió una dolorosa punzada en el pecho, pero la ignoró de nuevo. Todo lo contrario: volvió a sentir la rabia que sintió cuando Eliza le confesó que él no era nada más que una aventura.

—Yo tengo muchas cosas más que ofrecerle, aunque no tenga un título nobiliario —espetó sin poder evitarlo, como un niño con

pataleta.

Pero la mujer sacudió la cabeza, adivinando por dónde iban los tiros.

—No es por tus orígenes, Russell —le explicó Betty—. Dios sabe que seré muchas cosas, pero no clasista. Abandoné a un duque para fugarme con un lacayo, ¿recuerdas? Simplemente creo que tenéis vidas muy diferentes y Eliza…

—Es una dama —terminó él por ella.

—Por lo que me cuentas y por lo que yo viví, Edward la tiene demasiado encerrada —rebatió Betty, y sus ojos reflejaron culpabilidad—. No he podido averiguar mucho estos años, pero imagino que Edward controlará cada aspecto de su vida. Y eso, quieras o no, pasa factura. Te lo digo por experiencia. Tú eres el dueño de un club que representa todo lo contrario a lo que a ella le han enseñado. No sé si sería bueno para Eliza cambiar su vida de esa forma tan radical.

—¿No crees que pueda ofrecerle libertad? —preguntó con incredulidad.

Comenzaba a hartarse. ¿Quién era ella para decirle si era o no bueno para Eliza? Se había pasado quince años escondida y no la conocía en absoluto. Él sí había visto muchas facetas de ella en poco más de un mes. Sabía quién era Eliza.

—No creo que puedas darle amor y cariño, que es lo que ella necesita y que su padre jamás le dará —respondió Betty sin inmutarse ante su enfado—. Quizá no tengo derecho a decírtelo, porque yo me marché. Pero te he escuchado hablar de Edward y de lo que pasó con John, y vives anclado en el pasado. Estás demasiado lleno de odio como para darte cuenta de que esto no te va a traer paz.

Lucifer apretó la mandíbula, enfadado. Él sabía que el odio le consumía, pero escucharlo de labios de otra persona le molestaba. Una persona que no tenía derecho a opinar.

—Te equivocas —respondió con rotundidad—. No me conoces en absoluto. Ni a tu hija; ella es más fuerte de lo que te crees. Solo tienes que preguntarte por qué ha estado viniendo aquí a menudo.

Betty desvió la mirada, avergonzada.

—Es cierto que no la conozco, pero sigo amándola más que a mi vida y quiero lo mejor para ella.

Lucifer respiró hondo para serenarse y centrarse en el tema que les atañía. No era Eliza el punto de aquella conversación.

—Igualmente, es absurdo planteárselo. Ella me odiará en cuanto descubra la verdad —respondió. Y sonrió, fingiendo que no le importaba en absoluto. Un mes atrás hubiese sido verdad, pero ahora no podía desprenderse de la culpa. Betty abrió la boca para decirle algo más, pero Lucifer no quiso escucharlo—. Eliza te está buscando, ¿sabes? Me gustaría decirle que te he encontrado.

Betty abrió los ojos, asustada.

—No lo hagas, por favor.

Frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿No es lo que querías?

La mujer bajó la mirada hasta su regazo, donde se retorcía las manos. La mujer altanera había desaparecido por completo, dando paso al miedo.

—Me quedé en Londres para estar cerca de ellos, sí, pero jamás fue mi intención ponerme en contacto con Eliza o con Nathan. El miedo por su padre y la culpa me lo impiden —le explicó, y la vio respirar hondo—. Yo… los abandoné y no creo que puedan perdonarme. Ni creo que pueda hacerlo yo.

Lucifer decidió resolver otra duda que le rondaba por la mente desde hacía días:

—¿Puedo preguntarte por qué no te los llevaste contigo? O a Eliza, al menos.

Vio que de su mejilla caía una lágrima solitaria que apartó con rabia. Lucifer le ofreció un pañuelo que ella aceptó, estrujándolo con nerviosismo antes de responderle.

—No sé si puedes entenderlo si no lo has vivido, pero mi existencia era una tortura diaria para mí. Al principio Edward era encantador, y pensaba que sería feliz a pesar de habernos unido a través de un matrimonio de conveniencia. Pero pronto vi que unos días eran muy buenos y me hacía regalos constantemente, y otros me trataba de forma horrible para, al poco, venir a pedirme perdón y hacerme más regalos. Era un círculo vicioso. —Las lágrimas

comenzaron a caer con más fuerza. Lucifer se levantó y le sirvió un vaso de agua que ella aceptó. Tomó un sorbo antes de seguir hablando. Era como si Betty hubiese abierto las compuertas de algo que llevaba encerrado demasiado tiempo y ahora fuera incapaz de cerrarlas de nuevo—. Al principio me resistía, pero al final desistí, y poco a poco fui aceptando su actitud. Me elegía la ropa, las amistades, la comida… Cualquier aspecto de mi vida pasaba por sus manos o por las de Herbert, que es aún peor que Edward. No tenía voluntad y era incapaz de discutir. Pasé a ser una muñeca de trapo a su lado y, no tengo ni idea de cómo, no comencé a despertar hasta que di a luz a Eliza y vi lo mucho que la despreciaba por ser una niña. Yo quería creer que el embarazo arreglaría nuestro matrimonio, pero no fue así.

Lucifer no se atrevió a interrumpirla. No podía ni imaginarse el infierno que supuso para esa mujer pasar años al lado de semejante desgraciado.

—Tardé tres años en tratar de salir del pozo en el que estaba metida, y en parte fue gracias a Ron. Cuando Nathan nació y Edward consiguió lo que quería de mí, no pude soportarlo más. —Betty sonrió con tristeza, ya más calmada—. Antes de irme, quise llevármelos conmigo, pero él me lo impidió y yo no luché. Estaba tan apagada que no me vi capaz de hacer otra cosa más que huir todo lo lejos posible de aquella jaula. Siento que, en parte, Liz ha pagado por mi marcha.

»Me quedé en Londres porque, en cierto modo, me veía incapaz de alejarme más de ellos, aunque no me atreviese a verles. Era la única forma que tenía de soportar la pena: pensar que en cualquier momento podría encontrármelos paseando por la calle o en una tienda. Fantasear con ello me daba fuerzas. Me arrepiento cada día de no haber luchado más contra Edward, pero no puedo enfrentarme a mis hijos y admitir ante ellos que los abandoné. Deben de odiarme.

Lucifer negó.

—No puedo hablar por Nathan, pero Eliza no te odia —respondió con seguridad—. Quiere encontrarte porque necesita a su madre, no porque crea que la abandonaste. Créeme si te digo que piensa en ti

como alguien que puede darle una salida.

Los ojos de Betty se aguaron de nuevo y el labio inferior le tembló, pero negó con fuerza, como si no creyese una palabra de lo que le decía. Como si no quisiese creerlo.

—Te ayudaré —le espetó de repente. Y Lucifer cerró los ojos un segundo, soltando el aire que llevaba minutos reteniendo. Por fin, tras quince años, tenía la venganza al alcance de su mano. Sus padres encontrarían la paz, y él también—. Te ayudaré porque John y sus rosas fueron grandes amigos en mitad de mi vida gris. Y porque creo que, si hundes a Edward, Eliza y Nathan podrán comenzar una nueva vida. Es mi forma de ayudarles desde las sombras y compensar mis errores. A cambio, te pido que me prometas que no les dirás nada.

—Pero tarde o temprano lo sabrán —respondió sin tener muy claro si Betty entendía a lo que estaba accediendo—. Cuando todo estalle, Eliza sabrá quién me lo ha dicho. Lo sabrá todo el mundo.

—Para entonces, me habré ido lejos de aquí —le dijo con seguridad, pero Lucifer estaba seguro de que solo fingía. Estaba muerta de miedo, pero iba a ayudarle por sus hijos. A sus ojos, estaba demostrando valor—. Es lo único que puedo ofrecerte. ¿Tomas o dejas?

Sus planes le habían llevado a ese momento, así que Lucifer abrió la boca para decir que sí, que por supuesto que lo tomaba, pero el rostro de Eliza acudió a su mente. Enterró sus emociones en lo más profundo de su mente y la apartó de sus pensamientos. Él siempre había sido un hombre práctico y no podía dejar que sus sentimientos lo confundiesen.

Si le mentía también sobre el paradero de su madre, perdería a Eliza para siempre. Pero, si Betty no le ayudaba, jamás podría limpiar el nombre de su padre. No podría vengarse. Y, si lo pensaba de forma fría, aquella era la mejor forma de ayudar a Eliza.

Si aceptaba el trato, la alejaría de él para siempre, pero Eliza por fin sería libre para crear su propia vida.

Lejos de él, pero feliz. Le importaba más eso que sus sentimientos. Intentaría no ser egoísta con ella por una vez.

Miró a Betty a los ojos y pronunció la única palabra posible dadas

las circunstancias. No renunciaría a quince años de odio sin haber culminado lo que había empezado. No había otra opción posible. Estaba preparado para afrontar las consecuencias.

—Acepto.

Ella asintió, como si tampoco hubiese esperado que se negara.

—Entonces, el testimonio de Elizabeth Cavendish es tuyo.

El diablo acababa de cerrar el trato más trascendental de su vida.

Capítulo 22

La Tríada ya estaba abierta al público cuando Lucifer salió del despacho. Todavía resonaban en su mente retazos de la conversación mantenida con Betty, que había decidido seguir trabajando aquella noche a pesar de tener también las emociones a flor de piel. Lucifer le había asegurado que podía marcharse a casa a descansar, pero Betty Hardey había sonreído como si nada ocurriese y alegado que prefería distraerse. La vio marcharse con los ojos hinchados, pero con la decisión que había tomado reflejada en cada uno de sus firmes pasos.

Por muchos años que llevase trabajando para él, no había conocido realmente a Betty hasta esa noche, pero Lucifer estaba seguro de que no cambiaría de opinión respecto al trato que habían hecho. De hecho, la mujer no se hacía una idea de lo mucho que él agradecía su ayuda; pensaba que sería más complicado convencerla de salir de su escondite, pero la idea de poder hacer algo por sus hijos la había ayudado a decidirse.

También lo hacía por el hijo del hombre que cultivaba rosas para animar a una duquesa encerrada en una jaula de oro. Escuchar a alguien que residía en Rowland House hablar bien de su padre le llenaba el corazón de calidez. Como si fuera una confirmación de que John Knight era realmente el hombre que Lucifer recordaba: bueno y honorable.

Betty le había dicho que no recordaba nada sobre el robo, pero sí que no fue el duque el que, al parecer, se dio cuenta de que el collar no estaba, sino el hermano de este. Tenía que preguntarle a su amiga, Mabel White, si su marido había logrado averiguar algo sobre Herbert Cavendish. Cada vez le olía todo más a chamusquina. En aquella familia no se salvaba nadie.

Únicamente Eliza.

Caminó a grandes zancadas hacia la zona de juego con una sensación de triunfo que le recorría cada poro de la piel, como un hormigueo. Cada paso que daba iba acompañado por la euforia de saberse cerca de su objetivo, y la adrenalina corría por sus venas.

La venganza.

Iba a lograrlo.

El duque pagaría de una vez y para siempre todo lo que le había hecho a su familia.

Atravesó el pasillo de las habitaciones privadas buscando a sus amigos. Necesitaba hablar con ellos. Casi todas las puertas se encontraban cerradas, con lazos rojos o amarillos en el pomo, y se escuchaban sonidos que demostraban lo bien que lo estaban pasando los clientes. No obstante, en la entrada de una de ellas encontró a Gadreel.

Iba vestido con su típico uniforme encapuchado y parecía tenso. No obstante, lo que más le llamó la atención fue que estaba acorralando contra la pared a una mujer morena que le resultaba familiar. Aunque no supo decir por qué, ya que la máscara ocultaba la mayor parte de sus facciones.

Una máscara roja y negra. Intrigado, se acercó.

Cuando llegó a su altura, Gadreel se giró hacia él y la joven aprovechó para escapar por debajo del brazo de su amigo. Se escabulló tan rápido que Lucifer no tuvo tiempo de observarla bien. Gadreel la observó marcharse con una expresión ceñuda, como si la mujer fuese un misterio sin resolver y eso no le gustase un pelo.

—¿Quién era? —le preguntó con curiosidad.

Su amigo no lo miró, a pesar de que la muchacha ya había desaparecido sin dejar rastro.

—La nueva maestra de la escuela de caridad —respondió con voz extraña—, pero ella aún no lo sabe.

Frunció el ceño.

—Por cómo la miras, parece tu nueva amante. Y le has dado una máscara de socio. —Gadreel no contestó, como siempre celoso de su intimidad, pero sí pudo ver que apretaba la mandíbula sutilmente. No le había gustado el comentario, y eso todavía le suscitó más curiosidad. No obstante, prefirió no estirar la cuerda. Gadreel era fabuloso cerrándose en banda y se revolvía como una serpiente cuando se sentía atacado—. No tenía ni idea de que necesitáramos nueva maestra.

Su amigo por fin lo miró; sus ojos grises reflejaban diversión.

—Hay muchas cosas que no sabes. Azazel y yo nos hemos encargado de todos estos temas superfluos para que tú pudieses centrarte en tu chica y en la venganza. —Lo explicó como si no tuviera importancia, pero Lucifer sintió una oleada de gratitud hacia sus amigos a la vez que se sentía culpable por haber dejado el club a un lado—. En el caso que nos ocupa en esta conversación, la actual maestra, la señorita Harris, se marcha para casarse y quedará una vacante dentro de unas pocas semanas.

Lucifer asintió. No necesitaba más explicaciones, pero sí ofrecer una disculpa.

—Te prometo centrarme dentro de poco.

Gadreel entrecerró los ojos.

—Has hecho avances —afirmó sin vacilar. Cuando Lucifer asintió, Gadreel se caló la capucha un poco más y se puso en marcha—. Vamos a buscar a Azazel. Debe de andar amedrentando a algún pobre diablo. Hoy han llegado un par de miembros nuevos aprobados por mí y le encanta lograr que mojen los pantalones.

Lucifer arqueó una ceja y no pudo evitar preguntar:

—¿Esa dama a la que tú amedrentabas es una de esas novedades?

Gadreel sonrió, pero una vez más no le respondió, aunque no hizo falta. Ambos recorrieron el resto del camino en silencio. Tal y como su amigo había predicho, encontraron a Azazel en la entrada del club, haciendo uso de su fuerte complexión para dejarle claras las normas al novato.

—No ha tardado ni dos horas en romper una de las normas más sagradas —decía en ese momento, con voz tan amenazante que no le extrañaba que el pobre infeliz estuviera blanco como un fantasma —. Si alguien, cualquiera, rechaza sus atenciones, usted lo acepta sin rechistar. ¿Me explico?

Se cruzó de brazos, con toda la intención de marcar sus fuertes brazos bajo la tela del traje. Si se le hubiese rasgado la camisa, no le habría extrañado a nadie.

—Primer aviso; el segundo va acompañado de la expulsión. Y ahora salga de mi vista.

El tipo tardó menos de tres segundos en poner pies en polvorosa.

Azazel lo siguió con la vista mientras Gadreel silbaba.

—Veo que estás de un buenísimo humor —se burló. Ya parecía haber recobrado el dominio sobre sí mismo y Lucifer se relajó un tanto.

Azazel entrecerró los ojos.

—Yo no tengo la culpa de que invites imbéciles al club —respondió molesto.

—A veces, hay que aceptar a imbéciles a cambio de que otros más inteligentes te hagan favores. Has matado de miedo al hijo de uno de los mayores empresarios de la ciudad.

—Como si quiere ser el príncipe. —Azazel puso los ojos en blanco —. Sigue siendo un imbécil.

Gadreel sonrió.

—No te lo discuto. —Se encogió de hombros—. Al igual que tú, porque no me discutirás que lo que en realidad te ha sacado de tus casillas es que te duran los berrinches más tiempo que a un niño de tres años.

Lucifer pensó que Azazel le golpearía, pero se sorprendió ante su alarde de contención. Imaginaba que todavía estaba de mal humor por la carta que había recibido de su padre, y una vez más se sintió culpable por no haber vuelto a preguntarle al respecto. Sin duda, aquellos días estaba siendo un amigo pésimo.

Pero, una vez más, se dio cuenta de lo afortunado que era cuando ninguno de los dos se lo echó en cara al pedirles que lo acompañasen al despacho para ponerlos al día. Todo lo contrario: se repantingaron en los sillones rojos, como siempre hacían, y lo miraron con atención.

Tomó asiento en el enorme sofá, junto a ellos, y se puso serio.

—He hablado con Elizabeth Cavendish —comenzó Lucifer—. Bueno, con Betty Hardey.

Azazel lo miró seriamente.

—La buena de Betty. Quién lo iba a decir —musitó desviando la vista unos segundos, antes de volver a centrarse en él—. ¿Y bien? ¿Te ayudará?

Lucifer les explicó con todo lujo de detalles todo lo que había sucedido desde que Betty había entrado en su despacho horas atrás.

Cuando llegó a la parte en la que les relataba lo mal que la trataba el duque, ambos mostraron su enfado. La verdad era que Lucifer había pensado siempre que el duque no podía ser más escoria, pero Betty le había demostrado que se podía caer más hondo en el pozo de la degradación. Cuando llegó al punto en el que la antigua duquesa accedía a ayudarle en la venganza, sus amigos demostraron su emoción de formas diferentes. Mientras que Azazel daba un puñetazo al aire en signo de victoria, Gadreel sonreía con suficiencia, como si no hubiese esperado un resultado diferente.

—A cambio de su ayuda, no puedo decirle a Eliza que la he encontrado. No quiere que sus hijos sepan de ella —finalizó su relato.

Le costó mucho pronunciar esas palabras en voz alta, como si en cierto modo hiciesen el trato más real. Hasta ese momento, Lucifer había evitado enfrentarse a las consecuencias del trato que había hecho con la antigua duquesa, dejándolas enterradas en un rincón de su mente. ¿Vengarse del duque? Bien. ¿Limpiar el nombre de su padre? Lo que siempre había querido. ¿Perder a Eliza? Era preferible ignorar el sentimiento de vacío que experimentaba al pensar en ello, porque su reacción tenía implicaciones que no quería asumir.

«No creo que seas la mejor opción para ella».

Estaba seguro de que, de toda la conversación, aquellas palabras eran las que más le habían dolido. Pero quizá Betty tenía razón. ¿Acaso era capaz de seguir adelante tras quince años sintiendo únicamente odio y rencor? Era una pregunta que jamás le había quitado el sueño, y ahora temía que fuese cierta. Y Eliza, sobre todas las cosas, merecía a alguien que estuviese para ella al cien por cien.

—¿Cuál es el problema de no decírselo? Igualmente le has estado mintiendo, así que no importa seguir haciéndolo —dijo Gadreel encogiéndose de hombros. Como siempre, su tono era práctico y analítico. Pero aquella noche su objetividad, siempre tan admirada por Lucifer, le hacía ver lo desgraciado que había sido con Eliza—. Antes tenías que casarte con ella, y ahora has descubierto que no es necesario porque al duque no le importa su hija. Te basta con impedir la boda para evitar que consigan el dinero de mi padre. Yo

diría que incluso has salido ganando.

Azazel, en cambio, lo miró con preocupación. Él sí sabía qué estaba pasando en el interior de Lucifer. Quizá incluso mejor que él mismo. No sabía qué le dolía más: lo mucho que Eliza le odiaría, o saber que su padre la trataba únicamente como moneda de cambio. Nadie en esa familia la apreciaba tal y como era. Era una mujer maravillosa; y ellos, un atajo de imbéciles.

Lucifer, el más imbécil de todos.

—No es tan fácil, ¿verdad? —le dijo su mejor amigo.

Lo miró. A ambos. Las únicas personas, aparte de Sam, con las que se permitía mostrarse débil. Quizá, y aunque le aterrase recordar cómo se había derrumbado durante el viaje en carruaje, podía añadir a Eliza a la corta lista.

Bajó los hombros, cansado.

—No, maldita sea —respondió, y cerró los ojos—. No es tan fácil.

Retazos de la noche en Clerkenwell acudieron a su mente. Eliza, bailando como si nadie la estuviera observando; Eliza, sonriendo a todo aquel con el que se cruzaban con una sonrisa deslumbrante; Eliza, emocionada ante su primera comida callejera; Eliza, defendiéndose de sus acusaciones como una guerrera; Eliza, temblando contra él al correrse en el carruaje… Las emociones habían sido tan fuertes que se había encontrado abriéndose a ella, hablándole de su padre, cuando sabía que era lo último que debía hacer. Eliza lo había abrazado, compadeciéndose de él a pesar de que le había confesado que le hundiría la vida a un hombre sin que le temblara la voz.

¿Cómo no podía desear que fuese libre?

¿Cómo no desear que una persona tan buena fuese feliz?

—Creía que solo era parte del plan. —Gadreel, siempre tan inteligente, sonaba confuso.

Azazel resopló.

—Tan superdotado y tan idiota. No pienso pagarte ni una libra del dinero de la apuesta —alegó—. ¿No ves que siente algo por ella?

Era tan evidente… Sí, Lucifer también había creído que ella solo era parte del plan. Hasta que se encontró atrapado por el encanto de una dama que no era para él. Hasta que la besó, la tocó, y quiso

más.

—Ella me ha dicho que lo que sucede entre nosotros solo es una aventura antes de la boda con Barwick —respondió, y le dolió decirlo en voz alta—. ¿Por qué entonces me siento tan culpable? ¿Acaso no nos estamos utilizando mutuamente?

—Ella quiere ser libre y tú quieres venganza. —Azazel lo miró a los ojos—. Por eso te sientes culpable.

Tenía razón, así que no se atrevió a rebatirle.

Gadreel suspiró.

—Llevas quince años esperando esto, Russell, y Eliza solo es un daño colateral —alegó—. Quizá estoy siendo un insensible, pero…

Azazel carraspeó, sin duda pensando que, efectivamente, tenía el corazón de piedra. Gadreel puso los ojos en blanco.

—Quizá estoy siendo un poco insensible —repitió con más firmeza —. Pero ¿no debería primar tu padre, que lleva quince años muerto con el estigma de ser un ladrón, sobre una mujer que conoces de poco más de un mes?

—Eres único ayudando. —Azazel chasqueó la lengua—. Mira, Russ, si sientes algo por ella, ¿por qué no la conquistas de verdad? Ya que has sido tan estúpido como para caer en las redes de una mujer, actúa en consecuencia.

Gadreel se giró hacia Azazel con las cejas arqueadas.

—¿Yo soy único ayudando dices? Menos mal que estás tú para ser el rey de la sensibilidad.

Lucifer apretó la mandíbula, interrumpiéndoles antes de que se pusiesen a discutir de nuevo.

—No creo que pueda perdonarme el haberle ocultado la verdad. Hay algo en lo que Gadreel tiene razón: no puedo detenerme ahora. Tendré que asumir que me ganaré su odio cuando llegue a la meta.

Pero no solo era eso. Las palabras de Betty lo carcomían como una termita en una viga de madera. Lucifer quería cuidar de Eliza y sabía que sería capaz de hacerlo. Pero quizá él no era suficiente para una mujer como ella, ya que había terminado su infancia malviviendo en las calles, recordando a cada segundo que no tenía a sus padres porque un hombre decidió que quería ser Dios, juez y verdugo. Merecía que la amasen con todo el corazón, y no alguien a

quien solo podría tener a medias porque no era capaz de ver más allá de su odio.

Más que alguien que cuidase de ella, merecía ser independiente para decidir su vida. Libertad era lo mejor que podía ofrecerle. Jamás la dejaría desamparada, pero, si ella decidía que no quería volver a saber de él, lo respetaría.

—Me conformo con saber que, con su padre destruido, ella podrá decidir su futuro —dijo con calma, aunque su interior fuese un caos —. Es lo mejor que puedo hacer por ella sin renunciar a mi promesa.

Sus amigos lo miraron en silencio. Gadreel parecía satisfecho, pero Azazel seguía observándole como si quisiera zarandearlo para que cambiase de parecer. Puede que Lucifer quisiera que lo hiciese. Sin embargo, no lo hizo. Porque Azazel, al igual que Gadreel, no creía en sentimentalismos ni amor.

—Sabes que estamos contigo, amigo —dijo en cambio—. ¿Qué necesitas?

Lucifer asintió, agradecido de poder centrarse en algo que sí controlaba. No era capaz de hablar más de Eliza. Si lo hacía, quizá iría a buscarla para suplicarle de rodillas que lo perdonase.

—Vamos a por la última parte del plan. Ya no es necesario que me case con Eliza para cumplirlo. Romperemos el compromiso sacando la historia de la duquesa a la luz, y el escándalo será mayúsculo. —Miró a Gadreel—. Pregúntale a Rhys Harrington qué implicaciones legales tiene todo esto. No quiero que puedan aferrarse a nada para irse de rositas.

Este asintió.

—Enseguida.

—Gracias a los dos. De verdad —dijo Lucifer. Y sus amigos hicieron gestos con la mano, como restándole importancia. Pero tenía toda la importancia del mundo—. Ahora vamos a trabajar. Este club no se gestiona solo.

Gadreel sonrió.

—A veces pienso que lo hemos hecho tan bien que podría funcionar sin ayuda —dijo, saliendo del despacho.

Azazel hizo ademán de seguirle, pero dudó y se giró hacia Lucifer.

—¿Estás seguro de esto, hermano? —preguntó—. Creo que la

chica te importa más de lo que quieres admitir. ¿Y si has encontrado por fin una razón lo suficientemente valiosa como para dejar el pasado atrás?

Pero Lucifer negó.

—Estoy seguro —respondió—. Si no acabo esto, me arrepentiré toda la vida.

No obstante, por primera vez en quince años, no creía haber sido del todo sincero consigo mismo. Fuese como fuesen los próximos días, sabía que perdería algo por el camino. La cuestión era si iba a poder soportarlo.

Capítulo 23

Tras días con los nervios a flor de piel, Eliza decidió salir de casa aquella noche, escapándose por el medio habitual. Solo pensaba en que quería ver a Russell. En que estaba harta de su familia y que ir a buscarle al club la hacía sentirse osada, aventurera y rebelde. En que le gustaba sentirse así. En que esperar un día más se le antojaba imposible. Porque, cada vez que su familia le hacía ver lo poco que la apreciaba, más deseaba ella escapar de allí. Nathan era la única persona que lograba que quisiera permanecer en esa casa, atada a su destino.

En realidad, volvía a mentirse a sí misma. Aunque era más consciente que nunca de que su padre la estaba tratando de forma injusta, era incapaz de deshacerse del sentimiento de querer complacerlo, como si su vida fuese a mejorar si obedecía. Odiaba sentirse así. Rachel tenía razón: se pasaba la vida fingiendo.

Pero había llegado a su límite. Quería llevar a cabo un último acto de rebeldía.

Así que, cuando le pidió a Ethel que la ayudase a escaparse aquella noche, solo pensaba en sentirse de nuevo libre. Pero también porque quería deshacerse de las palabras de Rachel, que la perseguían desde la terrible discusión que habían mantenido.

«Yo sé que te pasas cada minuto del día mintiendo. No te atreves ni a hacer ni a decir lo que piensas de verdad por si se rompe tu fachada de santa».

Quería demostrarle, demostrarse a sí misma, que no era una cobarde. Demostrárselo a todo el mundo. Ya bastaba de «solo ver, oír y callar». Por eso había decidido hacer lo que de verdad deseaba.

Deseaba a Russell.

No quería que la primera vez que estuviese en la cama con un hombre fuese con el barón. Se negaba en rotundo, porque, cada vez que pensaba en ello, le daban ganas de echarse a llorar. Lo triste es que lo había comprendido tras discutir con su prima. En ese aspecto, quizá debería agradecerle que le hubiese gritado todo aquello.

Estaba tan centrada en su huida, en pensar en Russell y en

cumplir con su objetivo… que no vio que su prima estaba en la cocina, observándola mientras abría la puerta de servicio.

—¿Dónde crees que vas?

Eliza se paralizó. No había vuelto a verla desde la discusión de aquella mañana, pues se había pasado el resto del día encerrada en su habitación, por lo que no esperaba encontrársela. Mucho menos en la cocina. Se giró hacia ella y la vio sentada en la mesa donde el servicio hacía sus comidas con una taza de té entre las manos. Su primer instinto fue recular y marcharse de nuevo a su habitación con cualquier excusa.

Pero pensó en su destino, en los engaños y en los desprecios, y decidió que ya estaba bien. Total, le daba lo mismo. Iban a obligarla a casarse de todas formas, así que bien podía despedirse de su escasa libertad por todo lo alto.

—Ethel, márchate.

La doncella, paralizada, la miró asustada, pero asintió ante su orden y se esfumó con rapidez. Eliza se enfrentó a su prima.

—Voy a salir —dijo con más seguridad de la que sentía—. Me da igual lo que opines y si se lo dices a mi padre. No pienso detenerme.

Rachel parecía algo más calmada que por la mañana, con profundas ojeras alrededor de los ojos. Sin duda, no tenía ganas de discutir, porque apenas alzó la voz al responderle.

—Está bien. Vete.

Eliza alzó las cejas, sorprendida.

—¿No vas a fastidiarme como haces siempre?

Rachel dio un sorbo a su taza de té y la miró.

—Oh, sí, sin duda —dijo sin cambiar su tono un ápice—. No puedo saber que te has ido y no decírselo a mis padres.

Eliza se mordió el labio inferior con fuerza.

—Por favor, Rachel —suplicó—. No me hagas esto.

Rachel desvió la vista, antes de hablar como si Eliza no hubiese pronunciado una palabra:

—Hoy me ha propuesto matrimonio sir Walter Wentword.

Eliza ahogó una exclamación. Por fin, su prima tenía lo que tía Margaret siempre había deseado: una propuesta de matrimonio que la eximía de un futuro estatus de solterona.

—Tiene una gran reputación —dijo con cautela—. Felicidades.

Rachel hizo una mueca.

—Sí, debería ser motivo de celebración. —Dio otro sorbo al té—. Aunque madre dice que es demasiado poco para mí, pero que tendrá que conformarse. Por lo visto, ha perdido la esperanza de que sea capaz de pescar a alguien más importante.

Vio el dolor en las facciones de Rachel, pero Eliza fue incapaz de morderse la lengua. Tía Margaret era veneno puro y no trataba a su hija mucho mejor que a su sobrina, pero le parecía injusto que ahora Rachel se quejase, cuando su situación era mucho peor.

—Al menos, solo tiene diez años más que tú —dijo con acritud, aunque se arrepintió de inmediato. Estaba siendo egoísta—. No cuarenta.

Rachel la miró a los ojos sin ofenderse.

—Tenías razón, Liz. No quiero casarme. No con él. Una parte de mí se alegraba de seguir siendo una solterona, aunque tuviera que soportar los comentarios de madre —dijo con voz monótona, y a Eliza le sorprendió que por fin lo admitiese en voz alta—. A cambio, podía seguir soñando con…

Se interrumpió, como si hubiera hablado de más.

—¿Con quién?

Rachel no respondió, pero se tocó el broche que llevaba atado a la bata. Broche que, si Eliza no recordaba mal, pertenecía a Lena Hamilton. Abrió los ojos como platos y entendió muchas cosas de repente. Sobre todo los celos que parecían poseerla cuando Eliza hablaba con Lena.

—Amas a la señorita Hamilton.

Rachel la miró con ojos furiosos.

—Como vuelvas a decir eso en voz alta, te arrepentirás —dijo con voz amenazante—. Si lo cuentas, nadie te creerá.

Eliza negó.

—No voy a contarlo. —Ella jamás iría diciendo nada tan delicado como eso, por mucho que su prima arremetiera contra ella—. Pero, Rach, ¿le has dicho a ella que…?

—No, y jamás se lo diré. La amaba, es cierto, pero procuré olvidarme de ella en cuanto comprobé que a Lena solo le interesan

los hombres. Yo soy la que tiene un problema. —Eliza quiso replicarle. En La Tríada había visto a mujeres besando a mujeres, por lo que Rachel no tenía por qué sentirse así. Ella no era la única. Quizá por eso a Eliza no le costaba asumirlo. No obstante, no la dejó hablar—: Te agradezco que no me mires como a un bicho raro, pero no vuelvas a mencionarlo, Eliza. Por favor.

Eliza asintió y Rachel relajó visiblemente los hombros.

—No me gusta sir Walter, pero no puedo escapar de mi destino. Igual que tú no puedes escapar del tuyo. Creo que esta tarde he entendido lo que me gritaste el otro día. Me era más fácil odiarte y echarte la culpa de todo que enfrentarme a la verdad.

Eliza la miró y vio a Rachel como lo que era: un peón más de su familia. Su enfado se esfumó casi del todo. A veces pensaba que envidiaba su boda, pero quizá solo quería cumplir las exigencias de su madre para que dejara de fustigarla. Pero, aun así, no parecía ser suficiente.

Un sentimiento de afinidad creció entre ellas, pero Eliza fue incapaz de tenderle una mano a su prima. No tras tantos rencores y desprecios. No sabiendo que, en cuanto cruzara la puerta, su prima la delataría a su padre.

—Ya no podremos ser amigas, ¿eh? —preguntó resignada.

Rachel negó.

—Madre ha creado demasiada rivalidad entre nosotras como para eliminarla de un plumazo, pero te agradezco que me gritaras las verdades a la cara —respondió, y se puso en pie. Se acercó a ella con lentitud—. Por eso dejaré que te vayas, y por eso te aviso que esta noche todo el mundo sabrá que te has escapado. Si madre se entera de que te he visto irte y no se lo he dicho, todo será peor para mí.

Eliza la miró, sorprendida.

—¿Dejarás que me vaya? ¿Cómo sabes que volveré?

Rachel sonrió.

—Te conozco, primita, y no dejarás a Nathan sin fortuna por egoísmo. Ni siquiera por un amante —dijo. Y le abrió la capa para ver su vestido, tan escandaloso que no podía pasar por nada más que un vestido para seducir. Eliza dio un paso atrás y se tapó con la

capa, pero su prima ya sonreía con suficiencia—. No me puedes engañar, y ahora vete antes de que me arrepienta. Así estamos en paz.

Quiso decirle que estaban muy lejos de estar en paz, pero no quiso perder más tiempo por si se arrepentía. Sabía que, si seguía con sus planes, su regreso sería una pesadilla, y que estaba a tiempo de volver a su habitación y fingir que la conversación con Rachel no había sucedido. Pero no creía tener otra oportunidad de ir con Russell y terminar su aventura. Como le diría Ginny: debía ir a por todas.

Ya enfrentaría las consecuencias. ¿Qué más podían hacerle?

Pensar en Russell le insufló el valor suficiente como para cruzar el umbral de la puerta de servicio. Se giró hacia Rachel, que tenía la mano en el pomo de la puerta, preparada para cerrarla en cuanto la hubiera cruzado.

—Tienes quince minutos de ventaja. No quiero saber adónde vas.

Eliza asintió y se internó en las sombras de la noche.

***

Llevaba días dándole vueltas a cómo enfrentar el tema de Betty con Eliza. Como su abogado estaba investigando la mejor forma de actuar para llevar a cabo la reaparición de la duquesa muerta, Lucifer pasaba las horas esperando y, cómo no, dándole vueltas a la cabeza. Por un lado, repasaba el plan una y otra vez, buscando cabos sueltos. Pero, como no los encontraba, su mente siempre acababa volando a Eliza. Lucifer le había dejado caer que tenía una pista y ahora, a cambio del testimonio de Elizabeth Cavendish, tenía que mentirle de nuevo y se sentía un miserable.

Quizá por eso no había ido a buscarla a su casa, ni le había enviado notas a través de Ethel, a pesar de que se moría de ganas de verla. ¿Cómo mirarla a los ojos y decirle que no sabía nada de su madre? ¿Por qué tenía que sentir tantos remordimientos?

No obstante, no podía atrasarlo más. Al día siguiente, Eliza acudiría al club a pedir un nuevo deseo como parte del trato que

tenía con ella, y tendría que enfrentarla. Debía comenzar a hacerse a la idea de que ya no volvería a verla. Joder, se había metido él solito en unas arenas movedizas que lo tenían enterrado hasta el cuello.

Odiaba sentirse tan mal al imaginar que Eliza no querría verle nunca más.

Se centró en el bullicio del club para no volverse loco. Como en la sala de juego no conseguía centrarse en las cartas o en los dados, acudió a una de las salas verdes, deseando distraerse y calmar la mente. Se sentó en uno de los sofás y observó el espectáculo, esperando abstraerse. Dos parejas follaban en la enorme cama y de vez en cuando interactuaban la una con la otra, sin importarles quién los estuviera mirando. De hecho, estaba seguro de que adoraban ser observados. Desperdigadas por la habitación, algunas personas se masturbaban solas o en pareja, y los gemidos inundaban la estancia. Lucifer, empalmado, bajó la mano hasta su entrepierna y cerró los ojos, deseando relajarse.

No obstante, no había apenas comenzado cuando sintió una mano que le abría la camisa con descaro. Abrió los ojos y vio a una mujer, vestida únicamente con la oscura máscara de los clientes. Esta sonrió y puso una mano sobre la de él.

—¿Me dejas que te ayude?

Por un momento, pensó en acceder, pero solo podía pensar en que no era Eliza quien estaba allí con él y en que deseaba que fuera ella. Se apartó.

—Maldita sea —dijo entre dientes, enfadado por no poder sacársela de la cabeza—. Tengo que irme, discúlpame.

Ella, haciendo gala de las normas del club, hizo un mohín de contrariedad, pero se hizo a un lado de inmediato. Se alejó de Lucifer, sin duda en busca de un nuevo objetivo, y él se quiso dar cabezazos contra la pared mientras se abrochaba de nuevo los pantalones.

Se había vuelto loco de remate. Si Gadreel se enteraba de aquello, se lo recordaría toda la vida.

Disgustado y claramente frustrado, Lucifer salió de la sala verde. No había dado ni dos pasos cuando lo interceptaron de nuevo. Esa

vez era una mujer que conocía muy bien, y no porque también fuera desnuda.

—Vaya, cariño, veo que andas algo perjudicado. —Mabel miró con lascivia el visible bulto de su entrepierna—. Si quieres, te ayudo.

Lucifer negó con la cabeza. Dos rechazos en una misma noche. Era un imbécil.

—Estoy bien —respondió con un tono que no permitía indagar más.

Mabel alzó las cejas, incrédula.

—Si tú lo dices… —Encogió un hombro—. De todas formas, iba a ir a buscarte dentro de un rato. Tengo novedades.

Lucifer se puso alerta de inmediato.

—¿Sobre Herbert Cavendish?

Ella asintió.

—Deja que busque a Charlie. Debe de andar poniéndole las esposas a alguna afortunada —le dijo, alejándose sin pudor alguno —. Nos vemos en tu despacho.

Veinte minutos después, Lucifer tenía sentados en su despacho al líder del Partido Laboralista y a su esposa, ambos vestidos solo con una bata negra de seda de las que estaban a disposición de los clientes. Quizá debería mandar quemar algún que otro sillón de su despacho.

Miró a sus interlocutores. Si Mabel era puro atractivo y desparpajo, Charles White era como un bloque de hielo. Mabel había decidido sentarse sobre el regazo de su marido, que la sujetaba con firmeza, y repartía besos y caricias por su cuello. Aun así, White se mostraba estoico y serio, sabiendo lo importante que era la reunión para Lucifer. Eran una pareja peculiar.

—No te robaremos mucho tiempo, Lucifer —le dijo. Le entregó un sobre con un grueso fajo de documentos, que no había soltado en todo ese tiempo. Hablaba con la seriedad propia de un político a pesar de lo poco ortodoxo de la situación—. Las pruebas de que Herbert Cavendish lleva años robando dinero de las arcas del ducado Rowland.

Arqueó las cejas.

—¿Cómo…?

—¿Cómo lo he conseguido? —White sonrió con suficiencia—. Digamos que he accedido a los libros de cuentas sin que Cavendish diera su permiso.

Lucifer ojeó los documentos. Según aquello, Herbert Cavendish, abusando de su puesto como administrador, se había pasado años y años robando pequeñas cantidades cada cierto tiempo, impidiendo que las pérdidas se notasen lo suficiente como para que alguien hiciera preguntas. Se detuvo en una de las páginas y frunció el ceño.

—Aquí dice que hace un mes desfalcó una cantidad mayor a la acostumbrada.

White asintió.

—Por lo que me han contado, lo hizo a través de la casa de campo que el ducado tiene en Yorkshire. Unas máquinas utilizadas para arar las tierras de la propiedad se estropearon, y Cavendish aseguró que la reparación costaba más de lo que realmente era —le explicó el político—. Viajó con el duque a Yorkshire y le hizo creer que las máquinas se habían roto a causa del mal uso que les daban los arrendatarios, aunque la teoría de la persona que habló con mi hombre de confianza es que él mismo las estropeó para poder llevarse un porcentaje del dinero destinado a la reparación. Fue una escabechina y muchos arrendatarios han sido culpados y expulsados de sus tierras, por lo que han perdido su modo de sustento.

Lucifer sintió que la rabia le invadía.

—Echarle la culpa a otro para ocultar sus trapos sucios… —musitó.

Como hicieron con su padre.

—Exacto. —White asintió—. No creo que mi fuente haya mentido. Estoy seguro de que las cosas ocurrieron así.

—¿Por qué arriesgarse a robar más dinero? Si están medio arruinados.

Mabel fue la que respondió:

—Cavendish tiene terribles deudas de juego que les esconde a todo el mundo. No sé si a su esposa, pero sin duda las esconde de su hermano.

—Solo hay dos robos anómalos en los libros de cuentas —siguió Charles—. El otro data de 1857. ¿Te sirve?

Lucifer sintió como si le lanzaran un jarro de agua fría. Ese fue el

año que detuvieron a su padre. El año que supuestamente robaron el maldito collar. Miró de nuevo los documentos; en sus manos tenía otra forma de hundir a los Cavendish.

Debía hablar con Nick para saber hasta qué punto podían utilizar aquella información. Esperaba poder publicar cada detalle en la prensa.

—Me sirve, y mucho. —Lucifer miró a los White—. Muchas gracias.

Charles asintió.

—Con esto estamos en paz, ¿verdad? No más favores —dijo con seriedad—. No me gusta estar en deuda con la gente.

—Estamos en paz —respondió—. Creo que, en realidad, soy yo el que está en deuda con vosotros.

Mabel sonrió.

—Nos alegra ayudarte, querido Lucifer. —Se puso de pie de un salto y se estiró como una gata perezosa—. Ahora, si me disculpáis, Azazel me está esperando.

Le dio un beso a su esposo antes de marcharse con andares seductores. Su marido la observó con una sonrisa.

—Yo también he de irme. He dejado un asunto a medias —dijo, y le tendió la mano a Lucifer—. Suerte con lo que sea que estés haciendo. Ante cualquiera que te pregunte, yo no sé nada.

Le estrechó la mano con fuerza.

—Por supuesto. Gracias, White.

Una vez solo, se deshizo de la máscara y se sentó tras el escritorio para revisar los documentos más detalladamente. Sacó todo lo que tenía por escrito contra la familia Cavendish y el duque con la intención de ordenar las ideas y buscar algún patrón que le permitiera conectar la anomalía de los libros de cuentas con el robo del collar. Tan enfrascado estaba en la lectura que no escuchó que el tapiz se abría, hasta que la puerta que conectaba con la iglesia se cerró de golpe. Lucifer alzó la vista y se quedó sin respiración.

Era Eliza.

Vestida de rojo.

—Hola, Russell —dijo con una sonrisa.

No, no, no, ella no debía de estar allí. No hasta el día siguiente, cuando Lucifer se hubiese hecho a la idea de mentirle. No vestida

como si su cuerpo gritase pasión por cada poro de su piel. ¿Por qué había elegido justamente hoy, que la había anhelado, ponerse el vestido que le volvía loco?

Quizá por todo eso no midió su respuesta:

—¿Qué haces aquí? —No pretendía ser brusco, pero su tono decía lo contrario.

La sonrisa de Eliza se esfumó y la vio dar un paso atrás.

—Yo… —comenzó, acobardada, y Lucifer se reprendió por no haber podido controlar sus emociones—. Quería darte una sorpresa. Pero es evidente que estás ocupado.

Se dio la vuelta y abrió la puerta de nuevo para atravesar el tapiz.

—Siento haberte molestado —se disculpó con la voz tomada.

Para cuando Lucifer reaccionó, ella ya había desaparecido.

—¡Espera, Eliza! —gritó saliendo tras ella.

La alcanzó cuando atravesaba la entrada a las catacumbas, regresando a la iglesia. Cuando la cogió del brazo y ella se giró para mirarle, quiso que Azazel le diera una paliza. Las lágrimas inundaban sus ojos y le dolió en lo más hondo haberla hecho llorar.

—Joder, Eliza, lo siento —le dijo, y la abrazó con fuerza—. No debería haberte hablado así. Es que no te esperaba y he pagado contigo mi enfado. Perdóname.

Ella no lo abrazó, pero tampoco se apartó, lo cual le pareció una buena señal. Lucifer le acarició el cabello con suavidad hasta que Eliza se incorporó para mirarlo. Parecía más serena.

—No te preocupes —le dijo, pero era evidente que seguía dolida —. Debería haber venido mañana, como habíamos concertado, pero tenía ganas de verte. Me iré y volveré mañana.

Lucifer la sostuvo del brazo con el corazón en la garganta. ¿Eliza tenía ganas de verle?

«Solo eres una aventura, recuérdalo», se dijo antes de que la traicionera esperanza se instalase en su pecho.

—No te vayas —dijo a pesar de que no era la mejor idea. Pero no soportaba que se fuese triste y enfadada con él—. Por favor.

Eliza lo miró con desconfianza, pero se detuvo. Oyeron un carraspeo tras ellos y se giraron sobresaltados. Sam salía de la sacristía y los observaba con atención. Conocía lo suficiente a su

amigo como para saber qué significaba la sonrisita que formaban sus labios. Casi podía escucharle en su mente diciendo: «Te dije que te estallaría todo en las narices».

—Siento interrumpir, pero quizá a la dama le guste ver las hermosas vistas desde el campanario —dijo con voz serena, como si fuese lo más natural del mundo—. Así puedes compensar tu estupidez, Russ.

Apretó los dientes para no cantarle las cuarenta al sacerdote. En cambio, miró a Eliza.

—¿Te parece bien? La verdad es que el padre Weasley tiene razón: las vistas son preciosas. Es uno de mis lugares favoritos.

Eliza, por fin, sonrió de nuevo.

—Me parece bien —respondió. Y se dirigió a Sam, ensanchando su sonrisa. ¿Era estúpido estar celoso de su amigo el sacerdote?—. Gracias, padre.

Este asintió y, sin una palabra más, volvió a entrar en la sacristía. Lucifer puso los ojos en blanco y le sujetó la mano a Eliza.

—¿Vamos?

Esta asintió, apretándosela.

—Vamos.

La guio hasta la escalera de caracol que subía hasta el campanario. Esta era estrecha y con los escalones empinados, por lo que le indicó que empezara a subir y él la seguiría.

—Así te sujetaré si resbalas —le dijo, y ella se sonrojó.

Subió cada escalón sabiendo que hacía mal. Que, si seguía pasando tiempo con ella, sería todavía peor el momento de separarse. Pero era incapaz de dejar de mirar su silueta, iluminada por las velas que colgaban de los apliques que alumbraban el camino al campanario. Era hipnótica.

—Ese vestido te sienta de maravilla —dijo, y ella le miró por encima del hombro.

—Creo recordar que me pediste que me lo pusiera más —se limitó a decir.

—Oh, sí —dijo con voz grave, y supo que estaba perdido en cuanto las escaleras terminaron y ella pudo girarse hacia él. La miró de arriba abajo con apreciación—. Me alegra que me hayas

concedido mi deseo.

Eliza miró a su alrededor y soltó un grito ahogado al ver la enorme campana de St. Marylebone encima de sus cabezas. Estaba muy por encima de ellos, separada por unas enormes vigas que mantenían la estructura de la torre, pero era allí donde Sam la hacía sonar cada día. Podían ver la gruesa cuerda que se usaba para hacerla tañer, pero lo más imponente del campanario estaba más allá de sus ventanas.

—Mira allí —le dijo a Eliza, que se asomó a la ventana más cercana.

Tras las ventanas podían ver la ciudad de Londres. Multitud de casas y edificios se apelotonaban entre sus calles, y algunas luces se podían ver en la distancia como pequeños puntos de luz anaranjada. Apenas se percibían las siluetas de los edificios a causa de la oscuridad, pero las estrellas y la luna otorgaban al paisaje un encanto que dejaba sin palabras. A Lucifer le encantaba venir allí de vez en cuando para, irónicamente, poner los pies en la tierra y recordar que no era más que una persona entre tantas. Una que había luchado mucho por llegar donde se encontraba, pero solo un mortal más entre tantos.

Dejó que Eliza mirase a su antojo por cada una de las ventanas que rodeaban el campanario. Como este tenía forma circular, cada ventanal mostraba un fragmento de Londres diferente. Al ver su rostro emocionado, sintió que por fin podía respirar con normalidad por primera vez desde hacía días.

—Es precioso. —La escuchó decir.

Quiso acercarse y abrazarla por la espalda, pero se obligó a permanecer quieto. No tenía ningún derecho a hacerlo y, si la tocaba, no sabía si podría detenerse. Hizo tal alarde de contención que se hizo daño en las palmas de las manos al apretar los puños.

Pero el destino parecía tener otros planes para él. Eliza se giró para mirarlo desde uno de los ventanales y le tendió una mano.

—¿Por qué estás tan lejos? Ven conmigo.

Su voluntad se esfumó, convertida en polvo. Ni siquiera tuvo poder para luchar contra una petición de sus labios. Se acercó a ella en un par de zancadas y fue la propia Eliza quien lo abrazó con

fuerza.

—¿Quién iba a decir que había un sitio tan bonito sobre la iglesia? —dijo mirando por la ventana.

Lucifer sonrió.

—Es uno más de los secretos que alberga St. Marylebone —respondió—. A mí me gusta venir de vez en cuando porque el silencio me ayuda a ordenar las ideas.

La quietud los envolvía, elevados sobre los edificios, las fábricas y los carruajes que circulaban por las calles empedradas. Era una noche especialmente bonita por la ausencia de lluvia.

—¿Al diablo le gusta subir a las alturas? —bromeó Eliza. Y Lucifer quiso devolverle la sonrisa, pero no pudo. Sus palabras eran un recordatorio de lo que Betty le había dicho: él no era una opción para Eliza—. Quizá no eres tan villano como te gusta aparentar.

Lucifer negó con lentitud.

—En eso me temo que te equivocas. —La miró a los ojos—. Solo subo a las alturas porque me gusta recordarme lo que no puedo tener.

—A Lucifer le expulsaron del cielo, pero eso no significa que tú no puedas volver. —Eliza le acarició el rostro con suavidad y él quiso cerrar los ojos al sentir su tacto, pero era incapaz de despegar la mirada de esos enormes ojos castaños—. Deberías tenerte en mayor consideración.

—Solo soy realista, Eliza —le dijo con una sonrisa triste—. Además, que yo sea el diablo le da un toque travieso a tu aventura.

Ella sacudió la cabeza y le abrazó con fuerza en un arrebato. Confundido, él le devolvió el gesto por inercia, sorprendido de lo bien que encajaban el uno contra el otro.

—Hoy ha sido un día horrible —musitó contra su pecho—, pero que me hayas traído aquí lo ha mejorado muchísimo. Muchas gracias.

Lucifer la estrechó más contra sí, sintiendo una rabia irracional hacia quien fuera que la hubiese puesto triste.

—No hay de qué —dijo sin saber qué más añadir.

Se apretó más contra él y Lucifer cerró los ojos, angustiado. No podía mentirle más. Tenía que decirle que había encontrado a su

madre y dejarle claro que no estaba tan sola en el mundo como ella creía. Lo mandaría todo al diablo. Pero, cuando iba a abrir la boca para hablar y contárselo todo, Eliza se incorporó para mirarlo a los ojos con intensidad.

—Quiero adelantar mi deseo de mañana a ahora mismo.

Lucifer se quedó mudo y supo que lo que Eliza iba a decir sería trascendental.

—Estoy harta de esperar algo que no va a venir —dijo con seguridad. Y se desabrochó la capa con gesto impaciente, dejándola caer al suelo—. Quiero llevar nuestra aventura hasta el final.

—¿Cómo? —Lucifer fingió no entenderla, porque no sabía qué más decir.

Pero vaya si la entendió. Eliza dejó más que claras sus intenciones cuando le agarró del chaleco y lo besó.

Su contención saltó por los aires.

Capítulo 24

No había pensado en tener que dar ella el primer paso, y eso la ponía nerviosa, aunque quisiera aparentar seguridad. Cuando iba de camino al club y se puso la máscara para ocultar su rostro, tenía el plan muy claro en su mente. Le había pedido prestado el vestido indecente a Ginny para que cuando Russell la viese no se pudiera contener. El resto saldría rodado a pesar de su escasa experiencia. Eliza quedaría arruinada y su aventura prematrimonial llegaría al culmen. Cumpliría sus deseos.

Sin embargo, no había sido tan fácil como ella había esperado. Cuando Russell le había hablado como si su presencia le importunase, no había podido evitar que algunas lágrimas se le escapasen. Porque, si después de todo lo que había hecho… él la rechazaba, su último episodio de rebeldía habría sido inútil.

Creía que Russell la buscaría como en el carruaje, deseando tocarla. No obstante, le notaba distante y no comprendía por qué. Quizá sí había interrumpido algo importante llegando sin avisar, pero no parecía que esa fuera la causa de su preocupación. Se había disculpado por hacerla llorar y le había prometido compensarla. La había acompañado al campanario y no le había quitado la vista de encima, observándola con ojos ávidos. Le había enseñado un lugar maravilloso, una nueva parte de él que no conocía y que le encantaba. Empezaba a conocer sus gestos y sabía que algo le preocupaba, a pesar de que trataba de fingir que no era así.

Pero también había visto el efecto que producía en él el generoso escote de su vestido. Russell la deseaba. Estaba segura.

Eliza quería acabar lo que habían empezado y conocer lo que era el deseo en su máxima plenitud. Como aquella pareja que había visto en una de las habitaciones de La Tríada. Quería más de lo que Russell le había dado en el carruaje. Si él no daba el primer paso, entonces sería ella la que se atrevería a seducirle. Por esa noche sería la Eliza osada que se había enfrentado a su prima y, sabiendo que su padre estaría maldiciendo su huida sin saber dónde encontrarla, su resolución era todavía mayor.

Su aventura terminaba allí y quería que fuese con Russell. Deseaba a ese hombre guapo y misterioso que la empujaba a ser ella misma y le ofrecía tomar sus propias decisiones. Que, no sabía cómo, se adelantaba a sus necesidades y la colmaba de atenciones. Que la hacía sentir segura y libre. Que estaba tan devastado por dentro que se había convencido de que él era una mala persona. Con el que había vivido las experiencias más emocionantes de toda su vida.

Por eso le había besado, buscando una respuesta por su parte, y gracias a Dios que él le había devuelto el beso como si hubiera estado todo el rato esperando para abalanzarse sobre ella. Como si hubiese estado esperando que Eliza le diese permiso para actuar.

La devoró con ansia, atrapándola entre el ventanal y su cuerpo. Enterró la mano en su cabello y la besó como si lo necesitara para que siguiese latiéndole el corazón. Eliza sintió que su propio corazón se desbocaba. Jamás pensó que se atrevería a saltarse las normas y vivir algo así. Ni siquiera lo había imaginado. Pero allí estaba: en el campanario de la iglesia de St. Marylebone, con Londres a sus pies, junto al rey que gobernaba sus catacumbas.

Se sentía más viva que nunca. Más valiente.

—¿Estás segura de esto? —le dijo cuando se separó de ella lo justo como para poder mirarla a los ojos—. ¿Quieres estar conmigo? Te mereces una cama cómoda y un hombre que no te haya estado ocultando cosas… Si no me apartas tú, yo no seré lo bastante fuerte para irme.

Eliza le cogió el rostro entre las manos. Los secretos no tenían cabida allí. No era lo que estaba buscando esa noche. Ya lo habían hablado aquella noche en Clerkenwell: ella sabía que estaba jugando con fuego cuando hizo el trato con él.

—En tres semanas estaré casada con un hombre que podría ser mi abuelo —dijo mirándolo a los ojos. Se sentía poderosa, sabiendo que Russell estaba aferrándose a un pequeño hilo de contención que podía romper casi con facilidad. Esa noche Eliza miraba únicamente por sus deseos—. Nunca he estado tan segura de algo como de que no quiero casarme sin saber lo que es estar contigo. Tú fuiste el que me dijo que debía pedir lo que deseara, ¿no? Pues te deseo a ti. Sé

que te estoy utilizando, pero…

Russell murmuró algo que no entendió, pero que sonó como una plegaria, antes de interrumpirla para volver a besarla con fiereza. Eliza se dejó llevar, y se perdió entre los besos y caricias que él le profesaba. Sus últimas defensas se habían derrumbado, y ahora tenía ante sí a un hombre tan desesperado como ella. Se sintió triunfante.

—Este vestido es una maldita tentación —dijo, tirando de las cintas que sujetaban el corpiño—. Toda tú eres una tentación.

Eliza disfrutó al máximo de la maravillosa sensación de sentirse deseada. Russell tiró del vestido con impaciencia, abriendo el corpiño, y dejó a la vista sus pechos. Había hecho bien prescindiendo del corsé. Russell miró su cuerpo como si ella fuera lo más extraordinario que hubiera visto y después buscó sus ojos, como si quisiera cerciorarse de que eso era lo que ella quería.

Le adoraba por estar tan preocupado por sus necesidades. Sonrió e hizo gala de una nueva seguridad que no sabía que tenía.

—Tócame.

No la hizo esperar. Eliza gimió cuando lamió y succionó sus pezones, provocando que se retorciese contra él. Sí, eso era lo que quería. Volver a sentir el placer que le había provocado estando entre sus brazos.

Cogería todo lo que él estuviera dispuesto a darle. Después se casaría y no miraría atrás, pero recordaría ese momento una y otra vez como el tesoro más valioso que poseería jamás.

La hizo girarse hacia la ventana y Russell se colocó a su espalda. Apoyó las manos en el cristal empañado y jadeó cuando él le pellizcó los pezones. Sintió que su excitación aumentaba.

—Mira Londres a tus pies, princesa —le susurró en el oído, provocándole un escalofrío—. Toda esta gente que pasa por delante de la iglesia y que, si mirase para arriba, te vería derritiéndote de placer en mis manos.

Eliza sintió que el calor de su cuerpo se incrementaba. Estaba conociendo al Russell más pasional. Al Lucifer que gobernaba un club indecente. Cerró los ojos cuando le mordió el lóbulo de la oreja, sin dejar de acariciarle los pechos. El vestido, que se había arrugado

en sus caderas, cayó al suelo en un remolino escarlata, dejándola únicamente con la ropa interior, las medias y el liguero.

—Gírate —le ordenó—. Quiero verte bien.

Eliza obedeció con la expectación contrayéndole el estómago, y Russell la miró con la mirada oscurecida por el placer. Cualquier ápice de pudor se esfumó ante su admiración.

—Qué jodidamente afortunado soy por poder verte así.

Se besaron de nuevo y Eliza aprovechó para tironear de la camisa de Russell, que se desnudó de cintura para arriba con impaciencia. Recorrió su amplio pecho con la mirada, deleitándose en cada detalle de su musculatura. Se aferró a él cuando la sostuvo de nuevo, acariciándole con avidez.

Russell extendió su capa en el suelo antes de ayudarla a tumbarse sobre ella y protegerla un poco de la fría madera. Después, se tomó su tiempo para acabar de desnudarla, repartiendo besos por su cuerpo y provocándole escalofríos que hacían hormiguear su piel.

—Eres preciosa —dijo casi con reverencia, acariciándola, y el corazón de Eliza martilleó con más fuerza si eso fuera posible—. No lo olvides nunca.

Eliza frunció el ceño ante el comentario, porque le dio la impresión de que Russell estaba despidiéndose. ¿O tenía esa sensación porque era ella la que se estaba despidiendo? Pero no pudo ahondar en ello, porque un nuevo beso le hizo perder el hilo de sus pensamientos. Russell fue bajando por su cuerpo poco a poco, besando sus pechos, su estómago y el interior de sus muslos. Se miraron a los ojos y, cuando Eliza comprendió sus intenciones, el estómago se le contrajo por la expectación. Él sonrió como el canalla que era antes de bajar la cabeza y devorarla.

Un ramalazo de placer la recorrió de pies a cabeza, invadiendo todos sus sentidos. Se dejó caer hacia atrás y gimió tan alto que se avergonzó, pero a él pareció gustarle porque incrementó el ritmo de sus caricias. Russell la torturó con la lengua, provocándole tantas sensaciones que no era capaz de estarse quieta. Él le sujetó las piernas para que no se moviera, y no cesó hasta que Eliza no fue capaz de contener los temblores que la recorrían de pies a cabeza y explotó en mil pedazos.

«Santo Dios», pensó jadeante. No le extrañaba que la gente acudiese en masa al club si se sentían así de bien.

Antes de que pudiera recuperar el ritmo de su respiración, Russell se desnudó con rapidez, y Eliza por fin pudo verle en todo su esplendor sin las restricciones de la ropa. A pesar de la escasa luz de la luna, Eliza se quedó sin aliento. Recorrió su atractivo cuerpo con la mirada, fascinada. Lo miró a los ojos.

—Eres hermoso —le dijo sin poder contenerse, ruborizada.

Él se inclinó hacia ella y la besó con ansia.

—No tanto como tú —le respondió, cubriéndola con su cuerpo. Podía sentir su erección contra el estómago, clamando por atenciones—. Tanto por dentro como por fuera.

Eliza se aferró a él, que volvió a encender cada poro de su piel con solo besarla. Russell le acarició las nalgas, aferrándolas para acercarla más a él, y notó el calor que irradiaba su cuerpo. La miraba con tanta intensidad que parecía como si quisiera decirle algo sin utilizar las palabras.

—No hemos acabado, ¿verdad? —le dijo ella, acariciándole el rostro con suavidad. Sus escasos conocimientos sobre el tema la llevaron a preguntarle. Quería más—. Por lo que vi en el club, esto no es todo.

Russell negó.

—No es todo —respondió sin dejar de mirarla—. No obstante, acabaremos si tú así lo decides. Yo, por el contrario, ya estoy irremediablemente perdido en ti.

Eliza cogió aire ante sus palabras y lo sujetó por la nuca con fuerza, enterrando los dedos en su cabello oscuro. No tenía dudas. No las había tenido desde el momento en el que había salido por la puerta trasera de Rowland House, sabiendo que su decisión cambiaría drásticamente la relación con su familia.

No se arrepentía.

—Lo quiero todo, Russell.

Él cerró los ojos.

—No podría negarte un deseo ni aunque quisiera.

Se acomodó entre sus piernas y le acarició el clítoris hasta que volvió a retorcerse por el placer. Solo entonces se introdujo en ella

despacio, tratando de no hacerle demasiado daño. Russell siguió acariciándola sin dejar de penetrarla con cuidado, hasta que Eliza comenzó a acostumbrarse a la invasión y a mover las caderas en su dirección.

Se miraron a los ojos y Russell se introdujo por completo. Eliza dio un respingo, pero el dolor era más leve de lo que había esperado. Él la besó de nuevo sin dejar de estimularla con la mano, y comenzó a moverse en su interior.

La sensación era indescriptible, y cada vez más satisfactoria. El dolor se había esfumado del todo y solo quedaba el placer. Escuchó a Russell jadear contra su cuello y se abrazó a él con fuerza, moviendo las caderas para ir al encuentro de sus embestidas.

Eliza cerró los ojos, dejándose llevar por las increíbles sensaciones que la invadían.

Pronto el ardor que se concentraba en su entrepierna creció hasta hacerla estallar de nuevo. Se mordió el labio mientras perdía el dominio de su cuerpo, que temblaba bajo el de Russell. Él empujó un par de veces más y salió de su cuerpo con rapidez para derramar su semen sobre su estómago.

Eliza parpadeó un par de veces para enfocar la vista, que se le había nublado. Y Russell se inclinó para darle un beso dulce, que le pareció el más bonito que se habían dado hasta la fecha.

—¿Estás bien? —le preguntó. Cuando ella asintió, sonrió—. Espera, voy a limpiarte.

Sacó un pañuelo del bolsillo interior de su chaqueta y la limpió con mimo. Cuando hubo terminado, la abrazó con fuerza y los envolvió a ambos en la capa de Eliza. Ella se acomodó contra su pecho y suspiró.

—Ha superado mis expectativas —musitó en voz baja.

Lo escuchó reír.

—Me alegro —dijo burlón.

Eliza alzó el rostro para mirarlo.

—Bueno, ya sabes, no ha sido en absoluto lo que nos cuentan nuestras matronas —le aseguró con seriedad—. Son cosas mucho menos escandalosas. Menos apasionantes.

—Pero ¿te parece bien que te hayan engañado tan vilmente?

—Oh, sí. —Sonrió, traviesa, y él volvió a reír—. Prefiero esta versión mil veces más.

—Parece que has descubierto una nueva faceta de la Eliza rebelde —le dijo acariciándole el cabello.

Le acarició el pecho, distraída, jugueteando con el escaso vello oscuro que tenía entre los pectorales. Russell la estrechó con más fuerza, como si no quisiera dejarla ir.

—Me gusta la Eliza rebelde —dijo contra su cabello, y la hizo sonreír.

A ella también le gustaba.

Cerró los ojos y, sin darse cuenta, dormitó durante unos minutos. Russell debía pensar que se había quedado dormida, porque parecía estar hablando para sí mismo, en voz tan baja que casi no le escuchó.

—Me asusta darme cuenta del poder que tienes sobre mí, princesa —musitó—. Tanto que podrías destruirme.

Capítulo 25

Comenzó a hacer frío en el campanario, así que Russell la ayudó a vestirse, no sin varios besos de por medio que enlentecieron la tarea, y bajaron de nuevo al club. Eliza agradeció el ambiente cálido del despacho y suspiró. Se giró hacia él, que volvía a estar muy callado. Estaba despeinado y, lejos de parecer desaliñado, le pareció guapísimo. Sintió que volvía a desearle como hacía un momento. Quizá podrían repetir la experiencia antes de marcharse; no tenía ninguna gana de regresar a casa.

No podía creer todavía que se hubiese atrevido a hacer saltar por los aires todas las normas sociales, todas las restricciones de su padre, y se hubiese arruinado por voluntad propia. Todavía se sentía fuera de su piel, vibrando por la emoción.

Tanto que, al caer en la cuenta de que no volvería a ver a Russell, sus sentimientos se helaron por el dolor que le provocó.

Pero así era como debía ser.

—Tengo algo que decirte. —Se giró hacia él y sonrió con tristeza —. Nuestro trato se acaba aquí. Te agradezco que hayas intentado encontrar a mi madre, pero entiendo que nada ha dado resultado y…

Russell la interrumpió:

—¿Qué quieres decir con que nuestro trato termina? ¿Por qué?

Eliza suspiró.

—Mi padre sabe que me he escapado y, cuando regrese a casa, tendré que afrontar las consecuencias. Por eso no podré volver al club.

Él la miró en silencio unos segundos, y después sacudió la cabeza. Le cogió la cara entre las manos con firmeza. Casi fue incapaz de sostenerle la mirada.

—No vuelvas, Eliza —le dijo con mirada suplicante—. ¿Por qué quieres volver si sabes lo que te espera?

Eliza puso su mano sobre la de él.

—Mi hermano me necesita y, por mucho que quiera parecer una mujer rebelde, mi padre dicta mis pasos. No soy capaz de escapar de su sombra. Si no vuelvo, me buscará hasta que dé conmigo —

dijo, y odió la tristeza que se percibía en su voz—. Esta aventura solo ha sido un oasis en mitad del desierto y te agradezco todo lo que has hecho por mí. He descubierto cosas de mí misma que no conocía.

Russell fue a abrir la boca para hablar, pero los interrumpieron. La puerta del despacho se abrió con fuerza y uno de los empleados entró como un vendaval.

—Ahora no, Brooke —dijo enfadado—. Estoy ocupado.

—Es muy urgente, señor Lucifer —respondió angustiado—. Hay una pelea en la sala de juego y no encuentro al señor Azazel por ninguna parte.

Russell la miró, dividido entre ella y el deber. Eliza sonrió.

—Ve. No me iré sin despedirme.

—Más te vale. No hemos terminado de hablar —le dijo—. Tengo algo importante que decirte.

Salió corriendo tras Brooke, como si el irse con prisa fuera a hacerle regresar antes.

Eliza se relajó un poco al escuchar la puerta del despacho cerrarse. Miró a su alrededor, sintiendo curiosidad. Era la primera vez que estaba sola en ese despacho y le venía bien para distraerse. Todavía sentía la mirada consternada de Russell sobre ella. Le estaba resultando más difícil de lo que pensaba poner fin a su aventura. Era como si a él le doliese tanto como a ella.

Pero no podía ser, ¿no?

Se preguntó si la oferta de Russell seguiría en pie. Si todavía querría casarse con ella. Si debería ser egoísta y dejar toda su vida atrás, creando una nueva junto a él. Si podría ser feliz junto a Russell, aunque eso significara dejar a Nathan sin fortuna.

Por un fugaz momento lo imaginó, despertarse cada mañana junto a él, y le gustó tanto la idea que tuvo que eliminarla de su mente para que no echara raíces. Pero ya había arraigado como un veneno.

Necesitaba dejar de pensar, nerviosa. Porque, si Russell le volvía a pedir que no se marchase, quizá esa vez accedería. Se acercó al enorme escritorio de madera maciza y frunció el ceño. Había muchísimos documentos desperdigados por la superficie, y eso le

extrañó. Russell era un hombre muy ordenado y jamás había nada fuera de su sitio cuando Eliza le había visitado en ocasiones anteriores. No iba a leer nada, pero un nombre captó su atención.

Cavendish.

Aquel era el apellido de su familia. Cogió uno de los papeles y se quedó helada. Era un informe sobre las actividades de su tío como administrador del ducado. Cogió otra hoja y vio que era sobre su padre. También había cosas sobre su madre y sobre ella misma.

—¿Qué…? —dijo sin poder creerlo.

Un documento más. Era un informe policial sobre John Knight y cómo terminó en la cárcel a causa del robo del collar de rubíes. Esa historia sí la conocía… Leyó con atención y se quedó helada cuando vio que el collar robado era parte del ajuar de la duquesa de Rowland.

De repente, todas las piezas encajaron.

—Dios mío, no puede ser cierto —musitó, incrédula.

Los ojos le escocían por las lágrimas, pero las contuvo a base de rabia. Escuchó pasos que se acercaban con prisa, y cogió los cuatro documentos que tenía en la mano y se los guardó dentro del corsé con rapidez. No le dio tiempo a coger ninguno más, porque la puerta se abrió de golpe.

Russell abrió los ojos como platos al verla mirando los documentos. El miedo inundó su rostro y supo que su teoría era correcta. Sintió una punzada de dolor en el pecho, que casi la dejó sin respiración.

—Mi padre es el hombre que te arruinó la vida. El que encarceló a tu padre —le dijo, y Russell no hizo amago de negarlo—. Por eso te acercaste a mí.

¿Era así como se sentía un corazón roto? Era horrible.

—De todas las personas que podían engañarme de esa forma… — Sacudió la cabeza y parpadeó con rapidez. Se negaba a llorar. Sus pensamientos eran una maraña a la que no lograba dar coherencia. Solo podía pensar en si había algo, de todo lo que le había dicho, que fuese verdad—. Sabía que me estabas ocultando algo, pero esto…

—Eliza, por favor, deja que te explique. —Russell sonaba

angustiado, pero, cuando se acercó a ella, Eliza dio un paso atrás. No quería que la tocase.

—Jamás te he importado en absoluto. Solo querías vengarte.

Russell negó.

—No es así —respondió, y la miró suplicante—. Al principio lo era, pero después te conocí y…

Ella alzó las manos, pidiéndole que parase de hablar. No quería escuchar más mentiras. Y pensar que había estado a punto de decirle que se quedaría junto a él. Cómo había podido ser tan estúpida.

Por supuesto que Russell no se había fijado en ella. Había acudido a ella por interés, como todos los demás.

—Eres un bastardo —le espetó con rabia. Se acercó al tapiz, deseando salir de allí y olvidar su mirada arrepentida—. No quiero volver a verte. Ahora de verdad.

—Eliza, ¡escúchame! —dijo desesperado—. Siento haberte mentido, y no merezco que me perdones, pero es cierto cuando te digo que me importas. Por favor, hablemos y deja que me explique.

Pero Eliza no quería escuchar.

—Déjame en paz. Es mi deseo y creo que me lo debes. ¿O todas esas estupideces de que concederías mis deseos también eran mentira? Me imagino que sí.

—No lo eran —le aseguró con firmeza—. Nunca lo fueron.

Pero Eliza negó; no se iba a dejar engatusar. No podía creer que una noche tan bonita hubiera acabado tan mal.

—Entonces, deseo que me dejes en paz.

Russell bajó los brazos, que todavía querían sujetarla, y asintió. Una parte de ella le odió todavía más por no luchar y respetar su petición. Pero ¿por qué iba a luchar si todo el tiempo había sido una treta para herir a su padre?

Abrió el tapiz y la puerta que daba a la escalera de caracol. No podía seguir un minuto más allí dentro. Le dolía tanto el pecho que le resultaba insoportable. Estaba harta de engaños y mentiras.

—Por favor, Eliza, mírame. —No supo ni por qué, pero se giró. Sus ojos reflejaban dolor, pero Eliza se negó a verlo—. No sabes cuánto siento haberte mentido. Si pudieras perdonarme…

Luchó por contener las lágrimas y reunió toda la tristeza que albergaba dentro, antes de responderle:

—Cuando se congele el infierno —dijo con rabia.

Estaba harta de ser manipulada, pero el hecho de que hubiese sido Russell lo hacía todo mucho más doloroso. Ella había confiado en él y la había traicionado. Le había entregado sus deseos más profundos y él estaba jugando todo el tiempo. Dio un paso atrás, dispuesta a no volver a verlo nunca más.

—Ahora, si me disculpas, en tres semanas me caso y he de prepararme. —Sus propias palabras le desgarraron las entrañas, pero no se retractó. Mejor que seguir mirándole a los ojos y seguir preguntándose en cuántas cosas más le habría mentido.

—Eliza, por favor. —Quiso acercarse a tocarla de nuevo, pero ella volvió a alejarse, y el dolor se reflejó en su rostro. Pero él no tenía derecho a sentir dolor—. Sé que te he engañado y comprendo que no quieras escucharme; te juro que respetaré tu deseo y te dejaré en paz. Pero te prometo algo: aunque termine ardiendo en el infierno y este me consuma, te demostraré que no miento cuando digo que eres importante para mí.

Eliza sacudió la cabeza con fuerza. No iba a volver a caer en sus mentiras.

—Tus promesas no me sirven ya. Quédate con tu maldito club y con tu venganza. —Pisó el primer escalón, pero antes quiso tener la última palabra. Quiso devolverle parte del daño que él le había causado, aunque sabía que era imposible. Eliza no creía poder estar más rota—. La verdad es que sí: ser el diablo te pega. Aunque no sé si el verdadero Lucifer es tan cruel.

Cuando subió las escaleras como si le fuera la vida en ello, deseando alejarse cuanto pudiera de él, supo que no la seguiría.

***

Las lágrimas corrieron libres en cuanto cerró la puerta del coche de alquiler. A duras penas le había podido dar la dirección al cochero sin derrumbarse. Se había planteado ir a casa de Ginny, porque

necesitaba una mano amiga y la única mirada sincera que le quedaba, pero a aquellas horas de la noche era impensable. No quería causar habladurías ni que tuviera problemas con su familia o su prometido. Además, no podía atrasarlo más.

Sabía que su padre la estaba esperando.

Su aventura había terminado de la peor manera posible, pero intentó serenarse, porque no podía darle al duque más armas para arremeter contra ella. Se enjuagó las lágrimas casi con rabia y se ciñó la capa en cuanto bajó del carruaje, que la había dejado en la puerta principal de Rowland House. Había luz en el despacho de su padre, así que no le daría el lujo de entrar por atrás como una delincuente. Lo haría por la puerta principal y con la cabeza alta.

Cuando introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta, el vestíbulo estaba casi en penumbra. Pero enseguida vio al mayordomo, el señor Barton, que la estaba aguardando con un pequeño farol en la mano. Por supuesto, su padre no iba a ir a buscarla; dejaría que ella misma acudiera por su propio pie. No era un hombre que persiguiese a nadie.

El empleado le tendió la mano para cogerle la capa, pero Eliza negó.

—Me la dejo puesta, gracias —dijo. Afortunadamente, ya no le temblaba la voz.

—Su padre la espera en el despacho —le respondió el hombre—. Necesito sus llaves, milady.

¿Era su imaginación o la miraba con lástima?

Eliza asintió y se las entregó antes de rodearle para avanzar rumbo al despacho de su padre. A su espalda, escuchó cómo el mayordomo cerraba la puerta a cal y canto, y reprimió un escalofrío. Estaba encerrada.

Entró sin llamar, sabiendo que esa falta de respeto le crisparía aún más. A esas alturas, ya no le importaba nada. Su padre no podía causarle más dolor que Russell.

El duque miraba por la ventana, dándole la espalda. Imaginaba que la había visto llegar. Cerró la puerta tras ella y esperó. Dejaría que él tuviese la primera palabra. Le resultó extraño que su tío no estuviera presente; le encantaba ver cómo su padre la ponía en su

sitio. Miró la espalda recta del duque, tenso como el arco de un violín. Normalmente sentía miedo y respeto cuando estaba con su padre, pero ahora se sentía vacía.

¿Qué le había hecho Russell Knight?

Fuera como fuese, lo usaría a su favor para enfrentarse a su padre.

—¿Cómo te atreves a desobedecerme de esta manera?

Eliza inspiró hondo. Edward Rowland se giró hacia ella y su expresión era de auténtica furia. Quiso dar un paso atrás, pero se obligó a plantar bien los pies en la alfombra.

—¿Cómo te atreves a escaparte de casa para ir a Dios sabe dónde con ese aspecto de fulana? —Señaló su cabello suelto y el vestido rojo, que se apreciaba bajo la capa—. Tantos años educándote para que no seas como tu madre, y ahora mírate. ¿Acaso no te he dado todo lo que has necesitado, para que ahora te portes así? Si esta es una especie de rebeldía estúpida, no lo toleraré.

Eliza apretó los labios.

—Sí, padre, me miro —respondió sin alzar la voz—. Mejor parecerme a mamá que a ti. Al menos, ella tuvo la valentía de fugarse con quien amaba en lugar de permanecer contigo.

El duque se quedó blanco. Se acercó a ella en un par de zancadas y la cogió por los brazos. Le hacía daño, pero Eliza no hizo ni una pequeña mueca. No le demostraría que estaba sufriendo.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó, casi con miedo—. ¡¿Cómo?! ¡Respóndeme!

Eliza lo miró a los ojos.

—Lo importante es que lo sé —dijo—. ¿Con qué cara me das lecciones de moral cuando me has estado mintiendo toda la vida, padre?

Su padre la soltó como si le hubiera abofeteado y Eliza tuvo que agarrarse a una silla para no perder el equilibrio.

—Hice lo que creí que era mejor para ti.

Eliza rio con sequedad. Parecía incluso creérselo.

—No, hiciste lo que era mejor para ti —respondió, y le señaló con el dedo—. Porque para ti era mejor decir que tu esposa estaba loca a que la gente supiera que eres un duque abandonado.

No vio venir la bofetada, pero fue tan fuerte que hizo que le saltaran las lágrimas. Si no hubiera estado agarrada a la silla, hubiera caído de rodillas.

—¡No vuelvas a hablarme así, Elizabeth!

Se agarró la mejilla con la mano y miró a su padre, que estaba fuera de sí. La piel le escocía, pero no tanto como el dolor que sentía en el pecho. Su padre siempre la había castigado encerrándola, quitándole cosas que le gustaban o con duras palabras disfrazadas de terciopelo. Pero jamás le había pegado.

Hasta ese momento.

No se le había escapado que la había llamado por el nombre de su madre y, por cómo se miraba la mano como si estuviera ido, a él tampoco. No estaba segura de si se arrepentía, pero sí de que no iba a pedirle perdón. Lo sabía bien. Edward Rowland nunca se equivocaba, eran los demás los que siempre cometían errores.

—Permanecerás encerrada en tu habitación hasta la boda, y la única que podrá entrar a atenderte será la señora Drew —dijo con voz glacial—. Tu amiguita doncella ya no está en esta casa, por si te lo preguntabas. Hace unas cinco horas que la he despedido.

Pobre Ethel. Se sintió culpable por no haber pensado en ella en toda la noche; esperaba que se encontrara bien. Ojalá se hubiera podido despedir. Aunque, por otro lado, era una espía de Russell, así que no estaba segura de cómo sentirse al respecto. ¿También le había mentido durante todo ese tiempo?

—No permitiré más salidas de tono, Eliza —siguió diciendo su padre. Le quitó la capa de un gesto brusco y la miró con tanto desprecio que le dio escalofríos—. Te casarás con Barwick, quieras o no. Despídete del tipo al que has ido a ver hoy. No volverás a desobedecerme.

No la dejó responder, sino que era algo que simplemente daba por hecho. La oveja volvería al redil porque la había azuzado con una vara.

—Eso ya lo veremos —respondió, alzando la barbilla para encararle. Todavía le latía la mejilla por el dolor—. La próxima vez procura golpearme donde no se vea. No querrás que la gente sepa la horrible persona que eres. Lástima que yo haya tardado tanto en

verlo.

Se giró sin esperar respuesta, preocupada por haber agitado demasiado el avispero. Pero su padre no la siguió. Quizá por lo que ella le había dicho o porque quizá no quería armar más escándalo delante del servicio. La única que la persiguió fue la señora Drew, que la encerró en cuanto cruzó el umbral de su habitación. Ni siquiera se ofreció a desvestirla, pero Eliza lo prefirió así.

Rápidamente, y por si el ama de llaves cambiaba de opinión y se decidía a ayudarla a quitarle el vestido, se sacó los documentos que llevaba escondidos en el corpiño y los escondió en lo alto del armario, donde semanas atrás escondió su invitación a La Tríada.

Parecía que hubiesen pasado siglos desde aquello, y solo era poco más de un mes. Pero ella había cambiado tanto que parecía mucho más tiempo. Su vida estaba del revés. Una vez más, las lágrimas corrieron libres por sus mejillas, refrescando la zona que su padre había golpeado. No podía creer cuántas máscaras se habían caído aquella noche e, irónicamente, le dolía más el engaño de Russell que el de su propio padre.

Su aventura había terminado de la peor forma posible.

Capítulo 26

Mediados de mayo. Llevaba cuatro días encerrada, sin salir para nada de su habitación, y comenzaba a volverse loca. Ni siquiera podía salir a su propia terraza, porque también le habían cerrado el ventanal a cal y canto. En ese tiempo, en el que el ama de llaves entraba lo justo para vestirla, asearla y vaciarle el orinal, Eliza había pasado mucho tiempo sumida en sus pensamientos. La señora Drew le había dicho que su padre había alegado que se estaba tomando una especie de retiro espiritual antes de la boda, que justificaba el no hacer o recibir visitas ni acudir a eventos. Aun así, sabía que Ginny había intentado visitarla, pero que la habían echado de la casa con fría cortesía.

Su padre no iba a dejar que hablase con nadie porque la estaba castigando.

Al día siguiente de su discusión con él, el médico de la familia había acudido a Rowland House para explorarla. Había sido lo más humillante que había vivido nunca, pero cuando el doctor confirmó que, tal y como todos sospechaban, Eliza ya no era casta y pura… nada la había preparado para la reacción de su padre.

Supuso que, una vez cruzada la línea, no le importaba hacerlo las veces que hiciera falta. Fue a verla con un cinturón en la mano. En ese momento, Eliza tenía muchos cardenales en varias zonas de su cuerpo, pero se mantuvo férrea ante el interrogatorio de su padre. Cuando vio que no podría hacerla confesar, se marchó furioso. No había vuelto a visitarla desde entonces, y mejor para ella. Por nada del mundo le daría el nombre de Russell. No importaba el daño que él le hubiera hecho; no lo pondría en el punto de mira.

De hecho, comenzaba a comprender su odio.

Además de encontrarse muy sola, había aprovechado el tiempo leyendo los documentos que había robado del despacho de Russell. La documentación contenía tanto los informes de varias personas importantes que trabajaban para él —como el comisionado de Scotland Yard o el líder del Partido Laboralista— como reflexiones escritas de su puño y letra. Se había encontrado a sí misma mirando

su pulcra caligrafía más tiempo del que le gustaría admitir.

Había algunos papeles que estaban incompletos, pero había sacado la suficiente información como para que le diera vueltas la cabeza. Tras un día meditando sobre lo leído, había decidido tratar de ordenar sus ideas y llegar a una conclusión. Se sentó en su escritorio y creó una lista de hechos probados que sabía gracias a los documentos.

1. Mi madre está viva y ahora se llama Betty Hardey. Trabaja en La Tríada. ¿La habré visto antes?

2. Mi madre le pidió a Russell que no me contase que la había encontrado.

3. Herbert lleva años robando dinero de las arcas del ducado. Me pregunto si la falta de dinero actual es por su causa.

4. Lo más probable es que Herbert orquestase un robo falso para culpar a John Knight de haber robado el collar. Tiene sentido por la cantidad de dinero que se retiró de las arcas en 1857, un mes antes de la desaparición del collar. Quizá necesitaba suplir ese dinero lo antes posible, y fingir un robo fue su solución.

5. ¿Mi padre tuvo algo que ver? No me sorprendería.

6. Russell es un mentiroso y un imbécil.

Quizá el último punto no era del todo justo, pero le hizo sentirse mejor. Leyó la lista un par de veces más y se sintió satisfecha. Eran unas conclusiones terribles, pero conclusiones al fin y al cabo. Vaciló un momento, antes de volver a mojar la pluma en el tintero y escribir una última conclusión.

7. No me casaré con Barwick.

Respiró hondo y leyó en voz alta lo que había escrito:

—No me casaré con Barwick.

Ya estaba. Lo había dicho. No la había escuchado nadie, pero se había atrevido a decir en voz alta lo que llevaba días pensando. No pensaba casarse para arreglar los delitos de su familia. Cada cosa que aparecía en los documentos de Russell era más deleznable que la anterior. Había intentado disculpar a su padre cuando supo que le había mentido sobre su madre, tan ciega que había estado, deseosa de su cariño. Pero ya estaba harta. Lo sentía por Nathan, pero su propio hermano le había dicho que no lo hiciera. E iba a hacerle caso

por fin.

No le importaba si la llevaban a rastras hasta el vicario. No se casaría.

Fue como si se quitase una losa de encima que estaba aplastándole el pecho. Creyó incluso que podía respirar mejor tras tomar su decisión. Miró de nuevo la lista y se preguntó si podía hacer algo respecto al resto de puntos.

Sin duda, quería hablar con su madre. Le dolía que le hubiese pedido a Russell que no la avisara de que la había encontrado, pero en sus notas ponía que le daba la impresión de que le dolía pedirle eso. Russell podía ser muchas cosas, pero era inteligente. Quería creer en lo que había escrito con todo su corazón.

¿Qué podía hacer ahora y que eso la ayudase a salir de su jaula? Se paseó por su habitación con la lista en la mano, reflexionando. Miró por la ventana hacia la terraza, donde semanas atrás había visto a aquella pareja besándose bajo una de las farolas de la calle. Cuánto había cambiado su vida. Eliza leyó de nuevo los puntos tres y cuatro de la lista.

Quizá podría encontrar la forma de demostrar que Herbert era un ladrón y que robó el collar. Se sentó en la cama, pensativa. Si hacía eso, ¿se estaría ayudando a sí misma o a Russell? Ahora que sabía que el objetivo de su ira era el duque, ¿era correcto no avisar a su padre? Sí, lo era. Su cuerpo dolorido se lo confirmaba. Su padre ya no merecía nada de ella.

Pero ¿era correcto ayudar a Russell? Todavía era incapaz de pensar en él sin sentir una tristeza inmensa y mucha rabia. Se sentía engañada y humillada, pero también había tenido tiempo de repasar cada uno de sus encuentros y preguntarse qué había sido verdad y qué mentira.

Había llegado a la conclusión de que el Russell más sincero que había conocido era el de Clerkenwell. El hombre que se había derrumbado ante un desmadejado libro de aventuras era franco. La muerte injusta de su padre le consumía. También creía sincero al Russell que había visto en el campanario. Ahora entendía las distancias que intentaba poner entre ellos. Eliza creía que se sentía culpable.

¿Podría perdonarle? Todavía no era capaz. No obstante, si Russell culminaba su venganza contra su padre, ella sería libre. Ganaban los dos y Eliza podría deshacerse de la sensación desagradable de que le debía algo. Era cierto que había encontrado el valor gracias a él, pero no justificaba lo que había hecho.

Así estarían en paz. El enemigo de su enemigo era su amigo y todas esas cosas que solían decirse. Nunca había sido tan cierto, aunque le costase horrores concebir a su padre como a su enemigo.

La única pregunta que le quedaba era: ¿cómo encontrar pruebas contra su tío si no la dejaban salir de su habitación?

Fue en ese momento cuando llamaron a la puerta y Eliza se apresuró a tirar la lista dentro de la chimenea encendida. Fingió estar avivando el fuego cuando entró la señora Drew.

—Tiene visita, milady. Es el señor Grimstead —dijo la mujer con voz tranquila—. Su Excelencia quiere que la vista.

El corazón se le saltó un latido. Eliza asintió y se dejó poner un vestido de manga larga y cuello cerrado, suficientemente restrictivo como para tapar cualquier marca del último arranque de furia de su padre. Durante el proceso, Eliza no dejó de preguntarse qué haría Gadreel allí y cómo demonios había logrado que lo dejaran verla.

Cuando salió de su habitación, casi se le antojaba extraña su propia casa. Aunque, si se ponía estricta, ni siquiera era su casa. Era de su padre. Bajó la escalera despacio y vio que sus tíos la esperaban al final de ella. Herbert lucía su acostumbrada seriedad. Le lanzó una mirada fría antes de cogerla del brazo. Hizo una mueca de dolor a causa de los cardenales.

—Ni una palabra a Grimstead —le dijo en voz baja.

Eliza se zafó con brusquedad y ni siquiera le respondió. Se limitó a mirarlo con desprecio y seguir caminando hasta la sala de visitas, donde la esperaba Gadreel.

—Mi querida lady Eliza —dijo Gadreel con una sonrisa cortés—. Cuánto me alegro de verte.

Eliza lo saludó con una sonrisa forzada y vio que la señora Drew se quedaba en la puerta de la salita, vigilando desde fuera. Supuso que le habían ordenado que escuchara cada palabra que compartiesen.

—Señor Grimstead —dijo ella con idéntica cortesía. Gadreel miraba también hacia la puerta con el ceño fruncido—. Es un honor que haya venido a visitarme. ¿Qué le trae por aquí?

—¡Una misión! —Rio tan frívolamente que Eliza lo miró, confundida. Gadreel jamás se comportaba así. En absoluto—. Me envía mi padre porque ha querido hacerle un regalo de bodas. He pedido vernos a solas para poder dártelo ahora que somos casi familia.

Volvió a soltar una carcajada extraña y Eliza no pudo más que sonreír, sin comprender nada. Gadreel, de repente, le guiñó un ojo y le entregó una caja envuelta en fino papel blanco.

—Por lo visto, mi padre y usted hablaron de lo mucho que le gusta el libro de *Persuasión*, así que quiere regalarle una edición preciosa que ha encontrado en una librería.

Eliza cogió el paquete sin dar crédito. Ella jamás le había dicho nada de eso al barón. Dudaba siquiera que supiera que le gusta leer ese tipo de novelas. Pero sí a Russell. En uno de sus encuentros le había confesado que era su libro favorito.

Miró a Gadreel, que trataba de decirle algo con la mirada, pero Eliza no entendía el qué. No obstante, entendió que estaba allí en nombre de Russell y no del barón Barwick.

—Mi padre también quiere que sepa que se disculpa por ser tan distante y no haber hablado más con usted —siguió diciendo Gadreel con despreocupación—. En mi opinión, es un sentimental. Mire en lo más hondo, milady, y verá cómo es mi padre en realidad.

Eliza asintió, sin saber qué decir ante aquel galimatías.

—Le agradezco el regalo, señor Grimstead —respondió finalmente con voz tranquila, aunque el corazón le latía con fuerza—. Por favor, transmita mi agradecimiento al barón. Me halaga que recuerde un detalle tan nimio como mi libro favorito.

Gadreel le sonrió, sabedor de que había comprendido el mensaje.

—Como le digo, milady, es un sentimental. No le guarde rencor por ser tan esquivo. —Se levantó con agilidad y se inclinó para besarle la mano—. Un placer como siempre, lady Eliza.

Gadreel se despidió con efusividad de su tío y de su tía, antes de pedir que le trajeran el sombrero y los guantes. La visita no había

durado más de diez minutos, pero para Eliza había sido como un soplo de aire fresco hablar con alguien más que consigo misma o la seca señora Drew. Como si fuese un despiste verdadero, Gadreel ya se estaba poniendo el sombrero cuando se giró de nuevo hacia ellos.

—Dios mío, casi lo olvidaba. No sé dónde tengo la cabeza. —Metió la mano en el bolsillo interior del abrigo y sacó un par de sobres color crema—. Debía entregarles personalmente la invitación al baile de compromiso que organiza mi padre la semana que viene en honor a lady Eliza.

La joven parpadeó, confundida. Los bailes de compromiso no solían hacerse tras haberse anunciado el compromiso. De hecho, se hacían con la intención de anunciar dicho enlace. Su tía debía de estar pensando lo mismo, porque la oyó vacilar antes de abrir la boca:

—¿Baile de compromiso, señor Grimstead?

—Así es, señora Cavendish —respondió sin inmutarse—. Ya verá que mi padre suele hacer las cosas a destiempo, como le viene en gana. No querrán hacerle el feo de no asistir, ¿verdad? Sobre todo siendo en honor de su sobrina.

Herbert y Margaret se quedaron mudos ante la insinuación velada. Era evidente que no podían negarse, y tampoco podían evitar que Eliza acudiese. Sería un insulto hacia el hombre que debía salvarles de la ruina.

—Por supuesto, señor Grimstead. Allí estaremos. —Su tía sonrió con falsedad y aceptó la invitación.

Gadreel le entregó el otro sobre a Eliza.

—Por favor, milady, transmita la invitación también al duque —dijo con una sonrisa—. Espero que su retiro espiritual pueda esperar un día.

Eliza se inclinó hacia él con cortesía.

—Faltaría más, señor Grimstead. Gracias.

Con todo dicho, Gadreel se marchó, y Eliza lamentó quedarse sola de nuevo.

—Así que un baile… —Sus tíos se miraron antes de fulminarla con la mirada—. No te quitaremos la vista de encima.

Eliza asintió.

—Por supuesto —dijo simplemente.

Antes de que pudiese volver a su habitación, su tío le quitó el paquete de entre las manos. Sin darle tiempo a protestar, lo desenvolvió y descubrió, efectivamente, una edición preciosa de *Persuasión*. Venía dentro de una caja con el título y la autora grabados en dorado.

—No deberías tener distracciones en tu habitación —comenzó su tío con malicia.

Eliza no respondió, pero su instinto le decía que aquel paquete era importante. Sin embargo, si su tío se daba cuenta de que lo deseaba, jamás se lo daría. Se mantuvo inexpresiva mientras la evaluaba. Tía Margaret, al lado de él, no decía nada, pero tenía un brillo malicioso en los ojos que le daba escalofríos. Se preguntó cómo estaría Rachel y si ya estaría preparándose para su propia boda.

—Deja que se lo quede, Herbert. —Le dio un escalofrío al escuchar a su padre, pero lo reprimió como pudo. Cruzó el vestíbulo hacia ellos con la seguridad del que sabe que ha ganado la partida. Aunque no supiese el nombre del que la había arruinado, él sabía que la tenía controlada hasta la boda. Solo le importaba eso y el dinero. Le acarició la mejilla y Eliza tuvo que hacer gala de todo su autocontrol para no apartarse—. Lleva tres días siendo muy obediente y merece un premio.

Le sonrió de una forma que, por un segundo, le recordó a su padre de antaño. Pero ahora sí podía ver su falsedad. Tanto tiempo fingiendo que ella le importaba, cuando no era así… Le resultaba inconcebible.

Herbert le dio el libro a regañadientes y ella lo cogió en silencio. Hacía amago de marcharse cuando su padre la retuvo.

—¿Qué se dice, Eliza?

Prefería comer cristales a responder a su provocación, pero tuvo que tragarse la bilis y girarse hacia su padre con tranquilidad. Sonrió como si estuviera inmensamente agradecida.

—Muchas gracias, padre.

Este asintió, satisfecho, y Eliza tuvo que contener las náuseas hasta que estuvo a salvo de nuevo en su habitación. Jamás se había

sentido tan enferma. Respiró hondo varias veces y, tras serenarse, observó la caja. Obviamente, Gadreel intentaba decirle algo, pero no estaba segura de qué. Sacó el libro con cuidado, lo abrió y hojeó, pero no encontró nada entre sus páginas.

Acto seguido, miró la caja. Parecía sencilla, de madera y forrada de terciopelo rojo. No tenía nada especial. Trató de rememorar la corta conversación con Gadreel y cayó en la cuenta de algo.

«Mire en lo más hondo, milady, y verá cómo es mi padre en realidad».

En lo más hondo… Eran unas palabras extrañas, pero estaba segura de que le estaban dando una pista. Cogió la caja y se acercó al ventanal para poder observarla mejor. El fondo de la caja parecía normal, pero allí, en un lateral, casi imperceptible, había una pequeña tira de tela. La cogió con cuidado y tiró de ella, revelando un fondo secreto.

—Bien jugado —dijo Eliza sonriendo.

Escondidas en el falso fondo había una llave y una carta, sellada con un lacre que conocía bien. Miró la L unos segundos, antes de girar el sobre. En la parte de atrás había una única frase escrita: «Quema la carta en cuanto la leas».

Eliza rompió el lacre con dedos temblorosos.

Eliza:

Primero de todo, siento mucho haberte mentido. Durante los primeros días fuiste parte del plan, pero después vi lo maravillosa que eras y quise contártelo tantas veces que no puedo contarlas. Pero temía que me odiarías si lo hacía. Algo que, de todas formas, ha sucedido.

Eliza suspiró. No le odiaba por mucho que lo intentase. Era una estúpida, y por eso continuó leyendo.

No puedo mentirte más, así que he de confesarte que, a pesar de que no quieras volver a verme, continuaré con mi venganza. Y más después de saber por Ethel que te han encerrado hasta el día de la boda. Me hierve la sangre solo con pensarlo y me cuesta horrores no ir a la casa a sacarte de allí. Aunque me pediste que te dejase en paz, no puedo cumplirlo si sé que sufres. Es algo más que añadir a la lista de disculpas.

No obstante, sé que puedo conseguir mejores resultados sin usar la fuerza bruta, y eso es lo que me mantiene cuerdo. Estoy trabajando desde fuera para hacer pagar a tu padre por todo lo que ha hecho. Te lo prometo.

Aun así, y si no lo consigo, la llave que tienes en tu poder es maestra. He pedido unos cuantos favores para conseguirla. Abrirá todas las puertas de Rowland House y podrás escaparte.

Si tras el baile en Barwick House no he conseguido mi objetivo, huye, princesa. No dejes que te encierren nunca más. Yo te ayudaré a alejarte de tu familia. Sin pedir nada a cambio; eso te lo juro. Entre tú y yo no habrá más tratos, tal y como pediste. Sé que no vas a creerme, pero haría cualquier cosa por ti.

Tuyo,

R.

Eliza parpadeó. No se había dado cuenta de que estaba llorando hasta que una gota emborronó la tinta de la carta. No podía creerle, no quería creerle, pero su ingenuo corazón latía con fuerza al releer cada una de las frases.

—Ahora no es momento de ablandarse, Eliza —se reprendió.

Cogió la llave y la observó con atención. Parecía una llave común y corriente. ¿Sería verdad que podría abrir la puerta de su habitación con ella? Era la solución a uno de sus problemas. Para probarla, decidió abrir la puerta que daba a su terracita y, para su asombro, la cerradura cedió al primer giro. Miró el ventanal abierto con asombro y se enjugó las lágrimas con resolución.

—Lo siento, Russell, pero no huiré. Nunca más —le dijo a la carta antes de lanzarla a la chimenea, tal y como le había pedido—. Ya he huido demasiado.

Iba a usar la llave para encontrar alguna cosa que incriminase a su tío en el robo del collar de la duquesa.

Y, entonces, sería libre.

Capítulo 27

Lucifer siempre había dividido su vida en dos: antes y después de la detención de su padre. Y procuraba no recordar el *antes* porque le dolía demasiado. Se había mantenido en permanente guardia los últimos quince años, sabiendo que jamás volvería a sentirse como el Russell de ocho años que se sentía amado por sus padres.

Hasta que no la vio marcharse hecha una furia, no pensó que quizá la llegada de Eliza había vuelto a marcar un antes y un después, porque con ella se había sentido más vivo que nunca. Como si, inconscientemente, ella le hiciese recordar cómo se sentía el pequeño Russell antes de que su vida se hiciese añicos. Feliz. Despreocupado. Querido.

Ahora ella ya no estaba, ni volvería, y era como si su infierno personal fuese todavía más insoportable que antes de conocerla.

Quizá por eso, tras cuatro días sin aguantar a nadie, ni siquiera a sí mismo, y resistiendo las ganas de ir a buscarla, colarse por su ventana y suplicarle perdón, decidió entrar en el confesionario tras su paseo matutino. ¿Qué estaba haciendo? Ni él mismo lo tenía muy claro.

Se sentó en el banquito y cerró la cortina que le dejaba a oscuras. La reja a su derecha se abrió y la voz del padre Weasley llegó hasta él:

—Ave María Purísima.

Russell inspiró.

—Sin pecado concebida.

Se hizo el silencio durante unos segundos, hasta que el sacerdote volvió a hablar.

—¿Russell?

Este sonrió.

—Hola, Sam.

No podía verle, pero estaba seguro de que, tras el resoplido que había escuchado, su amigo había cambiado de postura en su propio banquito, olvidando su papel de sacerdote.

—¿Qué haces aquí? ¿Es una nueva forma de burlarte de Dios?

Russell negó con la cabeza, hasta que se dio cuenta de que no podía verle.

—No, Sam. La verdad es… —Hizo una pausa—. La verdad es que no sé qué hago aquí. En realidad, podría estar hablando contigo sin tanta parafernalia.

Algo debió notar en su voz, porque Sam sonó más tranquilo al responderle.

—Quizá te consumen tus pecados.

—Quizá he metido la pata hasta el fondo.

Escuchó una especie de risa ahogada.

—No me sorprende —dijo, y Russell puso los ojos en blanco—. Cuéntamelo todo.

Le contó cada detalle de lo que había ocurrido en la última semana, incluido el momento en el que Eliza había encontrado los informes sobre su familia y le hizo pedazos con su rechazo. Cuando terminó, tenía un nudo en la garganta, pero se sentía un poco mejor tras haberse desahogado. Sam suspiró.

—No es mi deber como sacerdote meter el dedo en la llaga…, pero ya te lo dije.

—Siempre pensé que… estaba por encima de la culpabilidad y las consecuencias —comenzó sin hacer caso a su reprimenda—. Que, mientras consiguiese vengarme, lo demás daba igual. Ahora ella me odia y…

Hizo una pausa. Cerró los ojos y vio con claridad el rostro de Eliza tras descubrir la verdad. Lo traicionada que se sentía y lo mucho que lo odiaba. El dolor en su pecho se hizo más profundo.

—No sé por qué duele tanto, Sam —confesó—. Sabía que esto ocurriría. Mi plan era seducirla y soportar sus reproches cuando descubriese la verdad. Pan comido. Pero comencé a preocuparme por ella más de la cuenta y…

—Deberías habérselo dicho antes —terminó Sam por él, poniendo voz a lo que Russell llevaba días reprochándose. Lo escuchó suspirar —. Pero no puedes culparte por no tener claras tus prioridades, Russ.

Giró la cabeza hacia la voz del sacerdote.

—¿Qué demonios quieres decir? —Su amigo lo reprendió por

blasfemar y Russell apretó los dientes—. Lo siento.

Sam se tomó su tiempo para responder.

—Llevas quince años pensando que, si logras vengar a tu padre, conseguirás paz —comenzó—. No te importaban las consecuencias, porque no tenías nada que perder. Y te convenciste de que, simplemente, era tu deber. Era tu más absoluta prioridad porque nada rivalizaba con ello.

»Elaboraste un plan ambicioso con la seguridad de que lograrías hacer pagar al duque, porque perder no era una opción. ¿Qué tenías que perder en realidad? El diablo nunca pierde. No necesita a nadie junto a él. La temática de La Tríada se basa en la coraza que tú montaste a tu alrededor para sobrevivir desde los ocho años.

Russell apretó los labios y no dijo nada, molesto porque lo conociese tan bien. Quizá incluso mejor que él mismo.

—Pero esa mujer te ha hecho ver que, a lo mejor, no eres tan insensible como quieres aparentar. Que no eres el diablo —terminó Sam—. Si no eres el diablo, no puedes vengarte. Y eso te asusta.

Russell negó.

—Eso no tiene senti…

—¿Te has parado a pensar —volvió a interrumpirle sin contemplaciones— que quizá te duele tanto porque te has enamorado de Eliza y no soportas perderla por tus errores?

Se quedó mudo. ¿Amaba a Eliza? No, él lo sabría si fuera así. Sería imposible no darse cuenta, ¿no?

—Sigues queriendo hacer pagar al duque, ¿no?

—Sí —dijo Russell—. Sin duda.

Sam se inclinó hacia la ventana enrejada.

—¿Por tu padre o por Eliza?

Russell tragó saliva y, aunque fuera una respuesta aparentemente fácil, no lo era. Su padre era su ejemplo, el hombre que pagó por un crimen que no había cometido. El duque había destrozado una familia y no tenía remordimientos por ello. Pero también había arruinado la vida de su hija, la persona a la que supuestamente debía proteger. Que sufría cada día que pasaba bajo su techo.

—Por ambos —respondió al final.

—Ahora pareces tener más claras tus prioridades —concluyó Sam,

e imaginó que sonreía.

Russell inspiró hondo, mareado. Tenía mucho en lo que pensar.

—¿No me vas a reprender por continuar con la venganza?

Sam hizo una pausa.

—Creo en la justicia divina, pero en muchas ocasiones suele llegar más tarde que la de los hombres —respondió—. A tu padre ya no puede salvarlo nadie, Russ, pero Eliza necesita ayuda. Arreglar tus errores pasa por ayudarla a ella.

***

Era mediodía cuando Russell regresó al club; se sentía mucho más confuso que antes de la conversación con Sam. Fue hasta la antesala de su despacho y se sentó en el sillón, observando la enorme pintura de los tres ángeles caídos. La temática que, según Sam, él utilizaba como coraza.

Una parte de su culpabilidad se había reducido ante el análisis de su amigo, que estaba convencido de que podía arreglar sus errores si actuaba con la intención de ayudar a Eliza. Pero otra parte de él seguía reproduciendo la misma pregunta una y otra vez:

«¿Te has parado a pensar que quizá te duele tanto porque te has enamorado de Eliza y no soportas perderla por tus errores?».

Se había convencido de que, al estar tan lleno de odio, no tenía cabida para nada más. No tenía capacidad para enamorarse, tal y como le había dicho Betty Hardey. ¿Era posible que estuviese equivocado?

No pudo ahondar más en ello, porque vio a Gadreel venir hacia él por el pasillo, seguido de Azazel. Se levantó como un resorte.

—¿La has visto? —preguntó saltándose los saludos.

Gadreel asintió.

—Le he dado el libro —le explicó—. Espero que dejen que se lo quede. Tuvimos todo el tiempo a una mujer espiando tras la puerta y no pude ser muy explícito, pero creo que entendió el mensaje.

Lucifer suspiró. Desde que Ethel había ido a buscarle explicándole lo que había sucedido la noche en que encerraron a Eliza, no había

podido dormir más de tres horas seguidas a causa de la preocupación. Fue Gadreel el que tuvo la idea de enviarle una llave maestra para que pudiese escapar. Lucifer tuvo que pedir varios favores, pero no le importó. Por suerte, contaban con una clientela con recursos. Esperaba que Eliza encontrase su carta y la llave.

—Gracias, amigo —le dijo, pero Gadreel parecía preocupado. Se tensó—. ¿Qué sucede?

Este lo miró con gravedad, pero no dijo nada. Fue Azazel el que habló.

—Russ, no te alteres —le advirtió con una seriedad que le ponía los pelos de punta—. Pero Gadreel cree que…

Se interrumpió y ambos se miraron, dudando si decirle lo que fuera que les pasaba por la cabeza.

—¿Qué demonios pasa? ¡Responded!

—Creo que la están golpeando, Russ —confesó Gadreel por fin, y Russell se quedó helado—. Llevaba un vestido muy cerrado, pero vi en la parte superior de la nuca una especie de cardenal…

No supo si terminó la frase, porque Russell comenzó a verlo todo rojo. Sin darse apenas cuenta de lo que hacía, empezó a caminar hacia la puerta del club como un toro bravo. No, una cosa es que la encerrasen, pero ¿cómo se atrevían a poner sus sucias manos sobre ella…?

Iba a matarlos a todos.

—Russel, ¡para!

Azazel lo cogió por detrás, impidiéndole seguir corriendo. A pesar de que Russell no era un debilucho, le resultaba imposible deshacerse del lazo de acero que eran los brazos de su amigo. Gadreel entró en su campo de visión y le cogió el rostro con ambas manos.

—¡Mírame, Russell! ¿Qué pretendes? ¿Entrar por la fuerza? —le preguntó, casi gritando—. Tú mismo le has dicho a Eliza que lograrás más cosas sin utilizar los puños.

—¡Eso era antes de saber que la estaban golpeando! ¡Suéltame, Azazel!

—Ni de broma, amigo —dijo este, y apretó todavía más—. Es nuestro deber lograr que mantengas la cabeza fría.

Russell sacudió la cabeza, y las palabras salieron de su boca antes de que pudiese procesarlas:

—¡Pero la amo, maldita sea!

Los tres se quedaron congelados. Russell incluso perdió de vista gran parte de su enfado ante la revelación que acababa de sufrir. Azazel lo soltó, sorprendido, y Russell cayó al suelo de rodillas por la impresión. Porque, en cuanto lo dijo en voz alta, supo que era verdad y que Sam tenía razón. La amaba. Estaba enamorado de ella.

—La amo —repitió, anonadado.

Escuchó a Azazel maldecir en voz baja, y le dio una palmada en la espalda que casi lo tumba del todo. Gadreel, en cambio, fue el primero en reponerse del *shock*. Russell lo miró a los ojos, siempre tan fríos, y vio en ellos comprensión.

—Pues si la amas, Russ, razón de más para esperar. Esa chica tiene una fortaleza que ya la quisiera yo para mí. Algo ha cambiado en ella, como si ya no pudieran derrumbarla. Te lo juro, amigo. —Le dijo todo aquello con la racionalidad que a él le faltaba en esos momentos—. Ya he entregado las invitaciones y la última fase del plan está en marcha. Hazlo bien y no le des motivos al duque para salir indemne de esta. Solo debes esperar un poco más y los dos seréis libres.

—Hazle caso, hermano —intervino Azazel—. Lo conseguiremos. Deja que llevemos el peso contigo.

Se quedaron los tres en silencio, con Azazel aún sujetándole. Pero Russell ya no quería salir corriendo. Sus amigos tenían razón: ahora más que nunca debía mantener la cabeza fría. Aunque le costase horrores.

—Está bien —dijo, más calmado. Se levantó despacio y asintió—. Tenéis razón.

Un carraspeo los interrumpió y los tres se giraron al unísono hacia la izquierda. Ron y Betty Hardey los miraban con cautela, como si no les gustase tener que interrumpir. Russell se preguntó si habían visto su arrebato y se dio cuenta de que acababa de destrozar su fachada de jefe frío e inaccesible. Mientras que Betty lo miraba con los ojos muy abiertos, Ron lo hacía con comprensión. Como si entendiese cómo se sentía.

Pareció leerle la mente, porque dio un paso al frente.

—Yo tuve que ver día tras día como la mujer a la que amo se consumía como una vela a la que se le ha terminado la cera —dijo con seriedad. Betty lo miró con ojos emocionados—. Hoy todavía no sé cómo logré contenerme y no matarlo con mis propias manos. Por ella, supongo.

Estrechó a Betty contra él y ambos hombres se miraron con una afinidad difícil de describir. Asintieron a la vez con camaradería.

—Hemos venido porque Ron me ha hecho ver que no debo mantenerme por más tiempo lejos de mis hijos —dijo Betty—. Ethel me ha contado lo que sucedió hace unas noches con Eliza y… Quiero hacer todo lo posible. Sin condiciones.

Russell tragó saliva; ya se sentía más dueño de sí mismo.

—Gracias, Betty —respondió de todo corazón—. De hecho, pensaba ir a hablar contigo hoy mismo. Tenemos un plan.

—Si tú participas en persona, simplificará mucho las cosas —dijo Gadreel—. Venid a mi despacho, os explicaré cómo vamos a proceder.

Russell le lanzó una mirada de agradecimiento a su amigo, que se limitó a asentir. Azazel se cruzó de brazos con el ceño fruncido.

—Nos iría muchísimo mejor si tuviésemos alguna prueba de que el collar de la duquesa lo robó Herbert Cavendish.

—Respecto a eso —intervino Betty—. Desde nuestra conversación he tratado de hacer memoria, y he recordado algo.

—¿El qué? —preguntaron Russell y Azazel al mismo tiempo.

—Edward y yo dormíamos en habitaciones separadas que se conectaban por otra puerta, ubicada en el interior de ambas estancias —comenzó a explicar—. Dado su extremo celo hacia mí, solo permitía que entrase a la habitación mi doncella y él mismo.

»En su momento, dado mi estado, no le di importancia. Pero, el día anterior a la detención de John, vi a Margaret salir de mi dormitorio. Sé que fue el día anterior, porque a la mañana siguiente bajé al jardín a ver las rosas y vi cómo se lo llevaban detenido.

Russell miró a sus amigos, que parecían estar pensando lo mismo que él.

—Fue él —dijo Azazel.

—Tuvo que venderlo —añadió Gadreel, pensativo—. Si no, ¿para qué robarlo? Necesitaba suplir el agujero que había dejado en las arcas.

—Exacto, y tuvo que dejar algún rastro. —Russell se pasó una mano por el cabello, nervioso. Todavía no acababa de asimilar sus sentimientos, pero la vida no le daba tregua—. Algo así no se vende tan fácilmente. El collar era parte del ajuar de la duquesa. Rubíes muy grandes y poco comunes.

Betty asintió.

—No solo poco comunes, sino únicos. Era un collar enorme y pesado que heredaban todas las duquesas de Rowland —explicó—. Llevaba décadas en la familia y cada rubí tenía grabada una R ornamentada.

Russell miró a Azazel, que asintió.

—Iré a hablar con Nick a ver si podemos hacer algo para encontrarlo.

—Gracias por la información, Betty.

La mujer le cogió la mano y se la apretó con fuerza.

—Si de verdad la amas…

—Lo hago —respondió sin vacilar. Era tan evidente que no entendía cómo no se había dado cuenta antes. Le devolvió el apretón—. La sacaremos de ahí.

Era una promesa.

Capítulo 28

Era viernes por la noche y su familia se había marchado a un evento social. Un baile, creyó entender, aunque le daba exactamente igual. El reloj anunció la medianoche y Eliza sabía que todo el servicio estaría ya en sus habitaciones. Solamente quedaría despierto el mayordomo para recibir a su padre y sus tíos cuando regresasen a casa, pero para eso quedaban todavía un par de horas. Eliza tenía entendido que al señor Barton le gustaba beber jerez en su despacho mientras leía el periódico del día, así que no deambularía por la casa hasta que fuera a acostarse.

Era su oportunidad. Al principio, los lacayos se turnaban para custodiar su puerta; pero tras cinco noches sin incidentes, y ante el hecho de que la puerta de su habitación se cerraba con llave, habían bajado la guardia.

Pegó la oreja a la hoja de madera y, al no detectar ningún ruido, metió la llave en la cerradura y la giró con todo el cuidado que pudo. Suavemente, como había sucedido con el ventanal de su terraza, la puerta se abrió con un leve clic. Casi gritó de emoción, pero se contuvo a tiempo. Salió al pasillo, iluminado por las velas de los apliques, y no vio a nadie cerca. Le sudaban las manos de los nervios, por lo que apretó la llave en un puño hasta casi hacerse daño. El despacho de su tío estaba en la primera planta, al otro lado de la casa. Fue hacia la izquierda, con cuidado de no pisar ninguna tabla del suelo que rechinase.

Tiró del picaporte, pero la puerta no se abría. Respiró hondo y volvió a probar con la llave de Russell. La puerta se abrió a la primera. Aquella llave era una maravilla. Se escabulló dentro enseguida y cerró tras ella con suavidad.

—Muy bien, Liz —se dijo a sí misma en voz baja—. Ya has hecho lo más difícil.

Miró a su alrededor. El despacho de su tío no estaba igual de ordenado que el de su padre, que rayaba la obsesión milimétrica, pero no había apenas nada fuera de su sitio. Encendió una vela que había sobre el escritorio y se preguntó por dónde empezar. En una

pequeña estantería había unos cuantos libros de economía, seguidos de los libros de contabilidad del ducado. Eliza cogió el referente a 1857 y pasó páginas hasta llegar al mes previo a la detención de John Knight. No tenía muy claro qué debía buscar, pero vio un gasto de cuatro mil libras que destacaba entre los demás. El concepto era «gastos agrarios».

Eliza recordó que, en el informe que Russell tenía sobre su tío, se explicaba que había culpado a los arrendatarios del excesivo arreglo de unas máquinas. Buscó el libro de cuentas del año en curso y allí estaba: de nuevo el «gastos agrarios», por tres mil libras. Había otras cantidades con ese mismo concepto, pero mucho más bajas, de menos de quinientas libras. Aquellas dos destacaban como si estuvieran escritas en rojo; eran cantidades exorbitantes.

Pero ¿cómo demostrar que aquello no eran gastos agrarios?

Decidió empezar por los cajones. Rebuscó entre papeles, con cuidado de dejar todo como lo había encontrado. En el escritorio no encontró nada, y tampoco entre los libros de contabilidad ni los de economía. Comenzaba a desesperarse. El reloj del escritorio marcaba la una. Tenía que darse prisa.

Su mirada se detuvo en el globo terráqueo. Estaba situado en un mueble bajo, al lado de una licorera. Tenía algo extraño. Se acercó e intentó hacerlo girar, pero no se movía.

—¡Se abre! —exclamó al darse cuenta de que tenía dos pequeñas bisagras en los extremos.

Metió las uñas para abrirlo y no se resistió apenas. Eliza, emocionada, se encontró con una caja negra que necesitaba de una llave para abrirse.

—Tanto recelo por una caja… —musitó—. Lo tengo.

La llave maestra era demasiado grande para aquella cerradura, y se le cayó el alma a los pies. No podía ser que su misión fallara ahora que estaba tan cerca. Sopesó sus opciones: si forzaba la cerradura, su tío podría darse cuenta y lo pondría sobre aviso; si se la llevaba, montaría el mismo revuelo. Eliza comenzó a rebuscar entre los cajones, buscando una llave pequeña que tuviera las mismas características que la cerradura: vieja y desgastada, de bronce.

No encontró nada.

—Si yo fuera Herbert, ¿dónde ocultaría algo tan importante?

Frustrada, y cada vez más pendiente del reloj, miró a su alrededor. ¿Y si su tío la llevaba encima? No, se dijo. Tenía que seguir buscando. Aún le quedaba tiempo. Examinó cada rincón del despacho, buscando algún recoveco que hubiese pasado por alto. Cuando estaba a punto de echarse a llorar, se le ocurrió mirar el enorme cuadro al óleo que presidía una de las paredes. Era la representación de un viejo con un sombrero rojo y una túnica verde, que contaba las monedas de un saco con evidente alegría. La plaquita atornillada al marco rezaba: «El ávaro, por C. H., 1823». Dicho marco era lo suficientemente ancho como para…

—No habrás sido tan evidente, tío —musitó la joven.

Eliza cogió un pequeño reposapiés y se subió encima para poder alcanzar la parte de arriba del marco. Palpó a ciegas cada rincón de la superficie, hasta que tocó algo metálico que cayó sobre la moqueta con un golpe sordo. Era una llave pequeña de bronce. Contuvo un grito de triunfo.

La caja se abrió por fin y se encontró con varios documentos. Examinó los que estaban más arriba y soltó una exclamación ahogada.

—Una factura sobre la reparación de las máquinas de Yorkshire. —Miró el precio final, mostrado abajo a la derecha—: Mil libras.

Comprobó de nuevo los libros de cuentas. Su tío acababa de quedarse dos mil libras para él, solo falseando los datos. Ahora entendía el comentario de su prima aquella mañana sobre utilizar lo que habían robado. Se trataba del dinero.

Lo siguiente que extrajo fue una hoja amarillenta con un membrete dorado en la parte de arriba. Parecía provenir de un club de juego y le exigían a su tío que pagase sus deudas, que ascendían a cinco mil libras.

—Por el amor de Dios. —Eliza abrió los ojos como platos.

No solo era un ladrón, sino que también un jugador empedernido que debía miles de libras a un club de juego.

El último documento la dejó sin aliento.

La letra estaba algo desdibujada por el paso del tiempo, pero

pudo entender lo que ponía en el concepto de la factura: «Collar de oro con ocho rubíes incrustados. R grabada en cada uno de ellos». La factura estaba firmada por dos personas, y una de ellas era la de su tío. Era la misma que había visto en los libros de cuentas. La factura parecía provenir de una joyería de Manchester y estaba fechada en mayo de 1857.

Lo tenía. Sonrió triunfante.

Se preguntó si coger todos los documentos, pero no quería que su tío sospechara. Si solo se llevaba la factura del collar y su tío abría la caja, era menos probable que se diera cuenta. Devolvió todos los papeles en el orden que los había encontrado, exceptuando el recibo, que se guardó con cuidado en el bolsillo de la bata.

Ordenó la habitación y se aseguró de que lo había dejado todo en su sitio. Cuando estuvo satisfecha, salió del despacho, cerrando de nuevo con llave. Ya estaba regresando a su habitación a toda prisa, con el corazón martilleándole en las sienes, cuando escuchó voces y pasos que subían por la escalera. Eran su padre y su tío.

Se quedó helada. Para llegar hasta su habitación, debía cruzar el pasillo y pasar por delante de la escalera. Estaba segura de que la verían.

—No, no, no —se dijo desesperada.

Estaba tan cerca. Si la encontraban allí, averiguarían lo de la llave y encontrarían el recibo. Su padre no la creería si su tío estaba presente. El terror la inundó al pensar en que el duque volvería a golpearla. De repente, escuchó un ruido a su derecha y casi murió de un ataque al corazón. Vio el rostro de Lena Hamilton, mirándola con urgencia.

—Entre, ¡rápido!

Eliza no lo pensó dos veces. Entró y, justo en el momento en el que la habitación de Lena se cerraba, las voces se escucharon con más fuerza.

—Ha sido una fiesta de lo más aburrida —decía en ese momento su padre. A Eliza se le erizaron los vellos de la nuca, y se tapó las manos por si la escuchaban respirar con fuerza—. Buenas noches a todos.

—Buenas noches, Edward —dijo su tío—. Buenas noches, Rachel.

—Quiero ver cómo está Lena —respondió su prima, y su voz se escuchó más fuerte. Lena y Eliza se miraron alarmadas—. Me ha dejado preocupada.

—Estará durmiendo, Rachel. —La voz autoritaria de tía Margaret sonaba molesta—. ¿No ves que no se ve luz por debajo de la puerta? Deja a la niña en paz, que empiezas a parecer obsesionada.

Su prima murmuró algo que no alcanzó a escuchar, y acto seguido escuchó el ruido de cuatro puertas que se cerraban. No obstante, tuvieron que pasar varios minutos hasta que los latidos del corazón de Eliza se ralentizaron. Miró a Lena, de pie a su lado, que lanzó un suspiro de alivio.

—Por los pelos —dijo, y esbozó una pequeña sonrisa.

—Gracias, señorita Hamilton —alegó Eliza de corazón—. Me ha salvado.

Hizo un gesto con la mano, como restándole importancia.

—No podía dejar que la castigasen de nuevo. —La miró con preocupación—. ¿Cómo está? ¿Cómo ha logrado salir de su habitación?

Eliza encogió un hombro.

—He estado mejor. —Hizo una pausa—. Es mejor que no sepa los detalles; no querría buscarle problemas. Es una larga historia.

Lena la miró, comprensiva, y Eliza se fijó por primera vez en que iba vestida, como si acabase de llegar. Pero no había venido con su familia.

—¿Cómo es que no ha ido a la fiesta con Rachel?

Lena se mordió el labio, indecisa.

—¿Guardará mi secreto?

Eliza sonrió.

—Dado que me ha salvado, es lo menos que puedo hacer por usted —respondió, y la miró con curiosidad. Era la primera vez que lograban hablar sin que Rachel se metiera por medio—. Puede confiar en mí.

El trato familiar no parecía importunarle, porque sonrió.

—Verá… —comenzó, algo avergonzada—. He fingido estar enferma para poder escaparme e ir a un lugar. Pero no puedo decirle dónde es, porque es confidencial.

Eliza siguió el curso de su mirada. Sobre la cama, aún sin deshacer, había una máscara negra. Sonrió ampliamente. Dios había escuchado sus plegarias y la estaba ayudando.

—Ha ido a La Tríada —afirmó.

Ella abrió la boca, sorprendida.

—¿Cómo lo sabe?

—Ya le he dicho que era una larga historia. —Eliza tuvo ganas de reír como una lunática, pero no era el momento—. ¿Podría regresar mañana por la noche?

Lena frunció el ceño.

—Creo que sí. Rachel mañana no me necesita, pero…

—Necesito que me haga un último favor. —Eliza le cogió las manos y las apretó con fuerza, suplicante—. Debe buscar a Lucifer o a Gadreel, y entregarles una cosa. ¿Podrá hacerlo por mí? Es muy importante.

Algo debió ver en sus ojos, quizá la desesperación, porque Lena asintió.

—Está bien, la ayudaré —respondió con firmeza—. Creo que lo que están haciendo con usted es aberrante y, si así puedo serle útil, lo haré.

Eliza se sintió tan agradecida que las rodillas le flojearon. Sacó con cuidado el recibo del bolsillo de la bata y se lo entregó a Lena.

—Ellos sabrán lo que deben hacer con esto. Por favor, asegúrese de que le llega a uno de los dos. O incluso a Azazel. —Hizo una pausa y se le ocurrió una nueva idea—. ¿Tiene papel de carta?

Lena asintió y le dejó su pequeño escritorio para que Eliza escribiera dos notas. Cuando terminó, cerró los dos sobres y se los entregó a su nueva amiga junto con el recibo. Lena lo guardó todo con cuidado en el bolsillo interior de su capa. Las dudas de Eliza sobre cómo hacer llegar el recibo a Russell se evaporaron. Su instinto le decía que podía confiar en ella, y más cuando Lena la miró con seriedad.

—Lo entregaré. Se lo prometo.

—Estoy en deuda con usted. —Le sonrió agradecida—. De verdad.

La joven se asomó al pasillo para ver si había alguien antes de girarse de nuevo hacia Eliza.

—Despejado —susurró.

Eliza se despidió de ella con un apretón de manos, y dos minutos después se encontraba de nuevo en su habitación, cerrada con llave. Se sentó en la cama, agotada y mareada, pero triunfante.

Lo había logrado.

Había robado a su tío, y Russell pronto tendría el recibo del collar en su poder. Cerró los ojos y respiró hondo. Había hecho lo correcto, y pronto sería libre. Era su única oportunidad.

Guardó la llave a buen recaudo y se acostó. Si todo salía mal, sería su última esperanza para escaparse. La luz de la luna se colaba entre los pliegues de las cortinas y Eliza miró las sombras que se formaban en el dosel. Por muy enfadada que estuviera con él, echaba de menos a Russell. Pero se obligó a dejar de pensar en él y tratar de dormir.

Aquella noche soñó con un hombre de ojos castaños y pelo oscuro que la invitaba a ser libre en lo alto de un campanario.

***

Aquel sábado llovía con intensidad, aunque en La Tríada no se apreciaba en absoluto. El bullicio era suficiente como para disimular cualquier temporal. Aunque no el que se descargaba dentro de Lucifer.

—No tengo forma de rastrear un collar que se robó hace quince años, Lucifer, por muy único que sea. —Nick Otterbourne lo miraba con exasperación y algo de lástima—. Te lo dije hace cinco años y te lo digo ahora. He preguntado a mis fuentes, pero hay demasiados joyeros en Inglaterra. Podrían haber ido a cualquiera para venderlo. Es como buscar una aguja en un pajar.

Lucifer no había tenido muchas esperanzas, pero escuchar la confirmación de labios del comisionado de Scotland Yard era como un jarro de agua fría. A su lado, sus dos amigos tenían similares caras de decepción. Nick se removió en su asiento, incómodo tras su máscara.

—Lo siento, pero…

—No es tu culpa, Otterbourne —lo interrumpió Lucifer.

—Tendremos que hacerlo sin el collar —dijo Gadreel—. Con la aparición de la duquesa muerta, tendrá que bastar para obligarlos a limpiar el nombre de tu padre. Si lo analizas fríamente, el plan original consistía en obligarlos a admitirlo.

—Oh, creedme, la resurrección de la duquesa de Rowland será un escándalo del que se hablará por meses —aseguró Nick—. En la familia de mi esposa saben mucho de cotilleos.

Azazel maldijo.

—Me daría rabia perder por un cabo suelto. Es como si tuvieran un resquicio por el que escapar.

Lucifer sentía lo mismo, pero lo consolaba pensar que el escándalo sería suficiente como para salvar a Eliza. Era lo que más le reconfortaba. En los últimos dos días, había tenido tiempo de analizar sus sentimientos, y ya no tenía ninguna duda: estaba irremediablemente enamorado de lady Eliza Cavendish, y con esa verdad por bandera le daría su ansiada libertad.

—No creo que… —comenzó Gadreel, pero de repente llamaron a la puerta. Su amigo lo miró, extrañado, porque habían ordenado a los empleados que no los molestasen. Lucifer carraspeó—. Adelante.

Entró una mujer enfundada en una máscara negra, que indicaba su estatus de clienta. A Lucifer le resultaba familiar, pero no fue hasta que vio a Gadreel tensarse como la cuerda de un violín que cayó en la cuenta. Era la mujer a la que su amigo acechaba el otro día, cuando Lucifer apareció.

—Disculpen la interrupción —dijo vacilante. Le temblaba la voz, por lo que carraspeó antes de hablar con más firmeza—: Es importante.

Lucifer miró con curiosidad a Gadreel, que no movió ni un músculo, pero la miraba con tanta intensidad que podría prenderle fuego.

—¿Qué podemos hacer por usted, señorita? —respondió al final, en vista de que a Gadreel se le había comido la lengua el gato—. No quisiera ser descortés, pero…

—Me envía Eliza —dijo entonces atropelladamente, y todas las miradas se clavaron en ella al unísono. La joven tragó saliva—. Eliza

Cavendish.

—Pase, por favor. —El tono de Lucifer pasó a ser apremiante, y se acercó a ella con rapidez. Azazel ya le había ofrecido una silla, que ella aceptó con una sonrisa—. ¿La ha visto? ¿Está bien? ¿Puedo saber su nombre?

La bombardeó a preguntas y Azazel le puso una mano en el hombro.

—Deja respirar a la dama, hermano —le dijo de forma cabal—. Señorita, como sabrá, somos los jefes de La Tríada. Hable sin miedo.

La mujer asintió.

—Me llamo… Bueno, eso no importa. Son las normas, ¿no? La cuestión es que trabajo en Rowland House —comenzó antes de meter la mano en uno de los bolsillos de su capa—. Eliza está más o menos bien, teniendo en cuenta que está encerrada. Pero me ha pedido que le entregue esto a Lucifer. Dijo que usted sabría qué hacer con ello.

Le entregó un pequeño papel envejecido y Lucifer lo cogió casi con ansia. Cuando lo desdobló y leyó lo que ponía, se quedó helado.

—No puede ser.

Sus amigos y Nick miraron por encima de su hombro. Hubo diversas reacciones; Azazel silbó con apreciación y Gadreel sonrió de oreja a oreja.

—Esa mujer es como un ángel caído del cielo.

Nick fue más expresivo:

—¡El recibo del collar de rubíes! —exclamó—. ¿Cómo ha sabido Eliza que es lo que estabas buscando?

Lucifer sonrió con el pecho explotando de orgullo.

—Se llevó algunos documentos que tenía en el despacho sin que me diera cuenta —le explicó al policía, y su amor por Eliza lo invadió de pies a cabeza—. Debe de haber atado cabos. Qué lista es.

—Vale, enamorado, baja de la nube —alegó Gadreel poniendo los ojos en blanco. Le quitó el recibo de las manos y se lo entregó a Nick—. ¿Con esto podríamos encontrar el collar?

—Las posibilidades han aumentado mucho. —Se guardó el recibo en el interior del abrigo—. Me pongo a ello de inmediato.

Nick salió por la puerta como una exhalación y Lucifer se dirigió a

mirar a la misteriosa muchacha, que los observaba con silenciosa curiosidad. ¿Dónde la había visto antes?

—¿Por qué el muy imbécil de Cavendish se guardaría algo tan incriminatorio? —preguntó Azazel, desconcertado.

—Porque quizá es imbécil de verdad —alegó Gadreel, que siempre estaba dispuesto a creer que nadie era más inteligente que él.

—Quizá por vanidad. —Los tres se giraron hacia la mujer—. Lo conozco desde hace varios meses y le encanta jactarse de sus logros. Podría ser una especie de trofeo para él.

—La prueba que demuestra que se ha salido con la suya —dijo Azazel, asintiendo. Gadreel, por su parte, la miraba asombrado—. Sigue siendo estúpido, pero tiene sentido.

Lucifer asintió. Le hervía la sangre solo de pensar en ese cerdo riéndose de la desgracia de su padre y de lo bien que le había salido la jugada. Se las pagaría todas juntas. Respiró hondo, serenándose.

—Gracias por su ayuda, señorita. Como agradecimiento, podrá venir al club siempre que lo desee sin pagar un penique —le dijo de todo corazón—. Dígale a Eliza que tenga paciencia. La sacaré de allí.

La joven volvió a meterse la mano en el bolsillo y sacó dos sobres.

—Esto es para usted —le dijo, entregándole uno de ellos. Miró a Gadreel, y vaciló antes de seguir hablando—: Y este es para usted.

Lucifer abrió la nota con ansia. Apenas había escritas unas líneas.

He encontrado el recibo en el despacho de mi tío, por lo que estoy segura de que es auténtico. Tu padre no robó el collar, tal y como siempre has defendido. Ojalá que con él puedas acabar lo que has empezado.

En su despacho también había una deuda de un club de juego llamado Joe's por cuatro mil libras, y un documento que acredita que arregló las máquinas agrarias por 2.000 libras menos de lo que se refleja en la contabilidad. Espero que esta información te sea útil.

E.

La decepción lo recorrió como un veneno corrosivo, recordándole que Eliza seguía odiándole. Pero, aun así, había arriesgado su integridad por conseguir el recibo. No sabía qué significaba, pero su esfuerzo no caería en saco roto. El baile en Barwick House sería inolvidable.

Se giró hacia Gadreel, que sonreía ante su propia nota. Una punzada de celos le atravesó el pecho, dejándole un sabor amargo en la boca.

—¿Qué dice si se puede saber? —preguntó de malos modos.

Gadreel lo miró, divertido.

—Tranquilo, Romeo, que no es una carta de amor. —Se la entregó para que lo viera con sus propios ojos—. Tu dama es verdaderamente lista. Parece que sabe en qué consiste el plan.

La nota consistía en otro sobre cerrado dirigido al barón Barwick y dos líneas para Gadreel.

Por favor, hágale llegar esta carta a su padre. Me dijo que si alguna vez necesitaba algo se lo pidiera, y creo que ha llegado el momento.

E.

—¿Qué crees que le va a pedir?

Gadreel alzó las cejas como si le creyese imbécil.

—¿No es evidente? —preguntó con superioridad. Se frotó las manos, satisfecho de que todo fuera sobre ruedas—. Que empiece el espectáculo.

Capítulo 29

Durante los escasos eventos a los que había asistido en los últimos tres meses, Eliza no había visto tanta gente reunida en un solo lugar. Ni siquiera en el baile anual de Almack's, que daba el pistoletazo de salida a la temporada. Parecía que la familia Grimstead había invitado a la sociedad al completo a asistir al baile de Barwick House. A su alrededor veía numerosos y deslumbrantes vestidos de fiesta de diferentes colores, joyas centelleantes y corbatas perfectamente almidonadas. Un increíble despliegue de lacayos servía las mesas sin descanso, procurando que no hubiese escasez en el bufé, y la banda de música tocaba una pieza tras otra, animando a los bailarines a salir a la pista de baile. Eliza miró la impresionante lámpara de araña que colgaba del techo y se preguntó por qué el barón había montado semejante circo cuando odiaba los eventos sociales.

Quizá era cosa de Gadreel, y eso significaba que también lo era de Russell.

Como las marcas que le había dejado el cinturón en sus hombros apenas se veían ya, se había puesto su mejor vestido de fiesta y empolvado las escasas sombras amarillentas de su piel, diciéndose que tenía que dar la talla al ser un baile en su honor. De hecho, cumplía con las expectativas, porque estaba atrayendo todas las miradas desde que había llegado del brazo de su padre.

Pero, estúpidamente, albergaba la esperanza de ver a Russell allí y quería demostrarle que no estaba deprimida por su causa. Quería que la viese lo mejor posible. Nunca había sido vanidosa, pero Russell la había cambiado en muchos aspectos. No quería dar una imagen de debilidad, y siempre se le había dado bien fingir.

Aunque no tanto cuando se trataba de él.

—Compórtate —le dijo su padre al oído antes de alejarse.

Eliza ni se molestó en responder.

Su padre y su tío se marcharon a charlar con varios hombres mientras a ella la dejaban bajo la vigilancia de su tía. Eliza, inconscientemente, recorría el salón buscando una cara en particular,

y se reprendió por ello.

«Te ha engañado, ¿recuerdas?», se dijo.

—Ni se te ocurra alejarte de mi vista —le dijo Margaret en ese momento de malos modos.

Tras su tía, vio a Lena apretar los labios con disgusto y a Rachel poner los ojos en blanco. Lena se giró para mirarla con pesar y ambas intercambiaron una mirada cómplice. Ambas estaban muy atentas a todo lo que ocurriría aquella noche. Eliza sabía que la entrega del recibo había sido todo un éxito y que Russell ya contaba con todo lo que necesitaba para culminar su plan.

«Me ha dicho que te pida perdón de nuevo. —Lena le había contado todo con pelos y señales. Se había mordido el labio antes de añadir—: No sé lo que ha hecho, pero parecía de verdad muy arrepentido».

Eliza no había respondido, pero sus palabras llevaban días persiguiéndola. No quería creerlo. Si le había mentido a ella tantas veces, podría haberle mentido también a Lena. Eso era lo que se le daba bien.

Pero la parte que deseaba que fuese verdad era de lo más poderosa.

—Déjala en paz, madre. ¿A dónde va a ir si está todo el mundo pendiente de ella? —dijo su prima de repente, devolviéndola al presente.

Lena miró a Rachel con asombro, un reflejo del rostro de Eliza. La aludida se encogió de hombros, incómoda, y desvió la mirada. Como si le disgustase profundamente haber salido en defensa de su prima.

—Esa no es forma de hablarme, chiquilla desagradecida. —Su tía centró su enfado en su hija.

Rachel ni se inmutó y justo en ese momento, como caídos del cielo, aparecieron sir Walter Wentword y el barón Richard Barwick. Las cuatro hicieron una reverencia ante los dos hombres y sir Walter se llevó a Rachel a la pista de baile.

—Lady Eliza, es un placer —le dijo el barón sin ni siquiera saludar a su tía, lo cual era una terrible falta de cortesía—. Si no me equivoco, su primer baile es conmigo.

Eliza, que tenía el carné de baile vacío, ni se planteó negarse.

Cualquier cosa con tal de estar lejos de su familia. Se sujetó al brazo del barón, que la condujo hasta el centro de la pista de baile.

Las notas comenzaron a sonar y Barwick la condujo con precisión. Era un buen bailarín, pero no se sentía cómoda con él. Recordó aquel primer baile con Russell y cómo se le ponía la piel de gallina ante su mirada. Acto seguido, volvió a reprenderse por no dejar de pensar en él.

—Recibí su carta. —El barón no se andaba con rodeos.

Eliza lo miró con cautela.

—¿Está molesto conmigo?

—En absoluto —respondió con seguridad, y le creyó al instante—. De hecho, estoy agradecido de que alguien de su familia me haya contado la verdad. No me gusta que me tomen por tonto. Estaba dispuesto a pasar por alto las deudas por el título de tu padre, pero esto…

El barón sacudió la cabeza, enfadado. Dieron unas cuantas vueltas más en silencio, hasta que Eliza habló de nuevo:

—Entiendo que este despliegue tan fastuoso no ha sido cosa suya, sino de su hijo.

El barón apretó la mandíbula con disgusto.

—Me pidió ayuda tras entregarme su carta —concedió—. Odio tanto como él que me tomen por idiota, así que accedí de inmediato a montar este tinglado. Puedo parecer frío, milady, pero no tolero las injusticias. Además, he de admitir que una charada de vez en cuando tiene su gracia, sobre todo si la interpreto yo.

Eliza se permitió esbozar una sonrisa.

—Su hijo se parece a usted más de lo que le gustaría.

—Mi hijo es Raymond, no él —afirmó, y Eliza recordó que le había dicho algo parecido la noche de la fiesta en el invernadero—. Pero he de admitir que tiene la cabeza bien amueblada. Más que el tarambana de Ray, que a saber dónde se habrá metido.

Le pareció extraño que el barón se sincerase tanto con ella, pero no quiso ahondar más en el tema. Era evidente que le afectaba mucho todo el asunto de la ilegitimidad de Gadreel.

—Igualmente, le agradezco que me haya ayudado —musitó.

El barón la miró de nuevo, más calmado.

—Su carta me dejó claro que iba a ser muy infeliz casada conmigo —respondió como si fuera evidente—. Y, por encima de todo, su familia no verá ni una libra de mi dinero. Que se paguen las deudas de juego ellos mismos.

El vals terminó, y Eliza vio por el rabillo del ojo que Gadreel se acercaba. Su cabello pelirrojo destacaba sobre el mar de cabezas que los rodeaban. Imperceptiblemente, el barón se tensó junto a ella, como si su hijo trajera la peste con él. Le dio mucha pena Gadreel, que fingió no darse cuenta. Pero no pudo pensar más en ello, porque alguien a su izquierda captó su atención.

—Mi querida Liz.

Eliza casi se echó a llorar al girarse y ver el rostro alegre y vivaracho de su mejor amiga, que la abrazó con fuerza.

—He estado tan preocupada por ti —le dijo con los ojos aguados —. Siento no haber podido echar la puerta abajo para sacarte de las garras de tu familia. Soy la peor amiga del mundo.

—Estoy bien —le dijo con una sonrisa emocionada—. Te he echado de menos, Ginny.

—Y yo a ti.

Se volvieron a abrazar con fuerza hasta que escucharon a Gadreel carraspear.

—Siento interrumpir un momento tan emotivo, pero está todo listo —dijo, y le sonrió a Eliza—. Es hora del brindis.

Ginny le agarró la mano a Eliza con fuerza, quien se removió nerviosa.

—¿Sabes algo de esto?

Su amiga negó, pero sonrió con malicia.

—Pero algo me dice que va a ser memorable.

El barón cogió una copa de champán de una bandeja y llamó la atención de la gente. Casi instantáneamente, todo el mundo calló para prestarle atención. Eliza cogió su propia copa y casi la derramó de los nervios. Ginny le estrechó la mano con más fuerza, reconfortándola, pero Eliza no sabía qué iba a ocurrir y estaba asustada. Un movimiento a su derecha llamó su atención. Se giró y se encontró cara a cara con Russell, que la miraba únicamente a ella, como si el resto de las personas no existiesen. Eliza aguantó la

respiración y, cuando sus ojos se encontraron, él le sonrió y asintió con la cabeza. Se relajó un tanto; le estaba diciendo con la mirada que lo tenía todo controlado.

Ojalá fuera cierto.

Lo observó con atención, echándole de menos a pesar de tenerlo a pocos metros. Llevaban días sin verse y lo notó cambiado. Tenía ojeras oscuras muy marcadas bajo los ojos, la única señal que le demostraba que no estaba durmiendo bien. Iba vestido de forma impecable, pero la tensión en su mandíbula le decía que estaba tan nervioso como ella misma. Era tan guapo y su cuerpo deseaba tanto acercarse a él que se le aceleró la respiración, incapaz de apartar la mirada. Por cómo Russell la miraba, parecía estar poseído por el mismo anhelo.

O eso era lo que ella quería creer. Su traicionero corazón latió con fuerza ante la posibilidad.

—Damas y caballeros… —comenzó el barón con voz atronadora, sacándola de sus cavilaciones—. Gracias por venir. Saben todos ustedes que no soy muy amante de las fiestas, pero la ocasión merecía organizar algo especial. De hecho, me gustaría que la familia de lady Eliza se acercara para estar junto a nosotros.

Se escucharon algunos aplausos mientras el duque, muy ufano, se acercaba a su hija a paso vivo. Su tío parecía un pavo de lo hinchado que estaba, ni qué decir de su tía. Era repugnante. Rachel era la única que se había quedado al margen, pero sí la pudo ver entre la multitud, prestando atención junto a Lena.

—Lamentablemente, las cosas no han salido como yo esperaba —siguió diciendo el barón, y se escuchó algún murmullo extrañado entre la multitud—. Lo que iba a ser un brindis prenupcial se ha convertido en otra cosa.

Los murmullos aumentaron de volumen. Percibió la tensión de su padre, a apenas un palmo de distancia. Pero no pudo decir nada, porque Gadreel intervino primero:

—Padre, espere. No está aquí toda la familia de lady Eliza.

Eliza frunció el ceño. ¿Se referían a su prima?

—Tienes razón. —El barón le dio la réplica a Gadreel como si estuvieran interpretando una obra de teatro. Parecía una charada—.

Duquesa, no sea tímida.

Eliza ahogó una exclamación y se tapó una mano con la boca, mientras que todo el salón de baile comenzaba a hablar al mismo tiempo. Al lado de Russell apareció una mujer rubia que a Eliza le resultaba familiar. Llevaba un vestido verde muy elegante y era guapísima. Russell fue quien la escoltó hasta el centro de la pista, y los que la reconocieron comenzaron a hablar con rapidez.

—Es la duquesa.

—¿La duquesa de Rowland?

—Sí, ¡es ella!

—La recuerdo perfectamente. No ha cambiado apenas.

—¿No estaba muerta?

Las conversaciones se sucedían a su alrededor, todas similares. Eliza se atrevió a mirar a su padre de reojo y comprobó que estaba blanco como la pared. Miraba a la mujer como si fuera un fantasma que hubiese resucitado de entre los muertos. Eliza también la miró; eran casi de la misma altura, ambas rubias, aunque los ojos de la mujer eran azules. La miró y el corazón le latió con rapidez. Apenas la recordaba después de tantos años, pero lo supo: era su madre. Recordó esos ojos en alguien más, la crupier que le repartió las cartas en La Tríada con tanta amabilidad, y le temblaron las piernas al comprender lo cerca que habían estado la una de la otra sin saberlo.

—Hola, Edward —dijo ella con una sonrisa—. ¿Me has echado de menos?

Un silencio sepulcral siguió a sus palabras. Su padre se quedó de piedra, inexpresivo, pero su tío sí que fue capaz de reaccionar ante lo que veían sus ojos, a pesar de estar igual de lívido.

—¡Es una impostora! —exclamó con rabia, señalándola—. ¿Cómo se atreve a venir a importunar a mi pobre hermano viudo?

Eliza no podía creerse que su tío siguiera siendo tan hipócrita. El barón lo miró con frialdad, como si fuera una molesta mosca zumbando a su alrededor.

—Cállese, Cavendish —dijo con voz acerada.

—Resulta, amigos… —Gadreel llamó la atención de los presentes, que no podían estar más estupefactos—. Que recientemente hemos

averiguado que lady Rowland no estaba muerta, como nos había hecho creer Su Excelencia, sino que en realidad se había fugado con uno de los lacayos hace ya quince años. Y yo digo: mentir a toda la sociedad ya es muy grave, pero ¿engañar a sus dos hijos, haciéndoles creer que su madre había muerto? Imperdonable, en mi opinión.

En la sala no se escuchaba ni el más mínimo sonido. Era como si incluso las paredes aguantasen la respiración. Gadreel era como un maestro de ceremonias; en apenas un par de minutos, ya los tenía a todos metidos en el bolsillo.

—¡Es una calumnia! —siguió diciendo Herbert—. Edward, ¡di algo! ¡Defiéndete!

Pero su padre seguía paralizado. Eliza supo que no iba a hablar. Su castillo de naipes se estaba derrumbando. Siempre había sabido fingir muy bien que era el que controlaba la situación, hasta que, irónicamente, la cosa más pequeña se salía de su control. En este caso, era un problema descomunal para él.

—¡Soy Elizabeth Cavendish! —gritó su madre, y a Eliza se le humedecieron los ojos—. Muchos de aquí me conocéis, he cenado en vuestras casas. Escapé de mi marido y él fingió mi muerte. Esa es la verdad, amigos. Jamás estuve en un sanatorio mental.

Una mujer de segunda fila se hizo escuchar entre el gentío:

—Es cierto, es ella —anunció en voz alta. Era la anciana marquesa viuda de Satherton, una mujer muy querida y respetada por todos—. La recuerdo perfectamente. Hemos tomado el té muchas veces.

Su madre sonrió.

—Me alegra verla tan bien, querida Olivia. —Después, se giró hacia Eliza y su rostro se contrajo por la emoción—. Mi niña.

Eliza sollozó.

—Madre… —E hizo ademán de ir a por ella.

Pero su padre revivió del trance y la detuvo.

—Ni se te ocurra, Eliza —dijo con fiereza—. No te he dado permiso para moverte. Esa mujer no es tu madre.

—Suelta a mi hija, Edward. —Elizabeth se plantó ante ellos en dos zancadas, fiera como una leona defendiendo a su cachorro—. Tócala de nuevo y te arranco los ojos.

Al duque se le hinchó la vena de la frente.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, Elizabeth? —Su padre estaba fuera de sí—. Solo eres una fulana que se revolcó con el lacayo.

Las exclamaciones de la multitud no se hicieron esperar ante la confesión del duque. No obstante, Eliza ya había tenido suficiente. De un fuerte tirón se soltó de su padre, que la miró como si acabara de abofetearlo.

—No vuelvas a insultarla —dijo con fiereza, alejándose de él—. Te odio. Qué desgracia haberte tenido como padre.

Su madre la abrazó, como si así pudiera protegerla de todos los males del mundo. Eliza se afe7rró a ella como una tabla salvavidas. No quería que volviera a desaparecer. El barón avanzó un paso, interponiéndose entre su padre y ellas.

—Francamente, Rowland, es usted un imbécil.

—No crean que esto ha terminado, damas y caballeros. —Gadreel volvió a dirigirse a la multitud—: Si Su Excelencia nos ha engañado a todos, su hermano no es mejor que él.

Herbert dio un respingo y entrecerró los ojos.

—¿De qué demonios está hablando?

Gadreel se giró hacia Russell, que avanzó hasta captar la atención de todos. Eliza contuvo la respiración sin quitarle los ojos de encima. Era tan atractivo que captaba todas las miradas sin esfuerzo, a pesar de que nadie conocía su nombre.

—Habla de esto.

Russell la miró durante un fugaz segundo, antes de sacar algo de su bolsillo.

Era un collar de rubíes.

***

Tenía toda la atención de la gente. Por fin, había llegado el momento que había esperado durante quince años. Qué satisfacción le producía ver que Herbert Cavendish se había quedado blanco como la cal.

—Permítanme que me presente, mi nombre es Russell Knight —

dijo con aplomo—. El señor Grimstead y yo les contaremos una historia.

Vio por el rabillo del ojo a Azazel, vestido de esmoquin y con sus ojos bicolores fijos en ellos. Estaba allí para ver el espectáculo y por si alguno de los dos tipejos se atrevía a salir por patas. Asintió para mostrarle su apoyo, y Russell siguió hablando:

—En abril de 1857, quince años atrás, el duque de Rowland aquí presente denunció el robo de un collar de rubíes que pertenecía al ajuar de su esposa —comenzó, y alzó el collar para que lo viese todo el mundo—. Se acusó del robo al jardinero que trabajaba en ese momento en la casa familiar. Mi padre, John Knight.

Al caer en la cuenta de quién era en realidad, el rostro de Cavendish se volvió rojo como la grana.

—Lo recuerdo. Aquello no fue muy sonado porque coincidió con una época de numerosos robos de joyas, que yo mismo investigué junto con mi esposa. Un robo más no era noticia. —Nick, el duque de Averbury, dio un paso al frente. La gente contuvo la respiración ante el comisionado de Scotland Yard. Le tendió la mano a Russell para coger el collar y lo analizó detenidamente antes de devolvérselo —. Sin embargo, descartamos enseguida que fuese cosa del famoso ladrón, porque tanto el duque de Rowland como el señor Herbert Cavendish juraron y perjuraron que había sido cosa del jardinero. Lamento no haber investigado más a fondo este asunto.

Situada a su lado, su esposa, Gwen, reconfortó al policía y confirmó sus palabras. Russell no sentía rencor hacia Nick, sino hacia el verdadero culpable.

—Mi hipótesis —respondió Gadreel con el tono seguro del que sabe que está en lo cierto— es que el señor Cavendish no aprovechó la histeria del ladrón para esconder su crimen porque en ese momento todavía no era de dominio público que había un criminal suelto. Y el señor Knight era una muy conveniente cabeza de turco.

—No tenéis prueba alguna de lo que estáis diciendo —intervino el aludido, y se dirigió a la multitud. Su esposa, tras él, estaba paralizada por el miedo de verse acorralada—. ¡Es todo mentira! No irán a creerse las estupideces de este donnadie, ¿verdad?

—Eres tú el mentiroso, tío. —Eliza lo fulminó con la mirada—. Y

una vergüenza como persona.

—Cállate, niña. Aquí nadie te ha dado vela en este entierro.

Russell se acercó en dos zancadas y lo agarró por la pechera.

—Vuelve a hablarle así y te parto la cara —le dijo en voz baja y amenazante.

—No te tengo miedo, imbécil —dijo, casi sin resuello—. No tienes pruebas de lo que dices.

Pero se le veía claramente lívido. El sudor cubría su frente. Incluso el duque lo miraba con extrañeza, como si aquel asunto no tuviese nada que ver con él.

—Señor Knight, deténgase. —Una mano pequeña le sujetó el hombro y se giró para mirar a Eliza, que le hablaba como si acabase de conocerle—. Demuestre la elegancia que él no tiene.

Russell la miró unos segundos, antes de asentir. Tenía toda la razón. Se obligó a soltar a ese desgraciado y a alejarse de él para no perder la compostura de nuevo. Era un momento trascendental.

—Que sepa, duque, que su hermano ha estado robando dinero de las arcas desde que dejó de usar pañales. —Russell se sacó un fajo de documentos que le entregó a Rowland.

—No se molesten en romperlos, pues Scotland Yard ya tiene los documentos originales. Me he molestado en hacer varias copias y las he repartido por el salón de baile —dijo con una sonrisa. Se hizo un revuelo mientras los invitados comenzaban a abrir los sobres con la documentación que estaban repartiendo los lacayos. Herbert parecía querer arrancarle de las manos a su hermano los papeles—. Como puede leer ahí, duque, Cavendish ha estado retirando pequeñas cantidades bajo el concepto de «gastos agrarios». En marzo de 1857, retiró cuatro mil libras, que suplió en parte con la venta del collar que, damas y caballeros, sostengo en la mano. Como pueden observar los más cercanos, y como ha podido comprobar el duque de Averbury, los rubíes tienen grabados una R ornamentada. Pertenecen al ajuar de la duquesa de Rowland desde hace generaciones.

Gadreel sacó de su bolsillo el recibo que tanto le había costado conseguir a Eliza, y se lo entregó a Nick.

—Este es original. —Sonrió con frialdad—. Aquí puede ver la firma

de Herbert Cavendish tras la venta. Hemos hablado con el joyero de Manchester, que afortunadamente todavía ejerce su profesión, y rastreado el collar. Su dueña actual, la condesa de Raston, ha tenido la amabilidad de prestárnoslo. La pobre mujer no tenía ni idea de que había comprado rubíes robados.

—Por lo que, evidentemente, mi padre no robó el collar, pero sí murió en la cárcel por su culpa. —Se acercó a Herbert Cavendish, que retrocedió un paso ante su mirada—. Asesino.

A esas alturas, la gente ya no callaba, apelotonándose para poder ver mejor el espectáculo. Era un circo con todas las letras, pero Russell era uno de los maestros de ceremonias y los Cavendish eran los payasos.

—También verá, duque, una deuda de juego inmensa con un club del Soho llamado Joe's. —Gadreel remató la obra de teatro con otra sonrisa fría—. Puede comprobarlo si no nos cree.

El duque miró a su hermano con rabia, arrugando los documentos en su mano.

—Herbert, ¿me has estado engañando durante años? —Lo fulminó con la mirada—. Eres un bastardo.

—Edward, no irás a creerte esto, ¿verdad? —Pero era evidente que no tenía escapatoria, así que cambió de estrategia—: Si no fueras tan inútil con la contabilidad, no me hubiese tenido que encargar de todo. ¡Merecía una pequeña comisión!

—Así que por tu culpa estamos ahora en la ruina. —Avanzó un paso hacia él—. Miserable.

La culpa era suya en realidad, pero Russell no iba a admitirlo delante de cientos de personas y de Scotland Yard. Era mejor no anotarse el tanto y permanecer fuera de la prisión.

Además, las deudas de juego no eran ninguna broma.

El barón se hizo oír por encima del barullo:

—El duque me hizo creer que sus problemas de dinero eran a causa de unas malas cosechas y cosas similares —anunció a todo el público, con tal aplomo que nadie se atrevería a cuestionarlo—. Me dio la mano de su hija a cambio de emparentar con la familia y del capital suficiente para arreglar el problema. Tanto lady Eliza como yo hemos sido engañados de la forma más vil.

El escándalo ya era mayúsculo e irreversible. La multitud estaba enloquecida ante tantos trapos sucios sacados a la luz. Por todas partes se escuchaban gritos, abucheos e insultos contra los Cavendish. Ante cada improperio, Rowland se hundía más y más en su miseria.

—Naturalmente, y tras toda esta historia de engaños, el compromiso queda roto. No pienso dejar que una parte de mi fortuna acabe en sus manos —siguió diciendo el barón, mirando al duque y a su hermano—. No obstante, lady Eliza y su hermano quedan bajo la protección de mi familia.

—Y de la mía —añadió Ginny Phellam, cogiéndole la mano a su amiga. Lord Redding, que había salido de Dios sabía dónde, asintió para ofrecer también su protección.

—Y de la mía, por supuesto —añadió Betty, abrazándola por los hombros de forma protectora.

Russell también quiso sumarse al alegato, pero no sabía cómo lo recibiría Eliza, así que calló. Se limitó a mirar a los dos hombres desesperados que tenía frente a él. Derrotados y hundidos. Por su causa. Esperó a que llegase la satisfacción, el triunfo, pero fue escaso.

Luego, solo sintió vacío.

Miró a Eliza, pero ella tenía la mirada fija en su padre. Se aferraba a su madre como si le fuera la vida en ello, y se alegraba de haber podido cumplir su promesa. Le había dado la libertad y sería feliz. Eso le bastaba.

O eso quería creer.

—Queda detenido, señor Cavendish. —Nick se aproximó con las esposas en la mano—. Quizá pueda jugar al póker con los presos de Newgate. Usted también se viene conmigo, duque.

Cuando Herbert Cavendish pasó por su lado, la ira lo invadió. Lo detuvo bruscamente y alzó el puño. Al diablo la elegancia.

—Esto es por mis padres.

El puñetazo lo lanzó al suelo, dejándolo desmadejado. Después se giró hacia el duque, que lo miraba horrorizado.

—Y esto es por Eliza.

El duque sí aguantó el golpe, aunque cayó de rodillas,

sujetándose la mandíbula. Nick, que ya se los llevaba detenidos, lo miró con censura.

—Knight, ¡maldita sea! Esto no es una pelea de gallos. —No obstante, cuando pasó por su lado le dijo en voz baja—: Bien hecho.

Russel sonrió con disimulo. Alzó la vista al cielo, que se veía a través de los ventanales.

—Ya está, padre. Lo conseguí.

Capítulo 30

La prensa pronto se hizo eco de lo que había sucedido en Barwick House, y veinticuatro horas después parecía que toda Inglaterra conocía la vergonzosa historia del duque de Rowland y de las fechorías que había cometido su hermano. Aquello era digno de la mejor columna de cotilleos. Eliza se había prometido no leer ninguno de los periódicos ni revistas que se habían hecho eco de la noticia. Ya se encargaba Ginny de informarle de cuanto se comentaba entre la aristocracia, saltándose las partes más sensacionalistas.

—He leído que, aunque a los duques se les suele perdonar todo, esto ha superado con creces cualquier escándalo de los últimos años —le comentó su amiga, mirándola con tristeza por encima de un ejemplar de *The Times*—. La reputación de tu familia está en el fango.

Era muy temprano y se encontraban en la habitación de Ginny, pues Eliza se había negado a volver a Rowland House después de lo que había ocurrido. Hacía mucho tiempo que esa casa había dejado de ser su hogar. Su amiga la había acogido sin ningún tipo de reparo, y le agradecía muchísimo su ayuda. Habían dormido juntas, poniéndose al día de los últimos acontecimientos. Hablar con Ginny había sido como un bálsamo, ayudándola a ponerlo todo en perspectiva. No sabía qué haría sin ella.

—Por primera vez desde que tengo memoria, no me importa mi reputación —le dijo Eliza—. Me da igual lo que digan.

Ginny sonrió.

—Así se habla —dijo con cara de superioridad—. Como futura marquesa, ese será mi lema hasta el día en que me muera.

—Serás la única aristócrata que me dirija la palabra —se burló.

—¿Para qué necesitas más? Conmigo te bastas y te sobras.

Aunque el barón había declarado públicamente su apoyo a Eliza, la reputación de ella también estaba hecha añicos. Las habladurías eran de lo más variopintas: unos decían que Eliza sabía todo lo que se traía entre manos su familia; y otros defendían que no, pero que si el barón había decidido romper el compromiso era porque ya

estaba manchada por la reputación de sus padres. Si su madre se había fugado con un lacayo, de tal palo, tal astilla.

Lo mejor de todo era que a Eliza le importaba bien poco cada especulación o rumor. Ella sabía la verdad, y era lo importante. El hecho de que hubiese dejado de afectarle lo que los demás opinasen de ella la había llevado a un nuevo nivel de libertad de lo más agradable.

—Entonces, le pediste al barón que rompiese el compromiso. —Ginny la miró, asombrada—. Para acabar de redondear el plan de Russell.

Eliza le había contado a Ginny por fin cada detalle de sus últimas aventuras, confesándole que el hombre que había desenmascarado a su tío Herbert era en realidad uno de los jefes de La Tríada. La verdad era que su amiga era un público fantástico y le alegraba no tener secretos con ella.

—En realidad, no sabía qué tramaba Russell para culminar su venganza, pero romper el compromiso era mi forma de rebeldía definitiva —respondió Eliza con una sonrisa.

Ginny puso los ojos en blanco.

—Porque, claro, escaparte de noche y acostarte con un hombre en el campanario de una iglesia no es nada rebelde. —Ginny rio y Eliza tuvo que admitir que tenía razón.

Le sentaba bien reír tras días encerrada, y el peso en su pecho se aligeró una pizca. El escándalo la acompañaría allá donde fuese, pero de momento se encontraba a salvo en casa de Ginny, disfrutando de una momentánea invisibilidad.

—De la noche a la mañana me he quedado sin familia, sin reputación y sin prometido. —Eliza suspiró—. Espero que la carta que le he escrito a Nathan llegue a Eton antes que las habladurías.

—No cuentes con ello. Si hay algo que viaja rápido, son los chismes. —Ginny se desperezó como un gato—. Deberíamos ponernos en marcha. ¿A qué hora llega tu madre?

Eliza miró el reloj de pared; marcaba las ocho de la mañana.

—A las once —respondió—. Gracias por permitir que venga aquí. No tengo muchos ánimos para salir.

Su madre le había ofrecido que se quedara con ella, pero Eliza no

había querido aceptar. Primero, porque tras lo que había ocurrido necesitaba estar en un lugar conocido y seguro; y segundo, y más importante, porque tenía que hablar con su madre largo y tendido antes de abrirle las puertas de su vida. Eliza tenía todavía demasiadas preguntas, y una de ellas la reconcomía por dentro desde que la había visto la noche anterior.

—Ni lo menciones —dijo Ginny—. Es lo menos que puedo hacer.

Bajaron a desayunar ya vestidas. Mientras que Ginny se llenó su plato de huevos y tocino, Eliza prefirió unas tostadas con mantequilla y té. Estaban comiendo en silencio, hasta que se dio cuenta de que su amiga la miraba de reojo sin atreverse a hablar.

—Suéltalo o te atragantarás.

Ginny sonrió con vacilación.

—Liz, ¿por qué no hablas con Russell?

Desvió la mirada. La noche anterior, Russell había intentado hablar con ella, pero Eliza no había querido escucharle. Se había acercado a él al ver que alzaba la mirada al cielo y murmuraba algo dedicado a su padre. Era como si se hubiera quitado un enorme peso de encima y, por un momento, trató de ponerse en su lugar e imaginar todo lo que había sufrido a causa de su familia.

Pero la traición pesó más que la empatía.

«Felicidades —le había dicho, no sin cierto rencor. Visto en retrospectiva, se avergonzaba de sí misma—. Ya tienes lo que querías».

Él la había mirado con tristeza y algo confuso, como si no se sintiera tan bien como había esperado.

«Eliza… —Pronunció su nombre casi como una plegaria, y solamente ese sonido despertó todos sus sentidos. Odiaba el poder que tenía sobre su cuerpo y su corazón—. Me alegra que estés bien».

El corazón se le aceleró, pero se negó a dejarse ablandar.

«Sé que lo hacías por tu padre, pero te agradezco tu ayuda», le dijo desviando la vista.

Se dio cuenta de que se habían quedado solos, no tenía claro cómo. Russell la cogió de la barbilla suavemente para que lo mirase y se encontró con sus ojos arrepentidos.

«No lo he hecho solo por mi padre, sino también por ti —respondió en voz baja—. Ojalá pudieras creerme».

Ella se había apartado. Si la tocaba, su resolución flaquearía, y tenía que mantenerse fuerte. Ya le habían mentido bastante a lo largo de su vida. Era suficiente.

«Ojalá», repitió ella, alejándose.

Russell bajó el brazo.

«Lo siento muchísimo. Esa es la única verdad que puedo ofrecerte ahora mismo —repitió—. Ya sabes dónde encontrarme. Siempre tendré las puertas de mi vida abiertas para ti. Sin más mentiras».

—¿Liz? —Ginny la devolvió al presente. Se había quedado parada, recordando—. Te has quedado en Babia.

—Lo siento —se disculpó. Suspiró—. No puedo confiar en él, Gin.

Ginny la miró.

—Lo dejaría estar si no viese lo mucho que te duele, y porque estoy segura de que sientes algo muy fuerte por él. Quizá solo por eso vale la pena que al menos le escuches. Así podrás decidir con toda la información a tu alcance.

Eliza sacudió la cabeza. No quería admitir que Ginny tuviese algo de razón y quizá debiera darle a Russell al menos la oportunidad de explicarse. Sí que sentía algo por él, sí era fuerte y sí quería creerle. Al menos, una parte muy grande de ella ansiaba confiar. Pero una vocecita rota e insistente le recordaba que ya había sufrido demasiado.

Trató de bromear para no dejarse llevar por unas repentinas ganas de echarse a llorar:

—Odio cuando eres tan sensata.

Ginny la miró compasiva, sin dejarse engañar.

—Piénsalo al menos, ¿sí? —le dijo—. No digo que sea un santo, pero es de las pocas personas de tu vida que ha celebrado siempre que seas tú misma. Eso bien merece el beneficio de la duda.

***

Eliza recibió a su madre con el corazón en un puño. En cuanto su

madre abrió los brazos, perdió toda la compostura que poseía y corrió hasta ella para abrazarla. Respiró su olor a flores, que de alguna forma le resultaba conocido, y se sintió muchísimo mejor.

—Mi Eliza. —La escuchó decir contra su pelo—. Nunca pensé que volvería a abrazarte.

Ambas tenían lágrimas en los ojos cuando se miraron. Eliza se sintió una niña de nuevo a la que le decían que tenía que ser fuerte; pero no podía serlo, solo esconder la tristeza tras una sonrisa.

—¿Por qué me dejaste, mamá? —Lloró contra su pecho.

—Oh, mi niña. —La voz de su madre se rompió—. Tenemos mucho de qué hablar.

Y así lo hicieron. Su madre le relató sus vivencias y sus razones para marcharse. Le habló de Ethel, y Eliza se maravilló por el hecho de tener otra hermana y el haberla tenido tan cerca sin saberlo. Ahora entendía aquella inexplicable conexión que había sentido que nacía entre ellas nada más conocerse. Ethel, que la había ayudado tantas veces, era su hermana pequeña.

Le encantaba la idea.

Eliza le explicó cómo había sido su vida los últimos quince años. Dos mujeres que habían sufrido a manos de las mismas personas.

—Nunca me perdonaré no haber sido lo suficientemente fuerte para llevaros conmigo —le dijo acariciándole el rostro—. Nathan y tú merecíais una madre, pero estaba tan anclada al pasado que no me permitía ver que tenía otras opciones. Que ya no era la misma persona que huyó de tu padre.

—Fuiste una víctima, mamá —respondió Eliza—. A veces no podemos evitar que el miedo nos domine.

Su madre sonrió con tristeza.

—O que estemos tan ciegos que no veamos lo que de verdad importa.

Eliza se quedó en silencio, pensando en Russell. Él también se había quedado anclado al pasado, alimentándose del rencor y el dolor. Una vez más, trató de ponerse en su lugar, y quizá pudo entenderle un poco mejor. Su madre había huido, dejando su vida atrás, pero no se había alejado del todo. Se había quedado junto a sus hijos, como si de alguna manera ese gesto la eximiese un poco

de sus errores. Russell se había propuesto vengar la muerte de su padre, pero, según él, tuvo miedo de decirle la verdad.

Quizá sí merecía el beneficio de la duda, como le había sugerido Ginny. Estaba tan confundida que ya no sabía ni qué pensar.

—Ron y yo hemos estado pensando que podríamos irnos a Edimburgo todos juntos —dijo su madre de repente—. ¿Te gustaría? Así te podrías alejar del escándalo. Podríamos recoger a Nathan en Eton y empezar de cero como una familia.

Por un momento, la idea le gustó. Podría alejarse de Londres y vivir con su madre, como siempre había querido. Podría tener una vida sencilla y sin contratiempos. Pero la sola idea de marcharse de Londres, de dejar a Ginny y todo lo que conocía, le causaba dolor. No quería huir como si ella fuese la que había hecho algo malo. Quería utilizar su libertad para construir su nueva vida, no para escapar de ella.

—¿Qué ocurre, cariño? —Su madre la miró con preocupación—. No pasa nada si no te decides ahora.

—No quiero irme, mamá, ahora que por fin soy libre —le dijo con una sonrisa de disculpa—. Me gusta estar aquí, donde tengo a mi mejor amiga y en la ciudad que me vio crecer. Tampoco quiero que Nathan abandone la sucesión al ducado, pues sé que está dispuesto a ser un buen duque. Me lo ha dicho. Puede recomponer lo que destruyó padre.

Su madre asintió, comprensiva.

—Mi niña valiente —dijo—. No volveré a alejarme de vosotros. De ahora en adelante, me tendréis cerca.

Se abrazaron de nuevo, y Eliza por fin pudo sentir que respiraba un poco mejor. Una parte de su vida que siempre había estado hecha añicos empezaba a reconstruirse poco a poco.

—Tendremos mucho tiempo para conocernos mejor. —Su madre sonrió—. Pero me da la impresión de que hay algo más, ¿verdad?

Eliza la miró, avergonzada.

—Sí.

—Pongo la mano en el fuego con que Lucifer tiene algo que ver.

Desvió la mirada.

—No puedo empezar una nueva vida sin cerrar ese capítulo —le

explicó sin mirarla—. Escucharé lo que tenga que decirme y no volveré a verlo. No me veo capaz de olvidar tan fácilmente lo que me hizo.

Bajó la vista al regazo con renovadas ganas de llorar. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué cada vez que pensaba en despedirse para siempre de Russell sentía que el corazón se le partía en pedazos?

—El día que Lucifer supo que estabas sufriendo tanto a manos de tu padre, tuvieron que pararle entre Azazel y Gadreel para que no se presentara en Rowland House para salvarte —le explicó su madre. Eliza quiso decirle que era un buen mentiroso, pero no la dejó hablar —: Yo misma le dije una vez que no era bueno para ti, pero, cuando vi su mirada llena de dolor por saber que sufrías, supe que me había equivocado. Estaba dispuesto a reducir la mansión hasta los cimientos si con eso te ayudaba. Y eso no puede fingirse, mi niña.

Le tembló el labio inferior mientras su madre continuaba su relato, como si supiera que Eliza necesitaba escuchar cada palabra.

—Le dije que tú necesitabas cariño y que él estaba demasiado lleno de odio. En su momento, me pareció un argumento sensato, pero me equivoqué. —Hizo una mueca, como si recordarlo la llenase de arrepentimiento—. Quizá mis palabras hicieron que se retrajera aún más. Pero de lo que sí estoy segura es de que ese hombre te ama, cariño.

Eliza sacudió la cabeza, incapaz de hablar. No sabía cómo sobrellevar los sentimientos que le desbordaban el pecho. Angustia, miedo, esperanza, confianza, cariño, amor… Todo era demasiado. Las lágrimas se descontrolaron por fin y surcaron sus mejillas. Su madre se las secó con las manos y la abrazó.

—Tengo miedo de confiar de nuevo y que me vuelvan a engañar —dijo con voz pastosa, entre sollozos.

—No pasa nada, Liz. Llora todo lo que necesites —le dijo su madre, y la besó en la frente—. Has sufrido mucho, pero el amor no resta, solo suma. Quizá debes darle una oportunidad y decidir por ti misma si es a Russell a quien quieres. Si decides no creer en su amor, al menos no te quedarás con la duda de lo que podría haber sido.

Fue así, abrazadas, como Ginny las encontró. Entró en la

habitación con rostro fúnebre y una nota en la mano.

—Acaban de traer un mensaje desde Rowland House —dijo su amiga, y Eliza supo que eran malas noticias. Apretó la mano de su madre con fuerza, esperando el golpe—. Es tu padre.

Capítulo 31

—Creo que no soportó la presión del escándalo y el hecho de que toda su vida se le desmoronase en minutos —dijo Gadreel con voz grave.

»Su ayuda de cámara lo encontró en su habitación hablándole a la nada, pero él estaba convencido de que se encontraba allí con su esposa y sus hijos. No hubo manera de convencerle de lo contrario. Scotland Yard se lo llevó al psiquiátrico de Colney Hatch ayer por la mañana.

—¿Ese sitio no es conocido como «El Asilo Lunático»? —dijo Azazel, sorprendido—. ¿Cómo ha acabado así en cosa de dos días?

Russell guardó silencio. No podía decir que lamentara el destino de Edward Rowland, pero sí que le había cogido por sorpresa. En cierto modo, era irónico que hubiese acabado en el mismo lugar al que, falsamente, envió a su esposa tantos años atrás.

—Nunca se sabe lo frágil que puede ser la mente de una persona —añadió Gadreel, aunque por su tono de voz parecía no comprender del todo que alguien pudiese perder la razón de esa forma.

—Sigue siendo un monstruo —dijo Azazel, inclemente—. Que ahora esté desquiciado no lo cambia.

—Pero ya no le hará daño a nadie más. —Sam se santiguó despacio—. No hace falta hacer leña del árbol caído.

Azazel resopló, demostrando su desacuerdo, pero no dijo nada. Russell alzó la mirada hacia los ventanales laterales, que dejaban pasar la débil luz matinal. Era un día oscuro, tormentoso, acorde con su ánimo. Se preguntó qué estaría haciendo Eliza en esos momentos. ¿Dormiría? ¿O habría desayunado ya? ¿Cómo estaría sobrellevando la caída en desgracia de su familia y el hecho de que su padre estuviera encerrado en un sanatorio mental?

—Ese ha sido su destino —dijo simplemente. No merecía más pensamiento por su parte—. ¿Y el hermano?

Gadreel se giró hacia él.

—Scotland Yard lo ha trasladado a Newgate a la espera del juicio. No creo que lo tenga fácil para salir bien parado de esta.

Seguramente lo condenarán a varios años de trabajos forzados. Nuestro abogado ya ha solicitado que tu padre sea declarado inocente de forma póstuma. Lo tiene todo de su parte para lograrlo en poco tiempo.

Russell asintió, aliviado de haber podido por fin llevar paz para su padre. Pero nada más. Una vez más, esperó sentirse triunfante, satisfecho de haber ganado la partida, pero no sintió nada. Era como si un cansancio enorme se hubiese adueñado de él, como si cumplir con el objetivo que llevaba quince años arrastrando lo hubiese dejado sin fuerzas.

Como si le faltase algo.

—Russ —dijo Gadreel—. Tienes que hablar con Eliza.

Apretó la mandíbula y negó.

—Ella no quiere hablar conmigo.

—Pues haz que quiera —replicó Azazel.

Russell los miró, furioso.

—Me lo dejó bien claro —aseguró despacio, tratando de que se les metiese en la dura cabeza que tenían—. Me odia y no creo que haya forma de arreglarlo.

—Al menos deberías intentarlo, ¿no crees? —intervino Sam.

Puso los ojos en blanco.

—¿Esto es una intervención u os habéis puesto de acuerdo de casualidad?

Azazel se cruzó de brazos y lo miró como si el cabezón fuera él.

—Alguien tiene que decirte que estás siendo un idiota —respondió sin inmutarse ante su enfado—. Si no lo hacemos nosotros, nadie lo hará.

Russell se pasó la mano por el pelo con nerviosismo, deseando salir de aquella trampa que le habían tendido sin que se diese cuenta.

—Lo último que haré será obligarla a hacer algo, aunque sea simplemente escucharme —sentenció—. Ya ha tenido suficientes imposiciones por el resto de su vida.

—No es lo mismo y lo sabes —alegó Sam—. Pero te da miedo que te vuelva a rechazar.

—Basta —los cortó—. No tengo más que decir.

Se giró para marcharse. Ya había escuchado suficiente. Pensaba dejarlos allí con un palmo de narices, a ver si aprendían a meterse en sus asuntos. Él sabía bien lo que debía hacer, y la Eliza que le había dirigido la palabra en Barwick House no tenía intención de perdonarlo. No volvería a intentarlo. Era perder el tiempo.

«Felicidades. Ya tienes lo que querías».

Cerró los ojos. Sus palabras le habían dolido, pero sabía que se las merecía. No había sido sincero y estaba pagando las consecuencias de haber conseguido su venganza. Se había planteado decirle que la amaba, pero no creía que presionarla con sus sentimientos fuera a mejorar las cosas. Le dejó caer que su puerta siempre estaría abierta, y no creía poder hacer más. Ella debía decidir por sí misma si quería escucharlo.

—¡Espabila, hermano! ¡Nunca has dejado que las cosas te caigan del cielo! Siempre has ido a buscarlas tú mismo. ¿Qué es esta actitud derrotista? ¡Tú no eres así! —La voz de Azazel le llegó algo distorsionada por el eco que resonaba en la iglesia vacía—. He oído decir a Betty que quería llevársela a Edimburgo, lejos del escándalo. ¡Si no haces algo pronto, se irá y te arrepentirás toda la vida!

Russell se detuvo. ¿Eliza se marcharía? La idea de no volver a verla se le antojaba un mundo, pero, si era lo que ella quería, no podía obligarla a quedarse. No ahora que había conseguido su ansiada libertad. Tampoco es que fuera a volver a verla, aunque se quedara en Londres.

—¡No la dejes irse sin intentarlo de nuevo! —exclamó Gadreel—. ¿Acaso el amor te ha convertido en un imbécil sin cerebro?

—¿Por qué crees que no te sientes mejor después de haberte vengado? ¿A qué crees que se debe? ¡No puedes dejar así las cosas! —insistió Azazel—. ¡Es tu puñetera felicidad!

Pero no se trataba de su felicidad. Quería que Eliza fuese feliz, y si eso debía suceder lejos de él, que así fuese. Se sentía vacío porque… Porque quizá había cometido tantos errores que no merecía la paz que tanto había buscado. Era el precio a pagar a cambio de la justicia de su padre. No tenía nada que ver con Eliza. Él no podía ser lo que ella merecía.

Pero se marchaba a Edimburgo. Su mente no dejaba de repetirlo

sin cesar.

—Puedes hacerla feliz, Russ. No eres el diablo que tanto crees ser —terminó Sam—. Deja que ella lo vea también.

Se iba a ir. No la vería nunca más.

Echó a correr.

***

Llevaba dos días preguntándose si podría haber hecho algo más. Si su deber era ir a visitarle al sanatorio. A despedirse, al menos. Llevaba el mismo tiempo preguntándose cómo iba a decírselo a Nathan. Su hermanito de quince años, que tendría que crecer de golpe a partir de ahora.

Cuando Ginny le había traído el mensaje, diciéndole que su padre había perdido el juicio, no había dudado en acudir. Era cierto que el amor que le tenía se había reducido a cenizas, pero no había podido evitar ir a verlo. Tratar de hacer que entrase en razón.

Había sido inútil. Era como si viviese en su propio mundo, donde el escándalo jamás había ocurrido, su esposa no le había abandonado y sus hijos se encontraban junto a él. Estaba solo, en un rincón de la casa, hablando consigo mismo como si lo hiciese con su imaginación. Cuando había tratado de hablar con él, su padre no la había reconocido. Cuando se lo llevaron al sanatorio, tenía el corazón en un puño. Lo vio marcharse, esperando a que las lágrimas llegasen, pero no acudieron.

Le daba mucha lástima que su familia hubiese acabado tan rota. Pero habían recogido lo sembrado, y a Eliza todavía le dolían demasiado todos los golpes como para poder perdonarlos.

Quizá por eso se encontraba en aquel lugar, que ya se le hacía tan conocido. Observó la fachada de St. Marylebone sin saber muy bien si entrar o regresar por donde había venido. Avanzó despacio, decidiendo que no entraría en el club por la entrada de los socios, sino por la de clientes. Quizá era una forma de retrasar lo que había venido a hacer.

A pesar de la amabilidad de Ginny, la casa se le caía encima

aquella mañana. Tras sopesar el tomar el aire junto con el peligro de encontrarse a algún conocido, la necesidad de salir se había impuesto. Había echado a caminar sin rumbo; podía jurarlo sin dudar. Su mente había volado mientras sus pasos la guiaban sin que se diesen cuenta hasta donde de verdad quería ir, por mucho que le costase reconocerlo.

Hacia Russell.

Llevaba días evitando aquello, haciendo caso omiso de las palabras de su madre y las de Ginny. Se había enfadado consigo misma cada vez que se planteaba escuchar lo que Russell le tuviera que decir. Se decía que la había engañado y que no merecía nada por su parte. Pero después pensaba en su padre y en que, a pesar de todo lo que le había hecho desde niña, se había sentido casi en la obligación de ir a ayudarle. Su padre sí que no lo merecía, pero en cambio sentía lástima por él.

En cambio, Russell le había mentido, sí, pero también la había ayudado a descubrirse a sí misma. La había ayudado a darse cuenta de que su opinión era válida y que podía alzar la voz, no solo ver, oír y callar. Había tardado varios días en llegar a esa conclusión, pero también había necesitado un tiempo a solas para lamerse las heridas. Ahora creía poder ser capaz de tener esa conversación tan importante y trascendental con él.

Entonces decidiría, y quizá podría entender por qué le dolía tanto el pecho cuando imaginaba que no volvería a verlo.

—Dichosos los ojos.

Se giró hacia la voz conocida y se encontró con Lena Hamilton, que salía de la pequeña escuela de caridad que servía de tapadera para la entrada a La Tríada. Eliza sonrió; se alegraba mucho de verla. Le había preocupado mucho su bienestar tras el escándalo. Al fin y al cabo, era la protegida de sus tíos y la gente podía pensar que comulgaba con sus delitos. Pero Lena parecía contenta y feliz. Ambas mujeres se abrazaron como viejas amigas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Eliza, asombrada.

—Pues resulta que, desde ayer mismo, soy la nueva maestra de la escuela de caridad —respondió Lena con una alegre sonrisa—. Ya que me he quedado sin empleo como dama de compañía, Gadreel

me ha ofrecido el puesto. Me ha parecido una idea maravillosa; me gustan los niños, enseñar, y además tendré tiempo para escribir.

Eliza alzó las cejas.

—¿Escribir?

—Es una larga historia —dijo de forma misteriosa, pero no parecía querer dar más detalles. Le lanzó una mirada preocupada—. ¿Cómo estás? He oído lo del duque…

Se detuvo a pensarlo un momento sin tener muy clara la respuesta.

—Creo que mejor —respondió al fin—. Es cuestión de dejar parar el tiempo, supongo.

Lena asintió, comprensiva.

—¿Y Rachel? —preguntó Eliza. No había vuelto a tener noticias de ella y le preocupaba que le hubiese ocurrido algo malo. Ahora que lo pensaba, tampoco había sabido nada de su tía tras la detención de Herbert, pero en realidad el destino de Margaret le traía sin cuidado —. ¿Está bien?

—Se ha ido a Escocia a vivir con una pariente de su madre. Su tía abuela, creo, con la que Margaret no se llevaba bien. Por lo visto, la mujer es soltera y, en opinión de Margaret, tiene unas ideas demasiado progresistas y escandalosas. —Rio divertida—. La oveja negra de la familia, pero eso la hace más maravillosa a ojos de Rachel. Se carteaba con ella a menudo sin que sus padres lo supieran, así que la ha acogido con los brazos abiertos. Me dijo antes de irse que intentaría viajar a América lo antes posible y ver mundo.

Eliza sonrió ante el relato.

—Típico de Rachel —respondió, y lanzó un suspiro de alivio—. Me alegro. Era lo que ella deseaba.

—Sí, eso creo. —Suspiró—. Ya que no he podido darle lo que quería, me gusta pensar que será feliz allá donde vaya.

—¿Sabías lo que sentía por ti? —preguntó Eliza, sorprendida.

—Me lo dijo —respondió, asintiendo—. No quiso irse sin que lo supiera. Pero yo no puedo corresponderle. Rachel lo sabía, pero de algún modo creo que decírmelo era su forma de pasar página. Cambiar de aires le vendrá bien.

Lo comprendía, y se alegraba en cierto modo de que su prima hubiera sido valiente al final. Que hubiese podido salir también del yugo de la familia.

—¿Y mi tía?

Lena negó.

—No sé qué ha sido de ella —respondió—. Solo que se la llevaron a las oficinas de Scotland Yard.

Entraron en la escuela, que estaba patas arriba. Eliza vio libros fuera de su sitio, cuadernos y lápices nuevos, una escoba, un cubo con agua y jabón, y un par de trapos.

—Oh, estás limpiando. Siento haberte interrumpido.

—¡En absoluto! Necesitaba tomarme un descanso. —Lena sonrió, más contenta. Parecía de verdad ilusionada por ser maestra—. Quería dejarlo todo listo para comenzar dentro de dos días.

—¿Quieres que te ayude? —sugirió Eliza.

—Claro que no. Tú debes ir a ver a Lucifer. —Le guiñó un ojo y Eliza se ruborizó sin poder evitarlo. Lena se carcajeó con suavidad—. Eres como un libro abierto, Liz. Perdona las confianzas.

Eliza tragó saliva y miró hacia la iglesia, como si Russell fuera a aparecer por arte de magia en los jardines para preguntarle qué hacía allí.

—No tengo claro si es buena idea verle —musitó—, pero creo que debo hacerlo.

Lena ladeó la cabeza con curiosidad.

—¿Debes o quieres? —preguntó, y Eliza la miró a los ojos.

—Ambas cosas —respondió al fin—. También quiero verle. Dios, lo deseo tanto que me va a explotar el corazón.

Sonrió, avergonzada, y Lena le devolvió la sonrisa. Avanzaron hasta llegar al pequeño almacén y se detuvieron al lado de la trampilla que llevaba hasta La Tríada.

—Entonces ve a por todas —respondió—. Si algo nos ha enseñado toda esta historia es que debemos hacer lo que deseemos. ¿No crees?

Eliza miró de nuevo hacia la imponente y hermosa St. Marylebone, y asintió con renovada resolución.

—Primero iré a la iglesia —dijo. Utilizaría la otra entrada, la que la

llevaría directa a Russell. Había sido una estupidez dar un rodeo—. Gracias, Lena. Por todo.

La mujer sonrió con cariño.

—No hay de qué —respondió. E hizo un ademán con la mano, como quitándole importancia—. Y no suenes como si te estuvieras despidiendo. Algo me dice que nos veremos muy a menudo por aquí.

***

Una hora después, Russell estaba de vuelta en St. Marylebone, tras pasar por casa de Ginny Phellam como una exhalación. La joven no había tardado ni cinco minutos en recibirle, acompañada de su doncella.

«¿No está?», le había preguntado, claramente decepcionado por no haberla encontrado en casa.

¿O acaso no quería verle? Se preguntó si la señorita Phellam estaba haciendo gala de la fidelidad característica entre amigas y se negaba a decirle que, en realidad, Eliza se estaba escondiendo de él en algún rincón de la casa.

«¿Adónde ha ido? —La había interrogado con tanto apremio que le avergonzaba un poco la desesperación que demostraba—. Es muy importante que hable con ella».

«Es la primera vez que se marcha en días. Me ha dicho que necesitaba salir a tomar el aire —le explicó con paciencia, como si estuviera hablando con un niño pequeño—. No ha querido compañía, pero no debe de andar muy lejos. Puedes esperarla aquí si lo prefieres».

Incapaz de esperar quieto quién sabía cuánto tiempo, se había despedido de Ginny y salido a buscarla, preguntándose dónde podría haberse metido alguien que necesitaba airearse tras vivir sucesos tan dolorosos. Podría estar en cualquier parte. Tras una hora dando vueltas, incluso yendo a preguntar por ella a Rowland House, la tormenta que llevaba amenazando varias horas por fin se desató y tuvo que rendirse. Llovía a cántaros y apenas podía ver lo que tenía

delante. Se encontraba a una calle de St. Marylebone, así que decidió aplazar la búsqueda. Entraría en calor, se cambiaría de ropa y, cuando la tormenta amainase, volvería a salir a buscarla. Quizá habría vuelto a casa de la señorita Phellam para resguardarse y podría encontrarla por fin.

La lluvia lo dejó calado hasta los huesos en cuestión de segundos. Recorrió a la carrera la calle que lo separaba de la iglesia y subió las escaleras de mármol de dos en dos, preguntándose si el universo le estaba enviando señales para que se rindiera. Aunque la encontrase, no sabía qué demonios iba a decirle exactamente, solo que no quería que se marchase de Londres. Tenía que decirle que la amaba y suplicarle perdón de nuevo. Sí, ese era un buen comienzo.

Empujó con fuerza el portón de la iglesia y se apartó de la cara el pelo mojado, sin dejar de pensar en cómo podía abordar la situación. Estaba tratando de crear un discurso coherente en su mente cuando la vio. Se quedó paralizado. Estaba de espaldas a él, mirando hacia los ventanales que el mismo Russell había observado no hacía ni dos horas. Tenía la rubia cabellera recogida en un sencillo moño y su vestido azul oscuro estaba húmedo, como si hubiese entrado en la iglesia cuando la tormenta apenas comenzaba.

Respiró hondo, observándola a placer mientras estaba distraída. Ella no se había percatado de su presencia. Era como si buscase en la lluvia, que chocaba contra los cristales, las respuestas a todas sus preguntas. La vio tan confundida y triste que quiso abrazarla con todas sus fuerzas.

Avanzó un paso. No había ni un alma a su alrededor. La misa no era hasta dentro de dos horas, así que el silencio que los envolvía era casi palpable, solo roto por el ruido de fondo que provocaba la tormenta. Vio a un anciano postrado de rodillas en uno de los bancos de la primera fila, rezando, y a una persona que estaba sentada cerca de Eliza, cubierta de pies a cabeza con una capa oscura.

Se acercó despacio a Eliza para no asustarla; el corazón le retumbaba con fuerza y respiró hondo de nuevo para tratar de calmarse. Llamaría su atención, le pediría que hablasen y

conseguiría que al menos lo escuchase. No podía mirar cómo se iba sin hacer nada; sus amigos tenían razón. Si después de hablar con ella, Eliza seguía sin querer volver a verlo, lo respetaría. Aunque le sangrase el corazón.

Pero muchas veces las cosas no salían como se podría esperar que lo hiciesen. Todo sucedió a la vez, pero fue consciente de cada segundo como si lo viese desde fuera de su cuerpo.

Russell alzó el brazo para tocar el hombro de Eliza y llamar su atención.

La persona bajo la capa se levantó de repente y se giró adonde ambos se encontraban. Iba directa hacia Eliza, que continuaba con la cabeza alzada, de espaldas a ellos, y no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

Reconoció su rostro, deformado por el odio, en cuanto estuvo lo suficientemente cerca. No tuvo tiempo de reaccionar, porque de inmediato levantó el brazo para apuntar con una pistola al corazón de Eliza.

—¡No! —gritó.

Empujó a Eliza en el mismo momento en el que se escuchaba una detonación que ni siquiera el terrible aguacero fue capaz de ensordecer. El dolor fue cegador y cayó de rodillas, golpeándose la cabeza con fuerza contra uno de los bancos de madera. Alguna parte de su cuerpo entre el hombro y el brazo ardía como si acabaran de aplicarle carbones encendidos. Escuchó a Eliza gritar y varias voces airadas que venían de distintas direcciones.

—¡Suelta eso, maldita bruja! —Escuchó decir a alguien que le recordaba a Azazel.

Empezó a nublársele la vista y las rodillas le fallaron, cayendo al suelo como un muñeco desmadejado. Por alguna razón, no podía mover el brazo derecho. El dolor de cabeza comenzaba a ser insoportable.

—¡¡Russell!!

Se giró hacia ella con dificultad. La habitación le daba vueltas, pero se esforzó por enfocar la vista. Eliza tenía el rostro surcado en lágrimas, pero parecía ilesa. Sus ojos estaban velados por el pánico, pero no había salido herida.

«Se encuentra bien», fue lo último que pensó antes de perder el conocimiento.

«Está a salvo».

Capítulo 32

Eliza daba vueltas de un lado al otro delante de la puerta de una de las habitaciones de La Tríada, donde el médico de confianza al que los tres socios siempre acudían estaba examinando a Russell. Cuando se lo habían llevado hacia el club a toda prisa, cargado entre el padre Weasley y Gadreel, todavía no había recuperado el conocimiento y estaba cubierto de sangre.

Cerró los ojos, temblando, y se sujetó a la pared cuando le fallaron las rodillas. No podía dejar de repetir en su mente una y otra vez lo que había sucedido en la iglesia. Había estado tan distraída pensando en sus problemas que no se había dado cuenta de lo que sucedía a su alrededor, hasta que se vio empujada y sonó el disparo.

Cuando vio a Russell caer de rodillas, sintió que el suelo se abría bajo sus pies y se la tragaba. Ni siquiera le importó nada más; solo podía verlo caer, sujetándose el brazo herido, y quedar inmóvil.

El nudo enorme que sentía en el pecho amenazaba con ahogarla.

Escuchó pasos y se giró para mirar quién era. Azazel venía corriendo con el rostro enrojecido y el pelo mojado por la lluvia, que aún caía a cántaros.

—¿Cómo está? —preguntó en cuanto se detuvo.

—No lo sé —respondió tan angustiada como él—. El médico está dentro con Gadreel. Creo que estaban mirando si debían extraer la bala o si había salido por el otro lado.

Azazel le dio un puñetazo a la pared, tan fuerte que debió de hacerse daño, pero él ni se inmutó. Eliza dio un respingo, asustada.

—¡Esa maldita bruja! —gritó.

—¿Qué ha pasado con ella? —preguntó Eliza.

Cuando había visto el rostro de su tía, que la había seguido hasta St. Marylebone con la clara intención de dispararle, no podía creerlo. La miraba con tanto odio que Eliza se había quedado sin respiración. Tras ser desarmada y retenida por Azazel, la escuchaba gritar improperios contra ella.

«¡Todo es culpa tuya, niña estúpida! —seguía gritando mientras trataba de liberarse de los fuertes brazos del hombre—. Tú tienes la

culpa de que mi marido esté en la cárcel y nos hayamos quedado sin nada. ¡Tú y el tipo con el que te acuestas!».

Parecía desquiciada, pero no como su padre. En el rostro de Margaret había odio del más puro. Era simplemente rabia y no iba a atender a razones. Eliza se estremeció al recordarlo.

—Siguió gritando a pesar de que te habías ido —le explicó Azazel —. No dejó de hacerlo hasta que llegaron un par de policías de Scotland Yard y vio que la cosa era seria. Les expliqué lo ocurrido y me han dicho que se encargarían.

Eliza asintió y volvió a mirar hacia la puerta cerrada.

—Irá a prisión y no se volverá a acercar a él, ¿verdad? —preguntó.

Azazel asintió.

—Sin duda. Ha intentado matarte.

Se miraron, y Eliza sintió que las ganas de llorar regresaban como un torrente. Parpadeó para aliviar el picor de los ojos.

—Sí, debería ser yo la que estuviera en esa cama luchando por su vida. No Russell.

El hombre desvió la vista, como si le diese la razón, pero fuese lo suficientemente cortés como para no decirlo en voz alta. No obstante, acabó esbozando una pequeña sonrisa.

—¿No es lo que se hace cuando una persona te importa tanto? Hacer lo que sea para protegerla.

Eliza desvió la vista. A Russell le importaba lo suficiente como para interponerse entre ella y una bala. Alzó la mano para masajearse el pecho, que todavía le dolía. Si le sucedía algo por protegerla…, no sabía lo que iba a hacer. No quería sentirse de nuevo como en la iglesia, viendo que Russell cerraba los ojos y ella no podía remediarlo. Que quizá no volvería a sonreírle, o que ya no la miraría con deseo o con ternura. Que no tendrían tiempo de tener la conversación que deberían haber tenido hacía días.

Había esperado demasiado. Dejó las lágrimas correr, incapaz de contenerlas más tiempo. Si no despertaba…

Fue entonces cuando lo supo. Fue como si un rayo la alcanzase, dejando su cuerpo paralizado. Abrió los ojos y miró hacia la puerta con la respiración agitada.

Estaba enamorada de él.

Dios santo, lo amaba con todo su corazón. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Jamás había sentido algo así, pero lo sabía con cada fibra de su ser. Estaba enamorada de Russell Knight.

Y tenía que decírselo.

—No puede morir, Azazel —le dijo con premura—. Tengo que decirle…

Se interrumpió. La primera vez que lo dijera en voz alta sería para decírselo a él. Todavía tenían que hablar largo y tendido, pero aquella revelación cambiaba las cosas. De hecho, las simplificaba.

Porque la llenaba de esperanza. De que las cosas no estuvieran abocadas a un final. El hecho de que Russell la hubiese protegido a costa de su propia vida… le decía que no estaba todo dicho. Que quizá él sentía lo mismo. No le había mentido en eso.

Miró en silencio a Azazel, que asintió como si tuviera sus sentimientos escritos en la frente. No necesitaron decirse nada más.

Volvió a pasear por delante de la puerta, nerviosa. Acabaría echando la puerta abajo como no supiera algo pronto. Azazel debía de estar pensando lo mismo, porque se cruzó de brazos y miró hacia la puerta con disgusto.

—¿Qué demonios están haciendo ahí dentro? ¿Recitar todo el santoral?

En ese momento, la puerta se abrió y Gadreel salió de la habitación con el doctor pisándole los talones. Cerraron la puerta tras ellos, y a Eliza se la llevaban los demonios ante tanta parsimonia.

—¿Queréis decirnos qué ocurre? —Azazel no fue tan comedido como ella, cosa que agradeció.

—¿Cómo está, doctor? —preguntó Eliza, angustiada.

El hombre la miró y su rostro reflejaba serenidad, aplacando un poco sus nervios.

—Creo que se pondrá bien —les anunció, y el alivio la inundó con fuerza. Volvió a llorar, esta vez de emoción—. Por suerte, la bala atravesó su cuerpo y salió limpiamente. Tiene herido el hombro derecho, pero ya le he cosido la herida, y no hay signos de infección ni fiebre. Pero, me temo, sigue inconsciente. Se ha dado un buen

golpe en la cabeza.

—¿No debería haber despertado ya? —preguntó Eliza, nuevamente preocupada.

El doctor negó.

—Es habitual en estos casos, pero su vida no corre peligro. Quizá tarde unas horas más en volver en sí —respondió con paciencia—. Cuando despierte, necesitará varios días de convalecencia y mucho reposo.

—Russell no conoce el significado de la palabra reposo —dijo Azazel, también visiblemente aliviado.

—Nos encargaremos de que no se mueva, doctor —dijo Gadreel con seguridad, como si no contemplase otra posibilidad que atar a Russell a la cama para obligarlo a quedarse quieto.

—¿Puedo verlo? —preguntó Eliza, y los tres hombres se giraron hacia ella.

—No sé si es… —respondió el doctor, pero debió verla tan ansiosa que finalmente claudicó. Miró a Gadreel, que asintió, y a Eliza le dio rabia que debiera tener el permiso de otro hombre para ver a Russell —. Bien pensado, podría ser beneficioso. Háblele, parece ser que ayuda.

Asintió. No se detuvo a discutir, sino que entró en la estancia y cerró la puerta tras ella, dejando a los tres hombres al otro lado. Suspiró y miró hacia la cama. Russell dormía plácidamente. Se acercó a él y lo observó con atención. Tenía vendado el hombro y parte del brazo derecho, además de un enorme cardenal en la frente, donde se había golpeado contra el banco al recibir el disparo. Se le encogió el corazón al verlo así, tan vulnerable, aunque supiese que iba a ponerse bien. Russell siempre era tan activo y parecía tan poderoso que se le antojaba extraño que estuviera convaleciente, como si la imagen estuviese fuera de lugar.

Le cogió la mano izquierda con suavidad y lo observó con atención. Una vez más, se maravilló de su amor, y se extrañó de no haber caído en ello hasta que se planteó de verdad la posibilidad de vivir sin él de forma permanente.

—¿Podremos superar esto? ¿Qué alberga tu corazón por mí? —se preguntó en voz baja—. Quiero perdonarte, Russell. Quiero…

«Amarte», pensó. Pero, una vez más, no lo dijo en voz alta. No era el momento. No cuando él no podía escucharla. No obstante, el médico le había dicho que le hablase. Sintiéndose algo tonta, carraspeó.

—Pero, para que podamos hablar, tienes que despertarte, Russell —comenzó—. ¿Recuerdas la noche que nos conocimos? Creí que eras un tipo con malas intenciones y muy poca sutileza.

Rio y, tras romper el hielo, le resultó más fácil seguir hablando. Sin soltarle la mano, le contó qué había sentido y pensado en cada uno de sus encuentros. Incluso cuando recibió la caja con la invitación a La Tríada, o cuando cruzó el horrible pasillo lleno de huesos que precedía al acceso para clientes.

—Te prometo que, de haber podido, me habría dado la vuelta allí mismo y salido corriendo —dijo con una sonrisa—. Pero es muy difícil esquivar a Azazel. Es demasiado grande.

Siguió contándole cualquier cosa que se le ocurría. Cualquier detalle. Volviendo a recordar cada momento juntos, cómo se le aceleraba el corazón cada vez que lo veía o cuando la tocaba, era más que evidente lo que sentía por Russell. Había estado demasiado cegada por todo lo demás como para darse cuenta. O como para admitirlo ante sí misma. Y estaba casi convencida de que había sido una especie de mecanismo de defensa. Una semana atrás, encerrada por su padre, no habría sido capaz de sobrellevar semejante verdad. Ni tampoco tras estallar el escándalo.

—Siento que hayas tenido que recibir un disparo para que me diese cuenta de esto —musitó, y le acarició el dorso de la mano con el pulgar.

Russell se removió y sus párpados temblaron. Eliza se emocionó al darse cuenta de que sí funcionaba hablar con él. Se estrujó el cerebro para seguir contándole cualquier cosa que se le ocurriese.

—Debes despertar, Russell —le dijo con las lágrimas empapándole las mejillas—. Tenemos que hablar. Recuerda que aún puedo ponerme el vestido rojo que tanto te gusta. Nunca me he sentido tan bien como la noche del campanario, entre tus brazos.

Pasó una hora, pero ella no desistió. En una ocasión, Azazel entró para traerle agua y una manta. Le preguntó si la relevaba, pero Eliza

se negó. Le dolía la espalda, pero quería estar allí cuando despertase. Quería que la viera junto a él. No se movería.

—¿Puedes avisar a mi amiga, Ginny Phellam? Debe de estar preocupada.

Azazel asintió.

—Si me escribes una nota, se la haré llegar.

Tras aquello, no hubo más interrupciones en las siguientes dos horas. Cuando Eliza terminó de rememorar su tiempo juntos, que se le hizo muy corto, comenzó a hablarle de su infancia. De las pocas cosas buenas que recordaba, cuando todavía adoraba a su padre. Le contó cómo se llamaba su primer poni y que tuvo un perro hasta los siete años, cuando murió de viejo. Le contó con todo lujo de detalles el argumento de *Persuasión* y le explicó por qué era su libro favorito.

—A pesar de que Anne comete un error dejándose convencer de que Wentworth no era un buen partido, consiguen ser felices al final —le explicaba—. Anne consigue una segunda oportunidad a pesar del rencor que el capitán siente hacia ella por haberlo rechazado. Porque, en realidad, la ama tanto como cuando se conocieron.

Emocionada, miró a Russell. En ese momento, se sentía muy reflejada en el capitán Wentworth. Él perdonó a su Anne, que lo rechazó por ser pobre y no tener donde caerse muerto. Ella se equivocó, pero logró volver a cautivar a un hombre herido y resentido.

Russell se había equivocado, pero le había demostrado que era importante para él. Se lo había intentado explicar, pero Eliza no había querido escucharlo. Ojalá lo hubiera hecho antes.

—Despierta, por favor —suplicó.

Se enjugó las lágrimas y, cuando enfocó la vista de nuevo, vio que Russell se movía. Soltó una exclamación ahogada y le cogió la mano con fuerza, mirándolo sin atreverse a parpadear, por si él volvía a caer en la inconsciencia. El hombre meneó la cabeza e hizo una mueca al sentir dolor.

—No te muevas —le dijo ella—. La herida todavía está muy reciente.

Él se quedó paralizado y, despacio, se giró para mirarla como si no creyese lo que había escuchado.

—¿Eliza? —preguntó con la voz muy ronca, casi afónica—. Había oído tu voz, pero creía que estaba soñando.

Sonrió, todavía entre lágrimas. Se había despertado por fin y podía ver sus preciosos ojos oscuros. Lo ayudó a beber un poco de agua y a incorporarse en la cama, apoyando la espalda en los almohadones.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Recuerdo el disparo…

Se detuvo y la miró con ansiedad.

—¿Estás bien?

Eliza asintió. Le enterneció que fuera él el que estuviera en cama, pero que se preocupase antes por ella que por su propia integridad.

—Gracias a ti.

Le contó todo lo que había sucedido desde que su tía había disparado contra ella hasta que se la había llevado la policía. Russell cerró los ojos, afectado por el relato.

—Margaret se equivoca. No es culpa tuya, sino mía —dijo, y la miró lleno de arrepentimiento—. Dios, Eliza, cuánto lo siento.

Ella negó.

—¿Cómo vas a disculparte cuando me has salvado la vida? —preguntó—. Soy yo quien debe pedirte perdón.

—Lo haría mil veces si con eso puedo protegerte —le aseguró—. Eliza, sé que no quieres escucharme. Pero, si estás aquí, me permito tener esperanza.

Eliza sacudió la cabeza.

—Quiero escucharte, Russell —le respondió—. Siento haber sido tan cabezota.

—No, tenías todo el derecho a enfadarte conmigo. Te mentí —replicó—. Tus sentimientos son válidos y debes expresarlos.

Siempre tan atento a sus deseos. Eliza no podía parar de llorar, desbordada por sus sentimientos.

—No sé cuándo empezaste a meterte en mi interior, pero ya no pude sacarte de ahí —le explicó Russell—. Quizá fue cuando me miraste con esa valentía que te caracteriza y me pediste un beso. Creo que ahí me di cuenta de que eras mucho más que parte de mi plan, pero no quise admitirlo.

»Y cuando lo descubriste todo… Sentía tanto odio y autodesprecio

que, sin pretenderlo, arrasé con lo mejor que me ha pasado en la vida. Arrasé contigo. Pero, cuando quise darme cuenta, ya te habías ido. Cuando quise ver que la venganza no me había traído la paz que buscaba, supe que era porque me faltabas tú.

Eliza tragó saliva, conmovida por sus palabras.

—Tienes que creerme, Eliza. —La miró suplicante—. Cada momento de dolor que te he causado ha sido como herirme a mí mismo. He cometido muchos errores contigo y lamento todos ellos. Pero te prometo que no volverá a ocurrir. No más mentiras ni secretos.

Cerró los ojos unos segundos, antes de volver a abrirlos y observarla con tanta intensidad que Eliza se vio capaz de ver a través de su alma. Su mirada era totalmente sincera y transparente cuando volvió a hablar:

—Te amo con toda mi alma, Eliza Cavendish —confesó mirándola a los ojos, y el corazón se le saltó un latido—. Esa es mi mayor verdad. La que quiero proclamar a los cuatro vientos si tú me lo permites.

Eliza cerró los ojos y asintió. Quería hacerlo. Quería tomar la decisión más trascendental de su vida consciente de que lo hacía con total libertad. Libertad que ahora podía ostentar tanto como quisiera.

Era libre de elegir a Russell.

—Yo también te amo, Russell Knight —respondió con el corazón en la mano—. Lo he descubierto hace poco, pero no lo hace menos válido. Te quiero, y quiero que tengamos otra oportunidad.

Los ojos de Russell se iluminaron al escucharla, y la acercó a él para poder besarla con pasión. Eliza se entregó al beso, pero tuvo cuidado de no tocar ninguna de sus heridas. No quería que volviese a perder el conocimiento.

El beso fue suave y lento, pero maravilloso. El primer beso sin restricciones ni mentiras. Sin prisas ni secretos.

El primer beso de muchos. El primero de toda una vida.

Capítulo 33

Dos meses después

—Estás preciosa. —Una emocionada Ginny cruzó la mirada con su mejor amiga a través del espejo de cuerpo entero de la habitación—. El novio va a caerse de espaldas cuando te vea.

Eliza se giró, y la tela blanca del vestido de novia se movió con ella como si fuera una segunda piel. Se había dejado el cabello suelto en suaves bucles y llevaba una sencilla corona de flores, también blancas, como único adorno. Se sentía hermosa. Sonrió emocionada.

—Estoy de acuerdo —opinó su madre con los ojos llorosos—. No puedo creer que esté presente el día de la boda de mi niña mayor.

—Oh, mamá —dijo antes de abrazarlas—. Cuánto me alegro de que estéis aquí.

Ginny sonrió.

—No me perdería la boda de mi mejor amiga por nada del mundo, ni siquiera por mi propia luna de miel. Marcus ha tenido que fastidiarse.

Eliza rio, sabiendo que Ginny bromeaba. Se había casado con lord Redding un mes atrás, y al día siguiente se marchaban unos meses de viaje a América para ver a su familia y presentarles a su marido inglés. La única razón por la que habían pospuesto tanto el viaje había sido por la boda de Eliza. Quería que ese día estuvieran todos los que ella amaba, y Ginny no podía faltar.

—Liz.

Se giró hacia su hermano pequeño, que estaba guapísimo con el frac y que sería el encargado de llevarla hasta el altar, donde la esperaba el amor de su vida.

—Estás preciosa.

—Nathan —susurró emocionada—. Gracias por estar aquí conmigo.

—Jamás me lo perdería. —Sonrió, pero su rostro se mostró serio de repente—. Me alegra que haya alguien que esté a tu lado ahora

que nuestra familia…

Eliza asintió. Nathan había tardado en asimilar mucho más todo lo que había sucedido con su padre y sus tíos. Tuvieron algunos momentos críticos, pero finalmente, y tras comprender que el hombre al que él idolatraba era una persona horrible, pudo seguir adelante. Ambos fueron juntos a visitarlo al hospital psiquiátrico, pero su padre no les reconoció. Al menos, pudieron despedirse de él.

Nathan incluso se permitió volver a ver a su madre. Le guardaba mucho más rencor del que Eliza esperaba, dado que él era un bebé cuando Elizabeth se marchó. No obstante, y aunque su hermanito mantenía las distancias y todas las defensas levantadas, ella esperaba que poco a poco aceptara a Elizabeth en su vida.

Habían sido ocho semanas muy duras, dado que poca gente se había dignado a ayudarlos después de lo ocurrido. Su familia y el ducado habían caído en desgracia, cerrándoles muchas puertas. Por suerte, el respaldo social de los Redding y del barón Barwick —junto con el económico de su futuro marido— había ayudado a que Nathan pudiese continuar estudiando en Eton y terminar su formación como noble. Ahora era el duque, por incapacidad de su padre, y eso también ayudaba. Con mucho esfuerzo, su hermano podría restaurar el honor del título y salir adelante.

En cuanto a Eliza, todavía le costaba asimilar que podía tomar sus propias decisiones sin que nadie la atacase por ello, pero poco a poco comenzaba a entender que era libre y que tenía a su lado a gente que la dejaría ser ella misma.

Las cosas habían mejorado mucho desde aquel fatídico día, y la vida parecía sonreírles de nuevo con timidez, pero todavía quedaba mucho trabajo por delante. Y no sería porque su madre no le echase voluntad; se desvivía por sus tres hijos por igual y con todas sus energías.

—Gracias por aceptar a Russell —le dijo a su hermano.

Nathan esbozó una sonrisa burlona.

—Me paga los estudios. No estoy en posición de rechazarlo —bromeó, y le guiñó un ojo.

Eliza rio, permitiéndole destensar el ambiente. Tras saldar todas las deudas del ducado, Russell se había propuesto encargarse de la

administración y de todos los arrendatarios que trabajaban en las tierras Rowland hasta que Nathan pudiera tomar las riendas. Tras conocerse, ambos tuvieron una conversación privada, y acabaron resolviendo que Russell costearía sus estudios en Eton y en la universidad. Había mucho por lo que trabajar y una reputación que recuperar, pero tenían de su parte a un poderoso aliado. No tenía muy claro qué hablaron entre ellos, pero Nathan terminó diciéndole que su prometido era «un hombre decente».

Fuera lo que fuese, a ella le bastaba con saber que se entendían.

—Vamos, es deber de la novia llegar tarde, pero no tanto —dijo su madre con una sonrisa.

Eliza asintió y se pusieron en marcha. En el carruaje, rumbo a St. Marylebone, donde la esperaba su futuro esposo, se dio cuenta de que se sentía completamente feliz. Durante los últimos dos meses, Russell y ella habían afianzado su amor y la confianza se había reparado poco a poco. Mientras él se recuperaba por completo de la herida de bala y la conmoción, hablaron largo y tendido de sus semanas juntos, del pasado, y por fin pudieron dejarlo atrás. Russell había encontrado la forma de pasar página y, con sus fantasmas exorcizados, demostrar a Eliza que no mentía cuando le dijo que la amaba por encima de todas las cosas.

De hecho, Russell estaba tan dispuesto a compensar tantos años de encierro que, cuando Eliza le comentó de pasada que siempre le había hecho ilusión ser la dueña de una pequeña floristería, su futuro esposo tardó apenas un día en encontrarle un local en Covent Garden donde poder empezar su nueva aventura. Cuando él le enseñó el edificio donde podría ubicar su negocio, comenzó a llorar por la niña pequeña que tuvo que renunciar a sus anhelos para contentar a los demás. Russell se limitó a abrazarla hasta que se desahogó lo suficiente como para poder comenzar a soñar. Era un proyecto que le hacía mucha ilusión y que sentía como propio. La visión de negocios de Gadreel la estaba ayudando mucho, y tenía muchas ganas de ponerse en marcha cuando regresara del viaje de novios.

Había dejado de ser la obediente lady Eliza para ser ella misma, y su corazón aleteaba libre por primera vez. Con Russell a su lado y su

verdadera familia a su alrededor, su dicha era plena.

Las cosas habían cambiado tanto en tan poco tiempo que Russell no había querido esperar más para casarse con ella y, una hermosa noche de mediados de julio, él la había llevado al campanario para arrodillarse y pedirle matrimonio. Eliza siempre recordaría aquella noche como una de las más maravillosas de su nueva vida. En dos semanas, habían conseguido una licencia especial, un vestido de novia y que el padre Weasley los casase con tan poca antelación. La boda era muy íntima, pero no quería nada más. A nadie más.

Allí estaban todos los que debían estar.

El resto eran historia. Finalmente, y tras un juicio muy corto, habían condenado a su tío a trabajos forzados por robar dinero de las arcas de un ducado. Su tía, por otro lado, había acabado en prisión por tratar de matarla, pero pronto contrajo el cólera a causa de las malas condiciones del agua y terminó muriendo. Eliza decidió no volver a pensar en ellos nunca más. No merecían más que el olvido.

Rachel, por su parte, le había escrito hacía unas pocas semanas. Se marchaba a ver mundo con su tía abuela y, por lo que había entendido, con una muy buena amiga especial que había conocido en Escocia. Sonrió al recordarlo. Nunca serían las amigas ni las primas que una vez fueron, pero le deseaba que le fuera bien. Ella también había sido víctima de la familia equivocada.

Así pues, y con todo en orden por primera vez en su vida, se detuvo ante el portón de la iglesia con el corazón henchido de felicidad. La primera vez que había visitado ese lugar, estaba llena de miedos, prohibiciones y grilletes que la ataban a una vida que no quería. Se sentía orgullosa del camino que había recorrido desde entonces, soltando sus cadenas y caminando con la cabeza alta.

—Me alegra mucho que seas feliz, hermanita —le dijo Nathan. Su madre y Ginny se habían adelantado, y solo estaban ellos dos—. No hay nadie que lo merezca más que tú.

Eliza le dedicó una amplia sonrisa e intentó que no se le saltaran las lágrimas, sin éxito. Se había pasado tanto tiempo reprimiendo sus emociones que, ahora que podía dejarlas ir, estaba muy sensible a todas horas. Pero sabía que nadie la juzgaría por ello.

Nathan le enjugó las lágrimas. A pesar de ser más joven, ya era más alto que ella. Cuando se convirtiera en un adulto, sería un hombre demasiado apuesto para su propio bien.

—Te quiero, hermana —le dijo juntando su frente con la de ella. Eliza sonrió.

—Te quiero, hermano. —Respiró hondo y se agarró de nuevo a su brazo—. Vamos allá.

Cruzó el largo pasillo que llevaba al altar, caminando al son de la música cuando todo el mundo se puso en pie para recibirla. Aquella era la boda que siempre había soñado; perfecta, sencilla y llena de amor. Miró a su alrededor y sonrió a Ginny y a su madre —que aguardaban junto a sus esposos—, a Ethel, a Lena, a Gadreel y a Azazel. El padre Weasley la esperaba en el altar junto al hombre al que amaba.

Russell sonrió tanto al verla, mirándola con tanto amor, que ella se emocionó de nuevo. ¿Quién le iba a decir que se casaría con un hombre tan maravilloso, sin orígenes nobles, y absolutamente perfecto?

—Cuida de ella —le dijo Nathan al detenerse ante él, entregándole su mano como dictaba la tradición.

Russell lo miró con solemnidad, de igual a igual. Con esa extraña conexión que convertía a los hombres en camaradas con apenas dos intercambios de palabras.

—Con mi vida —prometió.

Eliza vio al padre Weasley poner los ojos en blanco y contuvo la risa al saber qué estaba pensando: «Siempre tan melodramático».

—Has venido —le dijo estrechándole la mano con fuerza—. Estás absolutamente hermosa.

—Claro que he venido —respondió con una sonrisa, y le susurró para que solo él la escuchase—: Ni el infierno lograría separarme de ti, Lucifer.

Los ojos de Russell relucieron divertidos.

—Suerte que allí mando yo.

Se sonrieron antes de girarse hacia el padre Weasley, que comenzó con la ceremonia con la solemnidad que les faltaba a ellos dos. Cuando Eliza se giró para mirar a Russell, a pocos minutos de

convertirse en su esposa, se sintió más que feliz. Se sintió libre, como nunca lo había sido. Se sintió amada y valorada.

Se sintió en casa.

Epílogo

Volvemos a mayo de 1875…

Como una persona profundamente racional, Gadreel odiaba los contratiempos. No eran algo que pudiese planear y, por tanto, le producían nerviosismo. Así que, cuando el contratiempo tenía forma de mujer, su ansiedad se elevaba a la enésima potencia.

Asegurándose de que llevaba la capucha bien calada, ocultando su cabello, avanzó por los pasillos del club, en dirección a su despacho. Estaba preguntándose cuándo Lucifer lograría hacer algún avance en el plan de venganza, cuando se encontró con que la puerta de entrada a La Tríada estaba entornada. Eso era algo impensable y del todo peligroso, por lo que no podía ser error de algún empleado. Extrañado, miró a su alrededor en busca de alguna anomalía más, y la vio de inmediato. Corría con las faldas del vestido recogidas para moverse más rápido.

Era como un elefante en una cacharrería.

Maldiciendo, cerró la puerta de un golpetazo y la siguió a la carrera. Parecía perdida, mirando a su alrededor, por lo que le resultó evidente que no había ido nunca al club. Los intrincados pasillos no tenían mucho misterio tras la primera visita.

Pero no podía ser novata. Hoy solamente esperaban un miembro nuevo, y era un hombre. Un estúpido y engreído banquero, sobrino de otro cliente mucho más importante y valioso. A veces, ser jefe se basaba en hacer concesiones para obtener beneficios, por mucho que no le gustase. Simplemente, los pros eran mayores que los contras.

Pero aquella mujer, más que darle beneficios, le estaba subiendo la presión sanguínea. La vio detenerse cuando llegó al pasillo de las habitaciones privadas. Gracias al cielo, todas estaban cerradas con lazos rojos y amarillos.

Apretó el paso para alcanzarla.

—¿Dónde cree que va?

Si hasta ahora albergaba alguna duda, ahora tenía la confirmación

de que era un polizón. Su rostro, acobardado al verse descubierta, no era el de una clienta avergonzada por saberse descubierta en un club clandestino. Tampoco llevaba máscara alguna ni la capa negra que le otorgaban a los clientes, por lo que era bastante improbable que fuese una clienta. Todo el mundo que recibía invitación sabía que eran muy estrictos con las normas del club.

La miró con atención, tratando de preguntarse quién sería tan tonto como para ir al club sin invitación, y se encontró con unos ojos color avellana que lo miraron asustados.

—Me temo que ha cometido un delito, señorita —dijo con calma —. Ha entrado sin permiso en este lugar y va a tener que marcharse.

Tendría que reprender a Azazel por el error que había cometido en la seguridad.

—No es cierto. Tengo permiso —se atrevió a decir con voz temblorosa.

Casi sonrió. Era como un cervatillo asustado que trataba de mostrar valentía. La acorraló junto a la puerta de una de las habitaciones.

—Ambos sabemos que eso no es cierto, así que haga el favor de no insultar mi inteligencia —dijo con impaciencia—. ¿Cómo demonios ha sabido cómo llegar hasta aquí sin una invitación?

Ella alzó la barbilla con altanería.

—Si no lo sabe, tan inteligente no será —respondió.

Gadreel entrecerró los ojos.

—Eso es absurdo —abogó—. No puedo saberlo porque no he sido testigo de su entrada furtiva, ergo solo puedo teorizar. Una cosa muy diferente es que mis conclusiones sean del todo acertadas.

La mujer lo miró boquiabierta, como si él hablase en un idioma extraño.

—¿De qué manicomio se ha escapado usted?

A su pesar, sonrió. Le gustaba esa chica descarada. Pero, antes de que pudiera indagar más, escuchó voces.

—Oh, bueno, ahora veremos si estoy en lo cierto —dijo con superioridad—. Este pasillo no tiene salida, y por ahí vienen unos cuantos clientes a los que les encantará verle la cara y ponerle

nombre. Pero si ha sido invitada… no le importará, ¿verdad?

Ella lo miró con horror y se giró hacia las voces, que cada vez se escuchaban más cerca.

—¡Está bien! ¡No tengo invitación! He entrado aquí siguiendo a uno de los clientes, nada más —dijo con mirada suplicante—. No dejen que me vean. La familia para la que trabajo es muy estricta.

La miró con satisfacción, y se preguntó quién había sido el idiota que se había descuidado tanto como para dejar que una mujer tan poco sutil lo siguiese. Por suerte, siempre llevaba encima una máscara de repuesto. Por un segundo, se preguntó qué implicación tendría darle una máscara negra y roja, pero la necesidad de ocultar el rostro de la joven era más acuciante. Las normas eran las normas. Metió la mano en el bolsillo interno de su capa y se la entregó.

—Póntela —le ordenó.

La mujer miró el pedazo de tela con desconfianza.

—Pero… —empezó a decir.

—No, no es ninguna treta. Como puedes ver, yo también llevo una —dijo poniendo los ojos en blanco—. Si quieres quedarte aquí, hay normas.

Sus últimas palabras la terminaron de convencer, porque se puso la máscara con una rapidez pasmosa, justo a tiempo para que los clientes no la reconociesen. Si se los quedaron mirando, él no se molestó en comprobarlo. Cuando su identidad estuvo a salvo y volvieron a quedarse a solas, Gadreel decidió que ya bastaba de juegos. La arrinconó contra la pared y colocó un brazo a cada lado de su cuerpo para que no se escapase. Ella soltó un grito ahogado, pero no parecía asustada.

—Y, ahora, dime. ¿Por qué has venido a La Tríada sin permiso?

La vio apretar los labios, carnosos, y Gadreel tuvo el repentino deseo de probarlos. ¿Qué pasaría si inclinara la cabeza para besarla? ¿Ella se apartaría?

—No es asunto suyo. ¿Quién se ha creído que es?

Sonrió con seguridad.

—Da la casualidad de que sí es asunto mío, porque yo soy uno de los tres hombres que dirigen este sitio.

La mujer abrió la boca por la sorpresa y casi tuvo ganas de reír. Si

no fuera porque seguía siendo un contratiempo, la intentaría seducir. Era de respuesta rápida, y eso le gustaba. También era muy atractiva.

Vio aparecer a Lucifer por la derecha y maldijo. Sabía que debía terminar la conversación allí mismo, pero no podía dejarla irse sin más.

—Quiero ser miembro del club. —La escuchó decir, y volvió a centrar su atención en ella—. Por favor.

Gadreel la observó con curiosidad. Cada vez le resultaba más intrigante.

—Si te pido algo, ¿me prometes obedecer? Hablaremos de tu membresía después.

La vio asentir; parecía tener muchas ganas de ser parte del club. Desde luego, a él no le importaría enseñarle las instalaciones. Ni usarlas junto a ella. O debajo de ella.

—Ve a mi despacho y espérame. Es siguiendo el pasillo y girando a la izquierda —le indicó—. Soy Gadreel, por cierto. Es un dato importante a la hora de encontrar la puerta correcta.

Lucifer ya estaba casi encima.

—¿Lo has entendido? —Ella asintió, y él se acercó un poco más para susurrarle al oído—: Vete, pues.

Se escapó con rapidez por debajo de su brazo, justo cuando Lucifer llegaba a su altura. Se quedó mirando cómo se marchaba corriendo y giraba a la izquierda, tal y como le había dicho. Su olor se había quedado flotando a su alrededor, a alguna flor que le gustó.

—¿Quién era? —le preguntó con curiosidad su amigo.

Gadreel no lo miró, a pesar de que la mujer ya había desaparecido sin dejar rastro. Estaba deseando volver a su despacho para encontrarse de nuevo con ella.

—La nueva maestra de la escuela de caridad —respondió, casi sin pensarlo. No quería darle explicaciones a Lucifer antes de saber quién era ella—. Pero ella aún no lo sabe.

Lucifer frunció el ceño.

—Por cómo la miras, parece tu nueva amante. Y le has dado una máscara de socio.

Apretó la mandíbula, pero no respondió. Le había gustado

demasiado la idea. Tendría que averiguar más sobre ella… Empezando por su nombre.

Estaba deseando regresar a su despacho.

Continuará…

Nota de autora

Ya sé, ya sé. Un club sexual bajo una iglesia, ¿en qué estabas pensando, Carol S. Brown? Aunque estoy segura de que había clubs de este tipo en la Inglaterra victoriana —de hecho, algún registro encontré de lugares así, donde las mujeres iban a buscar amantes. Aquí, en *petit comité*, todas sabemos que los victorianos eran muy fiesteros—, no creo que nadie tuviera la idea insensata que tuvieron Lucifer (Russell), Gadreel y Azazel (¿cuál será el nombre de pila de estos dos? Ya os lo contaré en próximas entregas) de crearlo dentro de unas catacumbas. Espero que me permitáis la licencia, porque todo el tema del infierno no hubiese tenido tanto gancho sin este matiz. Sin duda, yo no hubiese podido renunciar a las conversaciones entre el padre Weasley y Russell.

Aclaro que sí existen unas catacumbas y toda la estructura que Russell describe bajo la iglesia de St. Marylebone. También existió el sistema de calefacción que se utilizaba en la antigua Roma y que agradecí enormemente cuando, de repente, me di cuenta de que allí abajo debía de hacer demasiado frío y entré en crisis porque se me venía abajo medio libro (cosas de ser escritora brújula).

Por favor, espero que me perdonéis también todos los guiños a los Daventry, incluidos los cameos. Como su autora, claramente no los supero (también me viene muy bien tener un policía y un abogado en la familia, todo sea dicho), así que vosotras tampoco tenéis por qué. Como habéis podido comprobar, todos siguen siendo muy felices. Me ha hecho ilusión meter *easter eggs*, para qué os voy a engañar.

Dicho esto, gracias, gracias, GRACIAS, por leer esta historia. Espero que la hayáis disfrutado y que queráis saber más de mi trío de ángeles caídos. El siguiente en enamorarse, como habréis deducido, es Gadreel. Estoy deseando que sepáis más de él.

Agradecimientos

Escribir este libro ha sido un viaje muy intenso y bastante largo. Pero no hubiese podido sacarlo adelante sin mucha gente.

Gracias a mi familia, que siempre ha apoyado cada paso de mi camino. Mención especial a mi hermana. Que, aunque no le gustan mucho los libros de romance histórico, no deja de pedirme el libro de Azazel (¡pronto!).

A Helena, mejor amiga, lectora cero y *team* Gadreel. Fuiste la persona que no dejó que renunciara a publicar este libro a pesar de todas las veces que quise tirar la toalla. «Gracias» siempre se te quedará corto.

A Albert, mi marido, que tira del carro cuando se acerca la fecha de entrega y no puedo levantarme de la silla. Gracias por llegar adonde yo no puedo y por tu apoyo incondicional.

Eva, Selene, Raquel, Eleonora, Laia, Lauri, Estíbaliz, Lourdes… Gracias por estar en mi vida y creer en mí. Sois maravillosas.

Gracias a mi editora, Tere, y a todo el equipo de Ediciones Kiwi por confiar en mí una vez más y darme la oportunidad de que esta historia vea la luz.

Y a ti, que estás leyendo esto, gracias por entrar en La Tríada junto a Eliza y acompañarla en su camino. Espero verte en la próxima historia.